

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:

GUERRA DE SANGRE

(Trilogía: "Vampiro. La Mascarada de la Muerte Roja", vol.1)

Robert Weinberg

1999, *Blood War*

Traducción: Carlos Lacasa Martín

Digitalización: Pincho

[«*La Sangre era su Avatar y su sello,
La rojez y el horror de la sangre.*»

Edgar Allan Poe, "La Máscara de la muerte roja"]

PRÓLOGO

Roma: 15 de junio de 1992

Se encontraron a las doce de la mañana de un radiante domingo de junio, en la terraza de un pequeño restaurante a pocas manzanas del Coliseo. La llamada de la noche anterior a un número secreto en el corazón del Vaticano había sido breve y concisa. El desconocido interlocutor indicó el lugar, la hora y la persona que debía acudir. Advirtió de que "no hubiera trucos" y mencionó una increíble suma de dinero. No obstante, fue la última frase de la conversación la que aseguró que la entrevista tuviera lugar. "Hablaemos de los *Vástagos*", declaró la misteriosa voz en un tono sombrío y gélido.

El Padre Napoli llegó primero. Siempre acudía con tiempo a cualquier reunión, especialmente a las importantes. Era un hombre grande y fuerte cercano a los sesenta, con un pelo gris espeso y rizado, barba a juego y unos penetrantes ojos oscuros. Incluso vestido de calle parecía un sacerdote. Se manejaba con un tranquilo aire de autoridad, como alguien acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido al instante. Era un hombre de fe y determinación

inquebrantables, y caminaba con la absoluta convicción que le daban los muchos siglos de historia de la Iglesia.

Como se indicó en el mensaje de la noche anterior, acudió al encuentro desarmado. Sin embargo, no estaba preocupado: su fe le servía como escudo (y también los cinco agentes de la Sociedad de Leopoldo que había en el restaurante, dos de ellos disfrazados de turistas). Entre todos tenían suficiente potencia de fuego como para comenzar una pequeña guerra. Además, aunque hacía ya varios años que el Padre Napoli se había retirado como agente de campo, aún recordaba su adiestramiento en las artes marciales. Era un experto en kendo y karate, y podía matar a un atacante de diez maneras diferentes.

Siguiendo las instrucciones recibidas, pidió una mesa para dos en el fondo de la terraza, lejos del ajetreo de la cocina. A unos cien metros, en una habitación de hotel alquilada, había un micrófono direccional enfocado hacia su localización exacta. Cada palabra que se pronunciara en aquella reunión sería captada y grabada para su posterior análisis. El hombre sonrió levemente mientras pedía al camarero una botella del tinto de la casa. Dios proveía, pero los milagros de la ciencia y la tecnología modernas ayudaban bastante.

Estaba terminando su primer vaso de vino cuando llegó el otro hombre. El extraño, de unos veinticinco años, alto y delgado, con el pelo rubio ondulado y brillantes ojos azules, vestía un traje blanco con una camisa de cuello abierto del mismo color. Se movió tan silenciosamente que el Padre Napoli no detectó su llegada hasta que su sombra se proyectó sobre la mesa.

–El Padre Napoli, supongo... –dijo. No había duda de que su voz, grave y brillante, no era la de la llamada telefónica de la noche pasada: al menos había dos personas involucradas en aquel misterio. Se preguntó cuántos serían. Con suerte, pronto sabría la respuesta.

–El mismo –respondió levantándose y ofreciendo la mano. El apretón del joven era sorprendentemente fuerte, y sostuvo con sus ojos claros la mirada dura del sacerdote. Pocos hombres se le podían resistir más de un instante, pero el extraño ni siquiera parpadeó. Mostraba una serenidad interior que el ceño fruncido de Napoli no pudo alterar. Con un gruñido molesto y sorprendido, el padre rompió finalmente el contacto. Una breve punzada de dolor cruzó su pecho, pero la ignoró. Otro vaso de vino le ayudaría a relajarse. Tuvo la repentina sensación de que necesitaría bastantes más antes de que llegara la tarde.

–¿Usted es...? –preguntó mientras volvía a su silla. El otro se sentó enfrente y, cuidadosamente, puso sobre la mesa un maletín nuevo de cuero negro.

–Llámemme... Reuben –dijo el extraño, sonriendo–. Como el sándwich.

–Había un Reuben en la Biblia –dijo el Padre Napoli–. Es un buen nombre.

–El primogénito de Jacob –respondió el extraño con suavidad–. La fuerza de su padre. Uno de los fundadores de las doce tribus de Israel.

–Conoce el Viejo Testamento –dijo el sacerdote–. No es muy normal entre los jóvenes de hoy en día.

–Tengo una memoria excepcional, –respondió Reuben con media sonrisa–, y no soy tan joven como parezco.

–¿Un vaso de vino? –preguntó el Padre Napoli mientras se servía.

–No, gracias –respondió Reuben–. No bebo vino. –Se detuvo por un momento, como si estuviera esperando una respuesta del sacerdote. Al no recibir ninguna llamó al camarero–. Una coca-cola, por favor. Y la carta.

–No hemos venido aquí para comer –protestó el otro.

–Es cierto –dijo Reuben–, pero la conversación fluye más fácilmente con la buena comida. Además, tengo hambre. He pasado casi toda la noche viajando. La comida de avión podrá satisfacer a algunos, pero no a mí. Necesito sustancia –Rió entre dientes–. Después de todo, será usted el que más hable...

El sacerdote asintió, pensando a toda velocidad. La cosa iba bien, ya que los Vástagos no comían, no bebían y tampoco toleraban la exposición a la luz del sol. No había duda de que aquel extraño era humano... y no muy listo.

El comentario de Reuben sobre su viaje era perfecto. El Padre Napoli confiaba en que el equipo del micrófono ya estuviera llamando al aeropuerto. Comprobar los vuelos que habían llegado la pasada noche no llevaría mucho tiempo, especialmente si las autoridades del Vaticano estaban detrás de la petición. Antes de que el almuerzo terminara la Sociedad de Leopoldo ya conocería la verdadera identidad de Reuben y su punto de origen. Todo era muy sencillo si tenías los contactos adecuados y sabías qué botones pulsar.

–¿Tiene el dinero?

–Aquí mismo, en el maletín –respondió Reuben. Se inclinó y lo

colocó sobre la mesa. Insertó una pequeña llave y abrió la cerradura. Después, cuidadosamente, levantó la tapa unos centímetros.

El Padre Napoli no pudo reprimir un sofoco. El maletín de cuero estaba lleno de ordenados montones de billetes de 100 dólares.

--Veinte millones de dólares en divisa estadounidense --dijo Reuben en voz baja. Cerró la tapa y la cerradura, volviendo a poner el maletín bajo de la mesa--. Y habrá más, mucho más, si quedo satisfecho con su respuesta a algunas preguntas.

--¿Si queda satisfecho usted --preguntó el Padre Napoli intentando averiguar más-- o su jefe?

Reuben se limitó a sonreír y no dijo nada. Con un gesto de la mano llamó al camarero y pidió un plato de espagueti con salsa de carne. El Padre Napoli declinó educadamente. Muy rara vez almorzaba, ya que le hacía sentirse pesado. Sólo necesitaba vino tinto. Le ayudaba a mitigar el dolor del pecho. Se sirvió otro vaso.

--¿Qué preguntas? --dijo cuando el camarero se retiró--. Estoy a su disposición.

--Los Vástagos --dijo Reuben. El sol del mediodía hacía brillar sus ojos azules--. Los hijos de Caín. Su Orden los ha perseguido desde la Edad Media. Nadie en el mundo sabe más sobre ellos que la Sociedad de Leopoldo. Cuénteme la historia de los Vástagos.

El sacerdote frunció el ceño. No esperaba otra cosa, pero eso no significaba que le gustara.

--Hay algunos secretos que no puedo revelar, no sin el permiso de Monseñor Ameliano.

--Entiendo --dijo Reuben. Asintió cuando el camarero le trajo una ensalada y una coca-cola--. Hable. Ya decidire luego si necesito saber más.

--¿Por dónde quiere exactamente que comience? --preguntó el Padre Napoli--. Los Vástagos han existido desde la creación de la humanidad. Son la semilla del mismísimo Satanás. Aunque aseguran descender de Adán y Eva, en la Sociedad sabemos que no es así. Son instrumentos del mal, tan antiguos como el hombre, y su historia es compleja.

Reuben rió entre dientes.

--Comience por el principio. Por Caín. Pero por favor, siéntase libre de resumir.

--¿Resumir? --respondió sarcástico el Padre Napoli. Se sirvió otro vaso de vino, vaciando la botella. Con un gesto pidió otra al camarero--. ¿Cómo se resumen diez mil años de absoluta maldad? Es

imposible, pero déjeme intentarlo.

El sacerdote bajó la voz. Aunque seguía siendo claro y soleado, el día ya no parecía tan cálido ni agradable.

–Trece clanes vampíricos gobiernan en secreto el mundo, y lo han hecho desde el comienzo de la historia escrita. Su número es escaso. Son inmortales, pero no indestructibles, y se denominan a sí mismos los Vástagos porque todos ellos trazan sus orígenes hasta un ancestro común. Usted lo nombró: Caín, el Tercer Humano. Era el primer hijo de Adán y Eva, pero fue tentado por Lucifer, el Caído. En su debilidad se rindió a las palabras de Satanás y se convirtió en el primer asesino... y en el primer vampiro.

El Padre Napoli inspiró profundamente. Reuben parecía tranquilo a pesar de las revelaciones, como si no fueran nuevas para él. Por enésima vez desde la noche anterior, el sacerdote se preguntó quién era aquel hombre, o lo que era más importante, a quién representaba.

–Por matar a su hermano Caín fue maldecido por Dios con la marca de la bestia. No se trataba de una señal física, sino mental. Había traído el asesinato al mundo, y mediante el asesinato se vería obligado a sobrevivir. Mientras matara y bebiera la sangre de sus víctimas, permanecería vivo. Era inmortal. Se convirtió en el símbolo eterno del monstruo que se esconde dentro de todos los hombres. Satanás estaba complacido. Además, la sangre le proporcionaba poderes con los que los mortales no podían rivalizar. Necesitaba esas habilidades sobrenaturales para sobrevivir al odio y al desprecio que encontraba allá donde iba. Lucifer se burló de él, haciendo que se sintiera resentido con Dios. El Tercer Mortal sufrió inmensamente bajo el peso de su maldición. Solo, acosado por los demonios, anhelaba a otros con los que compartir su pesar.

El Padre Napoli hizo una pausa dramática y bebió un sorbo de vino. Aunque había contado la historia cientos de veces a los nuevos reclutas de la Orden, aún se sentía fascinado por ella. Además de ser el relato del mal personificado, era terriblemente cierta.

–Fue entonces, en esta oscura desesperación, cuando Caín aprendió de Satanás un monstruoso secreto. No tenía por qué soportar solo su condena, sino que podía transmitir su sufrimiento a otros. Lucifer, como burla del amor humano, llamó *Abrazo* a este impío ritual. Una gota de la sangre del Tercer Humano dada a una de sus víctimas en el momento de la muerte la transformaba en un monstruo inmortal, un vampiro. Estos chiquillos, como se dio en llamar a la terrible progenie, no eran tan poderosos como su sire pero aun así

tenían a su disposición una considerable fuerza. Animado por Satanás, Caín creó a tres de estos monstruos. Los no muertos vivieron junto a su creador en la primera ciudad, Enoch, donde eran adorados como dioses por los humanos. Eran vampiros inmortales, Caín y su camada. Satanás reía triunfante.

–La segunda generación –interrumpió Reuben–. Caín era la primera. Los tres que le siguieron formaban la segunda.

–Exacto –dijo el Padre Napoli–. Y con el tiempo también ellos, alentados por Lucifer, concedieron el don de la vida eterna a un selecto grupo de sus víctimas, pues la segunda generación aprendió del Malvado que cualquier vampiro podía pasar su maldición a sus presas por medio del mismo ritual empleado por Caín. Una gota de su sangre dada a un moribundo creaba un nuevo chiquillo. Estos monstruos también tenían poderes más débiles que los de sus sires, ya que estaban aún más alejados de la primera generación.

–En diez mil años, ¿cuántas de esas generaciones ha habido?
–preguntó Reuben sonriendo al camarero que le traía su plato de pasta.

El Padre Napoli esperó a que volvieran a estar solos antes de responder.

–Doce, quizá trece. La maldición de Caín se ha hecho tan débil en estos últimos vampiros que apenas poseen poderes sobrenaturales. Son molestias menores, abominaciones a los ojos de Dios que deben ser destruidas, pero la Orden de Leopoldo no suele perder el tiempo cazándolos. A nosotros nos preocupan los de las generaciones anteriores. Los Vástagos antiguos son nuestra presa, la semilla del Diablo, los auténticos enemigos de los creyentes.

–Deliciosos –murmuró Reuben al probar los espagueti. Parecía tan interesado en la comida como en la conferencia del Padre Napoli–. Continúe, por favor. Me estaba hablando sobre la tercera generación.

–Eran trece –siguió el sacerdote mientras se rascaba confuso el espeso cabello. Esperaba que sus compañeros pudieran encontrar un sentido a aquella travesura. Desde luego, él era incapaz–. Los chiquillos de la segunda generación... ellos fueron los verdaderos fundadores de la raza de los Vástagos, ya que estos Antediluvianos eran ambiciosos. La culpa de Caín no significaba nada para ellos. No conocían a Dios Nuestro Señor, sólo a Lucifer, el Ángel Oscuro. Por tanto, no sentían remordimiento ni vergüenza por los actos del sire de sus sires. De este modo, incitados por Satanás, repitieron el crimen del Tercer Humano: se alzaron contra sus padres y los destruyeron.

En aquella gran batalla Enoch fue arrasada y Caín desapareció para no volver a ser visto. La tercera generación reinaba suprema. Construyeron una Segunda Ciudad habitada por esclavos humanos y gobernaron con la ayuda de su nueva prole, monstruos de la cuarta generación. Durante dos mil años los Antediluvianos mantuvieron encadenada a la humanidad. Entonces, una mañana, ésta se alzó contra sus amos, pues los vampiros eran inmortales pero no indestructibles. La luz del sol y el fuego acabaron con ellos... --el sacerdote rió de forma desagradable-- y la *decapitación*. Como ocurrió con Enoch, la Segunda Ciudad fue arrasada. Lo que quedó de los Vástagos se dispersó por todo el mundo. La tercera generación, que para entonces ya era increíblemente antigua, desapareció. Muchos la creyeron destruida. Otros, más sabios, sospechaban que los Antediluvianos no habían hecho más que esconderse: después de varios miles de años de existencia necesitaban un descanso. Las leyendas de los Vástagos aseguran que la tercera generación se encuentra en un sueño cataléptico conocido como letargo, oculta en tumbas repartidas por todo el mundo. Según estas historias, algún día estos vampiros despertarán y el universo de los no muertos temblará hasta los cimientos. --El sacerdote escupió al suelo--. La semilla del diablo... su regreso fue profetizado en las *Revelaciones de San Juan*.

--¿Qué ocurrió con la cuarta generación? --preguntó Reuben. Ya había terminado los espagueti y estaba bebiendo tranquilamente su refresco--. ¿Sobrevivieron muchos a la caída de la Segunda Ciudad?

--Algunos --respondió el Padre Napoli--. Estos Matusalenes, pues también ellos tenían mil años de antigüedad, se ocultaron. Comprendieron que la supervivencia de los Vástagos dependía de que los humanos los creyeran exterminados, por lo que instituyeron lo que se conocería como la Mascarada, que exigía a todos los vampiros que escondieran su existencia a la humanidad. El castigo por la violación de esta ley era la muerte. Los siglos pasaron y, con el tiempo, los mortales olvidaron que los vampiros eran reales. Se convirtieron en criaturas del mito y la leyenda, justo como había sido planeado. Entonces, y sólo entonces, la cuarta generación creó nueva prole. Después de la quinta generación llegó la sexta, luego la séptima y así continuó a lo largo de las edades. Surgieron trece clanes, cada uno poseedor de ciertos rasgos y características de los Antediluvianos de la tercera generación que habían sido sus fundadores originales. Trabajando en secreto y guiados por Lucifer y sus secuaces, estas familias vampíricas tramaron, lucharon, negociaron y conspiraron por

el control de la Tierra. Utilizando sus poderes sobrenaturales se convirtieron en los dueños secretos del mundo. Ellos eran los Vástagos y la humanidad, sus víctimas desprevenidas, mero ganado.

–Pero si cada vampiro puede crear a todos los que quiera el planeta debería estar lleno de monstruos –protestó Reuben con una mirada divertida–. ¿No demuestra eso que toda la historia no es más que un mito?

El Padre Napoli sacudió la cabeza. Se sentía un poco confuso. Demasiado sol y demasiado vino a estas horas del día.

–Los Vástagos no son estúpidos. La Mascarada no es más que una de sus leyes. Tienen Seis Tradiciones que gobiernan los principales aspectos de sus vidas, y uno de los edictos más importantes controla la creación de nuevos vampiros. Los antiguos de los trece clanes vigilan cuidadosamente el número de Vástagos para no agotar la reserva de alimento. No olvides, mi joven amigo, que *nosotros* somos su comida. La regla es uno de esos monstruos por cada diez mil humanos, lo que nos indica que debe haber de largo más de cien mil sanguijuelas repartidas por el mundo.

–Una minoría discreta pero extremadamente influyente –rió entre dientes Reuben–. Sin embargo, a pesar de sus grandes poderes los vampiros no pueden operar durante el día, ya que la luz solar los destruye. Me cuesta comprender cómo pueden mantener sometida a la humanidad si son tan vulnerables. ¿Cómo explica esa inconsistencia?

–Traidores –escupió el Padre Napoli–, adoradores de Satanás, humanos dispuestos a traicionar a los suyos a cambio de la vida eterna, condenados como sus impíos maestros... Se los conoce como *Ghouls*.

El sacerdote hizo una pausa, tratando de recobrar la compostura.

–Una gota de sangre de vampiro dada a una víctima moribunda transforma a ésta en un no muerto. Asesino y presa se convierten en sire y chiquillo. La misma *vitae*, suministrada a intervalos regulares a un humano ordinario, detiene el proceso de envejecimiento. También otorga una fuerza extraordinaria y poderes sobrenaturales menores, pero el precio que el Vástago pide a cambio es un servicio eterno. Estos ghouls son capaces de operar durante el día, realizando tareas imposibles para sus amos. Inmortalidad a cambio de libertad.

–Un trato con el diablo es difícil de rechazar –señaló Reuben sombrío. Pidió al camarero otra coca-cola–. Con unas preguntas más creo que mi curiosidad se verá satisfecha. Hábleme sobre la

Camarilla. Y sobre el Sabbat...

El sacerdote rió burlón. Apenas quedaba un poco de vino en la segunda botella, pero lo bebió ansioso. Tanto hablar le había dejado la boca seca.

–Existen dos grandes sectas –declaró–. La Camarilla cree que los Antediluvianos sufrieron la Muerte Definitiva cuando la Segunda Ciudad fue destruida. Opina que la amenaza básica contra los Vástagos procede de la posibilidad de que los humanos descubran algún día que los vampiros son reales. La Mascarada gobierna sus acciones. Son los descendientes de Caín más tradicionalistas. Su culto está formado por siete grandes clanes: los Ventrue tienen el poder y son los líderes extraoficiales de la secta; los Toreador están involucrados en las artes; los Tremere son una línea de vampiros hechiceros que tuvo un gran poder en la Edad Media; los Nosferatu son de aspecto monstruoso, ya que su líder fue maldecido por Caín. Se rumorea que parte de su progenie, de la cuarta generación, son seres grotescos conocidos como *Nictuku*. Los Malkavian son tramposos, aparentemente locos pero probablemente más astutos de lo que nadie imagina; los Brujah son rebeldes por naturaleza, mientras que los Gangrel, maestros cambia-formas, mantienen vínculos cercanos con los gitanos y los hombres lobo.

Reuben dio un sorbo a su refresco y no dijo nada. Había venido a escuchar, no a hacer comentarios.

–Los miembros del Sabbat son los rebeldes de la sociedad vampírica. Mi Orden considera que es la más peligrosa de las dos sectas. Dos clanes principales, los Lasombra y los Tzimisce, ostentan el poder. Casi todos los demás clanes están representados por pequeños grupos de rebeldes conocidos como *Antitribu*. Los líderes del Sabbat mantienen firmemente que la tercera generación vive y que, por motivos desconocidos, está manipulando a sus descendientes. –El sacerdote bajó mucho la voz–. Temen un inminente Armagedón al que denominan Gehena, un tiempo en el que los Antediluvianos despertarán para tomar el control de los Vástagos. El Sabbat sospecha que esta tercera generación planea devorar a sus descendientes.

–Cuanto más tiempo sobrevive un vampiro –añadió Reuben con expresión inmutable–, más potente es la sangre que necesita para sobrevivir. La *vitae* humana ya no satisface a los Vástagos de la tercera y la cuarta generación. Necesitan un estimulante más poderoso. Sólo la sangre de sus descendientes, de otros vampiros,

puede aplacar su sed infernal. Se han convertido en caníbales.

–Correcto –dijo el Padre Napoli sin mostrar sorpresa por esta inesperada revelación de su interlocutor–. Nadie sabe con certeza si los Antediluvianos aún existen o si se convirtieron el polvo hace milenios. Sin embargo, si sólo estuvieran durmiendo, cuando despertaran después de edades enteras sin sustento su hambre sería infinita.

–Sólo nombró nueve cultos –dijo Reuben cambiando de tema–. ¿Qué hay de los otros?

–Tenemos a los Ravnos, una sociedad de parias y vagabundos –recitó el Padre Napoli usando los dedos para contar los pocos que quedaban–. Luego están los Assamitas, una orden de asesinos temida incluso entre los suyos. Los Seguidores de Set adoran a un aletargado horror egipcio de la tercera generación. Por último, no debemos olvidar a los Giovanni, otro clan relativamente reciente al que sólo le interesan dos cosas: la muerte y el dinero.

–Bien –dijo Reuben depositando sobre la mesa su vaso vacío–. Ahora conozco a todos los clanes, pero no sé nada sobre sus mutuas relaciones.

Los ojos azules del joven brillaban con la intensidad de un fuego interior.

–¿Qué es la Yihad? –preguntó.

El Padre Napoli se sentía muy extraño, pero creyó que tenía que responder. Era extremadamente importante tanto para él como para la Sociedad de Leopoldo que contestara a todas las preguntas de Reuben. *Extremadamente* importante.

–Una leyenda entre los vampiros –dijo el sacerdote–. Es el nombre que se le da a una guerra que presuntamente lleva milenios librándose. La mayoría dice que los contendientes son los pocos miembros supervivientes de la cuarta generación, los Matusalenes, que emplean a sus desprevenidos chiquillos como peones. Son seres de increíbles poderes sobrenaturales que tratan de lograr el control absoluto de la Tierra por motivos desconocidos. Otros aseguran que la Yihad es en realidad un juego de la tercera generación, que manipula desde las sombras a los Matusalenes. El mundo de los Vástagos está lleno de traición y engaño. Recuerda que Lucifer, su señor, es el Padre de las Mentiras. Las ruedas giran dentro de ruedas que a su vez giran dentro de otras ruedas. Sólo los Antediluvianos, si realmente existen, saben la verdad.

–En ese punto –dijo Reuben–, podría estar equivocado.

El joven pidió la cuenta.

–¿Hay algo más, cualquier asunto de importancia sobre los Vástagos que usted crea que yo debiera saber? ¿Quizá sobre el Inconnu? ¿O sobre los recientes incidentes en Rusia y Perú?

El Padre Napoli sacudió la cabeza.

–¿Inconnu? ¿Rusia? ¿Perú? No, no sé nada. ¿Por qué lo preguntas?

–Sólo quería conformar algunas de mis propias sospechas –dijo. Sacó unos billetes de la cartera y pagó al camarero—. Es hora de irme. Ya me ha dicho todo lo que quería saber.

El joven se puso en pie.

–No hace falta que se levante, por favor. Gracias por su tiempo, Padre Napoli. Agradezco la información que me ha dado, aunque creo que sus opiniones sobre el diablo enturbian un tanto la narración. Ese ha sido siempre el problema de la Inquisición. Se preocupan ustedes demasiado por los demonios y demasiado poco por el mal. Lo lamento, pero no puedo permitirle que hable con nadie de nuestra conversación, especialmente con sus superiores en la Sociedad de Leopoldo. Que Dios lo tenga en su gloria.

Ninguno de los cinco agentes de la Sociedad que había en el restaurante vio marcharse a Reuben, y tampoco recordar más tarde su aspecto. La cinta del micrófono direccional estaba completamente en blanco, y ninguno de los técnicos que trabajaban en el puesto de escucha recordaba una sola de las palabras que presuntamente habían grabado.

El Padre Napoli permaneció inmóvil en la mesa hasta que, pasados quince minutos, un camarero preocupado se acercó para preguntar si había algún problema. Descubrió, para su horror, que el sacerdote estaba muerto.

Según un informe secreto preparado por un grupo de investigadores había fallecido víctima de un ataque cardíaco... pocos minutos después de sentarse en la mesa a mediodía. Nadie pudo explicar (ni se intentó dar con una respuesta) cómo un hombre muerto había conseguido beberse dos botellas de vino. El maletín negro hallado bajo la mesa estaba vacío.

PRIMERA PARTE

[«Hay algunos secretos que no deberían ser contados. Los hombres mueren por la noche en sus camas aferrando las manos de confesores fantasmales y mirando piadosamente sus ojos. Se marchan con desesperación en el corazón y convulsiones en la garganta al recordar el horror de misterios que nunca deben ser revelados.»

Edgar Allan Poe, "El Hombre entre la Multitud"]

1

San Luis: 10 de marzo de 1994

Alguien lo estaba siguiendo. Un sexto sentido, resultado de años de trabajo como detective, advirtió a McCann de que alguien lo observaba... e iba tras él.

Maldijo en silencio. Se apoyó contra un edificio cercano y se rascó el tobillo de forma casual. Al tiempo barrió la calle con una mirada relajada. Era tarde, casi medianoche, pero en la zona de ocio "adulto" de San Luis las cosas comenzaban a calentarse.

Había muchísima gente en las aceras. Hombres y mujeres, blancos y negros, todos parte de la clientela habitual de la noche entre semana. Las prostitutas baratas vestidas de cuero negro que exhibían sus encantos se mezclaban con las de clase alta, envueltas en sedas. La situación económica no era buena y todas esperaban ansiosas algún cliente. Adolescentes y universitarios buscaban sus drogas y negociaban con los camellos para conseguir el mejor precio. Borrachos con el rostro enrojecido suplicaban por un cuarto para pasar la noche mientras los chicos harapientos ignoraban el toque de queda

y bailaban en las esquinas, impacientes por crecer.

Todos, jóvenes y viejos, tenían algo en común: ninguno expresaba el menor interés por la figura inmóvil de Dire McCann.

Con un suspiro contrariado, el enorme detective sacudió la cabeza. Los amigos no te siguen los pasos, sólo los enemigos. Trató de recordar a todo aquel al que había insultado o fastidiado últimamente. La lista no era demasiado larga, ya que desde hacía un tiempo no tenía mucha relación con los bajos fondos de San Luis. Había pasado gran parte de los últimos seis meses viajando por los Estados Unidos, atando cabos sueltos de su vida privada. Los pocos trabajos en la ciudad habían sido para Alexander Vargoss, un rico y poderoso industrial, y en estos encargos no se había cruzado con el jefe de ninguna banda ni con los capos mafiosos que dirigían gran parte de la próspera comunidad criminal de San Luis.

McCann no creía que su perseguidor tuviera nada que ver con sus trabajos para Vargoss. Nadie con un mínimo de inteligencia, ni siquiera los principales delincuentes, molestaba al misterioso empresario o interfería en sus planes. Además de ser increíblemente rico y de tener contactos tanto en el departamento de policía como en la oficina del alcalde, era el vampiro más poderoso de la ciudad. En el argot de los Vástagos era el Príncipe de San Luis y, como los antiguos príncipes medievales de los que procedía el término, gobernaba con mano de hierro. Cualquier vampiro o mortal lo suficientemente estúpido como para cruzarse en su camino terminaba muerto... de forma Definitiva.

Los misterios molestaban a McCann, especialmente cuando tenían que ver con él. Aunque poseía una paciencia extraordinaria, nunca retrasaba lo inevitable. Como decía una y otra vez a sus conocidos, le gustaba mirar al diablo a la cara. A veces esta política terminaba en derramamiento de sangre, pero a pesar de considerarse un tipo tranquilo no era ajeno a la violencia. Cuando era necesario podía ser bastante mortífero.

Se estiró el abrigo y comenzó a caminar de nuevo. Fuertemente apretada en una mano llevaba una pequeña caja y un montón de cartas que acababa de recoger en el servicio de veinticuatro horas donde recibía su correo. Debido a su extraño horario y a sus prolongadas ausencias de la ciudad prefería no utilizar una estafeta normal; los funcionarios tenían la mala costumbre de robar cualquier cosa que pareciera mínimamente valiosa. Pagaba más por el servicio, pero tenía garantizada la seguridad de cualquier envío.

Los primero que había hecho aquella noche después de varias semanas en la carretera fue pasarse por su despacho. Sólo había algunos mensajes en el contestador, nada de importancia. Como la brisa procedente del río hacía la temperatura muy agradable para aquella época del año, había decidido caminar las cinco manzanas que lo separaban de su servicio postal. Necesitaba sacudirse el entumecimiento de sus viejos y cansados músculos. La *certeza* de ser seguido no había llegado hasta después de recoger sus cartas, lo que le sorprendió. Que hubieran montado una vigilancia para encontrarlo significaba una inversión prolongada de tiempo y recursos. Se preguntó quién iría tras él, y porqué. Tenía intención de descubrirlo.

A su izquierda apareció la oscuridad de un estrecho callejón.

Suavemente, sin romper el ritmo, giró y se introdujo en él. Estaba delimitado por sendos muros de ladrillo de seis metros de altura, exactamente como recordaba. Era el lugar idóneo para una emboscada.

El investigador medía más de un metro noventa y pesaba casi ciento diez kilos, pero se movía con una inusitada agilidad. Corrió por el callejón, acostumbrándose rápidamente a la penumbra. A unos diez metros de la avenida había un giro a la derecha que conducía hasta una oscuridad casi total. La única iluminación procedía de la pálida luz de la luna, que apenas se filtraba entre los tejados. Las ratas se daban un festín entre las pilas de basura acumulada de varios días, pero se escabullían a su paso.

McCann reprimió un bufido de disgusto. Esa era la idea de mantener los barrios limpios. Las calles principales tenían buen aspecto, pero a la vuelta de la esquina reinaba la decadencia. Los años de corrupción habían hecho mella en los servicios urbanos básicos, y San Luis no era muy diferente de cualquier otra gran ciudad: los ricos y famosos disfrutaban de todos los beneficios de la vida moderna, mientras los pobres y la clase media se conformaban con las migajas. En realidad las cosas nunca cambiaban, pensó McCann mientras observaba los muros, al menos no desde que él tuviera uso de razón.

Al fin el detective dio con una puerta que se ocultaba tras una pila de basura que le llegaba a la cintura. Asintió satisfecho y se dirigió hacia ella. A unos diez pasos el callejón terminaba en una valla de seguridad de acero de cuatro metros de altura. Sin un solo ruido, llegó hasta el umbral. Desde allí nadie podría verlo. Esperó.

Abrió el abrigo y sacó su arma. Muy pocos humanos sabían de los

Vástagos. Algunos, como él, trataban con ellos de forma regular, por lo que era perfectamente consciente de su fuerza sobrenatural. También eran más rápidos que los mortales. Aunque no eran invulnerables, matarlos era prácticamente imposible. Sin embargo, aunque eran capaces de regenerar cualquier daño o miembro perdido, les llevaba bastante tiempo. Con la potencia de fuego suficiente se los podía incapacitar.

Por eso, en vez de llevar una .45 automática o un Magnum .375, McCann utilizaba una pistola ametralladora Ingram Mac-10. Medía menos de treinta centímetros y podía disparar sus treinta balas del calibre .45 en una sola ráfaga. El impacto era capaz de despedazar a un hombre normal y de derribar a un vampiro. En el duro mundo del crimen en el que operaba esa arma había demostrado ser una herramienta extremadamente efectiva.

Pasó casi un minuto antes de que su perseguidor se mostrara. La figura, agazapada entre las sombras, era la de un hombre bajo y robusto de unos treinta y cinco años y rasgos oscuros, crueles. Vestía un jersey marrón y vaqueros gastados. Parecía desarmado. Las apariencias, como bien sabía McCann, engañaban. Empuñó su arma con fuerza.

—¿Has perdido algo, hermano? —preguntó mientras salía del umbral. El extraño se detuvo y se volvió lentamente. Les separaban menos de dos metros. Los ojos del hombre se abrieron confusos cuando vio la ametralladora en la mano izquierda de su presa. El cañón, que se abría ancho como las puertas del infierno, apuntaba directamente a su estómago.

—McCann, ¿no? —preguntó con voz grave y gutural. Lenta, muy lentamente, extendió las manos para demostrar que estaba desarmado.

—Ese soy yo —admitió el detective—, pero eso no tiene ninguna importancia. Lo que me interesa es saber quién...

No pudo completar la frase. La mano derecha del extraño hizo un giro inesperado. Como por arte de magia, un delgado cable salió disparado desde el brazo del hombre y se enroscó alrededor de la Ingram. El investigador fue cogido completamente por sorpresa. Antes de que pudiera apretar el gatillo el arma salió volando de sus manos, desapareciendo junto con el cable entre la basura. El detective estaba desarmado y tenía que luchar por su vida.

Libre de la amenaza de la ametralladora, el misterioso perseguidor atacó con una ferocidad que hizo tambalearse a McCann.

Una serie de salvajes patadas de karate en el pecho le obligaron a retroceder. Las botas con puntera de acero parecían martillos golpeando su cuerpo. Con un gruñido grave, el asesino saltó para intentar dar una patada en la sien a su contrincante. La fuerza era suficiente para partirle el cráneo como una cáscara de huevo, pero no acertó.

Moviéndose con cegadora velocidad, el detective se agachó para evitar el golpe mientras extendía los brazos hacia arriba. Consiguió atrapar la pierna del agresor con ambas manos y la retorció lo más fuerte que pudo. El hombre gritó cuando el cartílago y el músculo de la rodilla explotaron. Aullando de dolor, cayó derrumbado.

Atento a cualquier otra sorpresa, McCann giró alrededor del herido hasta colocarse detrás de su cabeza. Un golpe rápido y brutal con la caja de madera que había llegado en el correo dejó al atacante inconsciente. Doliéndose de sus costillas magulladas buscó su arma por el callejón, recuperando también el cable. Era un delgado hilo de fibra de vidrio negra con tres nudos para aplastar la traquea. El arma fusionaba con éxito la tecnología moderna con los antiguos sacrificios rituales.

También servía como una buena cuerda para atar las manos del asesino detrás de su espalda. Al recuperar éste el conocimiento (ayudado por varias bofetadas) se encontró sentado y bien sujeto, con la espalda apoyada contra uno de los muros del callejón. Gimió de dolor cuando McCann, en cuclillas cerca de él, le golpeó la rótula herida con la Ingram.

–Es hora de que tengamos una pequeña charla –dijo el detective con tono divertido–. No me gusta que me sigan, y lo que de verdad me desagrada es que traten de matarme. Quiero saber porqué, y lo quiero saber ya.

–No hablaré –respondió hoscamente el hombre–. Le exijo que me entregue a las autoridades. Quiero un abogado.

McCann sonrió.

–Lo más divertido de esta parte de la ciudad es que la poli no se dejan ver muy a menudo. Suponen que cualquiera lo suficientemente loco como para venir por aquí se merece lo que le ocurra. –Dio unos golpecitos con el cañón del arma en la rodilla ilesa del prisionero–. Estás solo, amigo mío. Aquí estamos aislados, y nadie nos verá ni oirá nada. No hay polis, no hay abogados... Sólo tú y yo. Y mi arma.

El sudor empezó a caer por el rostro del asesino mientras miraba los ojos animados de McCann y el cañón de la Ingram. El detective se

sentía a disgusto perdiendo el tiempo con aquel payaso. Hacía falta mucho más que una amenaza velada para preocupar a un verdadero profesional. Aquel hombre no valía nada. Había sido contratado como mera diversión...

¡Un señuelo! La idea llegó tan súbitamente como la sensación de estar siendo observado. Se lanzó de inmediato al suelo en la oscuridad. A seis metros de distancia, en la esquina del callejón, rugió una automática de gran calibre. Una decena de proyectiles acertó en el pecho al prisionero, sacudiendo su cuerpo en una horrible danza de la muerte. Aquellas balas estaban destinadas a McCann, y el cebo había sido la vida de aquel pobre diablo.

Apretando el gatillo de la Ingram, el detective respondió con una inútil ráfaga. Estaba seguro de que su oponente ya se habría alejado de la escena. Golpea rápido y muévete. Ese era el procedimiento operativo del verdadero profesional. Nunca pierdas el tiempo en charlas sin sentido y en segundos intentos. Esos errores eran para los aficionados, como el hombre muerto que había tirado contra la pared. El verdadero asesino habría desaparecido.

Un ruido breve y apagado y un destello de cuero blanco le indicaron a McCann que había llegado a la conclusión equivocada. El detective sacudió atónito la cabeza. La noche ocultaba demasiadas sorpresas para su gusto.

Tres figuras aparecieron bajo la luz de la luna. La primera era un hombre alto y de porte aristocrático cuyo rostro parecía tallado en piedra. Vestía un traje negro y una camisa blanca, corbata roja de lazo y faja del mismo color. Le pareció el atuendo de alguien recién salido de una boda... o de un funeral. Sin embargo, sabía que era mejor mantener la boca cerrada. Nadie se atrevía a insultar a Alexander Vargoss, antiguo del clan Ventrue y príncipe vampiro de San Luis.

A su espalda había dos rubias platino prácticamente idénticas. Los ajustados trajes de cuero blanco se pegaban a sus voluptuosas curvas como una segunda piel. Los pómulos altos, ojos negros y labios gruesos y sensuales les daban un aire depredador. McCann ya se había encontrado con ellas. Eran Fawn y Flavia, las guardaespaldas gemelas de Vargoss, silenciosas y mortales. No hablaban nunca, y tampoco actuaban sin una orden directa de su patrón Ventrue. Las hermanas, asesinas Assamitas, disfrutaban con su apodo: los Ángeles Oscuros de los Vástagos.

Fawn sostenía sin esfuerzo el cuerpo de un hombre en sus brazos. La pálida luz blanquecina se reflejó en la horrorizada

expresión del cadáver. Una sombra de sangre cubría el labio superior de la mujer, que se limpió con un movimiento de su larga lengua. Luego sonrió seductora a McCann.

El detective tembló. Aunque aparentaban poco más de veinte, sabía que las gemelas tenían en realidad cientos de años. Las dos se burlaban de vez en cuando de él con gestos sugerentes. Parecían disfrutar simulando que aún había pasión dentro de sus formas perfectas, pero no engañaban al detective.

Además de la comida y la bebida, los vampiros tampoco anhelaban el sexo. Para ellos el orgasmo definitivo era la sangre caliente; los placeres carnales no tenían mucho significado. Sin embargo, había oído historias sobre Vástagos que habían tomado amantes mortales en un intento desesperado por recuperar parte de su humanidad perdida. La idea le hizo retorcerse de asco.

—Nos dirigíamos hacia tu oficina cuando te vimos entrar en el callejón —dijo Vargoss secamente—. Te seguían dos maleantes vulgares. Nos quedamos en las sombras, suponiendo que preferirías que no interviniéramos, pero cuando tu adversario decidió escapar le ordené detenerse —Vargoss sacudió la cabeza fingiendo desesperación—. El muy estúpido decidió apuntarme con su arma y Fawn, por supuesto, reaccionó.

—Por supuesto —repitió McCann mientras se inclinaba para revisar los bolsillos del primer matón. No llevaba nada, como era de esperar.

La mujer arrojó al suelo al otro, que también fue registrado. Tenía una cartera con quinientos dólares. Nada más. El detective se guardó el dinero y la cartera, para inspeccionarla más tarde.

—Podías haberme avisado antes de que comenzara a disparar —dijo mientras recogía su correo del umbral.

Juntó los cadáveres contra la pared. Antes o después la policía daría con ellos y serían considerados otros dos vagabundos asesinados sin motivo alguno por estar en la zona equivocada de la ciudad. En San Luis había casi cincuenta muertes sin resolver al mes, por lo que dos pordioseros más no iban a aparecer en el periódico.

—Tonterías —dijo el príncipe sonriendo—. Tenía una absoluta confianza en tu habilidad para encargarte de la situación. Las circunstancias parecen demostrar que mis esperanzas no eran erróneas.

—¿Y si no hubiera sido así?

—Hay otros humanos, McCann —respondió Vargoss—. Nunca olvides eso. Te encuentro especialmente interesante, y bastante útil a

pesar de tus limitaciones mortales. Lamentaría tu desaparición, pero no eres indispensable. Siempre hay otros para ocupar tu lugar. Dentro de quinientos años no serás más que un recuerdo agradable, pero yo seguiré aquí.

–Qué sentimientos tan encantadores –dijo el detective. Eligió sus palabras con cuidado. Vargoss apreciaba su honestidad y su sarcasmo... hasta cierto punto. Ningún vampiro de San Luis se burlaba del Príncipe de la ciudad, y mucho menos un humano, por muy divertido que fuera. McCann hacía equilibrios allí donde los horrores vampíricos temían adentrarse.

–No puedo permitirme el lujo de las emociones –declaró Vargoss, casi nostálgico–, ni el de los amigos. Los Vástagos somos una raza ambiciosa, es parte de nuestra herencia. Muchos de mis leales súbditos creen que son ellos los que deberían gobernar esta ciudad, no yo. Pierdo demasiadas noches aplastando sus patéticas tramas.

–"Intranquila está la cabeza que porta la corona" –recitó el detective.

–Shakespeare comprendía la política del poder –dijo Vargoss con una sonrisa–. Debería haber sido uno de los nuestros.

El vampiro se dio la vuelta para marcharse.

–Basta de charla. Ven al club alrededor de medianoche, McCann. Estoy atendiendo a un visitante de Europa y quiero tu opinión sobre él. Están sucediendo cosas extrañas en la antigua Unión Soviética. Cosas *extremadamente inquietantes*.

–Allí estaré –respondió el detective–. A medianoche.

Vargoss y sus Ángeles Oscuros desaparecieron, dejando a McCann en el callejón con dos cuerpos sin vida, una pequeña caja y un montón de cartas en la mano, algunas con matasellos extranjeros. Tenía una enigmática sonrisa en la cara.

_____ 2 _____

San Luis: 10 de marzo de 1994

La oficina de McCann se encontraba en la tercera planta del edificio Dempster. Constaba de una diminuta recepción y del despacho propiamente dicho. Unas grandes letras en la puerta de

cristal rezaban "D. McCann, Investigaciones". Bajo su nombre, con un tamaño mucho menor, había una advertencia: "Imprescindible cita previa".

Giró la llave, abrió la puerta exterior y encendió las luces. Le recibieron una mesilla de café con varios números atrasados de *Sports Illustrated* y tres gastadas sillas de cuero rojo. Se encogió de hombros. No era mucho, pero tampoco necesitaba nada más. Desde hacía un tiempo sus únicos clientes habían sido Vástagos, y a ninguno de ellos le importaba su gusto en decoración. Al menos, pensó con una cierta satisfacción, la mujer de la limpieza había mantenido el lugar ordenado durante su larga ausencia. Ella justificaba el enorme alquiler que pagaba. Atravesó la zona de recepción y entró en su *sanctum*. El despacho estaba dominado por una sólida mesa de roble con un completo teléfono-contestador. A un lado había una mesilla con un fax, un ordenador y una impresora de inyección. Contra una pared descansaban varios archivadores metálicos. Detrás de su sillón había una ventana que asomaba a la calle. El brillo de una farola cercana daba al lugar una cualidad misteriosa, fantasmagórica. La decoración la completaban otras dos sillas rojas iguales a las de la entrada. Nada de fotos enmarcadas con dedicatorias cordiales ni cuadros pintados en serie. McCann creía en un espacio de trabajo estrictamente funcional. Además, daba una mejor impresión a los posibles clientes.

Tiró el abrigo en una de las sillas y se dejó caer sobre su asiento. Sacó la pistola ametralladora de la sobaquera y la recargó con balas extraídas de uno de los cajones del escritorio. Considerando lo que había sucedido no parecía mala idea estar preparado para cualquier problema.

Cuando terminó comprobó el contestador automático. Desde que saliera a dar su paseo se habían producido tres llamadas. Revisó rápidamente los mensajes.

Dos eran de gente que necesitaba un investigador para un divorcio. Sacó una libreta y un bolígrafo y apuntó nombres y números de teléfono. Estos trabajos no le interesaban, pero había otro detective en el edificio especializado en problemas maritales. El hombre agradecía la ayuda y recompensaba a McCann con favores. Era un acuerdo que beneficiaba a ambos.

El otro mensaje era de un agente de seguros ansioso por venderle una póliza sanitaria. Rió entre dientes. Considerando las circunstancias, no estaba seguro de poder permitirse las primas.

Rebobinó la máquina y abrió el correo. Tiró los catálogos y folletos

directamente a la papelería y dejó a un lado las facturas para más tarde. Quedaban cinco cartas y la caja. Tres procedían de Italia, la cuarta de Australia y la quinta de Perú. La caja llegaba de Suiza.

Leyó primero la correspondencia de Venecia. Era de hacía más o menos una semana y contenía detallados informes sobre tratos financieros realizados durante los siete días anteriores. Los hechos y cifras abarcaban cientos de importantes transacciones empresariales por toda Europa y Estados Unidos. El detective revisó cuidadosamente los documentos. No había gastos extraños o injustificados, pero tampoco esperaba encontrarlos. Los cerebros del clan Giovanni eran los mayores magos financieros del mundo y vigilaban muy de cerca sus inversiones. McCann sólo quería asegurarse de ser el único que le echaba una ojeada a los beneficios. Cuanto más vivía más cauto se volvía, y aunque aparentaba unos treinta y cinco años era mucho, mucho más viejo.

A continuación abrió el sobre de Australia. Sólo contenía un recorte de un periódico de Darwin, en el Territorio del Norte, de hacía un mes. El artículo hablaba de cómo un reciente influjo de aborígenes nómadas del Desierto Tanami había dado lugar a la creación de un barrio de chabolas en las afueras de la ciudad. La policía local había intentado que volvieran a sus reservas, pero sin suerte.

Nadie tenía explicación para la inesperada migración de los nativos, y éstos tampoco querían explicar por qué habían abandonado sus hogares ancestrales e iniciado el largo camino hasta la costa. Como única respuesta señalaban en la dirección de la Cordillera Macdonell y repetían "Nucklavee, Nucklavee" una y otra vez. Por desgracia, sólo ellos parecían conocer el significado del término. La historia terminaba con el alcalde prometiendo a los habitantes que el barrio chabolista desaparecería en breve.

McCann hizo una mueca. Sabía por qué habían huido los aborígenes, pero dudaba de que los dirigentes de Darwin creyeran la respuesta, o de que les preocupara. Pensó en pedir a su servicio de noticias que buscara cualquier información relacionada, así como documentos sobre desapariciones misteriosas en el Territorio del Norte.

Sacudiendo frustrado la cabeza, abrió la carta de Perú. Una fotografía en color y una escueta nota manuscrita cayeron sobre la mesa. Tragó saliva al mirar la primera. El correo de hoy estaba lleno de malas noticias, y en dosis cada vez mayores.

Garabateadas en tinta negra en el margen de la fotografía había

unas palabras, "Hallado en la entrada de una enorme caverna, ruinas de Gran Vilaya, Perú". Mostraba la estatua de piedra de una figura demoníaca acucillada, con un deforme cuerpo femenino y el rostro de un jaguar rugiendo. A sus pies había un anillo formado por doce cabezas de piedra. A juzgar por el tamaño de éstas, el demonio debía medir al menos cinco metros.

La nota era escueta y directa. Había sido escrita por uno de los miembros del Club de Exploradores y hablaba del descubrimiento de la estatua en Gran Vilaya, en la brumosa zona de Perú conocida como "la ceja de la jungla". Se encontraba frente a una inmensa red de cavernas hasta hacía poco desconocidas que horadaban los Andes a lo largo de varios kilómetros. Nadie sabía con certeza cuál era el propósito de aquel laberinto. Varios miembros de la expedición opinaban que podría haber servido como lugar funerario ritual para la misteriosa civilización Chachapoya debido a los numerosos esqueletos encontrados en los túneles, lo que identificaría a la figura demoníaca como un guardián de los muertos. La nota terminaba esperando que McCann considerara que el dinero invertido había sido gastado adecuadamente.

El detective había contribuido con casi quinientos dólares para ayudar a financiar la expedición al Gran Vilaya. El dinero procedía de unos fondos secretos Giovanni cuya existencia, si llegara a descubrirse, sorprendería a muchos de los antiguos del clan. Los resultados justificaban de sobra los costes, aunque McCann hubiera sido más feliz si no hubiesen encontrado absolutamente nada.

La estatua no era una representación del espíritu guardián de los Chachapoyas muertos, sino de su asesino, una criatura que aborrecía toda vida llamada Gorgo, La Que Aúlla en la Oscuridad. Las cuevas vacías en Gran Vilaya indicaban que de nuevo vagaba sobre la Tierra.

Suspirando, abrió la pequeña caja de Suiza y reconoció la letra de un viejo amigo. Dentro había más de trescientas páginas fotocopias de memorandos escritos a mano y documentos clasificados de alto nivel. Era una selección de media docena de agencias europeas de seguridad diferentes, todo marcado TOP SECRET. Los informes estaban ordenados de forma más o menos cronológica. Los primeros eran de hacía aproximadamente cuatro años, pero los más recientes tenían apenas un mes.

Escrita en la primera página había una breve nota: "Pensé que encontrarías estos informes interesantes". No había firma, pero tampoco era necesaria.

Mirando el reloj McCann vio que ya eran las once y media, hora de marcharse si quería estar a medianoche en el Club Diabolique. A Alexander Vargoss no le gustaba que le hicieran esperar.

Reunió en un montón todas las cartas y papeles y los metió en el segundo cajón de su mesa. No tenía llave, pero tampoco se sentía preocupado. Sólo él sería capaz de comprender el significado de aquel material.

Se estaba poniendo el abrigo cuando sonó el teléfono. Comprobó en el aparato el número, pero no lo reconoció. Interesado por saber quién llamaría tan tarde, descolgó el aparato.

–Dire McCann –dijo mientras el contestador empezaba automáticamente a grabar la conversación.

Un hombre cuya voz no pudo reconocer habló en un tono claro y seco.

–Lameth –dijo el extraño–, cuidado con la Muerte Roja.

Sin más palabras colgó el teléfono, dejando a un sorprendido McCann con el auricular en la mano. Le había llamado Lameth, un nombre del amanecer de la historia que el detective creía olvidado hacía mucho tiempo. Él era un intrigante consumado, por lo que no le gustaban las sorpresas inesperadas, y menos de aquella magnitud.

Rebobinó nervioso la cinta. Quería escuchar otra vez aquella voz. Presionando el botón de reproducción esperó a que el hombre comenzara a hablar...

Después de un minuto y varios intentos tuvo que reconocer que el aparato no había registrado la conversación. Enfadado, comprobó la pantalla con el número de la última llamada. En blanco. Los dígitos que hacía un momento estaban allí habían desaparecido. Sorprendido, se frotó los ojos. Algún poder desconocido se estaba tomando muchas molestias para que no pudiera localizar a su interlocutor.

Apuntó rápidamente el número de teléfono de memoria. Era posible jugar con las máquinas, pero no con su mente. Una única pulsación le puso en contacto con la comisaría de policía local.

–¿Harry? Dire McCann. Sí, ya he vuelto a la ciudad. ¿Te gustó el whisky que te envié por tu cumpleaños? Genial. ¿Qué tal si me devolvieras el favor? ¿Puedes comprobar un número de teléfono? Necesito saber la dirección. Para ayer –Le dijo el número–. Esperaré.

Harry no tardó mucho en responder.

–La cabina del vestíbulo de mi edificio... –repitió el detective–. Debería haberlo sospechado. Gracias, colega, te debo otra botella.

Colgó el teléfono, se abrochó el abrigo y se dirigió hacia la salida.

Aquella cabina llevaba varios meses fuera de servicio. Frunciendo el ceño, apagó la luz y cerró la puerta.

Primero estaba el intento de asesinato en el callejón y luego los ominosos informes de todo el mundo: seres monstruosos despertando. Por último, un hombre misterioso le llamaba utilizando un nombre del pasado lejano, uno que McCann hubiera preferido que se mantuviera olvidado. El detective no creía en las coincidencias, por lo que sabía que los tres acontecimientos estaban relacionados. Pero, ¿cómo?

La voz al otro lado del teléfono le había avisado de que tuviera "cuidado con la Muerte Roja". No sabía que podría significar aquello, pero tenía la terrible sospecha de que muy pronto lo averiguaría.

_____ 3 _____

San Luis: 10 de marzo de 1994

El Club Diabolique se encontraba a pocos kilómetros de la oficina de McCann, en uno de los más antiguos parques industriales de la ciudad. Se dirigió hacia allí con su Chrysler último modelo. Se saltó tres semáforos en rojo y violó media docena de normas de circulación, pero llegó cinco minutos antes de la hora acordada.

Dejó el coche aparcado en un callejón a varias manzanas y caminó hasta el local. Antiguamente había sido un almacén abandonado, pero el edificio había sido convertido en una discoteca por un grupo de jóvenes capitalistas ambiciosos hacía ya diez años. Cuando pasó la moda el club murió, cambiando varias veces de manos antes de ser comprado por su actual propietario, Oliver Pearson. Después de meses de reformas el local abrió con un nuevo nombre, *Club Diabolique*, y una nueva actitud. Convertido en un refugio *gótico-punk* con música en vivo, una enorme pista de baile y una exclusiva planta superior "Sólo para Miembros", pasó rápidamente a ser el lugar más de moda de la ciudad.

Prácticamente ninguno de los clientes mortales sabía que también era el lugar de reunión de la pequeña comunidad vampírica de San Luis. Hasta los no muertos necesitaban un espacio para hablar y relajarse entre los suyos, y lo habían encontrado en el Club Diabolique. También era aquí, tras las puertas cerradas, donde el Príncipe de la ciudad, Alexander Vargoss, tenía su corte, dispensaba

justicia cuando era necesario y recibía a los nuevos vampiros en su territorio, como era el caso aquella noche.

McCann llegó a la puerta exactamente cuando las manecillas del gran reloj sobre la entrada se encontraban en lo más alto. Como era habitual, una multitud de clientes inquietos esperaba impaciente en el exterior.

Había gente rica, hombres de negocios jóvenes con trajes caros acompañados por jovencitas vestidas con caros y ajustados trajes de noche y tacones de diez centímetros. Aquel local era para mujeres y damas caras de la noche, no para viudas. La moral y las inhibiciones se dejaban en la puerta.

Entre todos éstos estaban los Góticos, jóvenes de actitud *punk* con poco dinero y menos esperanzas. Se sentían traicionados por un mundo destrozado por sus mayores, y su búsqueda de la identidad los había llevado por extraños caminos. Tratando de encontrar significados habían vuelto la mirada hacia la tradición gótica del siglo XIX. Su aspecto era una mezcla de cuero negro y estilo Victoriano. Muchos de ellos, desconocedores de la amarga verdad que se ocultaba tras las leyendas, fantaseaban con ser vampiros. A veces alcanzaban sus sueños, que rápidamente se convertían en pesadillas.

Se preocupaban por su aspecto. Su pelo era negro (corto y de punta, o largo y suelto) o decolorado. Utilizaban maquillaje blanco en la cara y marcaban el contorno de los ojos, dando a sus rostros un aspecto hueco y sobrenatural. La ropa solía ser amplia y negra, aunque el encaje blanco también era popular. Las faldas y vestidos, de terciopelo, solían llegar hasta la mitad del muslo, con medias de malla. La última moda era las chaquetas arrugadas con forros de color púrpura. La poca joyería que utilizaban, principalmente *ankhs* y pendientes, era siempre de plata.

McCann comprendía a los Góticos. Casi todos eran jóvenes brillantes y sensibles que trataban desesperadamente de comprender un mundo que devolvía mucho menos de lo que recibía. Solos y aburridos, habían creado una nueva subcultura basada en una visión romántica de la muerte y la decadencia. Su visión de los vampiros procedía de las novelas y películas eróticas, no de los auténticos Vástagos. Mientras pasaba a su lado musitó una silenciosa plegaria para que nunca descubrieran la verdad.

Un gigante de más de dos metros diez y casi ciento ochenta kilos guardaba la entrada. Parecía vestido de director de pompas fúnebres y exudaba un aire de amenaza contenida. Era Brutus, apodado el

Arbitro de las Almas. En términos más mundanos, el ex-luchador de lucha libre que trabajaba de portero.

Brutus controlaba la entrada en el local. Su palabra era ley y los sobornos no le afectaban. Tampoco la posición social, ni la carencia de ella. Nadie sabía con certeza los criterios que utilizaba para seleccionar a los que entraban y a los que no, ya que nunca explicaba sus motivos, y nadie se atrevía a preguntar.

McCann le hizo un gesto con la cabeza y Brutus asintió.

–Te está esperando –dijo el gigante con su voz atronadora. No tenía que decir a quién se refería. Además de ser portero y matón ocasional, Brutus era también uno de los ghouls de Vargoss.

El detective cruzó la puerta y se detuvo para acostumbrarse a la oscuridad. La iluminación baja y una densa nube de humo dificultaban la visión. La sempiterna y ensordecedora música rock hacía imposible la conversación, pero a nadie le importaba. Góticos, heleros, todos venían al Club Diabolique a que se les viera, a bailar, a beber y a olvidar sus identidades ordinarias en una noche de pecado y libertinaje.

La enorme pista estaba llena de cientos de clientes que se movían frenéticos al ritmo brutal del grupo que tocaba aquella noche. Con una sonrisa irónica McCann vio que los cuatro músicos se hacían llamar *Hijos del Apocalipsis*. Después de ver las noticias de Perú y Australia el nombre parecía de lo más apropiado.

Con el sonido golpeando sus oídos subió por la estrecha escalera que conducía a la segunda planta. Otra figura montaba guardia frente a la puerta exquisitamente tallada y con el aviso "Sólo para Miembros" que había en lo alto del rellano. Se trataba de un hombre alto y enjuto, con el pelo negro engominado y la piel tan blanca que parecía casi traslúcida. Se llamaba "Fast Eddie" Sánchez, y aunque no aparentaba más de dieciocho años se acercaba a los cien. Eddie era un Vástago, Abrazado muy joven en la frontera, a comienzos de siglo. Disponía de unos extraordinarios reflejos, amplificados por sus poderes vampíricos. Era la persona (viva o muerta) más rápida que McCann hubiera visto nunca con un cuchillo.

–Buenas noches, Eddie –dijo el detective–. ¿Qué hay?

–Esta noche nada bueno, McCann –respondió–. El jefe está dentro esperándote. Le acompaña un hechicero Tremere importante, y se dice que llegan malos tiempos.

–Parece un buen motivo para mantener afilados tus cuchillos –dijo el detective mientras Eddie le abría la puerta.

--Siempre los tengo preparados, McCann --respondió el vampiro seriamente mientras éste cruzaba el umbral.

En la sala privada había repartidas unas doce mesas redondas de cóctel, con quizá quince Vástagos y el doble de ghouls. En una pequeña barra se servía whisky para éstos y sangre, tanto humana como animal, para los no muertos. Varios Neonatos, vampiros recién Abrazados, servían como camareros.

Al fondo de la sala, en un escenario ligeramente elevado, un trío de leyendas muertas del jazz tocaba una selección de sus mayores éxitos para una pequeña pero entusiasmada audiencia. Alexander Vargoss odiaba el rock y se negaba a permitirlo en su corte. El suelo y las paredes del club privado estaban insonorizados, normalmente para mantener fuera el ruido pero en ocasiones para evitar que se oyeran los gritos del interior. McCann no era el único humano que entraba en aquel lugar, pero sí el único que salía vivo.

Aquella noche había una pelirroja impresionante cantando con el trío. Vestía un brillante traje verde de lentejuelas que dibujaba una figura prácticamente perfecta, y su voz profunda y almibarada se mezclaba a la perfección con los tres músicos. Aunque el detective estaba seguro de no haberla visto antes, su rostro le pareció vagamente familiar. Detuvo a un camarero y le preguntó:

--¿Quién es?

--Uno de los ghouls de Iverson --respondió al reconocer a McCann. Todos los Vástagos en los dominios de Vargoss conocían al humano solitario que servía como consejero a su Príncipe. El camarero le señaló a un llamativo vampiro que, sentado solo en una esquina, no apartaba los ojos de la cantante. Iverson pertenecía al clan Toreador, conocido entre los Vástagos por su obsesión con el arte. Llevaba un mes en San Luis por asuntos de negocios--. La vigila muy de cerca y no le gusta que nadie se acerque a ella. No puedo culparle, es muy buena.

--Es fantástica --añadió McCann--. Me sorprende que no la haya transformado. Desde luego, tenerla como chiquilla aumentaría su prestigio dentro del clan.

--Creo que le preocupa que pierda su sensualidad si la Abraza --respondió el camarero--. Lo entiendo.

El neonato se liberó del detective.

--Yo no perdería mucho el tiempo, McCann, parece que el Príncipe se está impacientando. Además, el Tremere con el que está es un verdadero hijo de puta.

–Sí –respondió el detective lanzando una última mirada a la cantante tratando sin éxito de recordar dónde podría haberla visto. Se encogió de hombros y se dirigió hacia la mesa habitual de Vargoss, al fondo de la sala.

–Siento llegar tarde –dijo saludando al Príncipe. Como siempre, éste estaba sentado con la espalda contra la pared. Como Wild Bill Hickok, estaba obsesionado con la idea de que lo atacaran por detrás. Considerando la ambición de sus súbditos, no podía culparlo. A ambos lados estaban Fawn y Flavia vestidas de cuero blanco, como era costumbre. El cuarto Vástago en la mesa, completamente de negro, era un hombre bajo con cara de rata, barba gris y ojos pequeños y brillantes. Según Past Eddie era un mago Tremere. Observaba a McCann con desprecio.

–¿Retrasó nuestra conversación para que viniera este... mortal? –gruñó a Vargoss, dejando claro que consideraba al detective un escalón por debajo del mono. El clan Tremere no era conocido por su habilidad social.

–Buenas noches, McCann. ¿Te parece interesante nuestra nueva cantante? –preguntó educadamente el Príncipe con su voz gélida.

Como casi todos los antiguos Ventrue, Vargoss consideraba los malos modales un insulto mortal. Que un consejero Tremere en el que confiaba hubiera intentado traicionarlo unos meses antes en una trama descubierta por McCann agravaba la situación. Consciente de haber ofendido a su anfitrión, el vampiro con cara de rata juntó nervioso las manos sobre la mesa y cerró la boca.

–Tiene talento –respondió el detective mientras la mujer terminaba su canción. Estaba ansioso por descubrir qué había traído a San Luis a aquel brujo, pero sabía que no era buena idea hacer de mediador entre dos Vástagos de clanes rivales—. No he escuchado a muchas iguales.

–Es una intérprete excepcional –dijo el Príncipe señalando a un vampiro en una mesa cercana—. Es un ghoul de Melville. Se llama Rachel Young.

Como si hubiera oído su nombre, la cantante pelirroja levantó la mirada y recorrió la sala. Durante un instante sus ojos se encontraron con los de McCann. Eran los más azules que el detective había visto en su vida. A los labios de la mujer asomó una sonrisa, y él la correspondió.

Vargoss se volvió hacia el Tremere. Su mirada era fuego y su voz parecía un cuchillo.

–Me niego a tolerar el mal comportamiento en mis dominios, Sr. Benedict, especialmente hacia uno de mis invitados, Vástago o ganado. Ha sido advertido, y no creo en las segundas oportunidades.

Hizo una señal al detective para que se sentara.

–De todos modos, McCann no me necesita para defender su honor. No es un mortal ordinario.

El Príncipe presumiendo de su mascota humana, pensó el detective sarcásticamente. Sin embargo, no era tan idiota como para defraudar a su maestro. Se inclinó hacia delante y trazó en la mesa una frase cabalística prohibida. Por un instante las letras brillaron para luego desaparecer. Los ojos de Benedict se abrieron como platos.

–¿Es un mago? --susurró--. ¿De qué tradición?

–Eutánatos --respondió McCann nombrando al infame culto de la Muerte. Varios de sus miembros cooperaban con los Vástagos, dando credibilidad a la mentira del detective.

–Mis disculpas --dijo el vampiro con cara de rata. Como casi todos los de su raza, tenía un extremo cuidado con los magos. Todos aquellos que se cruzaban en su camino solían terminar muertos de algún modo peculiar--. Soy Tyrus Benedict. No pretendía ofenderlo, ni a usted ni a su orden.

McCann asintió, tratando de no echarse a reír. Timar a Vargoss con algunos trucos de feria había sido extraordinariamente sencillo, igual que ahora con Benedict. Los Vástagos eran maestros del engaño, pero aceptaban fácilmente lo increíble. Veían complicaciones donde no había ninguna. Era un fallo básico de su personalidad que Dire McCann comprendía y explotaba de forma efectiva. Llevaba algunos milenios haciéndolo, con diferentes formas.

El Príncipe levantó la mano e inmediatamente acudió un camarero.

–Primero beberemos --dijo--. La mejor sangre para mí y para mi invitado. ¿Quieres algo, McCann?

–Nada, gracias --respondió el detective--. Tu whisky es demasiado suave para mí. Prefiero mi matarratas.

–Como desees. --Chasqueó los dedos--. Sírvenos.

El detective observó en silencio cómo los dos Vástagos vaciaban sus cócteles de sangre. Como era habitual, Fawn y Flavia se abstuvieron. Ellas preferían la *vitae* directamente de la vena.

Vargoss, con las mejillas sonrosadas, depositó su vaso sobre la mesa.

–Muy bien, Benedict. Entiendo que los antiguos de la Camarilla lo

han enviado para ponerme al día sobre los recientes problemas en Rusia. Le escucho.

–Hace poco más de tres años –comenzó el hechicero vampiro–, en la cima del inesperado ascenso de Boris Yeltsin a la autoridad suprema en Moscú, las comunicaciones con los Vástagos en la antigua Unión Soviética cesaron repentinamente. En el plazo de unos pocos días un silencioso Telón de Acero cayó sobre Rusia, como si la tierra se hubiera tragado a nuestros hermanos. Nadie estaba seguro de lo que había sucedido, pero todos opinaban que era necesario tomar medidas urgentes. Diversos grupos de investigación formados por miembros poderosos de los clanes Ventrue y Toreador entraron en el país en busca de respuestas. Ninguno regresó.

Vargoss se encogió de hombros.

–Es evidentemente que se trata de una acción del Sabbat. Los antiguos Brujah de Moscú subestimaron el descontento del ganado. Los títeres que los gobiernan gastaron demasiado dinero en armas y muy poco en comida. Sin un líder fuerte como Stalin para mantener a los campesinos a raya florecieron el descontento y la anarquía. La caída del gobierno, y la de los Brujah, era inevitable. No hay misterio alguno. Pudimos verlo en la televisión.

El Príncipe se detuvo.

–El Sabbat está formado por lunáticos satanistas, pero también son expertos preparando revoluciones. Cogieron a los Brujah por sorpresa y los aniquilaron antes de que pudieran organizar un contraataque.

–Eso pensamos nosotros –dijo Benedict mirando a Vargoss y a McCann–, hasta que nuestros espías en las altas esferas del Sabbat descubrieron que ellos también eran incapaces de contactar con sus agentes dentro del país. Media docena de Paladines y Obispos desaparecieron en la purga.

–Mentirosos –dijo Vargoss–. El Sabbat prospera mediante el engaño, incluso entre los suyos.

–No creo –contestó Benedict–. Los antiguos Lasombra estaban desesperados por descubrir qué había sucedido. Sacrificaron decenas de manadas en misiones suicidas para romper la barrera de silencio.

–¿Lo consiguieron? –preguntó McCann.

–No –respondió el Tremere–. Fracasaron. Algo más fuerte que la Camarilla y el Sabbat gobierna Rusia, y no parece querer interferencias del mundo exterior.

–¿Algo más fuerte? –repitió Vargoss, convirtiendo la afirmación

en pregunta--. ¿Qué organización existe que sea más poderosa que la Camarilla?

--*El Ejército de la Noche* --contestó Tyrus Benedict subiendo la intensidad de su voz--. Una banda impía de Vástagos demoníacos que no pertenece a clan alguno, aliada con las fuerzas del infierno. Esas bestias pertenecen a la raza de la hechicera más temida de todos los tiempos... La Bruja, Baba Yaga. Despertó de su letargo hace varios años y ahora reclama Rusia como propia. Se acerca el Armagedón. ¡Los Nictuku se alzan!

--Tonterías --respondió enfadado el Príncipe--. Los Nictuku no existen. Son un mito inventado por los antiguos Nosferatu para asustar a sus chiquillos rebeldes.

--Baba Yaga no es una fábula --protestó Benedict mientras buscaba algo en un bolsillo interior de su chaqueta y sacaba un paquete--. Doce magos Tremere encontraron la Muerte Definitiva obteniendo estas fotografías. Mírelas y dígame que miento.

Los ojos de Vargoss se convirtieron en delgadas líneas mientras las observaba. Cogió una y se la enseñó a Fawn y a Flavia.

--Tiene colmillos de hierro y garras de quince centímetros --dijo en voz baja--. Como cuentan las leyendas.

McCann, ansioso por ver las pruebas pero consciente de su lugar, esperó pacientemente mientras el Príncipe examinaba cuidadosamente cada una de las fotografías. Mientras tanto observó detenidamente al Tremere. Benedict no había dicho nada desde que sacara las pruebas. Raro.

Estaba completamente quieto, como si se hubiera congelado en la silla. Sus ojos estaban concentrados en el trío de jazz al otro lado de la sala. Entonces, de repente, la música cesó.

--¿Benedict? --preguntó extrañado--. ¿Ocurre algo?

No recibió respuesta, pero un grito de puro y absoluto terror lo puso en pie de un salto. Se volvió mientras se levantaba para ver la parte trasera de la sala, de donde procedía el ruido. Tenía la ametralladora lista para la acción y a su lado estaban los dos Ángeles Oscuros. Cada una llevaba una pequeña espada que sabían utilizar con mortal eficacia. Justo a su espalda se encontraba Alexander Vargoss. El Príncipe de San Luis no era ningún cobarde.

--¿Quién coño es ese? --susurró McCann. Ahora comprendía la expresión asustada de Benedict. Parecía que aquella noche era la de las grandes sorpresas, y estaba seguro de que todas estaban relacionadas. El truco era descubrir el hilo conductor. ¿Qué demonios

era eso?

Una figura alta y delgada dominaba el centro de la estancia, a muy pocos metros del escenario. Hacía un momento no estaba allí, por lo que debía haberse materializado de la nada. Eso era lo que había visto el brujo Tremere, una proeza mágica que rivalizaba con la de los Vástagos más poderosos.

El recién llegado vestía un sudario rasgado unido al cuerpo mediante unas viejas vendas podridas. Su rostro blanquecino era el de un cadáver que llevara mucho tiempo muerto, con el pellejo reseco pegado al cráneo pelado. Los labios finos como el papel, la nariz ganchuda y las mejillas huecas y descarnadas se unían para darle un aspecto totalmente malévolos. Unos enormes ojos, negros como los pozos del infierno, observaban sin pestañear a todos los presentes.

Sobre estos blancos y negros había rasgos de color escarlata brillante en su rostro, su pecho y sus brazos. Las manos y dedos eran del fantasmal color de la sangre fresca. McCann no tenía dudas de que estaba ante la Muerte Roja.

Detrás de la criatura espectral, al fondo del escenario, se acurrucaba Rachel Young. Sus gritos eran los que habían alertado a la multitud, pero ahora sus labios estaban apretados en una expresión de desesperación. Estaba aterrorizada, pero parecía incapaz de moverse para escapar de aquel horror. El detective podía entender el motivo.

El suelo de vinilo que rodeaba a aquel cadáver andante crepitaba y burbujeaba como si fuera de lava. Olas de aire caliente rodeaban a la criatura, dándole una imprecisión terrorífica y sobrenatural.

–En trescientos años nunca he visto nada parecido –murmuró Benedict, aún sentado–. ¿Cómo puede existir un monstruo así?

El detective se preguntaba lo mismo, pero su observación se fundamentaba en un periodo de tiempo mucho mayor.

–¿Quién eres? –La voz del Príncipe sonó clara como una campana en el silencioso local–. ¿Cómo te atreves a violar las tradiciones y a entrar en mis dominios sin permiso?

La figura levantó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los de Vargoss.

–Soy la Muerte Roja –declaró con deliberada lentitud–. Voy donde me place. Tus patéticas pretensiones territoriales no significan nada para mí. Mi voluntad es la única ley.

–Yo no lo veo así –dijo Fast Eddie Sánchez apareciendo cerca de la criatura. Se acercó a ella poco a poco, con los ojos entrecerrados y un afilado estilete en la mano–. Sólo se admite la entrada con

invitación, y me parece que no tienes ninguna.

Eddie no era terriblemente inteligente, pero sí extremadamente leal al Príncipe. Antes de que nadie supiera lo que había planeado saltó y hundió el arma hasta la empuñadura en el pecho de la Muerte Roja. O, al menos, lo intentó.

La hoja metálica se volvió incandescente y se desvaneció en un estallido de lágrimas de acero, dejando a Eddie desarmado. Extendiendo sus garras, la figura espectral aferró al guarda por la garganta y lo levantó sin esfuerzo del suelo. Eddie empezó a gritar y luego a agitarse, hasta que al final se incendió.

De su nariz, ojos, orejas y boca surgieron llamas azules mientras lenguas de fuego estallaban en su pecho. Sus dedos desaparecieron en pequeñas explosiones y los brazos y piernas se consumieron como la madera seca en una hoguera. La piel se ennegreció y arrugó como un papel ardiendo, y con una última oleada de calor que inundó toda la sala Fast Eddie se convirtió en cenizas.

Con una risa demente, la criatura abrió la mano y dejó que los restos carbonizados cayeran al suelo.

—Él fue el primero, pero no el último. ¡Un final apropiado para todos aquellos que desafían al Sabbat, o que se enfrentan al poder de la Muerte Roja!

La multitud enloqueció. Gritando como animales salvajes, Vástagos y ghouls corrieron hacia las salidas. El fuego destruía a los vampiros, y aunque algunos tenían cientos de años se aferraban a su existencia con la misma pasión que los mortales. Además, ellos sabían más allá de toda duda que estaban condenados.

Aterrorizados, trataron de llegar como fuera hasta las puertas, sólo para descubrir que éstas se negaban a abrirse. Vástagos que hacía un minuto habían estado conversando se atacaban con furia ciega para escapar del monstruo. Saltaban de un lugar a otro tirando mesas y sillas porque caminando lentamente, dejando un fantasmagórico rastro de huellas ennegrecidas a su paso, acechaba la Muerte Roja. La criatura agarraba metódicamente a cualquier vampiro lo suficientemente loco como para acercarse, lo apretaba contra su pecho y lo convertía en cenizas.

—Me busca a mí —susurró Tyrus Benedict, levantándose temeroso de la silla—. Quiere las fotografías de Rusia, es lo que lo ha traído hasta aquí. ¡Estamos condenados!

McCann sacudió la cabeza.

—Estupideces —dijo, aunque se preguntara si el Tremere no

estaría en lo cierto.

–Atendedme –dijo Vargoss a sus Ángeles Oscuros–. Tenemos que detenerlo.

Con rostro serio pero determinado, el Príncipe se puso en el camino de la Muerte Roja. En su cuerpo latía la energía pura: era un vampiro de la quinta generación, tenía más de dos mil años y poseía extraordinarios poderes. Levantando los brazos sobre la cabeza y apretando los puños, extendió su poderosa voluntad.

–¡Detente! –dijo con una voz a la que nunca nadie se había resistido–. ¡DETENTE!

El espectro rió desafiante mientras seguía su avance.

–Detente –repitió Vargoss confundido. Las primeras señales de duda asomaron a su rostro. El monstruo estaba muy cerca y ya era demasiado tarde para darse la vuelta y huir.

Desesperado, McCann apretó el gatillo de su ametralladora. Treinta balas impactaron en el cuerpo de la criatura prácticamente a bocajarro, pero no sirvieron para nada.

Lentamente, con gran deliberación, la Muerte Roja extendió los brazos para atrapar al Príncipe. El detective, siempre atento a cualquier manipulación, creyó que la criatura dudaba por un instante, como si estuviera esperando una interrupción.

Dos borrones de cuero blanco saltaron a la carga. Moviéndose a inhumana velocidad, Flavia y Fawn agarraron al Príncipe por los hombros, le dieron la vuelta y lo lanzaron volando. Los dedos escarlata del monstruo se encontraron con el aire vacío.

Salvar a Vargoss de la Muerte Roja era el principal objetivo de las dos guardaespaldas, pero una vez conseguido no podían resistirse al reto. Era asesinas Assamitas y se regocijaban con la muerte y la destrucción. Dos juegos de espadas, las mejores armas del mundo, trazaron amplios arcos. No apuntaban al rostro o al pecho del espectro, sino a sus muñecas. Las gemelas no buscaban la victoria mediante la fuerza, sino gracias a la velocidad.

Moviéndose más rápidamente que el ojo las hojas golpearon... ¡atravesando su objetivo! McCann maldijo en alto, asombrado. En toda su existencia no había visto nada como aquello. El monstruo parecía compuesto por llamas congeladas, lo que significaba que no había nada físico que pudiera dañarlo. La Muerte Roja era invulnerable a las armas normales.

El detective intentó explorar telepáticamente su mente. Odiaba revelar cualquier detalle de su verdadera naturaleza, pero no había

más opción: tenía que saber la verdad. ¿Qué clase de ser era aquel? Durante un breve instante los pensamientos se cruzaron y sus mentes se tocaron. El humano se retiró, aturdido.

Fue fácil leer en sus pensamientos superficiales que la Muerte Roja era un Vástago. Utilizaba una disciplina que McCann nunca antes había encontrado, Cuerpo de Fuego. Adoptar aquella forma requería el esfuerzo combinado de varios vampiros, lo que significaba que aquel ser no trabajaba solo. El detective captó un pensamiento fugaz sobre un grupo denominado los Hijos de la Noche del Terror. Luego el recuerdo desapareció, consumido por la obsesión de la criatura con la destrucción. En su actual estado la Muerte Roja era más un espíritu elemental del fuego que un vampiro. Ansiaba la exterminación de la vida. Existía para matar.

Lo más terrorífico era que el espectro había detectado inmediatamente la sonda mental de McCann, cerrando inmediatamente sus pensamientos y devolviendo el favor con una corriente mental de fuego que hubiera calcinado su cerebro si hubieran seguido en contacto. El detective no tenía la menor idea de quién era aquella entidad, pero no había duda de que ella le había reconocido.

Sin desanimarse por su fracaso inicial, las gemelas se alejaron con agilidad y prepararon un segundo ataque.

—¡No! —gritó demasiado tarde el detective. Los Ángeles Oscuros saltaron hacia delante con sus espadas apuntando a los ojos de la Muerte Roja. Esta vez, el monstruo estaba preparado.

Aunque no era tan rápida como sus dos oponentes, la criatura seguía moviéndose con increíble velocidad. Lanzó ambos brazos en un cegador movimiento circular. Flavia se tiró al suelo, agachándose bajo el golpe. Fawn se encontraba en pleno salto y no fue tan afortunada. Dedos escarlata la golpearon en la cara.

El Ángel Oscuro gritó, la primera vez que McCann la oía emitir sonido alguno. Un momento después la vampira explotó en una bola de fuego blanco. El detective cerró los ojos involuntariamente.

A su espalda pudo oír un gorgoteo. Cegado, extendió un brazo y tocó por un momento a alguien que se escabullía. El dolor pasó y recuperó la visión. ¡Lo primero que vio fue el cuerpo decapitado de Tyrus Benedict!

En la confusión de los últimos segundos un asesino desconocido se había arrastrado hasta ponerse a la espalda del aterrorizado hechicero Tremere y le había arrancado la cabeza. La disolución ya

había comenzado. Su cuerpo inerte se derrumbó sobre sí mismo, como un cascarrón podrido consumido por la decadencia. La tumba, engañada durante trescientos años, reclamaba su premio. En unos segundos todo lo que quedaba eran las ropas del hechicero en un montón sobre la silla.

Benedict había desaparecido, y con su muerte también se desvaneció la criatura, tan repentina y misteriosamente como había llegado.

La gente de la sala empezaba a comprender que estaba a salvo. En la puerta se encontraba Alexander Vargoss con una expresión mezcla de desesperación y alivio. Ejerciendo su aplastante fuerza de majestad estaba restaurando el orden.

Cualquiera que fuera el poder que bloqueaba la salida había desaparecido junto a la Muerte Roja. Sin embargo, hasta que volvió la calma el Príncipe se negó a permitir abandonar el lugar a nadie. Lo que había sucedido no era de la incumbencia de los clientes del Club Diabolique. La Mascarada debía mantenerse.

Sola, arrodillada en el centro de la estancia, Flavia lloraba lágrimas de sangre negra. El Ángel Oscuro y la Muerte Roja. McCann estaba seguro de que su duelo no había terminado.

Las fotografías habían desaparecido, así como cualquier cosa que Tyrus Benedict llevara en sus ropas. El misterioso ejecutor del Tremere se lo había llevado todo.

Eso creía el detective, hasta que su mirada se posó inadvertidamente en algo que brillaba en el suelo. Se inclinó y recogió una pequeña lentejuela verde. Recordó haber golpeado a alguien mientras estuvo cegado... Aquí había una prueba sólida.

Buscó rápidamente entre la multitud. Aunque no se había dejado salir a nadie no había señal alguna de Rachel Young. La cantante había desaparecido, pero a McCann no le extrañó.

Washington D.C.: 11 de marzo de 1994

Makish miró impaciente su reloj. Faltaba un minuto para las dos de la madrugada. La carta decía *Esta noche a las dos, en la entrada principal de la estación Union*. Llegaba la hora, pero no había señal

alguna de su misterioso patrón.

Makish era delgado y de baja estatura, piel de caoba, pelo negro engominado y amplia sonrisa. No llamaba mucho la atención, salvo la de algún vagabundo ocasional pidiendo limosna, o la de las prostitutas con esperanzas de conseguir algo de dinero suelto. Los pocos policías, ansiosos por terminar su turno sin problemas, lo trataban como si fuera invisible. Cada vez que alguno de ellos pasaba a su lado Makish sonreía exageradamente y cantaba con su voz aguda y nasal "Buenas noches, oficial, estoy esperando mi autobús para regresar a casa, oficial, encantado de verle, señor".

Los polis asentían y seguían su recorrido. Había montones de tipos raros y solitarios en la estación Union, ya que estaba bien iluminada y era relativamente segura: no se cometían más de uno o dos asesinatos a la semana, lo que la convertía en uno de los edificios más tranquilos del lado sudeste de Washington.

La capital del país estaba infestada de señores de la droga, capos criminales y políticos corruptos. Cada uno controlaba grupos de matones que se enzarzaban en violentas y despiadadas guerras por el territorio. La pequeña, mal equipada y poco dirigida policía del Distrito de Columbia había entregado hacía mucho tiempo las calles a los proscritos. El norte y el oeste (donde se encontraban los edificios gubernamentales) eran relativamente seguros, ya que la Guardia Nacional ayudaba a mantener la tranquilidad. En el sur y el este, cerca de Capitol Hill y la estación de tren, la justicia la impartía el cañón de una pistola.

Makish no entendía aquella violencia sin sentido. Le desagradaban los matones baratos que se cargaban a alguien por el honor de la banda o por unas monedas. Actuaban como animales salvajes sin el menor aprecio por el arte: el asesinato debía cometerse con gracia y estilo. Makish era un *gourmet* de la exterminación. Casi todos los Vástagos se alimentaban de sangre, pero él obtenía su sustento de la muerte. Era el asesino supremo en el mundo de los no muertos.

—Creo que me está esperando --dijo una voz a su espalda y a su derecha. Eran exactamente las dos después de medianoche.

Sorprendido, el asesino se volvió. Era cauto por naturaleza, por lo que se había colocado cerca del muro frontal de la estación. Nadie había pasado desde hacía minutos, pero allí estaba el extraño, donde no debería haber nadie.

Era una figura alta y flaca con gabardina oscura. Un sombrero

ocultaba casi todos sus rasgos, pero la sonrisa sardónica indicaba que parecía complacido con la perplejidad de Makish. Saludó con una mano mientras surgía de las sombras.

–Venga, caminemos. Tenemos que hablar de negocios y las calles ofrecen una excelente privacidad. Además, –añadió–, tenemos trabajo.

Se dirigieron hacia el este, hacia los peores suburbios de Washington. A aquella hora de la noche, en medio de una ola de frío, las calles estaban desiertas. El brillo de una farola solitaria creaba largas sombras que se escabullían en la oscuridad.

–¿Contrató a los dos mortales como se le dijo? –preguntó el extraño.

–Seguí las instrucciones al pie de la letra –respondió Makish. El asesino poseía el talento de sentir la línea de sangre de cualquier vampiro con el que se encontraba, y no tenía la menor duda de que el hombre que había a su lado era un Vástago. Sin embargo, de forma inexplicable, era incapaz de averiguar su clan. Era muy frustrante... y desconcertante.

–Los envié a San Luis –siguió el asesino–. El primero, por supuesto, no sabía nada del segundo. Recibieron la mitad del dinero por adelantado y se les dijo que recibirían la otra parte cuando terminaran el trabajo. No he oído nada de ninguno de los dos desde...

–Ni oírás –respondió el extraño–. Me informaron hace poco de que los dos murieron en la emboscada fallida. Como estaba previsto. Cumplieron su función de forma admirable.

–Los demás asuntos que me comentó marchan según el calendario –dijo Makish–. El trabajo estará terminado mañana.

–Excelente –contestó el otro–. Pero no esperaba menos. Me fue usted muy bien recomendado, y pide demasiado por los servicios que ofrece.

–Cobro lo que valgo –respondió Makish–. El éxito no se puede medir sólo en dólares.

–Un maravilloso sentimiento en estos tiempos –dijo el extraño secamente–. Tiene usted el temperamento de un artista. En unos minutos descubriremos si su habilidad está a la altura de su arrogancia.

La figura se quitó el sombrero y los ojos de Makish se abrieron cuando vio sus rasgos. Su rostro blanquecino era el de un cadáver que llevara mucho tiempo muerto. No tenía pelo, y la piel podrida se le pegaba a los huesos. Sus pómulos y su frente estaban manchados de

sangre. Con una sonrisa, aquel horror se volvió hacia el asesino.

–Me conocen como la Muerte Roja. Tocar mi carne sería una terrible equivocación.

Makish asintió mientras miraba cómo el extraño se despojaba de su gabardina. Bajo ella, la Muerte Roja estaba cubierta de antiguas vendas que sujetaban un sudario a su cuerpo. Aunque estaba algo alejado de la sombría figura, Makish podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Parecía que el misterioso vampiro estuviera ardiendo sin llamas.

–¿Eres un renegado que ya no obedece las órdenes de su clan?

–dijo la Muerte Roja. Era más una afirmación que una pregunta.

–La Sociedad de Leopoldo mató a mi sire –se defendió Makish. No había mucho respeto entre los Vástagos hacia los vampiros sin clan–. Exigí venganza, pero a los antiguos Assamitas les preocupaba que una acción contra nuestros enemigos humanos pusiera en peligro la Mascarada. Yo no opino igual.

–Así que desobedeciste sus órdenes –siguió la criatura– y aniquilaste al ganado involucrado.

–Murieron, junto con aquellos que les dieron la orden –respondió–. Igual que sus familias. Me pareció adecuado hacer una declaración personal de mi pesar. Mi sire merecía un entierro adecuado.

La Muerte Roja sonrió.

–En total, ¿a cuántos mataste?

–Ciento catorce –respondió el asesino–. Poco después escuché que se requería mi presencia en Alamut para explicar mis acciones. Decliné educada pero firmemente la invitación. Fue entonces cuando comencé a trabajar como agente independiente.

–Seis Vástagos desaparecieron entregando aquella orden –rió entre dientes la Muerte Roja.

–Se negaron a aceptar mi decisión como definitiva –respondió Makish. Extendió los brazos, como si estuviera apelando a un jurado–. Mi única opción era convencerles de que hablaba en serio. Cinco intentos posteriores convencieron a Hassan de que era mejor dejarme en paz. –El asesino se detuvo–. Estás muy bien informado sobre mí –dijo educadamente.

–Mis planes involucran tanto a la Camarilla como al Sabbat –dijo la criatura–. Aunque los primeros reclaman esta ciudad, también hay rastro de los segundos. Necesito un ayudante que no sea leal a ninguna de las dos sectas, y tú eres la mejor opción disponible.

–Me siento halagado –dijo Makish con una leve inclinación de la cabeza–. Haré lo que esté en mi mano para justificar tu confianza en mí.

Caminando hacia el este los dos Vástagos habían recorrido casi tres manzanas desde que comenzaran a hablar. Estaban en el territorio de las bandas. Los restos de coches quemados, los estacionamientos llenos de maleza y los destartados bloques hacían que las calles parecieran más las de Sarajevo durante la guerra que las de la capital de los Estados Unidos.

La Muerte Roja se detuvo frente a un viejo edificio de ladrillo aparentemente abandonado. La figura espectral levantó un brazo huesudo y señaló.

–Presiento a varios Vástagos dentro. La Camarilla gobierna la ciudad, pero no puede estar en todas partes. Una manada del Sabbat controla el tráfico de drogas en esta zona. Es hora de que aprendan el significado del miedo. –Cruzaron el umbral–. Yo me encargaré de los vampiros. Mata a todos sus ayudantes salvo a uno. Quiero un superviviente para que extienda el rumor.

–Las noticias se difunden mejor cuando se cuentan con pasión –dijo Makish–. Intentaré que se sientan bastante impresionados.

–Sígueme –dijo la Muerte Roja mientras entraban en el vestíbulo. Tras él, como una oscura sombra, caminaba el asesino. Su delgada figura fluía de un escondite a otro. Hacía varios siglos que no trabajaba en grupo, pero adaptarse a cualquier situación era otra de sus muchas habilidades. Seguiría las órdenes mientras le pagaran lo acordado.

La criatura espectral avanzaba con confianza hacia el centro del edificio. A pesar de su extraño aspecto y de su atuendo extravagante caminaba con agilidad y sin hacer el menor ruido. Una desvencijada puerta de madera abierta dejaba a la vista una escalera metálica que bajaba hacia el sótano. Había dos cámaras de vídeo montadas en el techo, al final del pasillo.

–Juguetes infantiles –dijo la Muerte Roja–. Supongo que puedes neutralizarlas.

Makish asintió y apuntó a los dos aparatos con un dedo. Tras unos segundos, sonrió.

–He congelado la imagen de sus pantallas –dijo–. Si hay alguien vigilando el pasillo no verá nada anormal. También he desconectado las trampas en el suelo y las paredes.

–Estúpidos –dijo la criatura–. La dependencia de la maquinaria

para la propia protección es la señal de los incompetentes. Merecen perecer.

Descendieron juntos al piso inferior. Una puerta se abría a un pequeño vestíbulo que contenía los dos monitores que vigilaban el pasillo. Un fornido ghoul con la cabeza rapada y un tupido bigote montaba guardia. Estaba armado con una ametralladora y una expresión adusta, pero su primera mirada a Makish fue la última. Murió en silencio después de que su cabeza girara 360 grados completos. Aunque no era muy grande, el asesino Assamita tenía muñecas fuertes.

–Impresionante –murmuró la Muerte Roja mientras abría la puerta que daba al cuartel general del Sabbat. Se quedó allí durante un segundo, inmóvil, con el Assamita a su lado.

–Saludos de la Camarilla –anunció con una voz áspera–. Soy la Muerte Roja.

Había dos Vástagos y ocho ghouls en la habitación. Los vampiros estaban chupando ansiosos las últimas gotas de sangre de una atractiva joven de color, ya muerta y con los ojos abiertos y sorprendidos. Sus sirvientes estaban concentrados alrededor de un gran televisor viendo "Beavis y Butthead". Eran *punks* típicos vestidos de cuero negro, camisa sin mangas y múltiples tatuajes. Cada uno estaba armado con una impresionante colección de cuchillos, cadenas y armas automáticas. A Makish le daba igual. Su única preocupación era que se mataran involuntariamente entre ellos y que no quedara ninguno vivo, como se le había ordenado.

Los ghouls eran duros, más fuertes y rápidos que los seres humanos normales. El consumo de la sangre de vampiro aumentaba su consciencia y sus habilidades físicas, pero contra el asesino estaban indefensos.

Se movió tan rápidamente que parecía un borrón. Corría de un punk a otro en un intrincado patrón que recordaba a una danza. Sus dedos, duros como el acero, desgarraban y atravesaban el cuerpo de sus enemigos. La sangre inundó la habitación con brillantes chorros de color escarlata, salpicando las paredes y el suelo como si fuera pintura. El lugar se convirtió en un matadero.

Al contrario que muchos otros vampiros, Makish mantenía a la bestia que anidaba en su alma firmemente bajo control. La visión de tanta sangre caliente podría haber hecho entrar a otro Vástago en un frenesí asesino, pero no a él. Sólo bebía sangre cuando necesitaba los nutrientes físicos que le aportaba. Lo que le daba *vida* era matar.

Para él, el arte era tanto el estilo como la sustancia, y actuaba como su propio crítico. Un asesinato satisfactorio requería un mínimo esfuerzo con el máximo resultado. Intentaba no malgastar un solo movimiento. La muerte era un gran lienzo en el que pintaba obras maestras de la destrucción. Cuando era posible trabajaba con Termita, una pólvora explosiva que daba luz y color a un negocio de otro modo monótono y gris. Aunque no variaba su expresión mientras se movía, mentalmente trataba de alcanzar aquel bendito estado de la muerte perfecta.

El primer ghoul cayó con la garganta destrozada, prácticamente decapitado. El segundo se derrumbó sobre un charco humeante de sus propias entrañas, arrancadas con un golpe de las garras afiladas como cuchillas. El tercero logró gritar antes de ahogarse en su propia sangre cuando Makish le hundió la nariz en el cerebro. Treinta segundos, tres cadáveres.

Al cuarto lo envió directo al vestíbulo de vigilancia con un fuerte golpe entre los hombros. Normalmente hubiera sido mortal, pero Makish midió su fuerza para que el punk sólo tuviera algunos huesos doloridos. Aturdido y confuso, el joven ghoul se acurrucó indefenso mientras veía cómo sus camaradas eran sistemáticamente destruidos.

Utilizando una variedad de maniobras sencillas pero eficaces el asesino terminó con el resto de la manada en menos de un minuto. El triunfo de su arte lo inundó como una poderosa droga. Le había parecido un ejercicio saludable, aunque breve. Las muertes sencillas y sin complicaciones requerían un esfuerzo mínimo. Las verdaderamente satisfactorias, las que incluían explosivos, vendrían más tarde. Terminada su tarea, el asesino se concentró en la Muerte Roja.

El espectro sostenía a un Vástago en cada mano. Los dos vampiros se sacudían débilmente, tratando sin éxito de zafarse de los esqueléticos dedos que les apretaban la garganta. Sus rasgos estaban deformados por el sufrimiento.

Un terrible hedor procedente de los dos miembros del Sabbat inundó el cuarto. Makish hizo un gesto de disgusto al reconocer el olor de la carne quemada. Pequeñas volutas de humo surgían de la blanca piel de los dos camellos. La Muerte Roja los estaba cocinando a fuego lento.

La monstruosa figura rió. Una ola de calor increíble surgió de todo su cuerpo, disparando la temperatura de la habitación. De los dedos de la criatura surgieron unos pequeños fuegos, como si fueran unos

nudillos metálicos de color escarlata. Los Vástagos aullaron agónicos mientras las diminutas llamas tocaban sus mejillas.

Ardieron como la madera seca. La carne se fundió, los ojos explotaron y los huesos crepitaron y reventaron como palillos podridos. Makish, aun acostumbrado a la violencia, estaba sorprendido. En mil años de asesinatos nunca había visto nada como aquello. La Muerte Roja tenía un nombre de lo más apropiado. Era el fuego encarnado.

Tras él, un ruido en las escaleras indicaba que el ghoul había escapado. La Muerte Roja abrió sus dedos y dejó que los dos cascarones chamuscados cayeran al suelo. De un pisotón redujo los restos a cenizas.

—Espero que la noticia de nuestras actividades circule rápidamente por la ciudad y los suburbios —declaró el espectro—. Los anarquistas del Sabbat exigirán inmediata venganza contra la Camarilla. El Príncipe Vitel y su consejo reaccionarán rápidamente contra este movimiento, ya que saben que el Sabbat ansia hacerse con el control de la capital. Un empujón o dos más en la dirección apropiada deberían terminar nuestro trabajo. Un solo incidente puede convertirse rápidamente en un gran enfrentamiento entre cultos rivales. La Camarilla ha controlado Washington desde hace doscientos años, pero es una de las pocas grandes ciudades de Norteamérica que aún queda en su poder. Desde hace unas décadas está perdiendo su asidero, por lo que no hemos hecho más que acelerar lo inevitable. Podemos dar por seguro un contraataque del Sabbat, lo que me deja las manos libres para perseguir mis objetivos sin interrupciones.

La Muerte Roja sonrío.

—Es casi demasiado fácil.

—¿Planeas iniciar una gran guerra de sangre únicamente para facilitar tus planes? —pregunto Makish—. Cientos, puede que miles de Vástagos perezcan.

—La existencia de toda la raza Cainita depende del éxito de mi misión —respondió con total seriedad—. Si fracaso, generaciones enteras de vampiros morirán en una carnicería como nunca ha visto la historia. Debo triunfar, a cualquier precio.

Makish, que ya había trabajado para muchos fanáticos en el pasado, sabía que era mejor guardar silencio.

San Luis, EE.UU.: 11 de marzo de 1994

Eran casi las tres de la mañana cuando McCann regresó a su despacho. Con un suspiro de alivio se derrumbó en su sillón y puso los pies sobre la mesa. Había sido una noche larga y brutal con más sorpresas de las que hubiera creído posibles, tanto antes como después de la aparición de la Muerte Roja.

Tras vaciar el local Vargoss había pasado más de una hora gritándole a McCann sobre la cobardía de su progenie. El detective y los Ángeles Oscuros habían sido los únicos que habían intentado salvarlo de la Muerte Definitiva. Dejó muy claro que en las noches venideras los clientes del club pagarían por su debilidad.

Aunque el Príncipe no habló de ello, no había duda de que el ataque de la Muerte Roja le había asustado de verdad. Había ejercido todo el poder de su voluntad contra aquel monstruo, sin conseguir nada. Era consciente de que había escapado a su destrucción definitiva por pura suerte, y no había modo de saber si aquella criatura regresaría.

Al fin, ya calmado, le dio las buenas noches a McCann. Después de decirle que acudiera al local a la noche siguiente el Príncipe se retiró por un pasadizo secreto hacia su morada en el sótano del edificio. El detective sospechaba que pensaba telefonear a todos los antiguos Ventrue de los Estados Unidos para avisarles del ataque. Su marcha lo dejó solo con Flavia.

Los demás Vástagos y sus ghouls habían desaparecido en cuanto Vargoss se lo permitió. Ninguno demostró aquella noche mucho interés por llevar la corona del Príncipe. La Muerte Roja había sido un buen recordatorio de los peligros del liderazgo.

El Ángel Oscuro superviviente no se había marchado con los demás. Durante el aburrido estallido de Vargoss se había quedado sentada en el suelo, callada e inmóvil. En las manos sostenía los restos chamuscados del traje de cuero blanco de Fawn. Parecía congelada, su rostro una máscara de la desesperación. Aunque estaba ansioso por regresar a su despacho, McCann se sentía obligado a decir algo.

–Murió luchando –declaró con suavidad, manteniéndose algo alejado de Flavia. Una cosa era la simpatía y otra la estupidez. Si el Ángel Oscuro se ofendía por sus palabras quería tener espacio para defenderse–. Fue una muerte honorable.

Flavia levantó la mirada. Sus mejillas estaban teñidas de escarlata. Los vampiros lloraban sangre.

–Aprecio tu preocupación por mis sentimientos, McCann –dijo con una voz grave y dulce. Tenía un sorprendente acento británico. Era la primera vez en su vida que la oía hablar–. La simpatía escasea entre los Vástagos –comentó lanzando una rápida mirada hacia las escaleras secretas que conducían al escondite de Vargoss.

–El Príncipe siempre alabó generosamente los servicios que tu hermana y tú proporcionabais –dijo nervioso el detective. Lo último que quería era crear problemas entre la guardaespaldas y su jefe–. Os trató con respeto.

Flavia se puso en pie con un movimiento suave y felino. No había duda de que era una de las mujeres más hermosas que McCann había visto nunca. Su cabello era rubio platino, tenía los pómulos altos y unos labios grandes y sensuales. El mono de cuero blanco acentuaba su pecho generoso, su cintura estrecha y unas piernas muy, muy largas. Puede que el sexo ya no significara nada para el Ángel Oscuro, pero su cuerpo definía la seducción.

Flavia rió amargamente.

–¿Respeto? Vargoss nunca se preocupó realmente de nosotras. Éramos sus sirvientas. Le encantaba presumir de nuestra habilidad porque se reflejaba en él. –Sonrió sardónica al detective–. Tú lo comprendes, ¿no, McCann? Hace lo mismo contigo.

Asintió sin pensar. Al Príncipe le gustaba exhibirse y trataba a sus ayudantes como a preciadas posesiones que enseñar a la menor ocasión.

–Mi hermana y yo nacimos en Inglaterra a comienzos del siglo pasado –dijo Flavia–. Nos llamábamos Sarah y Eleanor James. Estábamos visitando el continente por nuestro decimoquinto cumpleaños cuando fuimos secuestradas. Nuestra belleza rubia, nuestra velocidad, nuestros reflejos y nuestro gusto por los placeres crueles llamaron la atención de un asesino Assamita que preparó nuestro rapto y nos llevó a Alamut.

–¿Gusto por los placeres crueles? –repitió McCann.

–Fawn y yo nos entreteníamos con lo que ahora se conoce como *bondage* y sadomasoquismo –rió Flavia. Recorrió sus labios anchos con su lengua–. Como hermanas, a veces compartíamos a nuestros amantes, incluso después de ser Abrazadas. A pesar de lo que piensas, McCann, los vampiros pueden disfrutar del sexo, especialmente si la estimulación es tanto mental como física.

El detective dio un paso atrás. No le gustaba en absoluto el tono de voz del Ángel Oscuro, ni su soterrada invitación.

–Nos entrenamos en la fortaleza de la montaña durante diez años –siguió la mujer–. Los antiguos Assamitas estaban sorprendidos con nuestra habilidad. Por separado luchábamos bien, pero cuando formábamos equipo no teníamos rival. Allí conseguimos el apodo de Ángeles Oscuros. Cuando cumplimos veinticinco nuestro entrenamiento terminó. Fuimos Abrazadas y nos convertimos en neonatas de la Orden.

Flavia contempló el cuero chamuscado que tenía entre las manos. Con un encogimiento de hombros lo dejó resbalar entre sus dedos.

»Fawn y yo servimos al clan durante más de cien años. Viajamos por el mundo y servimos a muchos maestros, pero nunca peleábamos solas, siempre juntas. Hace treinta años realizamos algunas ejecuciones menores para Vargoss. Sospecho que más impresionado por nuestra belleza que por nuestra habilidad, aceptó firmar un contrato de larga duración con los antiguos Assamitas. Durante tres décadas nunca hemos fallado en nuestro cometido... hasta esta noche.

–Dudo que lo ocurrido con la Muerte Roja sea un fallo por vuestra parte –respondió McCann–. No creo que haya ningún Vástago que hubiera podido defenderse de aquel monstruo.

Flavia asintió.

–Puede ser. Espero encontrármelo algún día en un nuevo enfrentamiento –se detuvo mientras su expresión se oscurecía–. Juro que la muerte de Fawn será vengada.

–¿Qué disciplina utilizó la Muerte Roja? –preguntó con cuidado el detective. No quería parecer demasiado curioso–. Nunca había oído hablar de un vampiro que controlara el fuego.

–Yo tampoco –respondió–. Sospeché que viaja por la Senda de las Revelaciones Perversas.

McCann torció el gesto. Aquella era una disciplina secreta practicada por muchos miembros del Sabbat. Enseñaba que la maldad era buena y que los vampiros eran agentes de la corrupción. Los seguidores de la senda solían tener trato con fuerzas demoníacas.

–Una vez oí hablar de un rito prohibido llamado el Cuerpo de Fuego –dijo el detective esperando una respuesta.

–No estoy familiarizada con esa disciplina –dijo Flavia–, sólo conozco los Fuegos del Infierno. Es una de las Sendas de Taumaturgia Oscura practicada por los Corruptores. Sé poco sobre

ella, pero pienso averiguar más. --Se acercó más a McCann--. Eres un humano inusual --dijo--. Hasta para ser un mago conoces demasiados secretos sobre los Hijos de Caín.

Sin previo aviso, Flavia lanzó su mano derecha hacia el detective con los dedos índice y corazón apuntando hacia sus ojos. El Ángel Oscuro se movía con extraordinaria velocidad, pero con unos reflejos similares McCann reaccionó y cogió su muñeca con la mano izquierda, inmovilizando su garra a pocos centímetros de su rostro.

La vampira rió con un sonido salvaje.

--Ningún humano normal se mueve así de rápido, McCann, ni evita que me acerque a él.

--No soy un hombre normal --respondió él, maldiciéndose por haber permitido que la Assamita se acercara tanto. Flavia era mucho más astuta de lo que había imaginado. Apartó su brazo a un lado--. Como tú misma dijiste, soy un mago.

Ella sacudió la cabeza con una mueca burlona.

--Ningún mortal hubiera detenido ese golpe. Ni siquiera un hechicero. Pero no te preocupes, no te voy a traicionar a Vargoss. Me paga por mi habilidad de lucha, no por mis ideas.

--¿De qué estás hablando? --preguntó McCann, temiendo lo peor.

--Corren rumores --respondió Flavia-- sobre ciertos Vástagos de la cuarta generación con increíbles poderes de dominación. Se los conoce como las Máscaras. Sus mentes son tan fuertes que mientras yacen en letargo pueden proyectarlas y avasallar la personalidad de un mortal. Poseen literalmente a la víctima, en cuerpo y alma. De este modo los Matusalenes vuelven a experimentar la verdadera vida. Son maestros titiriteros, pero se enmascaran en forma mortal y comen, beben, duermen y hacen el amor. Por seguridad, conceden a sus marionetas algunos de sus poderes, los suficientes como para poder pasar por un ghoul... o por un mago.

McCann rió, intentado parecer divertido.

--Vaya imbecilidad.

Flavia sonrió.

--Protesta todo lo que quieras, Dire McCann --dijo--. Si no lo hicieras me preocuparía de verdad. --Lenta, provocativamente, se inclinó hacia delante y presionó sus labios fríos contra los de él. Su lengua, un fragmento de hielo, se introdujo por un instante en la boca del detective--. Estaría muy agradecida por el mecenazgo de un Matusalén. --Su cuerpo exuberante se apretó contra el de él, clavándole los pezones duros en el pecho--. Extremadamente

agradecida.

McCann se obligó a callar. Ya había dicho demasiado.

Ella no parecía preocupada por su silencio.

–Debo irme y atender al Príncipe. Antes o después empezará a preguntarse dónde estoy. No esperes que me dirija a ti si no estamos solos –rió entre dientes–. Vargoss prefiere que sus guardaespaldas no hablen. Le encanta la sensación de misterio que eso crea.

McCann, sentado una hora más tarde tras la mesa de su despacho, lanzó un fuerte suspiro. Cruzó los brazos sobre el pecho. Por muy apenada que estuviera, el luto de Flavia no había durado demasiado. Sabía que, mientras no sirviera a sus propósitos, el Ángel Oscuro no hablaría al Príncipe de sus sospechas. Si no la trataba con cuidado aquella mujer podía ser tan peligrosa como la Muerte Roja.

El recuerdo del siniestro espectro le hizo ponerse en marcha. Cogió el teléfono para hacer varias llamadas. Un hombre cuidadoso reaccionaba inmediatamente ante cualquier amenaza, y a McCann le gustaba creerse muy sabio.

Colgó el auricular casi una hora más tarde, después de arreglar algunos asuntos y de dar diversas instrucciones. El dinero fue desviado desde una decena de cuentas secretas hacia los canales apropiados. Ya tenía un equipo de investigadores estudiando todo lo posible sobre la Senda de las Revelaciones Perversas, y a otro comprobando si en alguna de las leyendas vampíricas sobre los Nictuku se mencionaba algún horror similar a la Muerte Roja.

Satisfecho tras haber hecho todo lo posible, abrió el cajón del escritorio en el que había guardado el correo internacional, convencido de que allí se hablaba de la reaparición de los Nictuku y de la llegada de la Muerte Roja. El detective no creía en las coincidencias, especialmente si los Vástagos estaban involucrados.

El cajón estaba vacío. Los documentos habían desaparecido. Maldijo lentamente en siete idiomas, incluyendo dos que no se hablaban en la Tierra desde hacía más de tres mil años. Enfadado, golpeó uno de los laterales de la mesa. La madera se astilló, dándole una pequeña satisfacción al tiempo que reconocía que estaba cometiendo una estupidez.

Mientras él estaba en el Club Diabolique un ladrón había entrado en su despacho y se había llevado los papeles. Evidentemente, había subestimado la inteligencia y habilidad de su desconocido adversario (o adversarios, ya que no sabía si se enfrentaba a un enemigo o a muchos). No volvería a cometer ese error.

Fue entonces cuando la vio, descansando en el extremo de la mesa, casi como una tarjeta de visita: una brillante lentejuela verde.

París: 12 de marzo de 1994

La sonrisa oficial en París es la de desprecio. Los ricos se burlan de la clase media, la clase media de los pobres, y todos ellos de las hordas de turistas que llenan la ciudad a lo largo del año.

Esta media sonrisa, según las guías, es parte del encanto de París, que con sus grandes restaurantes, fabulosos museos, increíbles monumentos y larga historia genera desprecio hacia los logros menores que la rodean. El parisino medio se considera muy superior a los demás, y esa actitud explica, al menos en parte, lo mucho que se divierte contando historias sobre el Fantasma de la Ópera de París.

La historia, inmortalizada primero en la novela de Gastón Leroux y luego llevada numerosas veces a la gran pantalla y a los teatros, hablaba de un genio demente que vivía bajo el venerable Teatro de la Ópera. Se trataba de un músico genial con el rostro horriblemente deformado que gobernaba un reino subterráneo de catacumbas laberínticas y canales secretos. A los parisinos les encantaba elaborar estas fantasías para los turistas crédulos. Explicaban que, aunque supuestamente había sido destruido, el cuerpo de Eric, el Fantasma, nunca había sido encontrado. Además, todos los años desaparecía algún turista descuidado en aquel Teatro sin dejar el menor rastro...

Se trataba del típico humor malicioso parisiense. A menudo se acompañaba la historia con un descarado intento de vender recuerdos falsos, como un "auténtico" mapa de las catacumbas o una página de la partitura de la famosa ópera perdida del Fantasma.

Sin embargo, no todas estas historias provocaban las mismas risas. Por la noche los comerciantes de París se reunían tras puertas cerradas y atrancadas e intercambiaban relatos que nunca contaban a los turistas. Hablaban en susurros de las desapariciones sin explicación que asolaban la *Ile de la Cité*, la sección más antigua de la

capital. Repetían los cuentos que habían oído a sus padres, que a su vez los habían escuchado de los suyos, remontándose al oscuro comienzo de la historia. Había un nombre común en todos estos relatos, un título que dicho en alto podía helar la sangre en las venas al parisino más elegante: *Phantomas*.

Oficialmente, la *Sûreté* francesa negaba estos rumores como los desvaríos de los poetas dementes que vivían en la margen oeste de la ciudad. Lo que no mencionaba era un documento de más de doce centímetros de espesor oculto en los archivos del cuartel general de la policía. Contenía miles de informes que se remontaban ciento cincuenta años en el pasado, a la época del inspector jefe Vidocq, y que detallaban las circunstancias que rodeaban a otras tantas desapariciones en las cercanías de la famosa catedral de Notre Dame.

Especialmente interesante era un informe profusamente subrayado de seis páginas preparado en 1963 por una comisión histórica especial creada para estudiar los ochocientos años de historia del templo. El artículo, que nunca se hizo público, resumía cientos de mitos y leyendas sobre la catedral. Había un misterioso hilo conductor en casi todos ellos, la presencia de una figura fantasmal que recorría el lugar durante la noche. Aunque se le llamaba de muchísimas formas diferentes, siempre era descrito como un ser horriblemente deforme... que bebía sangre humana.

A comienzos de siglo el nombre del vampiro había alcanzado tal notoriedad que una serie de aventuras protagonizadas por un archivillano llamado Fantomas se convirtieron en un éxito de ventas. Ninguna de estas historias explicaba el origen de aquella mente criminal, ni el motivo por el que acosaba a los ciudadanos de París. A fin de cuentas, eran obras de ficción.

El protagonista de estas novelas, informes y estudios los encontraba enormemente divertidos. Disfrutaba horrores con las novelas de Fantomas, e incluso había enviado varias cartas anónimas al autor sugiriendo ideas y tramas futuras. Para su inmensa decepción, ninguna había llegado a ser utilizada. Más de una vez había considerado la idea de visitar al novelista para defender su caso, pero creía que su aspecto físico podría empeorar las cosas.

El vampiro era consciente de su fealdad. Medía apenas un metro cincuenta, tenía la piel arrugada, los ojos como pasas y una nariz del tamaño y la forma de una batata, lo que había hecho que más de un parisino borracho abandonara el vino para siempre. Una boca deforme llena de dientes amarillos y unas pupilas rojas sacaban su rostro del

reino de lo extraño para meterlo en el de lo grotesco.

El segundo cargo de la policía, el del asesinato de cientos de inocentes a lo largo de los siglos, lo consideraba una burda calumnia. Aunque de vez en cuando satisfacía su sed con algún pobre desafortunado, Phantomas raramente mataba inocentes si no era necesario. Era un alma callada y tranquila que sólo quería estar sola en su guarida subterránea, enfrascada en sus investigaciones.

A lo largo de los años diversos maleantes habían utilizado su presencia en *Ile la Cité* como coartada para sus crímenes. Sus víctimas no terminaban en su escondite, sino lanzadas al Sena, y la mayoría había escapado a la guillotina. Sin embargo, Phantomas era menos compasivo, y su justicia era tan afilada y definitiva como la de cualquier cuchilla.

Aquella noche estaba de un humor excelente. Franjéis Villon, el Príncipe de París, celebraba una fiesta. Villon, antiguo del clan Toreador y mecenas, celebraba audiencia una vez al mes en el Louvre. Decenas de Vástagos, junto con varios cientos de los ghouls y el ganado favorito del Príncipe, acudían a la celebración. Aquella noche se recibía a un importante mago Tremere de Viena. A Phantomas le encantaban estos acontecimientos. Nunca le invitaban, pero no se perdía ni uno.

El Príncipe se confundía al creerse el vampiro más antiguo y poderoso de la Ciudad de las Luces. No era ni lo uno ni lo otro. Phantomas había llegado a la *Ile de la Cité* con las legiones invasoras de Julio César, en el 53 a.C.

La pequeña isla, conocida como Lutecia, servía entonces como punto de cruce natural del Sena. Allí había una pequeña aldea de celtas, los paros, que no fueron rival para los soldados de Roma. Entre aquellas tribus, haciéndose pasar por un dios de los bosques, vivía un vampiro Nosferatu de quinta generación, Urgahalt. Fascinado por los invasores, el Vástago abrazó en secreto a Varro Dominus, un joven noble que viajaba con César para tomar cuidadosa nota de sus triunfos. Urgahalt pensaba utilizarlo para introducirse en la sociedad romana.

Por desgracia, el Matusalén no había contado con la disciplina o la furia de un soldado del imperio cuya carrera había sido inesperadamente destruida por un encuentro casual. Urgahalt subestimó a su nuevo chiquillo y pagó caro su error. Varro sabía más sobre vampiros (lémures, como los llamaban en Roma) de lo que su sire sospechaba. Una estaca de madera atravesando su corazón y

una enorme pira que lo consumió hasta las cenizas le demostraron su equivocación.

Varro decidió permanecer en la isla al partir las legiones. Los Vástagos Nosferatu estaban maldecidos con una terrible fealdad, y como casi todos los suyos el joven vampiro prefería la soledad a la compañía. Dos mil años y varios cambios de nombre más tarde vivía exactamente en el mismo lugar. Era tan parte de la ciudad como la Torre Eiffel.

En París y sus suburbios vivían más de doscientos vampiros. El clan Toreador tenía el control del centro, pero había diversas líneas de sangre vagando por las calles, incluyendo bandas rebeldes de Brujah, Gangrel y Malkavian. Corrían rumores sobre manadas del Sabbat ansiosas por extender la disensión y la violencia, con sus cuarteles en las zonas más bajas. También había al menos media docena de Nosferatu escondidos en guaridas en los principales museos e iglesias. Incluso entre los Vástagos Phantomas era una leyenda, una presencia invisible sin una base firme en la realidad. Era un fantasma tanto para los vivos como para los muertos.

Mantenía su invisibilidad de dos modos. Vivía solo en un enorme complejo subterráneo situado cientos de metros bajo Notre Dame. Salía a la superficie a través de una entrada situada en las ruinas del asentamiento de los Paros, en la Crypte Archeologique, en la nave principal de la catedral. Sin embargo, el vampiro no solía utilizar esta puerta secreta, ya que prefería utilizar la vasta red de túneles que había creado por toda la metrópolis a lo largo de los siglos. Después de cientos de años enterrado Phantomas no se sentía cómodo sin una protectora capa de tierra sobre su cabeza.

Igualmente importante para su invisibilidad era su increíble dominio del poder vampírico conocido como Ofuscación, que le permitía caminar entre los demás Vástagos sin ser percibido. Utilizando la Máscara de las mil Caras Phantomas se revestía con el anonimato. Aquellos que veían al Nosferatu lo consideraban un vampiro sin importancia. Numerosos Vástagos se habían encontrado con Phantomas, la leyenda, pero no eran conscientes de ello.

Poco después de medianoche se acercó a los dos Assamitas que guardaban la pirámide de cristal que permitía la entrada al Louvre. Estos asintieron sin interés cuando les mostró una invitación imaginaria, permitiéndole llegar hasta la sala principal. Susurró una palabra de agradecimiento a sus dioses romanos porque Villon considerara provinciales los sistemas de vigilancia electrónicos. Su

camuflaje psíquico era casi infalible contra humanos y vampiros, pero no servía de nada con las cámaras o monitores de televisión.

En opinión de Phantomas, el Príncipe era una dandy pomposo incapaz de reconocer el verdadero arte aunque se lo pusieran en la cara. Maestro del Louvre, la mayor colección de arte del mundo, Villon despreciaba los tesoros del pasado en favor de los placeres efímeros del momento. Sus volubles gustos dominaban la escena parisina de la moda. Se rodeaba de las modelos más bellas de la ciudad, muñecas que cataban la sangre y soñaban con la inmortalidad. Como le ocurría a demasiados Vástagos, no había terminado de asumir su propia muerte.

La fiesta se celebraba en el Cour Marley, con su techo de cristal, pero Phantomas no tenía prisa por llegar hasta allí. Aunque había visitado el museo muchas veces nunca perdía la oportunidad de recorrer las salas que albergaban las antigüedades griegas, romanas y egipcias. Era posible que el Louvre albergara la mejor colección del mundo al respecto, y aunque su rostro y su cuerpo fueran los de un monstruo su alma era la de un poeta.

Pasó diez minutos admirando la Venus de Milo, luego la Victoria Alada sobre Samotracia. Después se sintió atraído por el Toro asido y por la estatua de la Reina Nefertiti, en la sección de Egipto. Como siempre, se detuvo a contemplar la cripta de Osiris, que mostraba a muchos de los dioses del Nuevo Reino. Ya era vieja cuando él servía a las órdenes de César.

El busto de Agripa lo llevó a las salas romanas. El famoso general, héroe de Actium, había servido a Octavio, sobrino de su mentor, Julio César. Observar la estatua le hizo sentirse viejo. Dos mil años lo separaban de su herencia. Si no hubiera sido por un fortuito encuentro en las Galias, sus hijos podrían haber combatido contra Marco Antonio, o servido en el Senado con Cicerón. Terminada su visita se dirigió al ala Richelieu, donde se encontraba la Cour Marley. Mientras se acercaba frunció el ceño. No oía música. Las fiestas de Villon siempre incluían grupos de rock a todo volumen interpretando los últimos éxitos. Aquella noche el lugar estaba extrañamente silencioso. Un joven alto y delgado, de cabello rubio y brillantes ojos azules, parecía esperarlo en la entrada al lugar donde se celebraba la fiesta. Estaba vestido con un traje blanco y una camisa de cuello abierto, y saludó a Phantomas con la cabeza cuando éste se acercó.

–No entres –le dijo sorprendiéndolo. Nadie le hablaba directamente cuando vestía la Máscara de las Mil Caras, ¡y mucho

menos un humano!

–Dentro espera la Muerte Definitiva –continuó, ignorando la preocupación de Phantomas–. Si lo haces podrías no salir vivo.

–No soy un cobarde –dijo simplemente el vampiro–. Después de veinte siglos no le tengo miedo a casi nada.

El joven sonrió.

–Sospechaba que dirías eso. –Se hizo a un lado–. Cuídate de la Muerte Roja, Phantomas.

–¿Quién eres? –preguntó atónito el vampiro–. ¿Cómo conoces mi nom...?

Pero el extraño se había desvanecido, como si nunca hubiera estado allí.

Temblando por primera vez en muchos siglos, el Vástago abrió la puerta del patio.

Se vio asaltado por el olor de la carne humana chamuscada y ennegrecida. Una mirada horrorizada al lugar le mostró el cadáver de más de una decena de los favoritos de Villon, con sus bellas facciones quemadas hasta resultar irreconocibles. Las pasarelas parisinas iban a echar de menos a bastantes caras conocidas. Entre los muertos había también unos veinte ghouls.

Villon había desaparecido, como todos los Vástagos. Sin embargo, las sombras oscuras en el suelo indicaron a Phantomas que más de uno había abandonado el Louvre... permanentemente. Ni Vástagos ni mortales habían sido perdonados en aquella carnicería.

Como respuesta a todas las preguntas del viejo vampiro apareció tras los Caballos una horrenda figura, alta y enjuta, cubierta con un sudario y vendas podridas. Su blanquecino rostro cadavérico estaba manchado de rojo. El monstruo miró directamente a Phantomas y sonrió.

–El archivista entrometido –dijo la Muerte Roja extendiendo un brazo esquelético. El Nosferatu era capaz de sentir el calor, aun a diez metros de distancia–. Tu destrucción será una conclusión adecuada para la fiesta.

Cientos de años escondido bajo las calles de París le habían enseñado a Phantomas una importante lección. Cuando se te amenace, huye. Inmediatamente. No busques soluciones alternativas, no negocies, no mires atrás. Corre tan rápido como sea posible hasta que alcances la seguridad. Era una técnica básica de supervivencia que había funcionado en el pasado y que aquella noche le salvaría la vida.

Corrió. Atravesó las puertas del Cour Marley y se dirigió a toda velocidad hacia las salas que conducían a la pirámide de cristal. Salió al exterior sin mirar siquiera si era seguido. A pesar de su pequeño tamaño y de sus deformidades, era sorprendentemente veloz. No se detuvo hasta alcanzar la relativa seguridad del laberinto de túneles que constituía su dominio. Cuando al final se detuvo, cientos de metros bajo tierra, no detectó señal alguna de la Muerte Roja. De momento había escapado, pero estaba seguro de que volvería a encontrarse con aquel monstruo.

La Muerte Roja le había llamado archivista, por lo que de algún modo sabía de su gran proyecto. Y, obviamente, parecía desaprobarlo...

_____ 7 _____

San Luis: 11 de marzo de 1994

McCann cerró su despacho y tomó el ascensor hasta la calle. En el estacionamiento subterráneo municipal tuvo que esperar diez minutos a que le trajeran el coche. Había que pagar para que uno de los guardias de seguridad te lo llevara hasta la entrada, pero el precio valía la pena. A pesar del circuito de cámaras de vigilancia y de las patrullas, los asaltos, violaciones y asesinatos eran frecuentes. Se llegaba a rumorear que los propios guardias eran los responsables de muchos de aquellos crímenes, pero nadie estaba seguro: los muertos no hablaban.

A McCann no le importaba gastarse un poco más si así evitaba enfrentamientos innecesarios. La ciudad era un lugar peligroso. La América urbana se convertía cada vez más en una jungla en la que sólo los más fuertes y astutos lograban sobrevivir, ya que había más muertos por arma de fuego que por causas naturales. El gobierno aseguraba que el crimen estaba bajo control, pero la verdad estaba en las calles.

La supervivencia dependía más del reconocimiento de los peligros que acosaban la vida diaria y de la adaptación que de la superioridad en potencia de fuego. Un hecho en el terrorífico mundo moderno era que siempre había alguien con un armamento mucho más peligroso

que el tuyo.

Condujo hacia el oeste, hacia los suburbios. Escudriñaba mentalmente los alrededores, pero no encontró pruebas de que lo estuvieran siguiendo. Sin embargo, después de los sucesos de la pasada noche eso no le tranquilizaba demasiado.

Vivía en una pequeña casa en una urbanización nueva a la que se llegaba por la autopista 80. Se encontraba al final de una tranquila calle y estaba rodeada por una valla de seguridad que la aislaba del resto del bloque, que era exactamente lo que el detective buscaba. Quería estar solo, y en aquellos tiempos nadie consideraba extrañas sus medidas de seguridad.

Había pagado la casa al contado hacía menos de un año, cuando decidió establecerse en el área de San Luis. No conocía a ninguno de sus vecinos, ni tenía ganas de encontrarse con ellos. Trabajaba de noche y dormía durante el día. Las pocas veces que veía a alguien levantaba la mano a modo de saludo, pero no decía nada. McCann consideraba que su hogar era un lugar seguro en el que relajarse y descansar. Su despacho era su centro de operaciones, y no tenía relaciones sociales en ninguno de los dos.

Estacionó el coche en el garaje interior y apoyó la mano contra la pared antes de entrar en la casa.

Determinados rituales arcanos del amanecer de la civilización imbuían a un hogar con la personalidad de su propietario. Un maestro de la magia (y él era uno de los mayores que hubiera hollado nunca la Tierra) podía sentir inmediatamente cualquier intrusión en su morada. No había problema. Estaba a salvo. De momento, ni la Muerte Roja ni la misteriosa señorita Young habían descubierto su escondite.

Veinte minutos después estaba descalzo y con una bebida en la mano, liberándose de la tensión. Se sentó en un cómodo sillón mientras un sofisticado equipo de música interpretaba suavemente a Billie Holiday. El salón contenía el sillón, un sofá, la cadena estéreo y una pequeña mesilla. No había televisor. Una gruesa alfombra cubría el suelo. Creía en los placeres sencillos, y las pocas cosas que le importaban las guardaba en el dormitorio.

McCann era un hombre sin raíces. Vagaba de un lugar a otro y nunca se quedaba demasiado tiempo en ningún sitio. Su complejo plan exigía que se mantuviera siempre en movimiento, pero a veces se preguntaba si merecía la pena seguir jugando. Muchos de los suyos habían abandonado. Algunos se habían precipitado hacia lo desconocido, de donde nadie regresaba, mientras otros se retiraban

de la cruel realidad y se ocultaban en un mundo onírico de su propia creación. Él estaba entre los pocos que seguían luchando. En realidad, hacía tiempo que el premio había dejado de parecer importante. Era la diversión lo que lo mantenía en marcha.

Sacudió la cabeza y terminó su bebida. Había realizado aquel ejercicio mental miles de veces y nunca llegaba a una conclusión satisfactoria. Era como el *Old Man River*, "cansado de vivir pero asustado de la muerte". Para la gente como él no había respuestas fáciles, sólo más preguntas.

Se preguntó por la identidad de sus enemigos. La Muerte Roja era un Vástago y miembro de los Hijos de la Noche del Terror. No recordaba haber oído hablar antes de aquel culto. Eso no significaba nada, ya que los vampiros tenían un extraño gusto por los seudónimos. El término "Noche del Terror" hablaba de un miedo a la inminente Gehena. Durante los últimos años habían surgido entre los Cainitas numerosos cultos del Armagedón. Creían que la tercera generación se estaba preparando para despertar y devorar a sus descendientes. Como ocurría con muchos mortales, el fin del milenio los asustaba.

McCann los ignoraba, ya que consideraba que representaban a los elementos más marginales de la sociedad vampírica. Ahora, tras la llegada de la Muerte Roja, ya no estaba tan seguro.

El hecho de que aquel monstruo se hubiera fijado en su existencia y en sus poderes psíquicos preocupaba al detective. Durante las últimas décadas se había mantenido bastante oculto, prefiriendo realizar sus planes por medio de agentes que no sabían a qué se dedicaban en realidad. Estaba seguro de que no había pruebas que relacionaran al detective humano Dire McCann con Lameth, el Mesías Oscuro de los Vástagos.

Volvió a sacudir la cabeza y se preguntó si Anis estaría detrás del ataque. Conocía muchos de sus secretos, y cómo él seguía tramando e inquinando a lo largo de los siglos.

Rachel Young le intrigaba más que la Muerte Roja. Parecía realmente aterrorizada por la aparición del espectro, por lo que estaba convencido de que no trabajaban juntos. Sin embargo, estaba igualmente seguro de que era ella la que había matado a Tyrus Benedict antes de robar las fotos de Baba Yaga, entrando luego en su despacho para llevarse los informes.

Para aumentar el misterio estaba la llamada telefónica sin explicación que le advertía sobre la Muerte Roja. La realidad se había

retorcido inmediatamente después de recibir aquel mensaje, lo que le daba a entender que había involucrado un mago extremadamente poderoso. No tenía idea de quién podría ser. ¿Cómo supo el extraño de la existencia de la Muerte Roja antes del ataque?

Luego estaban los intentos de asesinato en el callejón. Dos hombres habían tratado de acabar con él sin motivo aparente. Evidentemente, alguien les había pagado por el trabajo. ¿Era la Muerte Roja? ¿Rachel Young? El escenario era terriblemente complejo y confuso.

Recordando el ataque en el callejón, sacó del bolsillo la cartera que había recuperado de uno de los atacantes. Excepto por el dinero, estaba totalmente vacía. Sin embargo, eso no quería decir que no pudiera revelar algún secreto.

La depositó sobre la mesilla y puso las dos manos sobre ella, liberando el poder de su voluntad. El aire se retorcía ante las enormes energías liberadas. McCann cerró los ojos y se concentró en una única palabra: *encuentra*.

Cinco minutos más tarde se derrumbó en su sillón con el ceño fruncido. La cartera procedía de Washington D.C. Había sido adquirida en una tienda por un funcionario gubernamental que trabajaba en el Pentágono. El residuo psíquico del edificio dejado por el antiguo propietario era claro.

El asesino la había robado hacía menos de una semana y la había utilizado para guardar el dinero que contenía. No había restos de su personalidad.

La capital del país llevaba mucho tiempo siendo una fuente de fricciones entre la Camarilla y el Sabbat. Aunque la primera controlaba la ciudad, ambas organizaciones tenían agentes en los suburbios. La gran movilidad de la población también traía nuevos vampiros. Las dos sectas controlaban a numerosos políticos y grupos de presión, pero los frecuentes cambios en el funcionariado frustraban cualquier intento de dominar el gobierno de forma eficaz. La ciudad era un campo de batalla potencial para los dos cultos: la Camarilla tenía el poder, pero se encontraba rodeada por el Sabbat. Antes o después estallaría la guerra.

McCann había evitado cuidadosamente la capital, ya que no le gustaba aparecer en un lugar con un equilibrio de poder tan variable. Trabajaba mucho mejor en las sombras. Sin embargo, aquel intento de asesinato podía indicar que se había equivocado al ignorar la metrópolis.

Al llegar el amanecer sintió que el sueño lo reclamaba. Cansado, se retiró a su dormitorio. Revisó mentalmente las protecciones mágicas que rodeaban la casa: todo en orden. Nada, vivo o muerto, era capaz de penetrar sus defensas. Podía descansar en paz.

Con una leve sonrisa posó una mano sobre la pequeña y detallada escultura que descansaba en la mesilla de noche. Estaba tallada en arenisca y mostraba el rostro de un hombre muy parecido a él. La estatua no era especialmente grande o impresionante, pero procedía de Egipto y tenía más de cuatro mil años de antigüedad. Había estado con McCann desde hacía mucho tiempo.

No pudo evitar una mueca al recordar la historia de Flavia sobre las Máscaras. Era una fábula divertida. Se preguntó cómo reaccionaría si supiera la verdad. Quizá algún día se la contara.

Con ese pensamiento apagó las luces y se sumergió en el sueño.

Venecia: 12 de marzo de 1994

Una mancha negra se deslizaba de una sombra a otra en la oscuridad de la noche. Se movía silenciosamente a través de las estrechas y tortuosas calles de la antigua ciudad, dirigiéndose hacia la Plaza de San Marcos, centro de la metrópolis dormida.

La figura, de forma vagamente humana, se desplazaba rápidamente sin detenerse a admirar los impresionantes ejemplos de arquitectura renacentista y bizantina que habían dado a la ciudad su reputación como uno de los lugares más bellos del mundo. Tampoco frenaba en los numerosos puentes que se veía obligada a cruzar. Venecia, construida sobre ciento veinte islas y cruzada por ciento setenta y siete canales, estaba llena de ellos. La oscura forma los atravesaba con cegadora velocidad, desapareciendo en un punto para aparecer en otro instantes después.

La Plaza de San Marcos, en el centro de la ciudad, era el lugar más popular de Venecia. Estaba completamente rodeada por famosos monumentos históricos. Al este se levantaba la catedral de San Marcos, de más de mil años de antigüedad. Cerca estaba el Palacio del Dux, construido en el 814, destruido por el fuego cuatro veces y reconstruido otras tantas, cada vez más magnífico. La misteriosa

figura se deslizó entre los dos. En la parte trasera del palacio se encontraba el famoso Puente de los Susurros. En su día aquel famoso arco conducía a la prisión, pero en lugar de ésta se levantaba ahora un rascacielos de acero y cristal.

Muchos venecianos expresaron su protesta cuando se anunció por primera vez la intención de demoler aquel famoso edificio histórico. Se quejaban del inmenso plan de reconstrucción, asegurando que la antigua cárcel era uno de los hitos más valiosos de la ciudad. Como solía ocurrir, el dinero habló más alto. La comisión de urbanismo ignoró las quejas y aprobó el proyecto.

Al poco tiempo, algunos de los críticos más estridentes desaparecieron de Venecia. Los informes policiales aseguraban que habían abandonado la ciudad después de haber sido humillados por las autoridades, pero los más cínicos guardaban silencio y trataban de no enemistarse con el nuevo rascacielos.

El edificio, de cuarenta plantas, estaba rodeado por un muro de ladrillo de cuatro metros de altura. Una puerta y un puesto de guardia ofrecían la única entrada al complejo. Corrían historias sobre enormes perros de ojos rojos que rondaban por la noche, pero nadie estaba seguro de los secretos que contenía aquel lugar. Aparte de una dirección postal, el edificio no tenía nombre. Los habitantes de Venecia conocían aquel gigante simplemente como El Mausoleo.

La presencia se detuvo frente al perímetro de ladrillo, ya que sabía que no era muy inteligente tocar la estructura. Embebidos por todo el muro había pequeños detectores de calor capaces de registrar la menor variación de temperatura, ya fuera de frío o de calor. La coronación estaba cubierta por miles de agujas de acero con un diseño serrado capaz de destrozar la ropa protectora y la carne. Poderosos proyectores barrían el interior cada pocos minutos mientras bestias monstruosas, surgidas de una pesadilla, vagaban en busca de presas. Era imposible entrar en el Mausoleo por otro lugar que no fuera la entrada principal.

La sombra se detuvo un segundo y se arrastró hacia ella. Cuatro guardias vigilaban la calle desierta, hombres altos vestidos con uniformes negros sin insignias y cuyos ojos emitían un brillo sobrenatural. Eran ghouls, los soldados de élite de la fortaleza, y sus vidas estaban dedicadas a protegerla de los intrusos.

Dos de ellos estaban estacionados en una cabina elevada de cristal que ofrecía una excelente visión de la calle. Estaban encargados de controlar la compleja red informática y de vídeo que

permitía tener acceso visual instantáneo a cualquier lugar del edificio. Sus compañeros, estacionados en la puerta, estaban armados con riñes automáticos AK-47 cargados con balas explosivas de alta potencia. Tras ellos había dos puertas de acero de quince centímetros de espesor operadas desde la cabina que proporcionaban el obstáculo final a cualquiera que quisiera superar a los centinelas.

El cálculo del tiempo lo era todo. La figura esperó y aguardó al momento preciso para actuar. Era extremadamente paciente, y faltaban varias horas para el amanecer. Además, llevaba mucho tiempo planeando esta operación.

Hasta los ghouls parpadeaban. Los sentidos humanos no eran capaces de detectar esos rápidos movimientos con precisión... pero aquella criatura no era humana.

Exactamente veintidós minutos después de su llegada a las puertas, los cuatro ghouls parpadearon en el mismo momento. Sus ojos estuvieron cerrados durante menos de una centésima de segundo, pero ese era el tiempo que necesitaba la sombra para saltar y fluir a través del espacio microscópico entre las dos grandes puertas. Aquel ser tenía un espesor de moléculas, por lo que se deslizó fácilmente dentro de los terrenos interiores del complejo.

Manteniendo exactamente la temperatura ambiente, la mancha de oscuridad se deslizó sobre la tierra como un rayo de luna invertido. No tenía ni aroma ni forma que los Perros Infernales pudieran detectar. Eran criaturas de inteligencia limitada capaces únicamente de atacar cosas que hubieran percibido. Muchos vampiros sabían cómo fundir sus cuerpos con la tierra, convirtiéndose en parte de ella. Aquella sombra móvil era uno de los pocos que, después de hacerlo, era capaz de desplazarse.

Dos enormes puertas de cristal conducían al interior del Mausoleo. En una de ellas había grabado un antiguo emblema familiar, un símbolo bien conocido por la sombra. Un guarda solitario, otro ghoull, estaba sentado en su puesto en el centro del vestíbulo, a unos cuatro metros de la entrada. Su atención, como la de los de fuera, no flaqueaba. Superarlo sería más difícil todavía. Aquella zona estaba bien iluminada y pintada de blanco brillante, por lo que una sombra sería claramente discernible. Era necesaria una nueva forma, y haría falta más de un milisegundo para adoptarla. Reuniendo toda su fuerza de voluntad, la sombra proyectó un pensamiento sobre el vigilante. *Estornuda*, ordenó, *estornuda*. El guardia frunció el ceño y arrugó la nariz. *Estornuda*, volvió a proyectar la sombra. El ghoull alzó

la mirada, se llevó la mano a la cara y estornudó.

Sus ojos se cerraron involuntariamente durante un mero segundo, tiempo más que suficiente. Como un remolino, la criatura fluyó desde la tierra y tomó forma en el aire nocturno, convirtiéndose en una bruma blanquecina. Como una nube, fluyó a través de la grieta microscópica entre la puerta y el marco de acero de la misma. Como ocurría con la barrera externa, ningún sello era lo suficientemente estanco como para evitar la entrada del vapor. La niebla estaba en el vestíbulo antes de que el guardia hubiera apartado la mano de la nariz.

Una vez dentro la nube subió inmediatamente y se aplastó contra el techo, ya que las cámaras de vigilancia y las patrullas de seguridad cuidaban el suelo. Prácticamente invisible, atravesó el punto de control exterior y entró en la zona principal del complejo. Había otros puestos de guardia en el edificio, pero la sombra estaba dispuesta a superarlos todos. Conocía a la perfección su camino hacia lo alto del rascacielos.

Aunque era bastante tarde, el Mausoleo nunca dormía: estaba lleno de trabajadores, decenas de personas que iban de un despacho a otro. Ninguno hablaba, y tampoco se oía música. El lugar estaba silencioso como una tumba.

Desplazándose sobre el techo la sombra buscó la puerta que conducía al sótano, ya que sabía que el modo más fácil de subir era bajando primero. Un rápido registro dio con la entrada necesaria. Fluyendo a través de una fisura la entidad flotó hacia el oscuro pasillo que conducía al nivel inferior.

El siguiente paso era dar con el cuadro eléctrico de todo el edificio. Éste estaba controlado por un sistema informático de monitorización, pero superar las protecciones era un juego de niños. Mentalmente, la sombra instaló trampas invisibles en los circuitos adecuados. El generador de emergencia tampoco representó un gran problema. Una vez terminada la tarea, buscó el camino hacia arriba.

Localizar el ascensor de servicio también fue sencillo. Había varios ghouls trabajando cerca, pero ninguno de ellos era personal de seguridad. Estaban concentrados en sus propios asuntos, por lo que nunca advirtieron la bruma blanquecina que atravesaba las puertas dobles que conducían al hueco del ascensor.

Pegado contra una de las paredes del conducto, el vapor flotó hacia el techo. Había cámaras de seguridad en todos los ascensores del Mausoleo, pero no en los huecos. Peligrosa equivocación.

La niebla fluyó atravesando una cabina detenida en la planta veintidós y llegó hasta la cuarenta en unos diez minutos. Revisó

cautelosamente con una sonda mental el pasillo al otro lado de las puertas, pero no había nadie. Se deslizó rápidamente. Aquella parte del edificio estaba extremadamente bien protegida: había por lo menos diez conjuros mortales rodeando el núcleo interior de despachos y apartamentos, y eran disparados por el pensamiento, no por una presencia física. Un paso en falso y los esfuerzos del intruso llegarían a un horrible final.

Sin esfuerzo, la bruma desactivó las trampas. En vez de estar entrelazadas de modo que el disparo de una activara las demás, estaban solapadas. La poderosa mente de la sombra rodeó cada conjuro y lo desactivo rápidamente. No sonó una sola alarma, pero en el transcurso de un cuarto de hora toda la planta superior del cuartel general del clan vampírico Giovanni estaba indefenso contra un ataque externo.

El sonido de un ascensor alertó a la bruma de que sus acciones habían terminado siendo descubiertas por las fuerzas de seguridad del edificio. Manipulando mentalmente los circuitos apropiados, dejó sin energía todo el sistema de elevadores. Otro toque desactivó los generadores de emergencia. Utilizar la escalera sería una pérdida de preciosos minutos. Sin preocuparse por más interferencias externas, la bruma fluyó bajo la puerta con el letrero *Madeleine Giovanni*. Como era de esperar, el lugar estaba vacío. La niebla se retorció y adoptó consistencia, haciendo aparecer a una atractiva joven de ojos oscuros y largo pelo negro. La piel pálida y los labios rojos ofrecían un fuerte contraste con el leotardo negro que era su única vestimenta.

Se acercó a un armario lleno de ropa de mujer y buscó cuidadosamente hasta dar con un vestido de terciopelo negro de corte antiguo. Asintiendo, se quitó el leotardo y se lo probó. Le venía perfecto, abrazando su esbelta figura como si estuviera hecho a medida. De una caja sobre una balda extrajo un impresionante collar de plata que se puso alrededor del cuello. Estaba decorado con el mismo emblema familiar que marcaba la entrada principal del mausoleo. Un par de zapatos de tacón bajo completaron la indumentaria.

Sonriéndose en un espejo de cuerpo entero atravesó la habitación y se acercó a una segunda puerta. Llamó suavemente con los nudillos.

--Entra --gruñó una voz desde el otro lado. No parecía muy complacida--. Pequeña bruja...

Satisfecha, la joven entró en un enorme despacho en esquina con amplios ventanales en las dos paredes exteriores. El vidrio tintado

proporcionaba una impresionante vista de la ciudad, lo que resultaba bastante apropiado: su ocupante consideraba Venecia su propiedad personal.

–Sire –murmuró la mujer. Su voz ronca apenas podía ocultar su alegría–. Como me ordenaste, probé los sistemas de seguridad del cuartel general. Los encontré... insatisfactorios.

–Eso parece –respondió la figura a la que se había dirigido. Era un hombre alto de porte aristocrático y cabello gris. Vestía un impecable traje negro con camisa blanca y corbata lisa. Su única concesión al color era una rosa roja prendida de un ojal. Cuando caminó sobre la Tierra en forma humana, hacía cientos de años, Pietro Giovanni había sentido pasión por las flores bellas. La muerte no había cambiado aquellos sentimientos, y como director del Mausoleo y uno de los Vástagos más poderosos de Europa podía dedicarse a sus aficiones, tanto a las grandes como a las pequeñas.

Se dejó caer sobre una enorme sillón de cuero negro tras su escritorio de ébano. Madeleine se apoyó contra el respaldo de una silla y esperó educadamente a que su sire hablara.

–De todos mis chiquillos –declaró con una ligerísima sonrisa– tú, Madeleine, eres la saboteadora más hábil. No creo que ningún otro miembro de nuestro clan fuera capaz de romper nuestras defensas. Sin embargo, teniendo en cuenta que tú lo lograste somos evidentemente vulnerables a un ataque externo. ¿Qué recomiendas?

–Dependemos demasiado de los ghouls –respondió–. Pueden ser leales, pero son el eslabón débil de la cadena. Hay que entrenar mejor a los guardias de la entrada principal y rediseñar su equipo para complementar sus esfuerzos, no para duplicarlos.

–¿Los Perros Infernales? –preguntó Pietro.

–Una amenaza menor –respondió Madeleine–. Hay que alimentarlos menos para que estén más hambrientos. Reemplazar la tierra y el césped que rodea el edificio con un material artificial. *Astroturf*, con una capa de acero. Hay que pasar una corriente eléctrica entre las puertas y sus marcos, como si fuera un ojo electrónico. Incluso eso puede superarse, pero con un gran esfuerzo.

–¿Algo más?

–Volver a pintar el vestíbulo –contestó con una sonrisa–. A franjas. Una multitud de colores harán más difícil a una sombra pasar sin ser detectada. –Sus ojos se entrecerraron–. El ghoul de la entrada. Su mente es demasiado débil para la tarea que realiza. Quebré su voluntad con un mínimo esfuerzo. Nunca supo que estaba

manipulando sus pensamientos. No sirve. Mávalo.

–Como desees –Pietro presionó un botón en su escritorio–. Diga al ghoul que vigila la entrada del Mausoleo que acuda a la sala diecisiete. Desármelo cuando entre. Déle a ese estúpido una hora para pensar en sus pecados contra la Casa Giovanni y para que suplique perdón. Luego dáselo a nuestros neonatos para comer –Se detuvo un momento y luego continuó–. Asegúrese de que los demás ghouls asignados a tareas de vigilancia estén presentes y observen. Eso debería animarles a superarse. –El patriarca Giovanni rió entre dientes y apagó el comunicador–. ¿Y bien?

–Necesitamos cámaras de seguridad en el sótano y en los huecos de los ascensores. También son imprescindibles detectores de movimiento de la más alta sensibilidad.

–No hay problema –respondió Pietro–. Todo estará listo mañana mismo. ¿Algo más?

–Los conjuros que protegen tu apartamento son ineficaces. Los rompí con suma facilidad. Hay que cambiarlos.

–No dudo de que tendrás algunas ideas para mejorar su invocación –dijo Pietro. Antes de que pudiera continuar sonó el teléfono del escritorio. Escuchó unos segundos y luego colgó.

–Antes de seguir con ese asunto, ¿podrías devolver la electricidad a los niveles inferiores? Mis empleados no pueden trabajar sin sus ordenadores.

–Lo siento –respondió Madeleine chasqueando los dedos–. Ya hay energía a todo el complejo.

–Gracias –dijo Pietro–. Ahora explícame tus ideas sobre esos conjuros. Cualquier cosa relacionada con las artes negras debe ser aprobada por los antiguos del clan.

Pasaron toda una hora hablando. Al final, Pietro levantó la manos fingiendo rendición.

–Basta, me has convencido. Comentaré tus ideas a nuestros estimados ancestros en la próxima reunión del consejo. No habrá objeciones.

–Bien –respondió Madeleine mientras se levantaba y se dirigía hacia la ventana que se abría a la catedral de San Marcos–. Entiende, abuelo, que he hecho todo esto sólo para asegurarme de que estás adecuadamente protegido.

–Sí, mi preciosa –respondió suavemente Pietro–. Eres mi mayor tesoro. Agradezco tu preocupación.

Los vampiros Giovanni estaban unidos por algo más que el lazo

de sire y chiquillo: todos los miembros del clan eran parientes. Madeleine había sido Abrazada por Pietro, estableciendo su relación en la muerte, pero también era hija del único hijo de éste, Daniel, que había encontrado la Muerte Definitiva a manos de Don Caravelli, el Vástago que dominaba la mafia. Aquella era una deuda que tanto el padre como la hija habían jurado cobrarse.

El dinero y la muerte eran las dos principales pasiones de los Giovanni. Su habilidad para manipular las finanzas sólo era superada por sus poderes nigrománticos. De todos los Vástagos, su clan era el que estaba más involucrado con el mundo del más allá. Nadie sabía con seguridad qué tenebrosos rituales se llevaban a cabo en las cámaras secretas bajo los enclaves de la familia. Los rumores hablaban de un increíble plan para controlar no sólo a los vivos, sino también a los espíritus de los muertos.

Igualmente misterioso era el alcance exacto de la fortuna de los Giovanni. Como un gigantesco pulpo financiero, los negocios familiares extendían sus tentáculos por todo el mundo. La conexión con la Iglesia Católica, firmemente establecida durante la Inquisición, había ayudado aún más al clan a penetrar en mercados inalcanzables para cualquier otra institución bancaria. Los Giovanni controlaban miles de millones de dólares en activos. Una palabra de los antiguos del clan podía sumir al mundo en una nueva depresión y hundir en la miseria a poblaciones enteras.

Madeleine era única, ya que poseía habilidades que no estaban relacionadas ni con la nigromancia ni con las altas finanzas. Era fanática en su devoción al honor familiar, por lo que había dedicado su vida a vengar la muerte de su padre. Un siglo de entrenamiento intensivo y una férrea disciplina la habían convertido en una maestra del espionaje industrial y la vigilancia corporativa. Era la daga oculta del imperio Giovanni.

Aunque era responsable de muchos de los grandes triunfos del clan, logrados mediante una combinación de sabotaje, chantaje y asesinato, Madeleine era virtualmente desconocida fuera del Mausoleo. Los mortales y Vástagos que se encontraban con ella durante sus misiones no sobrevivían. Cuando salía de caza, la muerte caminaba a su lado.

Sin embargo, a pesar de su éxito, Madeleine no estaba satisfecha. Tres veces había intentado penetrar en la fortaleza secreta de su presa, Don Caravelli, y tres veces había fracasado. El jefe de la mafia controlaba un imperio que rivalizaba en poder y riquezas con el

del clan Giovanni, y vivía en el escondite más seguro del mundo. Caravelli sabía que Madeleine esperaba el momento en que abandonara Sicilia, por lo que se negaba a viajar. No era cobarde, pero tampoco estúpido.

–Tengo una misión especial para ti –le dijo Pietro. Le acercó un sobre de manila–. Dentro está todo lo necesario para tu viaje. Debes partir inmediatamente hacia América. En la ciudad de San Luis localizarás a un humano llamado Dire McCann. No te será difícil dar con él, ya que tiene relación con el Príncipe local.

–Y cuando lo encuentre –preguntó Madeleine–, ¿qué quieres que haga con él?

Pietro le respondió con una sola palabra.

Sicilia: 12 de marzo de 1994

Don Caravelli, Capo de Capi de la mafia, se levantó cuando sus cuatro invitados entraron en el enorme salón de banquetes. Era un gesto de respeto viniendo de uno de los principales señores del crimen mundial, por lo que los recién llegados se sonrieron complacidos los unos a los otros. Habían sido necesarios varios meses para preparar el encuentro, pero aquel simple gesto indicaba que el viaje no había sido en vano.

–Caballeros –dijo el anfitrión, un hombre enorme de casi un metro noventa y hombros tan anchos que estiraban su impecable chaqueta–. Bienvenidos a mi hogar. –Señaló con la mano cuatro sillas vacías en la gran mesa–. Mi jefe de cocina está preparando para ustedes una comida especial. –Sonrió, mostrando unos dientes blancos que contrastaban con su bronceado–. Yo, por supuesto, no me uniré a ustedes.

Ninguno de los cuatro dijo nada. Todos sabían que Caravelli era un vampiro, pero ahora eso no importaba. A ellos sólo les preocupaba su imperio criminal, y su gusto por la comida les traía sin cuidado. Se consideraban hombres de negocios que trataban con la dura realidad del mundo. Si fuera necesario harían tratos con el mismo diablo.

–Me disculpo por no haberlos recibido en el aeropuerto –siguió el

Don mientras volvía a sentarse. Dos Vástagos más grandes todavía se situaron a ambos lados de su jefe. Otra pareja montaba guardia en la puerta—. Sin embargo, en estos momentos desconozco el paradero de mi más peligrosa enemiga, por lo que mis consejeros insistieron en que permaneciera en mi fortaleza hasta que fuera encontrada. Aunque no soy un cobarde, apenas he sobrevivido a tres intentos de asesinato de esa puta. Prefiero no darle la oportunidad de un cuarto intento.

—¿Se trata de esa loca Giovanni? —preguntó Tony "Tuna" Blanchard, el jefe del Sindicato en la Costa Este. Ya había visitado varias veces a Caravelli con anterioridad y no se sentía tan intimidado como sus compañeros. Fue él el que había arreglado el encuentro, con la esperanza de forjar una lazos más estrechos entre el cártel criminal de los Estados Unidos y los secuaces de Caravelli—. ¿Sigue detrás de su cabeza?

El Don asintió, sonriendo ante la elección de las palabras. Hizo un gesto a uno de los hombres en la puerta.

—Un poco de vino para mis invitados. Estarán sedientos después de un viaje tan largo desde América. —El guardia asintió y desapareció—. Disculpenme por ser tan mal anfitrión. Por favor, relájense. Discutiremos su propuesta después de la cena. De momento, son mis invitados.

La botella de buen vino tinto levantó murmullos de aprobación entre los cuatro jefes del Sindicato. Aunque no bebía, Don Caravelli tenía una de las mejores bodegas de Europa. Se trajo una segunda botella, que también fue vaciada.

—No estoy seguro de comprender su problema, Don Caravelli —dijo George Kross, el representante de Medio Oeste del cártel. Era un hombre grande con una cara redonda y ojos pequeños, y hablaba con un claro acento de Indiana—. ¿Una tía loca quiere freírlo? ¿Por qué no se la carga? Joder, usted es el jefe de todos los jefes. Podría ordenar el asesinato del maldito presidente de los Estados Unidos levantando un dedo.

—Por desgracia, su comandante en jefe es mucho más fácil de alcanzar que un miembro de la cúpula del clan Giovanni —respondió tranquilamente. Juntó sus enormes manos, con los codos reposando sobre la mesa—. Además, Madeleine Giovanni ha demostrado ser un excelente oponente para mis mejores agentes. En los últimos sesenta años seis de mis asesinos más valiosos han tratado de eliminarla, y no hace falta decir que ninguno de ellos regresó con vida de su misión.

—¿Una mujer cargándose a seis matones de la mafia? —intervino

Harvey Taylor, jefe de la Costa Oeste—. Parece ser una tipa dura.

—¿No se la puede comprar? —preguntó Kross—. Todo el mundo tiene un precio. Todos, humanos o Vástagos.

Caravelli asintió.

—Eso pienso yo. Sin embargo, los Giovanni son una banda muy unida y problemática. Ansían el poder y el control. Además —el Don se encogió de hombros en una burla de desesperación—, cometí el desgraciado error de ejecutar a su padre hace algunos años.

Madeleine ni olvida ni perdona.

—Si —dijo Taylor—. Las tías son así. Sin embargo, los vampiros tienen muchas reglas de conducta y todo eso. ¿No es posible convencer a los antiguos de su clan para que la despidan?

—Si estuviera tratando con cualquier otro clan —respondió Caravelli— esa opción podría funcionar, pero con esas sanguijuelas no hay compromiso posible. —Se levantó de la silla—. Déjenme, caballeros, que les cuente algo sobre los Vástagos que casi ningún humano sabe. La situación que atravieso les será mucho más clara.

Se acercó hacia la chimenea y tomó un atizador de hierro. Lo sujetaba con una mano mientras golpeaba rítmicamente la otra.

—Como ustedes saben, los Vástagos nos alimentamos de sangre humana. Nos proporciona todos los nutrientes que necesitamos. La *vitae*, como la llamamos, es el elixir de la vida. Sin embargo, aunque la sangre mortal es nuestro vino, la de vampiro es el brandy más delicado. La denominamos la *bebida oscura*. —Sonrió, enfatizando cada palabra con un golpe del atizador.

»Cuando surge la oportunidad, amigos míos, los Vástagos somos caníbales. La Sexta Tradición de Caín prohíbe a los vampiros beber la sangre de su propia raza, pero se la suele ignorar. Los fuertes siguen sus propias leyes.

El jefe de la mafia dio lentamente la vuelta alrededor de la mesa, deteniéndose un tiempo detrás de cada uno de los jefes del Sindicato. Ninguno de los cuatro parecía muy cómodo con Caravelli a su espalda.

—La *Diablerie* es el acto en el que un vampiro bebe la sangre de otro. El placer de este canibalismo está más allá de toda descripción. Lo más importante, no obstante, es el resultado obtenido cuando un vampiro bebe la sangre de otro de una generación menor.

¡Recuerden, caballeros, que en mi raza se es más poderoso cuanto más cerca se está de Caín! —Los ojos de Don Caravelli parecían brillar mientras hablaba.

»El fluido vital consumido es tan poderoso que proporciona al atacante *todos los poderes de su víctima*. Es como si el niño se convirtiera repentinamente en padre, con toda la vitalidad de un adulto. En otras palabras, un vampiro de la sexta generación que cometiera diablerie sobre uno de la quinta se convertiría en un Vástago de la quinta generación, ganando la fuerza correspondiente. Si quisiera volver a aumentar su poder sería necesario beber la sangre de un Matusalén. Si eso fuera posible, experimentaría un nuevo incremento en su resistencia y habilidad. Para progresar más aún debería encontrar y matar a uno de los miembros de la tercera generación, los Antediluvianos.

–Lo cojo –dijo Sol Cohen, el jefe del Sindicato en el sur, que hasta el momento había estado callado–. Sería como avanzar en una empresa, o subir en nuestra organización. Para ascender a un nivel de mayor riqueza y control tienes que cargarte al tío que tienes encima. Es el único modo de quedarte con su puesto.

–Una metáfora tosca pero eficaz, sí –dijo Caravelli. Regresó a su asiento, con el atizador aún entre las manos. Sonrió a los cuatro hombres, pero su mirada era gélida–. Soy un Brujah de la quinta generación, y Madeleine una Giovanni de la sexta. Los clanes no tienen nada que ver en la diablerie. Esa puta no sólo quiere matarme, sino sacarme toda la sangre. Eso la transformaría en una Giovanni de la quinta generación, aumentando su fuerza, ya formidable.

–Tío, tío –dijo George Kross–. No me extraña que los Vástagos sean tan paranoicos. No sólo hay dos sectas en guerra y trece clanes luchando por el poder, sino que todo el mundo trata de cargarse a su jefe, beberse su sangre y ocupar su lugar.

–En esencia es correcto –dijo Caravelli–. Su mención a los trece clanes es particularmente apropiada ya que, como todos ustedes saben, trece vampiros de la tercera generación, los Antediluvianos, son los fundadores de las diferentes líneas de sangre. Sin embargo, no todos estos vampiros son igual de viejos.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Cohen–. ¿Que algunos vampiros hicieron la diablerie esa a alguno de los jefazos?

Caravelli rió, un sonido amplio que resonó por todo el salón.

–¡Jefazos! Los americanos utilizan unos términos tan maravillosos... Debo recordar esa expresión. Me gusta cómo suena.

Arrojó a un lado el atizador y los cuatro humanos respiraron aliviados. Eran conscientes de que se encontraban en lo más profundo de una fortaleza inexpugnable donde la palabra del Don era ley.

Aunque su anfitrión había sido hospitalario, ninguno de los cuatro se sentía demasiado cómodo.

–La tercera generación original consistía en trece vampiros, abrazados hace muchos miles de años. Sin embargo, no todos ellos sobrevivieron al paso de las edades. Aunque dominaban increíbles poderes, era posible matarlos. Los que cometieron aquellos asesinatos eran vampiros de la cuarta generación que, después de acabar con ellos, bebieron su sangre para acercarse más a Caín. Ha ocurrido algunas veces a lo largo de nuestra historia. –Hizo una pausa–. Deben estar hambrientos. Mandaré que les preparen la cena –hizo un gesto a uno de sus tenientes–. Cuando mi historia termine ya estará aquí.

–No quiero ser irrespetuoso, Don Caravelli –dijo George Kross–, pero mi estómago lleva unos minutos algo revuelto. Debe ser la mezcla del vino y la charla sobre caníbales. ¿Le importa si hago un viajecito al baño?

–Claro que no –respondió el vampiro–. Nicko, mientras te diriges hacia la cocina muéstrale el aseo al señor Kross.

Éste salió rápidamente de la habitación, con la cara verdosa.

–George no aguanta bien el vino –señaló Cohen riendo–. Es un cervecero de toda la vida.

–Estoy seguro de que se pondrá bien –respondió Don Caravelli–. Continuemos. Mi propia línea de sangre, los Brujah, descendemos en realidad de un vampiro de la cuarta generación llamado Troile que mató a su sire hace muchísimo tiempo. En realidad nuestro clan hubiera debido llamarse Troile.

–¿Qué ocurrió con los otros chiquillos de Brujah? –preguntó Blanchard. Sabía mucho más sobre los Vástagos que sus compañeros–. ¿No había otros vampiros de la cuarta generación además de Troile? ¿Qué fue de ellos?

–Había algunos –admitió el Don ligeramente molesto–. Con su sire muerto se quedaron sin clan. Corren rumores de que algunos desaparecieron en el lejano oriente, pero nadie lo sabe con seguridad... ni se preocupa por esas cosas.

–Seguro que los Giovanni no estaban entre aquellos trece originales –dijo Harvey Taylor–. No creo que en la Edad Media hubiera nadie con un nombre así.

–Los clanes Giovanni y Tremere son comparativamente jóvenes –aclaró Caravelli–. Sus líderes fueron hombres extremadamente despiadados en vida y se convirtieron en Vástagos igualmente

feroces. Los dos rebajaron su generación mediante un acto de *diablerie* detrás de otro, hasta que alcanzaron la cuarta y buscaron a un Antediluviano para beber su sangre. Así lograron la fuerza de un Vástago de tercera generación para sus clanes, estableciendo como indica la ley verdaderas líneas de sangre.

–Si esos acontecimientos tuvieron lugar en la Edad Media –siguió Blanchard– debe haber quedado un buen montón de vampiros sin clan al ser chiquillos de los Antediluvianos asesinados. Estarán cabreados...

–Los Giovanni y los Tremere demostraron ser bastante salvajes –respondió Caravelli son un gesto casual de la mano–. Exterminaron metódicamente a todos los miembros de los clanes originales que pudieron encontrar. El método más sencillo de evitar que sus enemigos cobraran venganza era borrarlos de la faz de la Tierra. Cuando la Camarilla les ordenó detenerse sólo sobrevivían unos pocos de aquellos vampiros desplazados. Se convirtieron en parias, en *Caitiff*, miembros de una línea de sangre extinta, sin importancia alguna.

–¿Y adonde nos lleva todo eso? –preguntó Harvey Taylor–. Seguro que toda esta historia tiene un significado, pero no sé cuál es.

–La lección es muy sencilla, señor Taylor –respondió Caravelli–. De los trece clanes, sólo estos tres descienden de vampiros que no tienen ocho o nueve milenios. Hasta la inmortalidad se vuelve aburrida después de seis mil años. Las líneas de sangre Brujah, Tremere y Giovanni son más jóvenes, fuertes y dinámicas que las otras diez. Aunque nuestros antiguos no son tan viejos, poseen poderes que rivalizan con los de los líderes de los demás clanes. No estamos tan cansados de la muerte, y somos comparativamente pocos los que nos retiramos a un letargo eterno, o los que abandonamos toda esperanza y observamos por última vez un amanecer. Los antiguos de estos tres clanes saben que una de nuestras líneas de sangre está destinada a gobernar algún día a los Vástagos. Aunque forjamos alianzas inestables y hasta perseguimos objetivos comunes, comprendemos que los otros dos clanes son nuestros verdaderos rivales entre los Cainitas. Por eso, aunque desee que Madeleine Giovanni cese en su interminable persecución, sé que eso nunca ocurrirá. Los Brujah, los Tremere y los Giovanni están enzarzados en una batalla secreta hasta la muerte. Una guerra de sangre. En este tipo de conflictos no se aceptan compromisos.

–George lleva mucho tiempo fuera –dijo Tony Blanchard. Espero

que esté bien...

–Estoy seguro de que el señor Kross se unirá a nosotros en un momento –respondió Caravelli mientras se ponía en pie–. Ah, ha llegado la cena.

Tres enormes vampiros entraron empujando una mesa con ruedas. Sobre ella había tres grandes bandejas de plata cubiertas con sendas tapas. Los asistentes colocaron una bandeja frente a cada uno de los jefes del Sindicato.

–Ey –dijo Sol Cohen–. ¿Qué hay de George? Debería estar aquí.

El Don sonrió e hizo una señal a sus hombres, que levantaron las tapas. Los gritos horrorizados de los tres gánsteres resonaron en el salón. George Kross había vuelto, pero hecho pedazos. Su mirada asustada y sus ojos abiertos frente a Tony Blanchard indicaban que su muerte no había sido agradable.

–Mientras narraba mi pequeño relato para distraer su atención –dijo Caravelli– uno de mis hombres, especializado en la lectura de pensamientos, investigó sus mentes. No fue difícil descubrir que el señor Kross llevaba meses planeando su pequeño engaño. Creía poder infiltrarse en mi fortaleza y aprender mis secretos. Soñaba con vender luego su conocimiento al mejor postor. Estúpido, tomarme por un idiota. –Rió de forma salvaje. Su rostro ya no parecía en absoluto humano. Sus ojos brillaban con un rojo sanguíneo.

»Su viaje al lavabo fue producto de una poderosa sugestión colocada en su mente por mi agente. Pensé que era mejor tratar con el señor Kross fuera, ya que no hubiera sido muy hospitalario descuartizarlo durante nuestra pequeña charla. –Hizo un gesto y los ayudantes taparon las bandejas–. Ustedes, caballeros, vinieron aquí de buena fe para hacer negocios, y aprecio eso. Por favor, tengan en cuenta que deseo que las conversaciones se desarrollen con facilidad. Confío en que encontrarán realmente generosa mi oferta a su organización. –Ya no era necesario seguir amenazándolos con el cadáver mutilado de George Kross frente a ellos sobre la mesa.

»En cualquier caso, saben demasiado sobre los Vástagos como para abandonar este lugar tal como vinieron –declaró cuando los sirvientes despejaron la mesa–. Mi segundo de a bordo, Don Lazzari, les proporcionará en breve algo de su sangre. La transformación de humano en ghoul es bastante indolora, y garantizará el silencio sobre todo lo que han oído aquí esta noche, asegurando su lealtad ante mis menores deseos. –Don Caravelli miró a sus invitados, aún temblorosos–. Quizá ahora comprendan por qué Madeleine Giovanni y

yo no podemos llegar a un acuerdo. A ninguno de los dos se le da muy bien perdonar...

No podía dejar de reír.

_____ 10 _____

San Luis: 12 de marzo de 1994

McCann soñaba...

Una lámpara de aceite solitaria tembló cuando la fría brisa recorrió la estancia, apenas iluminada. Enormes sombras negras, proyectadas por las grotescas gárgolas de piedra repartidas por todo el lugar, bailaban en las paredes de arenisca. Un brazo espiral cubierto de pictogramas se cerraba alrededor del suelo de baldosas rojas. Los dibujos terminaban en la base de una mesa ancha y elevada construida en bronce, piedra y plata, justo en el centro del escondite.

Alrededor había un círculo de trece cirios verdes que ardían con una pequeña llama azulada. En lo alto de la plataforma había decenas de vasijas de barro cocido, cada una llena de algún extraño fluido. Dos figuras se apoyaban en la mesa mientras contemplaban el recipiente de mayor tamaño. En sus ojos ardían fuegos similares a los de las velas.

El hombre medía casi un metro noventa y era de hombros anchos. Estaba vestido con una bata y un par de sandalias. El cabello, negro como la noche, le llegaba hasta los hombros. El rostro, delgado y bien trazado, tenía la nariz achatada, la barbilla afilada y los labios finos. La piel demasiado blanca y los símbolos místicos dibujados en sus mejillas denotaban que no se trataba de un hombre normal... ni un vampiro normal. Era Lameth, chiquillo de Asshur y el mayor hechicero que había pisado nunca la Tierra.

La mujer a su lado era igualmente impresionante, y estaba vestida de modo que mostraba sus muchos encantos. Era tan alta como Lameth, pero su melena era rubia, del color de la luna nueva. Sus grandes pechos, delgada cintura y anchas caderas ayudaban a que muchos la consideraran la mujer más bella, viva o muerta, de la Segunda Ciudad. Sus inmensos ojos, su sonrisa cautivadora y sus labios gruesos eran la prueba de que ni siquiera la muerte podía apagar las pasiones que ardían en su interior. Era Anis, en su día

princesa de Ur pero ahora chiquilla de un vampiro de la tercera generación conocida como Brujah.

–Trabajé durante dos siglos –declaró Lameth– perfeccionando este elixir. Muchas fueron las ocasiones en las que creí que nunca terminaría.

–Esas fueron las noches en las que yo intervine –murmuró Anis–, ofreciéndote el coraje necesario para continuar. Como corresponde a dos amantes.

Lameth rió burlonamente.

–El papel de esposa amantísima no es para ti, mi querida Anis. No me animaste por sentimientos de amor, sino por tu pasión devoradora. Tu motivación procedía únicamente del deseo de vivir eternamente, libre de las bestias que acechan dentro de todos los Vástagos.

Anis rió entre dientes.

–¿Por qué eres tan cínico, Lameth? No te recuerdo rechazándome en aquellas noches en las que te enseñé que incluso los muertos vivos pueden disfrutar con los placeres del amor físico. Parecías un estudiante bastante interesado en la lección.

–Igual que instruiste a tantos otros –respondió Lameth sonriendo–. Tus amantes son legión, Anis. Si no estuviera seguro de tus orígenes mortales pensaría que Brujah había abrazado a un súcubo como chiquillo. Desde hace un tiempo escucho rumores increíbles que te relacionan con Troile, aunque me resulta difícil comprender qué puedes ver en ese rebelde.

Anis entrecerró los ojos y escudriñó la estancia, como si estuviera buscando espías.

–Sólo a ti, Lameth, te revelaría la verdad, pues a pesar de tus palabras te amo. Fuimos amantes en vida y lo hemos sido en la muerte. Es imposible romper los lazos que nos unen. Eres el único Vástago en el que puedo confiar.

–Del mismo modo que yo te confío los secretos de mi elixir –respondió Lameth con seriedad–. Si los otros supieran de su existencia ambos sufriríamos la Muerte Definitiva, especialmente cuando descubrieran que apenas tenía ingredientes para dos tratamientos. Mi destino está en tus manos. Como dijiste, nuestra suerte está unida. Puedes confiarme tu secreto, por muy prohibido que sea.

–Necesito liberarme –dijo Anis–. No sólo de la sed insaciable que amenaza mi cordura, sino también de los grilletes que me atan a aquel

que me convirtió en lo que soy, mi sire. Yo, que una vez fui la hija del rey de la mayor ciudad del mundo, no puedo soportar la idea de servir a otro. Debo romper mis cadenas. Aquel que gobierna mi voluntad debe morir.

–¿Tramas la destrucción de Brujah? –susurró atónito Lameth–. Imposible. Nunca conseguirás acercarte lo suficiente como para lograrlo. No se fía en nadie.

–Error –respondió Anis–. Confía en su primer chiquillo, su favorito, *Troile*.

Lameth la miró confundido.

–Troile venera a Brujah. Trata a su sire como si fuera un semidiós.

–Hasta los dioses pueden ser destruidos –dijo ella formando con sus labios una sonrisa de satisfacción–. Troile podrá venerar a su maestro, pero me desea. La pasión es más fuerte que la fe, mi amado. La pasión oblitera la razón. Troile me pertenece.

Lenta, sensualmente, Anis se pasó las manos por los pechos y los sujetó con las palmas. Sus ojos refulgían.

–Pronto, muy pronto, mi amante intentará matar a Brujah. Si lo logra, seré libre. Si fracasa, hay muchos otros Vástagos a los que seducir. Muchos.

–Si Troile bebe la sangre de Brujah será de la tercera generación.

–No me importa –rió Anis–. Conociéndolo, se verá tan superado por los remordimientos que huirá para siempre de la Segunda Ciudad. El poder no significa nada para esos idealistas advenedizos. No importa su generación, mi marca estará sobre él. Ahora y siempre.

–Estás loca –dijo Lameth–. Gloriosamente loca. Aunque cuestiono los métodos que empleas, comprendo perfectamente tus sentimientos hacia la esclavitud. Asshur no demanda nada de mí, pero aun así odio su gobierno. Si pudiera deshacerme de mi sire, lo haría.

–Encuentra un peón al que manipular –respondió Anis–. Quédate siempre en la sombra, fuera de la vista. Deja que tu agente corra los riesgos y sufra las consecuencias si fracasa. Siempre que sea posible, Vincula con Sangre a tu confederado antes de actuar y asegúrate de ordenarle que olvide tu papel en la trama.

–Eres la inquinante más consumada –musitó Lameth con admiración.

Anis se acercó a él.

–Eres el único que significa algo para mí, Lameth. Así fue en vida, y así es en la muerte. Auxíliame en mis planes. Ayúdame a socavar a

la tercera generación. Juntos podremos gobernar el mundo.

Lameth tomó el recipiente que contenía el elixir y llenó dos copas con el negro líquido.

–Bebe –ordenó–. Esta poción destruirá la malvada hambre que nos consume. Bebe y entonces discutiremos sobre el futuro.

* * *

McCann soñaba...

El hombre de negro sonrió.

–¿Firmaron formalmente la paz los clanes con los arribistas Giovanni?

–Exactamente como esperabas –respondió su compañero, cuyas facciones y vestimenta le identificaban como a un asesino Assamita–. Aceptaron lo inevitable. Augustus Giovanni fue reconocido como un Cainita de tercera generación que había reemplazado a Asshur mediante diablerie. El chiquillo Veneciano fue declarado un auténtico Vástago y su clan tomó el lugar de los Hijos de Asshur.

El otro asintió.

–Incluso los no muertos se cansan después de cien años de lucha. Lo que me sorprende es que los líderes de los clanes tardaran tanto tiempo en llegar a esa conclusión. ¿Cuál es la esencia del acuerdo?

–Los Giovanni aceptaron involucrarse en los asuntos vampíricos. Hicieron el Juramento de Caín de permanecer neutrales en todas las disputas de los clanes. También dejarán de perseguir a los pocos Hijos de Asshur supervivientes.

–Considerando que no ha quedado más que un puñado no han cedido demasiado –rió el hombre de negro–. Los Giovanni lograron la paz y el reconocimiento que buscaban a cambio de unas pocas promesas que no les costará nada mantener.

–Hicieron el Juramento de Caín –protestó el Assamita–. No se atreverán a violar el voto.

–Llevo más de mil años siendo un vampiro, –dijo solemne el hombre de negro–. Durante ese tiempo he sido testigo de la ruptura de miles de juramentos, cientos de votos y millones de promesas. Los Vástagos no son más nobles que la semilla de la que proceden. La humanidad nunca ha honrado su palabra. ¿Por qué deberían los vampiros?

–¿Mintieron entonces los Giovanni?

–Mantendrán una astuta fachada –respondió el otro–. Como nigromantes, están más interesados en los muertos que en los vivos... o en los muertos vivientes. Dudo que hagan nada que moleste a los demás clanes. El suyo es el juego de esperar y observar, pero lo que en realidad preparan para los vampiros es un misterio sobre el que no quiero ni pararme a pensar.

–Imaginas cosas –dijo el Assamita–. Los Giovanni son demasiado pocos como para representar una amenaza. Malgastan sus energías en el comercio y los negocios, como si el dinero fuera lo único que interesara a los Vástagos.

–¿No hubo nadie en las negociaciones que mostrara interés en la identidad del vampiro que Abrazó de forma tan insensata a Augustus Giovanni? ¿Por qué asumió aquel riesgo? –preguntó el hombre de negro.

–Nadie hizo tales preguntas. Te preocupas por nada. Además, ya pagó el precio de su arrogancia con su vida y su sangre. No debería haber retado la voluntad de un nigromante.

–Quizá no tuviera otra opción –dijo el hombre de negro–. Ninguna elección.

Y Lameth, que utilizaba al hombre de negro como su voz y sus oídos, sonrió satisfecho.

* * *

McCann despertó...

Fuera estaba oscuro. Había comenzado otra noche y ya era hora de vestirse y empezar a moverse. El Príncipe quería verlo en el club. Quizá tuviera alguna noticia sobre la Muerte Roja o sobre la misteriosa Rachel Young, el ghoul cuyo verdadero amo era fuente de tanta confusión.

Aunque estaba completamente despejado se sentía preocupado por sus sueños. Ambas conversaciones habían tenido lugar hacía muchos siglos, y parecía muy extraño que, de repente, recordara ambas la misma noche. Se sentía incómodo y nervioso. Sospechaba que había poderes más allá de su comprensión manipulando su mente, y esa no era una idea precisamente agradable.

Fue entonces cuando notó la pequeña caja sobre la mesilla al lado de su cama. Sus ojos se abrieron atónitos. Desde luego, no estaba allí cuando se durmió. Comprobó mentalmente las defensas que protegían su hogar, pero estaban intactas. No había señal alguna

de que hubieran sido forzadas, pero aquel presente era una prueba palpable de que alguien había entrado mientras dormía.

Con sumo cuidado dobló los bordes de la caja. Dentro estaban las cartas y papeles de su despacho, así como las fotografías del Tremere obtenidas en Rusia.

No había nota alguna, pero tampoco hacía falta. Sobre las fotografías había una lentejuela verde.

_____ 11 _____

Washington D.C.: 12 de marzo de 1994

Normalmente, una urbe del tamaño de la capital podría albergar con comodidad a unos doce vampiros, pero anualmente más de diez millones de turistas visitaban la metrópolis. Este enorme influjo de sangre nueva, junto con la población constantemente en movimiento debido a las contrataciones y despidos políticos, permitían la presencia de varias decenas de Vástagos en la misma ciudad y los suburbios circundantes.

La noche pasada la Muerte Roja había reducido ese número en dos, y Makish tenía planeado continuar con la tendencia. Siguiendo las instrucciones de su horripilante patrón, el Assamita se proponía eliminar a la cuarta parte de los residentes vampíricos de Washington. Era un plan ambicioso, pero a Makish le gustaban los retos. La Muerte Roja había planteado una recompensa creciente por cada Vástago destruido: cuantos más desaparecieran, mayor sería el precio por cada Muerte Definitiva. Aquella noche Makish se sentía codicioso... y letal.

Deadlands era un popular club privado para hombres en la sección Anacostia de la ciudad. Se encontraba al este del río del mismo nombre, en uno de los peores barrios. Nadie visitaba el lugar sin guardaespaldas, ni trataba de entrar sin invitación.

El dueño del establecimiento era un Toreador de octava generación llamado John Thompson. Llevaba más de un siglo en la ciudad y había adoptado decenas de nombres diferentes. Tenía buenos contactos con los dirigentes más corruptos y trabajaba duro

para satisfacer los deseos más decadentes de los exclusivos miembros de su local.

No había nada excesivo para aquellos que frecuentaban el Deadlands. El sexo y la droga eran la norma, y se organizaban orgías todas las noches. Era posible experimentar el sadismo, la tortura e incluso el sacrificio ritual... por un precio. Se había aprobado más de un aumento en los impuestos para ayudar a algún congresista a pagar las exorbitantes tarifas de Thompson.

Makish era, en cierto modo retorcido, una persona de moral recta. Consideraba al Toreador un necesario pero desafortunado vínculo entre el mundo de los vivos y el de los no muertos. Para asegurar su seguridad los Vástagos necesitaban controlar a gente importante en el gobierno. Eso era aceptable. Sin embargo, el asesino encontraba extremadamente desagradable la complacencia permanente de los instintos más básicos de los políticos. Creía que tales actos colocaban a la Camarilla a la misma altura que el Sabbat. La eliminación de Thompson prometía ser un entretenido proyecto artístico.

El Assamita llegó al Deadlands poco después de la una de la madrugada. Cogida a su cinturón llevaba una gran bolsa negra que contenía las herramientas necesarias para llevar a cabo su misión... y las siguientes.

Estaba de buen humor. Durante su paseo hacia el club había sido asaltado por tres matones que, antes de atacar, habían hecho algunos estúpidos comentarios insultantes sobre el color de su piel y la naturaleza de sus antepasados. Mala idea por su parte. El Assamita los había estrangulado con sus propios intestinos, y consideraba que su horrorizada mirada de incredulidad mientras se ahogaban hasta morir era un pago adecuado por las afrentas a su dignidad.

Animado con el recuerdo, comprobó la entrada del local. Como era de esperar, estaba guardada por media docena de ghouls que proporcionaban el músculo necesario para mantener el Deadlands a salvo de invitados no deseados. Todos tenían el aspecto de jugadores profesionales de fútbol americano y cada uno llevaba a la vista un fusil automático AK-47. Ningún policía patrullaba esta sección de la capital: no se atrevían.

Makish sonrió y sacudió la cabeza. Como muchos otros Vástagos, Thompson se había vuelto complaciente. Se creía invulnerable. Tratar con humanos ordinarios parecía haberle mellado el filo. Los ghouls eran más fuertes, rápidos y letales que los humanos normales, pero carecían de imaginación y no comprendían lo que un Vástago

realmente poderoso podía llegar a hacer si se le provocaba. No eran rivales para un asesino Assamita, especialmente para ese en particular. Un asalto directo llevaría demasiado tiempo y daría a su presa la oportunidad de escapar, pero había otros métodos de entrar en una fortaleza. En cualquier fortaleza.

Para Makish, pensar era actuar. Moviéndose a una velocidad cegadora entró en edificio desierto a dos portales del club y tardó meros segundos en llegar hasta el tejado. Estaba al mismo nivel que el contiguo, por lo que de un fácil salto cubrió el espacio entre los dos. Estaba a menos de diez metros de su objetivo, y los ghouls no miraban hacia arriba. Extendiendo su percepción, Makish supervisó el tejado inclinado del edificio del Deadlands. Había sido una mansión victoriana, pero la habían reconstruido y reforzado para convertirla en club. Había diversas alarmas y detectores de movimiento en el tejado y en la cornisa, pero ningún guardia. Esa era toda la información que necesitaba.

Elevándose como un murciélago superó los diez metros entre los dos edificios con un poderoso salto, pero los sensores no detectaron nada inusual: el Assamita los había bloqueado con sus formidables poderes sobre la maquinaria.

Bajo la madera y el ladrillo de la cubierta había una capa de acero: no había problema. Volvió a comprobar la planta superior en busca de ocupantes, pero sólo había dos mortales dedicados a sus pasionales asuntos. Dudaba de que notaran siquiera su entrada.

Makish endureció sus dedos hasta que adoptaron la consistencia del diamante y golpeó el tejado. Como un misil, la mano se hundió en el acero y lo atravesó. Sin esfuerzo, el asesino la abrió y tiró hacia fuera, pelando como una naranja una sección lo suficientemente grande como para que él cupiera. Sin un solo ruido entró en el local con la bolsa negra colgando de su cadera.

Se encontraba en la quinta y última planta. Thompson estaba dos más abajo, hablando de negocios con unos posibles clientes. Makish tenía un programa apretado, por lo que no podía permitirse sutilezas. Había planeado no dejar supervivientes de sus ataques. Aunque le desagradaba matar a gente que no había hecho nada, no se podía decir que estos legisladores fueran hermanitas de la caridad. Acabando con ellos casi estaba haciendo un favor a sus votantes.

A su espalda llegó un grito de mujer. Se volvió rápidamente. Durante un momento había olvidado a la pareja que estaba haciendo el amor. En medio del pasillo había una joven bastante atractiva (y

bastante desnuda) con una expresión horrorizada, gritando histérica a todo pulmón. No había señal de su compañero.

Una rápida exploración de sus pensamientos reveló que el hombre, un viejo político, se había colapsado inesperadamente en la cima de la pasión. La mujer, una prostituta de lujo, había salido a buscar ayuda médica para encontrarse con Makish descendiendo por el agujero en el techo.

–Mis disculpas –dijo el vampiro pesaroso mientras golpeaba a la mujer en la sien. El impacto le destrozó instantáneamente el cráneo y la derrumbó sobre un charco de sangre.

Arrastrando el cadáver, Makish entró en la habitación de la que había salido la prostituta. El senador estaba en la cama, aferrándose el pecho y pugnando por respirar. Había sufrido un leve ataque cardíaco, suficiente para incapacitarlo pero no para acabar con él. El Vástago completó el trabajo arrancándole el corazón. Sin esfuerzo alguno lanzó el cuerpo de la mujer sobre el del político. Unidos en vida, parecía apropiado que lo estuvieran también en la muerte.

Las alarmas, activadas por los gritos, sonaban por todo el edificio. El asesino no hizo esfuerzo mental alguno para apagarlas, ya que prefería un poco de caos mientras trabajaba. La confusión le era útil.

Con la mente fija en la posición de Thompson bajó rápidamente por la escalera, donde se encontró con tres ghouls armados.

–¡Allí, por favor, rápido! –gritó tembloroso mientras señalaba la habitación que acababa de abandonar–. ¡El senador parece muy enfermo, creo que no sobrevivirá!

Los ghouls pasaron a su lado, pero murieron cuando el vampiro les desgarró la garganta con tres rápidos golpes.

Con las manos cubiertas de sangre, siguió bajando. No esperaba más interrupciones, y así fue. Encontró a Thompson todavía en su despacho, asegurando a sus invitados que no había motivo alguno para el pánico.

Entrando en la habitación, Makish sonrió a dos congresistas antes de convertir sus cabezas en una masa gelatinosa. Thompson, un hombre bajo y achaparrado con un enorme bigote, estaba atónito.

–¿Q-quié eres? –preguntó.

–Imparto justicia –respondió el asesino, consciente de las videocámaras ocultas y de las máquinas que registraban cada una de sus palabras y movimientos. Su, discurso, algo afectado, era el de la Muerte Roja–. Tu presencia en esta ciudad lleva demasiados años ofendiendo al Sabbat. Esta noche terminarán los insultos.

–¡No! –gritó Thompson mientras apoyaba su espalda contra la pared que había tras su escritorio. Aunque estaba aturdido por lo que acababa de contemplar, aún gobernaba sus emociones. Sus pensamientos revelaban un botón bajo la mesa, ya presionado, que alertaría a los ghouls de la entrada, así como la existencia de un pasadizo de emergencia oculto tras una panel a la derecha--. Podemos llegar a algún trato, en serio. Podemos llegar a algún acuerdo.

Makish jugó con la idea de dejar escapar a Thompson por el pasadizo para prolongar la caza unos minutos, pero los negocios eran los negocios, y aquella noche tenía muchas más muertes programadas. En ocasiones había que sacrificar el arte en nombre de la conveniencia.

Sacó de su bolsa negra una estaca de madera de casi medio metro de longitud. Thompson gritó horrorizado al verla. Sus dedos buscaron el panel oculto, pero nunca llegaron a abrirlo. Makish se movió como el rayo, lanzando sus manos y atravesando el corazón de su presa con la estaca. El Toreador, con la mirada congelada, cayó al suelo.

Contrariamente a la creencia popular las estacas de madera no matan a los vampiros, sino que los paralizan hasta que son extraídas. El Vástago estaba ileso, meramente inmovilizado, que era lo que pretendía el Assamita.

Éste sacó de su bolsa un rollo de cinta gris y una pequeña esfera de cinco centímetros de diámetro. Apagó mentalmente todos los mecanismos de grabación del despacho, ya que prefería no enseñar sus juguetes especiales ni a la Camarilla ni al Sabbat. Su gusto por la Termita era bien conocido. La muerte mediante potentes explosivos era la expresión artística favorita de Makish.

–Bien abierta, por favor –dijo educadamente mientras con una mano introducía la esfera en la boca de Thompson. Un delgado hilo conectaba el mecanismo a la estaca enterrada en el pecho del vampiro. Con cuidado, el asesino envolvió la boca y la parte superior del torso de su víctima con la cinta, que al estar reforzada con fibra de vidrio era prácticamente indestructible. No podía rasgarse, sólo despegarse, lo que podía llevar horas de duro trabajo. Sin embargo, extraer la estaca requería mucho menos esfuerzo.

–Tus ghouls llegarán en breve –dijo con tono alegre--. Al verte congelado en el suelo pensarán inmediatamente en eliminar la causa de tu angustia, pero serás incapaz de decirles que no lo hagan. Por

desgracia, cuando te saquen la estaca activarán el juguetito que tienes en la boca, una pequeña pero extremadamente potente bomba de Termita. El fuego debería consumir tu cuerpo en meros segundos. Los colores serán espectaculares. Va a ser un final verdaderamente artístico.

Recogiendo su bolsa, Makish se introdujo por el pasadizo secreto. Era un modo de escape mucho más rápido y sencillo que regresar al tejado.

–Adiós –se despidió del inmovilizado Thompson–. Gracias por tu cooperación. Disfruta de la espera.

La explosión fue tan fuerte que Makish pudo escucharla a dos manzanas de distancia del Deadlands. Sonrió satisfecho, pensando que era un excelente comienzo para una noche llena de trabajo.

_____ 12 _____

San Luis: 13 de marzo de 1994

El Príncipe celebraba el consejo en su despacho en la parte trasera del Club Diabolique, Estaban presentes Vargoss, Flavia, McCann, un Brujah de novena generación llamado Darrow y un Nosferatu de octava conocido únicamente como "Carafea", por motivos evidentes.

Darrow, que conducía una Harley y al que le gustaba la ropa de cuero negro y los tatuajes por todo el cuerpo, aconsejaba al Príncipe en asuntos políticos. A pesar de su aspecto no eran un rebelde: había pasado gran parte de su vida mortal sirviendo en el ejército británico, participando en las principales campañas del siglo XIX y siendo veterano en cien batallas. Era una voz calmada y razonable, y no dudaba en llevar la contraria a Vargoss cuando éste estaba equivocado.

Nadie en San Luis sabía mucho sobre el pasado de Carafea. Medía casi dos metros quince y era delgado como un palillo, pero llevaba viviendo en la ciudad más que ningún otro vampiro. Su rostro parecía el de un dibujo de Gahan Wilson: ancho, ojos saltones, nariz diminuta, boca grande llena de colmillos amarillos y orejas que sobresalían de su cabeza como si fueran antenas. Sus rasgos grotescos le daban un aspecto idiota, pero no lo era. El Nosferatu

disfrutaba de una prodigiosa memoria para los nombres, las fechas y los hechos. Como muchos de su clan, prosperaba recogiendo y procesando nuevos datos para obtener información útil. Servía como Ministro de Inteligencia del Príncipe.

–La Muerte Roja golpeó la noche pasada tres veces más en los Estados Unidos –dijo Vargoss apoyando los brazos sobre la mesa. Estaba claramente preocupado. Su mirada se clavaba en los tres que le observaban atentamente. A su espalda, como siempre, estaba Flavia. Ya no vestía de cuero blanco, sino negro. Por primera vez en décadas aparecía sola.

–Según los informes que he recibido hace menos de una hora apareció también en Europa mientras dormíamos. Cinco muertos en París, en una recepción en el Louvre, dos más en Marsella, durante una reunión del clan Ventrue. Envió a un total de treinta y cinco Vástagos a la Muerte Definitiva.

–¿Seis apariciones diferentes en veinticuatro horas? –dijo McCann–. Nuestro espectral amigo se mueve verdaderamente rápido.

–¿Estamos seguros de que se trata del mismo tipo? –intervino Darrow, dando voz a las sospechas del detective–. Su cara deformada y ensangrentada es muy distintiva. Quizá la idea sea llamar la atención, ¿no? Cualquier Vástago capaz de esculpir la sangre podría crear en su rostro aquella máscara grotesca. En vez de tratar con una sola Muerte Roja podríamos enfrentarnos a varias. Puede que toda una carnada del Sabbat haya hecho un pacto con algún demonio.

–Siguiendo ese razonamiento, ¿estamos seguros de que se trataba de un vampiro? –preguntó McCann. El detective estaba ansioso por establecer ciertos hechos que sabía eran ciertos.

–La abominación pertenecía a los Vástagos –respondió molesto Vargoss–. Mi voluntad tocó la suya cuando le ordené detenerse. La sangre llama a la sangre, McCann. No hay duda de que la Muerte Roja era uno de los Condenados.

–Un vampiro compuesto por fuego viviente –respondió el detective–. Increíble. ¿Existen tales disciplinas?

–Ninguna practicada dentro de la Camarilla –intervino Carafea. Su voz aguda sonaba como la de un dibujo animado.

–Darrow tiene razón –declaró Vargoss–. La Muerte Roja pertenece al Sabbat. Esos adoradores de los demonios se burlan del poder de las llamas. Uno de sus rituales sagrados, la Danza del Fuego, les obliga a saltar sobre una pira funeraria.

–Lo siento –dijo McCann–, pero no acepto ese tipo de

deducciones. Soy un detective, ¿recuerdas? Usemos algo de lógica. Saltar sobre una hoguera no tiene nada que ver con quemar el suelo a tu paso. No descarto una posible participación del Sabbat, únicamente me pregunto por qué no han utilizado antes este método de ataque. La guerra entre las dos sectas lleva en marcha más de quinientos años. ¿Por qué guardar a la Muerte Roja hasta esta misma semana? Hay algo encerrado que de momento no somos capaces de percibir.

–McCann ha hecho una buena apreciación --dijo Darrow--. Estos putos ataques no tienen sentido. El Sabbat suele pasar años organizando una cruzada para apoderarse de una ciudad. Todos conocemos el procedimiento: primero mandan a los espías, luego introducen traidores en el concilio de los antiguos. Después llegan sus esfuerzos por exponer la Mascarada mediante asesinatos y actos terroristas cuidadosamente calculados. Entonces, durante el caos, atacan con una gran superioridad numérica y exterminan a cualquier vampiro al que no puedan convertir a su causa. No hay lugar para la Muerte Roja en esos planes.

–Quizá hayan inventado una nueva estrategia para reemplazar sus viejos métodos --propuso Carafea--. ¿Por qué iban a perder tiempo y esfuerzos en una Cruzada cuando esa criatura puede acabar en una sola noche con todos los antiguos de una ciudad?

–Suenan muy bien --dijo McCann--, pero eso no ha sucedido. El Príncipe no fue destruido. San Luis no ha sido arrasada por miembros del Sabbat ansiosos por consolidar su control. ¿Veis lo que quiero decir? La Muerte Roja mató a algunos Vástagos, pero casi todos ellos pertenecían a las últimas generaciones. El ataque redujo un poco la población, pero la situación general no ha cambiado mucho.

–Mierda --dijo Darrow con una mueca--. Estamos ignorando la pregunta más importante de todas. ¿Por qué atacó, para empezar, la Muerte Roja? Sin querer ofender, mi Príncipe, San Luis no es uno de los objetivos prioritarios del Sabbat, por lo menos según nuestros informes de inteligencia. Tienen los ojos puestos en ciudades más grandes e importantes. ¿Qué coño nos hace lo suficientemente especiales como para atraer la atención de ese monstruo de fuego hijo de puta?

–No me has molestado, Darrow --dijo Vargoss--. Aprecio tu honestidad más que cualquier adulación. Además, es un comentario acertado. Por lo que he podido deducir de mis discusiones con otros antiguos de la Camarilla, la primera aparición de la Muerte Roja anoche se produjo, sin duda alguna, en este local. ¿Por qué?

McCann creía saber la respuesta, pero no tenía la menor intención de decir que la Muerte Roja había aparecido en su busca, ya que eso provocaría preguntas que llevaba siglos evitando. Era el momento adecuado para dirigir la conversación en otra dirección.

–¿Recordáis a Tyrus Benedict? –Preguntó—. Puede que la respuesta esté relacionada con su visita.

–El brujo Tremere –dijo Vargoss—. Por supuesto, prácticamente lo había olvidado. –El Príncipe frunció el ceño. Del bolsillo de su abrigo sacó varias páginas dobladas en papel de fax—. Anoche envié un mensaje al respecto a Viena interesándome por la misión de Benedict. Esta respuesta, del mismo Etrius, llegó mientras dormía.

McCann, un estudioso de la historia y la organización de los Tremere, reconoció inmediatamente el nombre del máximo dirigente del Círculo Interior de los Siete. Etrius servía como guardián del fundador del clan de los magos vampiros, el poderoso hechicero conocido como Tremere. Éste yacía aletargado en un sarcófago de piedra en las catacumbas bajo Viena. Corrían rumores extraños sobre la condición de su cuerpo, comentarios que Etrius se negaba a confirmar o a negar.

–El mago, un frío y despiadado hijo de Satanás como todos los de su clan, no mostró el menor pesar por la muerte de Benedict. Sin embargo, estaba extremadamente interesado en la historia de la Muerte roja y en su control del fuego.

–Vaya sorpresa, el muy cabrón –dijo Darrow. Como casi todos los Vástagos, temía y desconfiaba de los Tremere. Aunque aseguraban ser leales miembros de la Camarilla, todo el mundo sabía que perseguían sus propios intereses, que no compartían con nadie—. ¡Lo que darían esos diablos por dominar un poder como el de la Muerte Roja! ¡Serían capaces de eliminarnos a todos del mapa y de reírse de nosotros por proporcionarles la información para hacerlo!

Vargoss asintió. La poca confianza que pudiera tener en los Tremere se había desvanecido cuando su más cercano consejero, Mosfair, se volvió contra él hacía pocos meses. Sólo la intervención de McCann había salvado al Príncipe de la traición definitiva. El detective nunca reveló que Mosfair actuaba realmente para el Sabbat, no para su propio clan. A McCann no le gustaban las alianzas entre las principales líneas de sangre de los Vástagos, y hacía todo lo posible por impedirlos.

–Sin embargo, lo que encontré sumamente interesante fue un mensaje en la segunda página del comunicado. Etrius indicaba que

Benedict había sido enviado únicamente para disculparse personalmente por las transgresiones de su hermano de clan, Mosfair. No llevaba con él documento alguno relacionado con los Nictuku o con los recientes acontecimientos de Rusia. –El Príncipe se detuvo, disfrutando visiblemente de la cara sorprendida de sus consejeros. Vargoss poseía un acentuado sentido del dramatismo.

»Lo que es más, Etrius dice que aunque Benedict relató correctamente los hechos básicos sobre el misterio, ninguno de los Tremere enviados a Rusia para investigar el problema soviético ha regresado. El nombre del Ejército de la Noche no significa nada para él, ni sabe una palabra sobre las fotografías.

–Vaya pedazo de mierda –declaró Darrow–. ¿Crees a ese gusano hechicero, mi Príncipe? Puede mentir.

–¿Quién es capaz de discernir la verdad en los Tremere? –respondió Vargoss–. Sin embargo, por el tono de la misiva sospecho que Etrius parecía sumamente inquieto por mi información. Me pidió que, urgentemente, le relatara palabra por palabra todo lo dicho por Benedict sobre Baba Yaga.

–Estoy seguro –dijo Darrow–. A los Tremere no les gustan las sorpresas.

–Según las antiguas leyendas de mi clan –intervino Carafea– la Bruja de Hierro fue la mayor hechicera del mundo. Era una de los Nictuku, monstruos creados por Absimiliard, el primer Nosferatu, en sus días de locura. Sus poderes rivalizaban con los de Lameth, el Mesías Oscuro.

–Parece que alguien estuvo trasteando en los pensamientos de Benedict durante su viaje desde Viena –interrumpió rápidamente McCann. Volvía a estar ansioso por desviar la conversación hacia otro lugar–. No me extraña que la idea moleste a Etrius. Manipular la mente de un mago no es tarea fácil.

–Ya le he pedido a Carafea que investigue la travesía de Benedict –dijo Vargoss. El Príncipe fijó su atención en el Nosferatu–. ¿Qué descubriste?

–Seguir la pista del Tremere demostró ser muy difícil –respondió–. Utilizó métodos de transporte poco convencionales. Sin embargo, después de bastantes investigaciones logré averiguar que Benedict llegó a Washington D.C. hace tres noches. Los intentos por contactar con mi informador habitual en la capital, mi amigo Amos, han sido infructuosos. No he recibido respuesta a mis preguntas sobre las actividades del Tremere en la ciudad, ni sobre mis otras peticiones.

–Hace *tres* noches –repitió McCann–, pero Benedict llegó aquí ayer, lo que nos deja una noche entera sin información.

–El Sabbat tiene presencia en Washington –dijo Vargoss–. Quieren añadir la capital a su imperio.

–La Camarilla la controla –respondió Darrow–. Los Tremere son poderosos allí. Peter Dorfman es el Pontífice, y es muy ambicioso. Por lo que sabemos, Benedict podría haber recibido nuevas instrucciones de un miembro de su propia línea de sangre. Además, existe una amarga rivalidad entre Dorfman y los otros antiguos Tremere. Meerlinda, dirigente de la rama estadounidense del clan, los enfrenta para tener un absoluto control. Tanto ella como Etrius compiten también para hacerse con el dominio de todo el clan. Es un lío de mil demonios. Podría pasar cualquier cosa.

–Estoy de acuerdo –dijo Vargoss–. Necesitamos un agente que investigue personalmente la situación en Washington. Es el único modo de averiguar la verdad.

Todos los ojos se volvieron hacia McCann, que se echó a reír.

–¿Por qué tengo la sensación de haber sido elegido?

Vargoss sonrió.

–Eres la opción evidente, McCann. Como detective mortal, posees las habilidades necesarias para descubrir los hechos. Además, puedes funcionar durante el día, cuando los Vástagos están indefensos.

–Sí, y tengo mis poderes mágicos para protegerme –respondió–. No me valdrán de mucho si me encuentro con la Muerte Roja. Supongo que estarás dispuesto a pagarme bien por esta expedición...

Vargoss rió.

–Lo que más me gusta de ti, McCann, es lo agradablemente franco que eres. Después de estar escuchando mentiras y medias verdades es un placer escuchar a la verdadera y honesta avaricia. –El señor vampírico asintió–. Serás bien recompensado por tu tiempo y tus tribulaciones.

Inesperadamente, Flavia se inclinó y susurró algo al oído del Príncipe. Éste frunció el ceño y se levantó de la mesa.

–Disculpadme. Regresaré en breve.

Abandonó la habitación, seguido por su guardaespaldas. McCann apenas tuvo tiempo de repartir a Darrow y a Carafea otra mano de *gin rummy* antes de que los dos regresaran.

–Los planes han cambiado ligeramente –anunció el Príncipe mientras volvía a sentarse. Flavia recuperó su lugar a su derecha–.

Aún vas a Washington, McCann, pero no solo. Flavia te acompañará.

–¿Qué? –dijo el detective–. ¿Qué?

–Flavia me ha convencido de que un humano solo, aunque sea un mago, no podría resistir el ataque de una manada del Sabbat, especialmente si la Muerte Roja está involucrada. Además, Flavia tiene contactos con los líderes más importantes de la Camarilla en la ciudad. Me veo obligado a aceptar. Tiene razón, necesitas protección y una buena carta de presentación, y ella es la única que puede proporcionarte ambas. Darrow ocupará su lugar a mi lado durante vuestra ausencia.

–Yo trabajo solo –protestó McCann, atrapado.

–No en este caso –replicó Vargoss con un tono que no aceptaba una negativa. A su lado, Flavia torció los labios en la más leve de las sonrisas–. No me enfades, McCann. Descubrirás la verdad sobre Tyrus Benedict y Flavia te cubrirá las espaldas.

–Como ordenes –respondió el detective, cediendo a lo inevitable–. Será un viaje interesante.

Flavia asintió, lamiéndose sensualmente el labio superior. Él torció el gesto y ella le guiñó el ojo.

_____ 13 _____

París: 14 de marzo de 1994

París es una ciudad de muchos misterios. Toma, por ejemplo, el tendido eléctrico que se introduce en los cimientos de la catedral de Notre Dame. No existe documentación alguna que indique por qué están allí esos cables, o adonde conducen. Llevan corriente y suministran energía a algún lugar bajo el templo. Como nadie se ha quejado nunca los responsables de urbanismo de la ciudad no han hecho nada al respecto, dejando los cables en paz. La política, como ocurre en la administración de muchas grandes urbes, es que si algo no está roto no hay que arreglarlo.

Otro rompecabezas sin explicación es la vasta red de túneles subterráneos que cruza todo París. Se encuentran a cientos de metros del suelo y no son el resultado de ningún proyecto conocido. Es prácticamente imposible llegar a ellos, y no se recuerda a ningún

hombre que los haya visitado. Quién los construyó, y cuándo, es un asunto de continua especulación entre los ingenieros. Los pocos informes al respecto se remontan al siglo XVIII, e indican que entonces ya se encontraban allí. La postura oficial es que son los restos de alguna fortaleza subterránea construida durante la ocupación romana de la zona. La explicación es absurda, pero la fecha de los túneles se aproxima a la real más de lo que nadie podría imaginar.

Menos notoria, pero igualmente misteriosa, es la función del almacén Vert-Galant, en el extremo oeste de la île de la Cité. El edificio tiene más de doscientos años de antigüedad y nadie conoce la identidad de su actual dueño, lo mismo que ha sucedido con todos los anteriores. Los gastos son pagados mensualmente con un cheque de una cuenta suiza.

A nadie parece interesarle el hecho de que diariamente lleguen transportes pero que nunca salga nada. Sin embargo, las estanterías nunca están llenas. Igualmente misterioso es que estos cargamentos, que van desde los suministros informáticos hasta las obras de arte, no vuelvan a ser vistos una vez entran en el edificio. Los encargados de hacer puntualmente todos los pagos cobran para no preguntar dónde termina el material o cómo es sacado de allí. Sus salarios, mucho más altos de lo que merecerían, proceden de la misma cuenta suiza.

Phantomas conocía la verdad detrás de todos estos misterios. Las líneas eléctricas llegaban hasta su guarida escondida bajo la Crypte Archeologique, en la plaza que hay frente a la catedral. Los túneles, contruidos en secreto a lo largo de los siglos por medio del subterfugio y el engaño, le proporcionan el acceso a cientos de lugares de toda la ciudad. El almacén era de su propiedad, y todas las compras se realizaban por medio del módem de su ordenador. El capital necesario procedía de su cuenta bancaria en Suiza. Los fondos habían sido obtenidos a lo largo de los siglos mediante el uso juicioso del chantaje contra los ricos y poderosos de París. Nadie en la inmensa ciudad, vivo o muerto, podía ocultar un secreto a los ojos y oídos escrutadores de Phantomas.

Aquella noche el viejo vampiro estaba sentado frente a un terminal informático en la sala principal de su guarida, preguntándose si había sobrevalorado sus propias habilidades. Llevaba varias horas tratando de dar con alguna referencia sobre la Muerte Roja, pero no había encontrado absolutamente nada.

Estaba obsesionado con la información. En vida había sido un estudioso, y después de muerto había conservado su pasión por el

conocimiento. Algunos vampiros vivían por la sangre, pero él lo hacía por los hechos. Los reunía, guardaba y ordenaba, tratando de enlazarlos creando patrones con sentido, especialmente aquellos que tenían que ver con los vampiros.

Hacía más de mil años había concebido su gran proyecto sobre la historia de los Vástagos, y desde entonces había estado trabajando en aquella obra maestra de la información. Era su obsesión, su sueño. El antiguo Nosferatu estaba escribiendo una enciclopedia sobre los vampiros que contenía cada dato, cada hecho, todo lo que hubiera sido capaz de recopilar sobre los Cainitas durante el último milenio. La invención de los ordenadores le había facilitado enormemente la tarea, eliminando el tedioso trabajo de escribir a mano toda la información en diarios. Además, la potente base de datos que utilizaba le permitía cruzar millones de entradas, permitiéndole establecer contactos entre cientos de incidentes aparentemente sin relación.

El núcleo de su proyecto era el más completo árbol genealógico nunca creado sobre la raza vampírica. Empezando con Caín, el diagrama señalaba a los miles de Vástagos que a lo largo de los años habían existido. Junto con la descripción de la relación de cada uno con los demás Cainitas, la tabla mostraba un detallado perfil biográfico sobre todos ellos. Utilizando esta genealogía e historia Phantomas esperaba descubrir algún rastro de la Muerte Roja, pero de momento no había conseguido absolutamente nada.

Los perfiles sobre los Vástagos los obtenía de cientos de fuentes diferentes. Había estado utilizando los ordenadores desde su invención, y era probablemente el mejor pirata informático del mundo. Podía acceder a los archivos de los principales bancos de datos, y no había código de seguridad a salvo de sus programas. Los secretos del mundo estaban al alcance de sus dedos retorcidos.

Casi toda la información procedía de los grandes equipos utilizados por la Camarilla y el Sabbat. Ambas sectas mantenían complejos sistemas de palabras código para proteger sus archivos del odiado enemigo, pero no sospechaban que una tercera persona, ajena a sus guerras de sangre, llevaba varios años robándoles información.

La CÍA estadounidense, las SAS británicas y las ramas CID, la Sûreté francesa, el Mossad israelí y el KGB ruso también le proporcionaban material. Era insaciable en su búsqueda de precisión para su enciclopedia. Que nadie más la viera no importaba. Phantomas trabajaba por su propia satisfacción.

Discretos pinchazos en las líneas informáticas de empresas

repartidas por todo el mundo le proporcionaban detalles sobre los demás ataques de la Muerte Roja contra las fortalezas de la Camarilla. Junto con su propia información acerca de la aparición del monstruo en París, todo había sido introducido en su ordenador. Luego había programado la máquina para que determinara qué Vástagos eran lo suficientemente poderosos como para manejar poderes así. Había ignorado a los trece miembros de la tercera generación, ya que no hacía falta un ordenador para saber si ya habían despertado de su letargo milenario.

Una completa búsqueda había arrojado a veintisiete posibles vampiros. Una segunda pasada eliminó a aquellos involucrados en grandes disputas de sangre o en letargos prolongados. Para su frustración, el procedimiento dejó únicamente dos posibles nombres, ninguno cubierto por sus archivos y biografías: Anis, la Reina de la Noche, y Lameth, el Mesías Oscuro. Ambos eran figuras legendarias de la cuarta generación, pero entre los Vástagos las leyendas solían estar basadas en verdades.

Lameth era supuestamente el mayor hechicero de la historia. No había acuerdo sobre la identidad de su tutor, pero parecía ser una de las fuerzas elementales primordiales. Según el mito, Lameth había descubierto una poción que inducía artificialmente la Golconda, el estado mental que permitía a los vampiros existir en perfecta armonía con su entorno. Aquel que controlara el elixir controlaría a los Vástagos, por lo que Lameth recibió el sobrenombre de "el Mesías Oscuro". Hacía unos cinco mil años que había desaparecido por completo, aunque no dejaban de surgir rumores en los que se daba por segura su participación en los asuntos de los Cainitas.

Anis, la Reina de la Noche, era contemporánea de Lameth. Los mitos que se remontaban a la Segunda Ciudad la hacían responsable de la revuelta en la que la tercera generación se alzó y acabó con sus sires. Era descrita como la mujer más bella que hubiera existido jamás, y como una de las más letales.

Las leyendas sobre la Segunda Ciudad la consideraban un ser consumido por la ambición. Se decía que poseía un encanto seductor casi tan intenso como el de Lilith, amante de Adán y uno de los demonios más poderosos. Anis había desaparecido hacía más de cinco mil años, pero también existían constantes rumores sobre su reaparición.

Era significativo el hecho de que ninguna leyenda mencionara al sire de ninguno de los dos.

Frustrado y enojado, Phantomas abandonó la búsqueda de la identidad de su atacante. Decidió concentrarse en las Disciplinas especiales de la Camarilla y en las Sendas de la Iluminación practicadas por los miembros del Sabbat. De nuevo, sus esfuerzos no revelaron nada remotamente parecido al toque ígneo de la Muerte Roja. Tampoco había mención alguna a demonios que concedieran a Vástagos o a mortales tales poderes. Llegó incluso a comprobar los últimos avances en guerra química y bacteriológica, pero los resultados fueron los mismos: nada.

El Nosferatu sacudió la cabeza angustiado. Los recientes informes de América, obtenidos por medio de pinchazos telefónicos en líneas supuestamente seguras, indicaban que podría haber más de una Muerte Roja. La posible existencia de toda una línea de sangre no incluida en su genealogía lo deprimía. Había trabajado en ella durante cientos de años, por lo que era inconcebible que hubiera perdido toda una rama de la familia vampírica. Sin embargo, todo parecía señalar directamente hacia esa conclusión.

Golpeó frustrado el teclado. Lameth o Anis tenían que ser la Muerte Roja, o uno de los dos debía haber fundado una línea de sangre cuyos miembros poseyeran sus poderes. Esa era la única solución posible al misterio, pero no estaba seguro de que fuera la correcta...

Y entonces Phantomas cayó en que ninguna de sus especulaciones tenía en cuenta al misterioso joven que le había advertido del espectro y que conocía su nombre.

Inmediatamente, el teclado pareció cobrar vida. Confundido, el vampiro levantó las manos de la consola. Las teclas seguían siendo pulsadas por dedos invisibles.

Una única frase apareció en el monitor. Al verla, Phantomas no pudo reprimir un escalofrío. No tenía la menor idea de qué podrían significar, pero estaba convencido de que su recuerdo de aquel hombre del Louvre había disparado la respuesta del ordenador. Con voz temblorosa leyó el nombre en alto:

—Los Sheddin.

SEGUNDA PARTE

[*«No debería haber dudado de que me amaba; hubiera comprendido fácilmente que, en un pecho como el suyo, el amor hubiera reinado con absoluta pasión.»*

Edgar Alan Poe, "Ligeia"]

_____ 14 _____

Nueva York: 14 de marzo de 1994

La mujer más peligrosa del mundo se levantaba todos los días con el sol.

Vivía en el ático de uno de los mayores rascacielos de Nueva York. El edificio, desde los cimientos hasta el pararrayos, le pertenecía por completo. Muy pocos neoyorquinos sabían que la dueña vivía allí, y eran aún menos los que conocían su aspecto o sabían de lo que era realmente capaz. Ninguno sospechaba de los otros secretos, aún más

oscuros, que allí se ocultaban.

La luz amarilla y brillante de la mañana entraba a través de los ventanales del ático, iluminando el suelo alfombrado y trepando por la enorme cama en el centro de la estancia. Luego se derramaba sobre las brillantes sábanas de seda hasta envolver como una ola el cuerpo desnudo de una mujer profundamente dormida en medio de un mar escarlata. Su cabello oscuro brillaba como un halo alrededor de la cabeza. Su rostro era el de un ángel. Su cuerpo, el de un diablo.

Los rasgos, jóvenes y sin arrugas, con el tono rosado de una excelente salud, eran los de alguien de veinticinco años. Su cuerpo era terso y esbelto, bien musculado y profundamente bronceado. Los pechos firmes, las piernas largas y delgadas y las caderas anchas indicaban que era una de esas extrañas bellezas que son excepcionales tanto vestidas como desnudas.

El sol acarició su rostro, haciéndola sonreír en sueños. Suspiró suavemente y se volvió, enterrando la cabeza bajo la seda. El cálido brillo, intensificado por los ventanales, dibujó rayos dorados sobre su espalda.

Despertó lentamente, frotándose los ojos. Sonrió y giró para mirar al techo, estirando los brazos hacia arriba. Los dedos se cerraron y abrieron como cables de acero tensándose y liberándose. Frotó sus hombros contra la seda, disfrutando del tacto sobre su piel y dejando que acariciara los músculos del cuello y la espalda.

Sienta muy bien estar viva, pensó Alicia Varney. *Sienta muy bien estar viva*.

Deslizándose sobre las sábanas como una serpiente se arrastró hacia el extremo de la cama y pulsó el comunicador que había sobre la mesilla.

–La princesa de la torre ha despertado –declaró la joven. Su voz, baja y seductora, era tan dulce como la miel fundida.

–Buenos días, señorita Varney –dijo un hombre al otro extremo de la línea–. Presumo que eso significa que desea que le sirva el desayuno.

–Exacto, Jackson –dijo Alicia–. Envía lo de siempre. Estaré en la ducha. Cuando llegue la comida ya habré terminado.

–Muy bien, señorita Varney –respondió. Sanford Jackson, antiguo boina verde y agente de la CIA, realizaba un excelente trabajo como sirviente, chofer y guardaespaldas de Alicia. Durante los raros periodos en los que ella no tenía ningún amante también se encargaba del trabajo, con razonable competencia.

Pensar en el cuerpo duro y musculoso de Jackson provocó un escalofrío de emoción sexual en Alicia. Había pasado las últimas noches sola, algo extraño en una mujer con sus voraces apetitos. Era una situación que había que remediar cuanto antes. Alicia Varney extraía de la vida hasta la última gota de placer, y no le gustaba privarse de nada durante demasiado tiempo.

Se dirigió inquieta hacia el baño. Unos minutos debajo de los chorros de agua caliente y una sesión con la boquilla desenroscable de la ducha servirían por el momento, pero la masturbación no era sustituto para la realidad. Más tarde saldría de caza. Necesitaba un hombre.

Regresó quince minutos después a su dormitorio para encontrar a Jackson depositando la bandeja con el desayuno sobre una mesilla cerca de la ventana. Alicia, vestida con una bata completamente transparente, sonrió satisfecha al ver las tres tostadas francesas con canela, la selección de diferentes mermeladas de importación y su ejemplar del *Wall Street Journal*.

—¿Algún mensaje? —preguntó a su ayudante mientras se sentaba—. Me cuesta imaginar que el mundo haya sobrevivido a la noche sin que haya sucedido algo que requiera mi atención personal.

—Algunos —respondió Jackson, en posición de firmes cerca de la mesa. Las viejas costumbres nunca desaparecían, y no podía relajarse cerca de un oficial superior. En presencia de Alicia siempre se quedaba quieto, aunque no podía evitar echar un vistazo a sus firmes senos apretados contra el delgado material de su bata—. Nada demasiado importante. Supuse que seguiría el procedimiento habitual, señorita, y preferiría considerarlos tras el desayuno.

Alicia asintió, cortando metódicamente una de las tostadas en dieciséis cuadrados. Vertió tres mermeladas diferentes en el plato, se sirvió una taza de café solo y abrió el periódico. Pinchó un trozo de tostada con el tenedor, lo mojó en la mermelada de fresa (su favorita) y comenzó a comer.

Lo hacía lentamente, saboreando cada bocado, como un convicto disfrutando de su última comida. Alicia no solía apresurarse en nada. Comer, beber, dormir, hacer el amor, todo lo llevaba a cabo con el ritmo metódico y controlado que definía su existencia. Le gustaba devorar sus placeres bocado a bocado, masticándolos hasta molerlos por completo y luego tragarlos. Nunca tenía prisa. Disponía de todo el tiempo del mundo.

Como siempre, el *Journal* no tenía nada demasiado interesante.

Alicia tenía contactos mucho mejores que los de cualquiera de los redactores del periódico. Las principales historias, los últimos titulares, ya eran agua pasada. El dinero hablaba, y ella tenía miles de millones. Varney Enterprises, de su exclusiva propiedad, era una de las mayores compañías del mundo. Estimar su valor real era imposible, pero los beneficios anuales eran mayores que el producto nacional bruto de muchos países pequeños, y eso sin incluir los fondos obtenidos de las actividades ilegales más rentables.

Alicia dejó el periódico y miró por la ventana. En un día despejado como aquel era capaz de ver a muchos kilómetros de distancia. Su aguda visión pasó sobre los suburbios de la Décima Avenida y el Bowery, más allá de las contaminadas aguas verdes y marrones del Hudson. Al otro lado del río estaban los decadentes muelles Hoboken y los enormes vertidos tóxicos que habían logrado para la ciudad el sobrenombre de "la capital del cáncer de América". En el límite de su visión podía ver las empalizadas costeras que protegían las marismas de Nueva Jersey.

A menudo, cuando miraba a través de la ventana, se sentía como una princesa medieval sentada en su torre y rodeada por sus súbditos. Era una comparación apropiada. Los más poderosos de los Estados Unidos reinaban como la aristocracia sobre el ganado. No existía una verdadera clase media, sólo ricos y pobres. Después de haber experimentado la miseria y la prosperidad extremas varias veces a lo largo de su vida, no tenía duda de que la segunda era con mucho la mejor de las dos. Disfrutaba de sus riquezas, de su estilo de vida y, sobre todo, de las sensaciones físicas de la misma existencia. No estaba dispuesta a renunciar absolutamente a nada, ni por causa ni por persona alguna.

—Jackson —preguntó con una voz pensativa y curiosa—, ¿puede imaginar vivir sin el sol?

—¿Perdón, señorita? —saltó el sirviente como un muñeco articulado.

No tenía imaginación alguna. Veía el mundo en blanco y negro, positivo y negativo. Era un excelente guardaespaldas y ayudante, pero no el mejor de los conversadores.

La joven se detuvo, ordenando sus ideas.

—¿Ha pensado alguna vez en cómo sería soportar un mundo de tinieblas eternas? ¿Sin la esperanza de volver a ver nunca la luz del sol?

—¿Se refiere a quedar ciego, señorita? —preguntó Jackson. Negó

con la cabeza--. No puedo decir que sí, señorita Varney. Durante la guerra me entrené con una venda sobre los ojos para aprender a confiar en mis demás sentidos por si perdía la visión, pero eso no ocurrió. He sido muy afortunado al respecto.

Alicia suspiró, preguntándose por qué se molestaba. Lo intentó una última vez.

--No me refería a eso. Si algún día descubriera que había contraído una grave enfermedad que acabara con usted si le tocara el menor rayo del sol pudriendo su piel y su cuerpo, ¿sería capaz de soportarlo? ¿Sería capaz de aceptar el hecho de que nunca jamás volvería a ver un amanecer? --Suspiró profundamente--. ¿Qué ocurriría si la misma enfermedad le negara muchos de los placeres físicos que da por hechos? Como comer y beber. ¿Enloquecería al pensar en una vida así, si se la pudiera denominar de ese modo? ¿Intentaría adaptarse? ¿Podría hacerlo?

--¿Se refiere a si me convirtiera en uno de esos personajes con los que trata en el Jardín del Diablo? --preguntó Jackson. Sus rasgos rocosos se torcieron en lo que Alicia reconocía como su expresión pensativa--. ¿Si me convirtiera en uno de esos vampiros que pasan su tiempo maquinando los unos contra los otros, o cazando en las calles y bebiendo la sangre de vagabundos que no tienen ningún sitio donde esconderse?

--No son demasiado representativos de los Vástagos --dijo Alicia--, pero a eso me refería.

--Para mí no habría diferencia, señorita. Soy un superviviente. Disfruto con la comida, la bebida --abrió los ojos sugerentemente-- y con el sexo. No puedo decir que me encantara la idea de vivir sin ellos, pero no estoy totalmente preparado para lo que hay más allá, si sabe a qué me refiero. Si tuviera que beber la sangre de otros para sobrevivir lo haría sin dudarlo un momento. Hice cosas peores en la guerra, señorita, mucho peores, una o dos veces. La supervivencia no es agradable, señorita Varney, pero la muerte es terriblemente definitiva.

--Es un hombre práctico, Jackson --respondió Alicia--. La muerte es definitiva, sí, especialmente para los Condenados. Sin embargo, a veces pienso que la eternidad sumida en las tinieblas no merece la pena. No puede llegar a comprenderlo, pero la humanidad pertenece al sol. Somos verdaderos herederos de la mañana.

--Creo recordar --siguió Jackson-- que una vez oí hablar de unos vampiros llamados los Hijos de la Noche.

Alicia rió entre dientes.

–Qué poético... Pero es cierto.

Se levantó, sonriendo al ver congelarse la expresión de su ayudante. Sus pensamientos eran tan transparentes como su bata.

–No pierda las esperanzas, señor Jackson --ronroneó Alicia mientras se dirigía hacia uno de los enormes armarios que ocupaban por completo una de las paredes del dormitorio--. Si no encuentro un candidato que satisfaga mis deseos carnales en los próximos días me veré obligada a hacer uso de sus servicios. Estoy segura de que en ese caso estará preparado.

–Por supuesto, señorita Varney --respondió educadamente--. Lo haré lo mejor que pueda.

–Seguro que será de forma satisfactoria --dijo Alicia. Abrió las puertas de la sección negra--. Saque esa bandeja de aquí y tráigame mis mensajes. También quiero ver a Sumohn. Hace días que no hablo con mi preciosa mascota.

Jackson se quedó blanco. Sus grandes manos se cerraron en puños y frunció el ceño.

–Esa bestia es peligrosa, señorita Varney. Las panteras negras nunca han sido animales de compañía, ni siquiera para una dama como usted.

–Tonterías --dijo Alicia sin dejar lugar a la disensión--. Puedo asegurarle que Sumohn es incapaz de hacerme daño. Repito, señor Jackson: *incapaz*. Ya hemos tenido antes esta discusión y no me agrada repetir las cosas. El tema está zanjado.

–Muy bien, señorita Varney --dijo secamente el sirviente--. Ordenaré que traigan inmediatamente a su mascota.

–Mucho mejor, Jackson --respondió Alicia con una risa--, pero aún puede mejorar. Vivo como más me place. Usted encárguese de que mis rivales no envíen asesinos contra mí y yo me preocuparé de Sumohn.

–Sí, señorita --dijo Jackson indicando con su tono de voz que la creía loca--. Usted manda.

–Exacto --respondió Alicia--. Váyase.

Cuando el ayudante regresó al ático diez minutos después, Alicia lo recibió en el salón, lista para el trabajo. Vestía una larga falda negra de terciopelo, una blusa blanca y una torera negra. En la cabeza, sujeta por una horquilla, llevaba inclinada una boina también negra.

–Ya he avisado a la perrera --dijo Jackson dándole una carpeta con un buen montón de hojas--. Dijeron que traerían su pantera

enseguida.

–Al menos ellos saben que no es adecuado llevarme la contraria
–respondió Alicia mientras revisaba por encima los documentos. Hacia la mitad se detuvo, frunció el ceño y extrajo una hoja.

–¿Los rusos se niegan a permitir a nuestra gente entrar en el país? ¿Qué demonios está ocurriendo allí? No tiene sentido. Varney Enterprises lleva desde 1919 haciendo negocios con los comunistas. ¿Ha dado ese estúpido de Andropov algún motivo para este cambio de política? Creía que estábamos sobornando adecuadamente a ese miserable hijo de puta.

–Ya no está al mando, señorita Varney –dijo Jackson–.
Desapareció sin dejar rastro, como muchos con los que tratamos a lo largo de los años. Yeltsin, o quienquiera que esté tras él, está eliminando a la vieja guardia e instalando gente nueva en todos los puestos de responsabilidad. Han dejado perfectamente claro que los extranjeros ya no son bienvenidos en el país, y eso nos incluye a nosotros.

–¡JODER! –gritó Alicia–. ¡Eso nos va a costar millones! Hemos pasado años preparando esa red en las repúblicas soviéticas, no puede venirse abajo sólo porque un reformista haya llegado al poder. Me niego a creerlo. Rusia no funciona así.

–No, antes no –respondió Jackson–. Las cosas han cambiado drásticamente en los últimos meses. Nuestros agentes han estado informando sobre todo tipo de inquietantes rumores acerca de los consejeros secretos de Yeltsin. Se dice que para consolidar su posición está haciendo tratos con personajes completamente despiadados.

–¿Despiadados? –repitió Alicia–. ¿Desde cuándo es eso nuevo en Rusia? Esos cabrones son fríos como el hielo. Matarían a sus hijos y los venderían a la investigación médica si se les pagara lo suficiente.

–Nadie sabe la verdad –dijo Jackson–. Corren numerosos rumores, pero todos los que se acercan demasiado a las auténticas respuestas desaparecen. He estudiado los informes de los últimos doce meses. Lo más cercano a hechos probados son diferentes informaciones confusas sobre una gigantesca vieja con colmillos y garras de hierro que se reúne por la noche con el Premier.

Alicia se quedó helada, con la boca abierta y blanca como un fantasma. Sus ojos se nublaron, como si estuviera concentrándose en algo enterrado en lo más profundo de su mente. Estaba quieta como una estatua. Pasados unos momentos cerró la boca con fuerza.

–La bruja –murmuró como si estuviera sacando a rastras el nombre de su subconsciente–. La bruja de hierro.

–¿Cómo? –preguntó Jackson.

–No importa –dijo Alicia recuperando el color–. Olvide lo que dije. Estaba recordando una historia de mi niñez.

El sonido del ascensor terminó la conversación. Alicia relajó su expresión y se volvió mientras un hombre bajo y fornido entraba en el salón. A su lado, apenas controlada por una cadena de acero alrededor del cuello y la mandíbula, caminaba una gran pantera negra.

–¡Sumohn! –dijo saltando hacia delante–. Te he echado de menos, pequeña.

Se arrodilló, poniendo su rostro a la altura del de la bestia. Pasó cariñosamente sus dedos por el poderoso cuello del animal, que emitió un gruñido profundo que Alicia insistía en considerar un ronroneo.

–¿Te alegras de verme? –preguntó rascando a la pantera detrás de las orejas.

Los ojos amarillos del felino se encontraron con los suyos. La mujer asintió, como si estuviera respondiendo a alguna pregunta. Parecía que el animal y la humana se estuvieran comunicando telepáticamente.

–Intente conseguir más información sobre la situación rusa –dijo Alicia poniéndose en pie, el rostro radiante–. Llame a nuestra gente en el Departamento de Estado para que se pongan en contacto con la CIA. Quiero saber esta misma noche qué está ocurriendo.

–Presumo que va a salir –dijo Jackson.

–Al parque de Prospect Hights –respondió Alicia–. Sumohn está cansada de estar encerrada en una jaula. Necesita ejercicio, y ya llevamos un tiempo en Brooklyn. Me la llevo de paseo.

Jackson frunció el ceño.

–Prospect Hights no es seguro. La policía lo ha cerrado. La semana pasada tiró la toalla y dejó de patrullarlo, incluso durante el día. No entraría aunque viera que se está cometiendo un asesinato. Hay demasiadas bandas y psicópatas armados con artillería pesada ansiosos por volar a algunos policías. El alcalde se ha lavado las manos y ha declarado el parque zona catastrófica. El consejo quería llamar a la guardia nacional para limpiar el lugar, pero se han vetado los fondos. –El sirviente se encogió de hombros. No le gustaba la política y creía en la justicia impartida con el cañón de una automática.

»Los republicanos nunca van a apoyar a una administración demócrata, y mientras tanto el parque es una zona de tiro al blanco. Si

va allí está arriesgando su vida.

Alicia rió.

–Estaré bien. Sumohn me protegerá.

Como si respondiera al comentario de su ama, la pantera gruñó. A pesar de tener las fauces atrapadas por la cadena de acero, era un sonido terrorífico.

–Espero que pueda atrapar las balas con los colmillos --suspiró Jackson.

–No se preocupe por mí --respondió Alicia--. Empiece a trabajar en ese informe. Iré por el puente de Brooklyn y volveré en unas horas. No llegaré tarde. Como dije, tengo planes para la noche.

–¿El Jardín del Diablo? --preguntó Jackson.

–Por supuesto --dijo Alicia--. Avise a los espías habituales. Va a ser una noche caliente.

Era más ceno de lo que podía imaginar.

_____ 15 _____

Brooklyn, Nueva York: 14 de marzo de 1994

Había enormes señales blancas con letras de color sangre en todas las entradas al parque, declarando la zona más allá de los límites de los ciudadanos cumplidores de la ley. Los carteles, que habían sido perdonados más como triste broma que como consejo, eran ignorados por el gentío que no dejaba de entrar y salir de la zona forestal. Prospect Heights era el principal punto de prostitución, tráfico de drogas y armas automáticas de Nueva York. También era el cuartel general de más de media decena de bandas importantes y dos grupos terroristas.

Allí se podía comprar cualquier cosa, pero las transacciones eran arriesgadas. Era parte del ambiente de la ciudad: los que no lograban adaptarse abandonaban... o morían.

Una valla de acero de cinco metros de altura rodeaba todo el parque. Era el último intento de una administración previa por impedir que el crecimiento canceroso de la zona se extendiera por Brooklyn y sus alrededores, pero en realidad funcionaba más como una barrera para impedir la entrada de los policías que la salida de los criminales. Al

menos una vez al mes se encontraba un cuerpo empalado en las puntas afiladas que coronaban los postes. Hacía varios años doce cabezas habían decorado la valla durante días como un macabro recordatorio de la guerra de bandas que incesantemente se libraba de puertas adentro. Nadie se atrevía a entrar solo o desarmado en el parque... salvo Alicia Varney.

La multimillonaria atravesó la puerta más cercana al tiovivo gigante, uno de los últimos y fútiles intentos de restaurar la gloria original de Prospect Heights. Sumohn caminaba silenciosa a su lado, apenas controlada por una delgada correa de cuero. Era muy superior a los felinos normales de la jungla. La monstruosa bestia poseía más de cinco sentidos y podía detectar la hostilidad en los bosques... y la muerte.

—Yo también lo percibo —dijo suavemente Alicia, hablando a su pantera como si ésta poseyera inteligencia—. Están en el parque, en alguna parte, vigilando y esperando. Sentí su presencia al levantarme por la mañana. Alguien quiere matarme y se oculta en los bosques. Pensé que era mejor enfrentarme con él o con ellos aquí, en su territorio, en vez de arriesgarme a que interrumpieran mis planes para la noche.

Doblaron el primer recodo del camino, perdiendo de vista los enormes edificios que había a menos de una manzana. Aunque era casi mediodía los bosques eran oscuros y amenazadores. Parecía que hubieran abandonado un mundo para entrar en otro.

Alicia desató el collar de Sumohn, que gruñó aprobatoriamente. Sin más órdenes, la pantera desapareció entre los árboles.

Con una risita, la joven fijó la correa a su cinturón. Confiaba plenamente en su mascota: encontraría y eliminaría a aquellos que querían hacerle daño: sólo era cuestión de tiempo.

Mientras tanto, Alicia pensaba disfrutar de su excursión. La presión de las altas finanzas le dejaba cada vez menos tiempo libre. Su único ejercicio consistía en una hora de gimnasio tres veces a la semana, y hacía más de un mes que no disfrutaba de la libertad de la naturaleza. Estaba dispuesta a saborear cada instante.

Alegre, recorrió el camino que conducía hacia el centro del parque, vigilando mentalmente la zona que la rodeaba. No deseaba ser sorprendida por visitantes inesperados. Jackson tenía razón cuando decía que Prospect Heights no era lugar para una mujer joven y desarmada, pero ella era mucho más vieja de lo que su guardaespaldas podía sospechar. Además, no estaba en absoluto

indefensa...

La primera señal de problemas llegó cuando el rugido furioso de Sumohn rompió el silencio del bosque. Alicia sonrió, reconociendo el sonido de una presa. Un enemigo menos del que preocuparse.

Inmediatamente presintió que cinco más la rodeaban. Detectaba su presencia al norte, al sur y al oeste. Los dos últimos se acercaban desde el este. Todos estaban armados con pistolas y escopetas, y sus mentes estaban inundadas por la sangre.

–Me niego a que nadie interrumpa mis planes –susurró enfadada–. La muerte no es una opción en esta fase del juego. Sumohn, escúchame, tienes trabajo aquí.

–Ey, señorita –le dijo un hombre bajo y delgado de unos treinta años con unos vaqueros gastados. No llevaba nada en el torso, a pesar del frío. El tatuaje de una mujer desnuda con una flecha atravesando sus senos adornaba su pecho sin vello. Metida en el pantalón asomaba una pistola automática del 45–. ¿Ha perdido algo?

–Sí –dijo su compañero, alto y ancho, con la cabeza afeitada, una sola ceja espesa y mirada lasciva. Vestía igual que el otro, pero llevaba en una mano una escopeta del 12–. O puede que quiera algo de marcha.

Alicia suspiró, comprendiendo porqué no habían empezado ya a disparar. Viéndola desarmada y aparentemente indefensa, pensaban violarla antes de acabar con ella. Sacudió la cabeza disgustada. Sexo y muerte. Los dos estaban unidos por irrompibles lazos a lo largo de la historia. De su historia.

–En realidad –respondió Alicia dando un paso hacia delante–, estaba buscando algún tipo guapo y grandote para satisfacer mis deseos. Necesito que *me follen*. Repetidamente. ¿Creéis poder ayudarme?

–¿Eh? –acertó a decir el primer hombre, completamente sorprendido. Se puso completamente rojo. Era un truco viejo, pero todavía funcionaba. Aquellos cretinos esperaban que se acobardara y que suplicara piedad, no que hablara de sexo. No sabían cómo responder.

Mientras tanto Alicia sintió cómo los otros tres, atraídos por su vulgar declaración, salían de entre los árboles. No querían perderse nada. Ahora podía ver a todos sus enemigos. Los tenía exactamente donde quería.

–Ya me habéis oído –dijo Alicia levantando la voz para que todos pudieran escucharla–. Estoy cachonda. Tengo tantas ganas que no sé

si podré aguantarme. --Se pasó las manos por las caderas, apretando la tela contra su piel. Gimió apasionadamente--. Si no empezáis pronto me volveré loca.

--Joder --dijo excitado el grande, tan nervioso que no acertaba a desabrocharse el pantalón--. Si esa puta quiere que la follen se la voy a meter ahora mismo. Haced cola, gilipollas, que voy el primero.

--Y un hue... --comenzó su compañero quitándose el cinturón, pero sin poder terminar la frase. Un borrón negro golpeó su espalda, lanzándolo contra el pavimento. Gruñendo salvaje, Sumohn cerró sus enormes fauces sobre la nuca de su presa. El cráneo estalló en un torrente de sangre y masa cerebral.

Alicia se volvió hacia los otros asaltantes, que estaban levantando sus armas. Sin embargo, los tres parecían experimentar extraños problemas de coordinación. Sus cuerpos se movían a un lado y a otro en una espectral parodia de un baile, mientras trataban desesperados de apuntar a su objetivo.

--¿Qué coño pasa? --gritó el más cercano, un adolescente de color--. ¡No consigo hacer nada!

--No he hecho más que paralizar la zona de tu cerebro que controla las habilidades motoras --respondió Alicia con una sonrisa. Lanzó la mano hacia el cuello desprotegido del joven, atravesándolo con tres dedos justo bajo la nuez. El chico se derrumbó bombeando sangre y formando un charco escarlata.

--¡Oh, dios mío! --alcanzó a decir el segundo, que trataba desesperadamente de levantar la escopeta. A pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió que su dedo apretara el gatillo--. Por favor, no...

--Si juegas duro, acepta las consecuencias --dijo Alicia. Era despiadada, pero no cruel. Lo mató de un golpe seco en la nariz que incrustó el cartílago en el cerebro. No emitió sonido alguno.

El tercero se desmayó. Aburrida, Alicia lo mató partiéndole el cuello con un rápido giro de sus manos. Era mucho más fuerte de lo que nadie pudiera sospechar.

--Muy bien, señorita Varney --dijo una voz a su espalda--, pero no muy inteligente. Ha permitido que los señuelos la distrajeran. Yo soy la verdadera amenaza.

Alicia se volvió, sabiendo que ya era demasiado tarde. Sumohn todavía estaba partiendo en pedazos al tipo alto. La pantera era un maravilloso aliado, pero muy fácil de tentar. Su verdadero enemigo, un joven bien vestido con una pistola ametralladora Kobra, ya estaba

apretando el gatillo.

Sin embargo, la lluvia de balas nunca se materializó. El sexto hombre, que de algún modo había eludido su barrido telepático, se derrumbó con una expresión defraudada. Entre sus omóplatos asomaba la empuñadura de un cuchillo de caza, el resto del arma enterrado en su pecho.

–Paralicé sus dedos para que no apretara el gatillo por accidente –dijo un hombre rubio que apareció de entre los árboles con un traje y una camisa blancos caminando sobre el cadáver. Se inclinó, extrajo el cuchillo y lo limpió con las ropas del muerto.

–Su nombre era Leo Taggart. Tenía su cuartel general en Coney Island. Estaba especializado en el asesinato de famosos, pero el resto de la banda eran talentos del lugar contratados hacía apenas unas horas. No detectaste su presencia porque era un ghoul capaz de ocultar sus pensamientos. Por fortuna, no sabía que yo andaba cerca. Mala suerte.

–¿Quién eres? –preguntó Alicia. Aunque el hombre le resultaba familiar, estaba segura de no haberse encontrado antes con él.

–Un amigo –declaró mientras envainaba el cuchillo en una funda bajo su chaqueta–. Me alegra haber sido de utilidad. –Se volvió y comenzó a alejarse.

»Será mejor que llames a tu mascota –dijo como despedida–. El hombre ya está muerto.

Distraída por un instante, Alicia volvió la mirada hacia Sumohn. Cuando quiso darse cuenta el extraño había desaparecido.

Comprobó mentalmente la zona. Quitando a un camello y a su joven cliente, no había nadie a menos de cien metros de su posición. Muy misterioso. Alicia odiaba los misterios.

–¿Quién era ese hombre? –le preguntó a Sumohn, que se acercaba hacia ella–. ¿Reconociste su olor?

Leer los pensamientos de un animal, incluso los de una bestia especial como aquella, era prácticamente imposible. Las imágenes mentales del felino eran una confusión de sangre y muerte. No había la menor indicación de que la pantera hubiera llegado a percibir al extraño, ni de que lo detectara durante el ataque inicial. Parecía haber surgido de la nada, desapareciendo del mismo modo.

–Y este hijo de puta –dijo Alicia dando frustrada una patada a Leo Taggart– me llamó por mi nombre. No era un asesino ordinario empleado por mis rivales corporativos, sino un ghoul, lo que lo relaciona con los Vástagos. El muy cabrón sabía cómo ocultarme sus

pensamientos. Maldición. –Dio un fuerte suspiro.

»Suponiendo que Jackson sea leal, y considerando lo que le pago debería serlo, eso significa que alguien lleva mucho tiempo estudiándome, o que tiene relación con mis presuntos amigos del Jardín del Diablo. Sea quien sea, me quiere muerta y está dispuesto a pagar bien para conseguirlo.

Primero había llegado la inquietante información sobre Baba Yaga y ahora este intento de asesinato, unido a la aparición de aquel joven, vagamente familiar. Alicia se preguntó que más podría salir mal.

No debió haberlo hecho.

_____ 16 _____

Nueva York: 15 de marzo de 1994

Alicia entró en el Jardín del Diablo pocos minutos después de la una de la madrugada. Llevaba un vestido formado por varias capas de encaje sin nada debajo, por lo que atraía las habituales miradas y comentarios. Nunca utilizaba sus poderes telepáticos en el local por miedo a provocar preguntas a las que no quería responder, pero no necesitaba leer las mentes para saber que casi todos los hombres la deseaban y que sus antiguos amantes la despreciaban. A pesar de su edad, y Alicia era mucho mayor de lo que aparentaba, era la mujer más bella de todas las presentes.

Normalmente llegaba al club de rock pronto y pasaba el tiempo flirteando con todos los hombres presentes. A menudo regresaba a casa con uno o con varios, dependiendo de su humor y de sus apetitos. Hoy había llegado tarde debido a ciertas precauciones que consideraba necesarias después del ataque en el parque. Torció el gesto mentalmente. Justine Bern solía ser una zorra, pero aquella noche iba a ser especialmente difícil.

Alicia estaba en la puerta que conducía a la zona privada del local cuando vio, sentado en un reservado, a un joven rubio con un traje blanco. No había duda de que se trataba del extraño con el que se había encontrado aquel mediodía. Estaba hablando con una impresionante pelirroja que vestía un traje de lentejuelas verdes.

Como si pudiera sentir su mirada, el hombre levantó la vista. Al verla, sonrió y saludó. Alicia, sin saber qué otra cosa hacer, devolvió el saludo. Había demasiada gente para abrirse paso hasta la mesa, y en cualquier caso tampoco tenía tiempo, al menos de momento. Esperaba que el hombre misterioso siguiera allí cuando regresara.

Al contrario que la Camarilla, que creía en numerosas Tradiciones, el Sabbat tenía una estructura y una organización abiertas. Las leyes de Caín sobre los sires y los territorios eran ignoradas, y el único principio que gobernaba el culto era el de la jungla. Los fuertes gobernaban reclamando una posición y defendiéndola. Ese era el caso de Justine Bern, Arzobispo de Nueva York.

Las ciudades controladas por la Camarilla eran regidas por Príncipes, y los Arzobispos eran el equivalente en las del Sabbat. Sobre ellos estaban los Cardenales, trece en total, que gobernaban otras tantas regiones. Iguales en poder estaban los Prisci, un grupo de consejeros del culto. Sobre todos ellos se encontraba el Regente. Aunque técnicamente no era el dirigente de la secta, sino que sólo cuidaba de ella, sus órdenes no solían ser desobedecidas. Era la posición de mayor poder en la organización.

La actual Regente del Sabbat era Melinda Galbraith, que también actuaba como Cardenal de Méjico D.F. Había guiado los destinos del culto con mano de hierro desde hacía más de cinco décadas, pero llevaba varios meses sin ser vista después de un misterioso desastre en su región. Varios arzobispos y cardenales murmuraban que había llegado el momento de elegir un nuevo Regente, y había numerosos candidatos al puesto, incluida Justine.

—Llegas tarde, ganado —se burló Hugh Portiglio mientras Alicia entraba en el gran despacho que servía como cuartel general del Sabbat en Nueva York. Aquella noche se celebraba la reunión semanal del círculo interno de los líderes del culto en la ciudad. Aunque Alicia era humana participaba debido a su inmensa riqueza e influencia... y a que era un ghoul de Justine Bern.

Aunque a la secta le gustaba creer lo contrario, el Sabbat no controlaba por completo la gran manzana. Mantenía la ciudad lo mejor que podía, pero había agentes de la Camarilla por todas partes. Además los Garou, los hombres lobo, eran una fuerza a la que no se podía ignorar.

Había casi trescientos vampiros en la zona metropolitana de Nueva York. Muchos pertenecían al Sabbat y otros a la Camarilla,

pero había también algunos Caitiff, leales a ninguno de los dos grupos.

–Los magos y los ghouls no se llevan bien –dijo Molly Wade con una sonrisa burlona–. Hugh no soporta a la gatita de Justine, quiere ser el jefe de la perrera.

–Cállate, estúpida lunática –gruñó Portiglio. Molly era la otra consejera de la Arzobispo, una Malkavian *antitribu*, de generación desconocida. Como todos los de su clan, actuaba de forma dementada. Nadie sabía si fingía o si en realidad estaba loca. En cualquier caso, tenía una mente enrevesada y era una maestra de la intriga. Aunque sus consejos eran difíciles de comprender no solían equivocarse.

–Cerrad los dos la boca –dijo Justine. Estaba sentada con los brazos cruzados en un enorme sillón de cuero negro. Vivía en las penumbras, rodeada de sombras, ya que la oscuridad era la fuente de sus mayores poderes.

Había sido Abrazada en la Edad Media, durante los primeros años de la Inquisición, y recordaba a una matriarca recta y remilgada, con el pelo oscuro recogido en un moño, rasgos duros e inquietantes ojos negros. Estaba vestida con un sencillo traje marrón y parecía una vieja carabina en un baile de graduación.

Había comenzado su vida vampírica como una Lasombra de séptima generación, pero había reducido ésta matando a su sire poco después de ser Abrazada y bebiendo su sangre. Un siglo más tarde había apresado y matado a un antiguo Ventrue de quinta generación, consumiendo de nuevo su *vitae*. Actualmente pertenecía a la quinta generación, pero aún soñaba con triunfos mayores. Era completamente despiadada.

Hacía menos de un año que había alcanzado la posición de Arzobispo de Nueva York. Su predecesora, Violet Tremain, había desaparecido en extrañas circunstancias, igual que Shawnda Dirrot, priscus de Manhattan. No se había llegado a realizar acusación alguna, pero muy pocos dudaban de que Bern y sus seguidores eran los responsables en ambos casos. En el Sabbat los más fuertes sobrevivían y llegaban hasta la cima.

–Estoy cansada de vuestras disputas –declaró fríamente–. Recordad quién está al mando. Ninguno de los dos sois indispensables. Os puedo reemplazar fácilmente.

Portiglio cerró la boca. Le aterrorizaba la idea de enojar a Bern, ya que más de una vez ésta le había dejado perfectamente claro que si la cansaba no lo ejecutaría, sino que le clavaría una estaca en el corazón

y se lo enviaría a los antiguos del clan al que había traicionado. Los Tremere tenían un castigo especial para los renegados que hacía que la Muerte Definitiva fuera una alternativa preferible.

Hugh miró a Alicia, culpándola evidentemente de sus problemas. Molly tenía razón: Portiglio estaba celoso de su influencia sobre Justine. El brujo era estúpido, pero también un enemigo peligroso. No pasaría mucho tiempo antes de que tuviera que encargarse de él. Un aviso anónimo al cuartel general de la Sociedad de Leopoldo en la catedral de San Patricio haría maravillas. Se prometió que Jackson haría mañana mismo la llamada telefónica.

–¿Por qué te has retrasado? –preguntó Justine clavando la mirada en Alicia–. La reunión estaba prevista para la medianoche.

–Problemas de negocios –dijo la joven, buscando sin pestañear los ojos de la Arzobispo–. Estamos experimentando dificultades inesperadas en nuestras operaciones en Rusia. Pido perdón por cualquier problema que haya podido causar.

–Acepto tus disculpas –respondió Justine. Aunque el Sabbat consideraba a los humanos presas, ganado para saciar su sed de sangre, algunos miembros de la secta utilizaban ghouls como ayudantes personales. Bern trataba a Alicia más como a un chiquillo predilecto que como a un peón humano. Era algo muy poco frecuente, pero no desconocido–. No vuelvas a llegar tarde. La próxima vez no seré tan compasiva.

–Problemas en Rusia, cómo mola –dijo inesperadamente Molly haciendo extrañas muecas. Era una adolescente de largas coletas y sonrisa torcida, y a veces hablaba con rimas–. La Vieja Bruja despierta, fría y sola.

–¿La Vieja Bruja? –preguntó Justine, inclinándose hacia delante–. ¿De qué hablas, Molly?

–Baba Yaga –se adelantó Hugh–. Corren rumores de que la Bruja de Hierro ha despertado de su letargo.

–¿Rumores, Hugh? –dijo Justine–. ¿Desde cuándo funcionamos con *rumores*?

–Es difícil conseguir información, Arzobispo –respondió rápidamente el mago–. He estado intentando confirmarlo, pero de momento sólo hay cabos sueltos. En cuanto descubra algo se lo dire. Ese es mi trabajo. Mientras tanto, todo el mundo está hablando de la Muerte Roja. Hay mucha inquietud.

–¿La Muerte Roja? –preguntó Alicia, que no estaba muy segura de a qué se refería–. ¿Qué es la Muerte Roja?

El *Tremere antitribu* sacudió la cabeza. Estaba tan preocupado que respondió a la humana sin su típico gesto de disgusto.

–Nadie lo sabe. *Algo* ha exterminado a varios de nuestros camellos menores en Washington. Los sostiene con las manos y los reduce a cenizas. Según un testigo el monstruo utilizaba llamas de verdad, no fuego infernal. Se hacía llamar la Muerte Roja y aseguraba ser un miembro de la Camarilla que trataba de destruir al Sabbat.

–Rojo como el fuego, rojo como el fuego –cantó la Malkavian–. Embustero, embustero.

–Estoy de acuerdo con Molly –dijo Justine–. En la Camarilla pueden ser locos, pero no estúpidos. No hay...

La Arzobispo se detuvo en la mitad de la frase. Sus ojos se estrecharon sorprendidos mientras señalaba hacia una esquina de la estancia.

–¿Qué... qué es eso?

Una bruma roja se estaba materializando a un metro del suelo. Como un genio surgiendo de una botella, la nube creció con asombrosa velocidad. Mientras se expandía, adoptaba la forma de un hombre.

–Esto no puede estar pasando –declaró nervioso Portiglio–. Ningún Vástago puede utilizar la Forma de Niebla y la Materialización juntas sin una mente enlazada sobre la que concentrarse. E-es imposible.

–Díselo a nuestro visitante si se te antoja –respondió Molly, pareciendo de repente completamente cuerda–. Yo me largo, es la Muerte Roja...

La figura se solidificaba rápidamente en la esquina, adoptando el aspecto de un cadáver. Sus ojos no parpadeaban y los contemplaban con odio. Estaba envuelta en un sudario rasgado y líneas rojas cruzaban su rostro y su pecho. Las manos y los dedos brillaban con un fulgor rojo, como si estuvieran envueltos en fuego.

–Muerte –murmuró el espectro al terminar su aparición. Una corriente de aire caliente emanaba del cuerpo del monstruo, elevando la temperatura del despacho–. Soy la Muerte Roja y traigo el olvido definitivo al Sabbat.

–En el infierno –respondió Justine poniéndose en pie. Las sombras se arremolinaban a su alrededor como gigantescas mariposas carnívoras. Apretando los puños, la Arzobispo levantó los brazos por encima de la cabeza y atrajo la negrura hacia sus dedos. Luego lanzó las manos contra la criatura como si estuviera arrojando

una piedra, invocando su más poderosa disciplina.

–Soy la Maestra de la Noche –entonó–. ¡Sombras del Abismo, atendedme!

La oscuridad a su alrededor giraba como si hubiera sido golpeada por un repentino viento. Tres figuras sin rasgos, cada una del tamaño de un hombre, tomaron forma frente a ella. Eran sombras compuestas de oscuridad sólida, moradores del Infierno que muy pocos vampiros podían invocar, mucho menos resistir.

–Destruid al intruso –ordenó Justine con un gesto de la mano.

La Muerte Roja sonrió y el pellejo que rodeaba su boca se arrugó como un pergamino amarillento. Extendió los brazos como si animara a las sombras a que lo agarraran, que fue exactamente lo que hicieron. Su toque, el frío contacto del Abismo, solía paralizar a cualquier víctima. No a la Muerte Roja.

Las sombras crepitaron al ser atravesadas por rayos escarlata. La negrura de la que estaban compuestas bullía como el vapor saliendo de una olla. Justine, que compartía su fuerza con sus servidores, lanzó un grito agónico. Con un gemido incrédulo se derrumbó sobre su sillón mientras las tres sombras se desvanecían.

–Soy la Muerte Roja –repitió la figura espectral mientras daba un paso hacia delante–. Nada puede resistir mi poder.

Muy melodramático, pensó Alicia mientras lanzaba una sonda mental de prueba, y sin prisa por terminar el trabajo. Este cabrón quiere dejar un mensaje. Busca publicidad, no una acción determinada.

Totalmente confiada en sus propias habilidades, no estaba preparada para el intenso rayo de energía mental que respondió a su invasión telepática. Retrocedió ante el repentino e inesperado dolor. La Muerte Roja estaba preparada para repeler su sonda: un rayo de fuego psíquico explotó en la mente de la joven, haciéndola vacilar. Las protecciones automáticas, producto de vidas y vidas de experiencia, rompieron el contacto antes de que su cerebro quedara reducido a cenizas. Quedó con la momentánea impresión de cuatro vampiros increíblemente antiguos riendo con sádico placer. Se llamaban a sí mismos "los Hijos de la Noche del Terror". Gruñendo agónica, Alicia cayó de rodillas.

Me largo de aquí, pensó Justine ignorando el colapso de su ghoul. Su universo giraba alrededor de una única persona: ella misma. Escabullándose por la estancia se dirigió directamente a la salida. Agarró el picaporte con las dos manos y trató de abrir la puerta que

daba al pasillo, pero el mecanismo se negaba a girar.

–¡Está cerrada! –gritó Molly–. ¡Estamos atrapados y vamos a morir!

La Muerte Roja rió con un espantoso sonido fantasmagórico. Se arrastraba sin levantar los pies del suelo, acercándose a Alicia. Gimiendo de dolor, ésta rodó sobre sí misma, evitando el toque del monstruo. El mero contacto, suponía, significaba la muerte para un mortal o un vampiro.

–A las llamas con todos vosotros –dijo la Muerte Roja mientras chispas escarlatas surgían de sus manos. Alicia podía sentir el calor. Aquella criatura era un horno viviente.

–¡Su tacto es de fuego! –gritó Portiglio, acurrucándose detrás de Justine–. ¡Estamos perdidos!

–¡Cállate, jodido imbécil de mierda! –chilló la Arzobispo. Golpeó la puerta con el puño, convirtiendo la madera en astillas y revelando una plancha de acero. La sala de reuniones había sido diseñada para resistir un ataque sorpresa de la Camarilla–. Deja de gritar y ayúdame.

–Arded –dijo la Muerte Roja. La mano derecha del espectro golpeó la mesa de Justine. Con un rugido de fuego, la madera negra explotó. Al instante, todo el despacho se convirtió en un infierno–. Arded en mis maravillosas llamas.

–Aún no –susurró Alicia tratando de ponerse en pie y retirándose hacia la esquina contraria a la de la Muerte–. Aún no.

–¡Fuego, fuego! –gritaba Molly–. ¡Juego, juego!

–Condenada lunática –respondió Justine golpeando con ambas manos la plancha de acero. El metal se arrugó hasta convertirse en polvo. La Arzobispo poseía el poder de hacer envejecer los materiales con un mero pensamiento. Nerviosa, se abrió camino a través de los restos de madera y metal hasta el pasillo que conducía al club. Hugh y Molly salieron tras ella, dejando sola a Alicia en el despacho incendiado.

La joven estaba atrapada en la parte trasera de la habitación, rodeada por las llamas y enfrentada a la Muerte Roja. Desesperada, gritó a sus camaradas pidiendo ayuda, pero éstos habían desaparecido. Estaba sola.

–Tú eres la única que me importaba –dijo la criatura mientras se acercaba cada vez más–. No tenía intención de dañar a los otros. Necesitaba que sobrevivieran para que extendieran los rumores sobre mi poder. Tú, sin embargo, siempre has sido mi objetivo. Comprendí hace mucho que Justine no era más que tu peón, aunque la muy

estúpida crea que es al contrario. Te necesito fuera del escenario antes de que termine mis planes para con el Sabbat.

Alicia trató de concentrarse, intentando impedir el paso de las palabras de la Muerte Roja dentro de su mente. Lo único importante era encontrar una salida a aquella situación. Las llamas amenazadoras y el calor asfixiante no le dejaban pensar. Lenguas de fuego lamían su piel desnuda. El techo se incendió, dejando caer sobre su cabeza una lluvia de partículas encendidas. Sus pulmones se llenaron de humo, dificultando la respiración. La Muerte Roja se acercaba cada vez más.

Con los ojos irritados por el humo, Alicia se arrastró ciegamente hacia atrás, hasta que sus hombros tocaron la pared. No había lugar donde escapar. Las cenizas calientes aguijoneaban sus mejillas y quemaban su ropa. Gimió frustrada, pero las lágrimas se evaporaban inmediatamente por culpa del calor.

–Discúlpenme –llegó una voz desde la puerta abierta, sorprendiendo tanto a Alicia como a su torturador–. ¿Les importa si interrumpo esta reunión?

Era el joven rubio del parque. Su traje era de un color blanco resplandeciente, igual que su camisa. No llevaba corbata. Los ojos, según notó Alicia en una bruma de perplejidad, eran de un brillante color azul. El recién llegado parecía ignorar las llamas que llenaban la estancia.

–Tengo la imperiosa necesidad de hablar con la señorita Varney –dijo el extraño a la Muerte Roja, como si estuviera hablando del tiempo–. ¿Te importa si te decimos *adieu*?

Sin esperar respuesta entró en el despacho, caminando tranquilamente entre el infierno de las llamas. Estupefacta, Alicia contempló cómo atravesaba la estancia hacia ella. El fuego lo rodeaba, pero no parecía llegar a tocarlo. Su piel y su ropa permanecían intactas e inmaculadas.

Rodeando a la atónita Muerte Roja, el joven llegó al lado de Alicia en cuestión de segundos.

–¿Lista para marcharnos? –preguntó con una sonrisa amable en los labios. Extendió una mano–. Creo que será mucho más cómodo hablar en la otra sala. Aquí hay demasiado ruido y hace un poco de calor.

–Lo que tú digas –respondió Alicia. Tomó sus dedos extendidos. Su tacto era frío y suave–. Ya estoy arreglada.

–Adiós, de momento –dijo el joven saludando con la otra mano a

la inmóvil Muerte Roja.

Alicia parpadeó mientras la realidad cambiaba. El extraño abrió una puerta que había en la pared trasera y la atravesó, arrastrando a la joven. Las llamas y la Muerte Roja habían desaparecido. Se encontraban en la sala principal del Jardín del Diablo, cerca de la entrada del local. El portal se cerró tras ellos. Mirando por encima de su hombro, Alicia no vio más que una pared desnuda.

–¿Cómo has hecho eso? –exigió.

–Es un truco que me enseñó mi padre --dijo el hombre rubio riendo. Señaló hacia la parte trasera de la pista de baile. La gente estaba empezando a gritar al ver las llamas surgir del pasillo.

»Justine y sus acólitos huyeron por la salida de emergencia en la parte trasera. Más nos vale correr también. El fuego se está extendiendo. En unos minutos todo será pasto de las llamas, y percibo que no hay sistema de rociadores.

–¿Quién... porqué... qué...?

–Pareces una estudiante de periodismo --dijo el joven--. La Muerte Roja se ha marchado. Sólo puede mantener el Cuerpo de Fuego durante un breve intervalo. Estás a salvo, al menos de momento, pero regresará. Es un enemigo implacable. Debes acabar con él o te destruirá.

–Es la segunda vez que me salvas hoy, y no sé porqué, ni quién eres...

Él se encogió de hombros, como si ignorara sus palabras.

–Será mejor que nos movamos. --La gente estaba comenzando a empujarse para llegar a la salida--. La cosa se está poniendo fea. Dentro de poco se va a producir un verdadero tumulto.

–Aún no has respondido a mis preguntas --dijo Alicia--. ¿Cómo te llamas?

–Llámame... Reuben --sonrió--. Como el sándwich.

–¿Quién era la mujer con la que hablabas? --preguntó Alicia sin saber exactamente porqué--. ¿Era tu amante?

Reuben rió.

–No, no. Es mi hermana. Se llama Rachel. --El joven miró su muñeca desnuda--. Ups, mira que tarde es. ¡Tengo que irme!

–Espera --pidió Alicia--. Por favor, no te vayas. Aún tienes que decirme por qué me has salvado... y cómo...

–Lo siento, Anis --respondió Reuben--, pero ya he hablado demasiado --Miró por encima del hombro de Alicia--. Ey, ¿no es ese tu ayudante, Jackson?

–No me vas a engañar dos veces –respondió ella sonriendo... y descubriendo que estaba hablándole al aire. En el tiempo de un latido Reuben había desaparecido.

Fue entonces cuando comprendió que le había llamado *Anis*.

_____ 17 _____

Montañas de Bulgaria: 16 de marzo de 1994

La casa en lo alto de la colina era enorme. Aunque ya había pasado la medianoche y las nubes ocultaban la luna y las estrellas, todas las luces estaban apagadas.

–Mira --susurró Le Clair--, ¿no es como te había dicho? El viejo vive allí solo. La gente le tiene tanto miedo que se niega a pronunciar su nombre o a conducir hasta aquí después de medianoche. Dicen que dentro vive el diablo.

–No andan desencaminados --respondió Jean Paul--.
Dziemianovitch es un Tzimisce de sexta generación. Su crueldad es legendaria en estas colinas.

–Todos los Tzimisce son unos maníacos --declaró Le Clair--. Por eso casi todos pertenecen al Sabbat o viven completamente aislados, como este monstruo.

–Todos estamos condenados --dijo Jean Paul asintiendo--, pero algunos lo estamos más que otros.

–¿Vamos a quedarnos aquí toda la noche? --preguntó Baptiste, el tercer miembro del grupo--. Si queremos bebemos la sangre de ese hijo de puta tendremos que encontrarlo primero.

–De acuerdo --dijo Le Clair--. Basta de charla. Dziemianovitch es extremadamente poderoso. Sin embargo, en los últimos seis meses parece haber desaparecido de la faz de la Tierra. La gente del pueblo que limpia y mantiene la casa y los jardines no lo ha visto ni ha oído hablar de él desde hace un año. Debe estar en letargo. Los Tzimisce necesitan mucho descanso. Deberíamos ser capaces de entrar en la casa, encontrar su cuerpo y destruirlo sin demasiados problemas.

–Con problemas o sin ellos --dijo Baptiste-- el premio merece la pena. Vosotros dos ya sois de la séptima generación, yo todavía de la octava.

–No por mucho tiempo --dijo Jean Paul. Señaló la enorme puerta

de roble que servía como entrada a la mansión—. ¿Llamamos?

—No creo —rió Le Clair—. Hay ventanas en el patio trasero. Es mejor entrar por ahí para no anunciar nuestra presencia.

Dziemianovitch no es idiota, conoce el valor de su *vita*. La casa estará llena de trampas, así que tenemos que tener mucho cuidado. Mucho, mucho cuidado.

—Me recuerda a la Gran Guerra —dijo Baptiste—. Un paso en falso y puf, estás muerto.

Los otros dos vampiros asintieron. Aunque la guerra había sido hacía ochenta años, los recuerdos de aquellos días eran claros como el cristal. Allí se habían conocido, se habían convertido en camaradas, habían luchado y matado. Allí se convirtieron en vampiros.

Eran tres jóvenes franceses reclutados para la guerra de trincheras contra los alemanes, y después de dos años seguidos de combates en el Boche se habían convertido en duros veteranos. Las circunstancias los habían unido, y la muerte los convirtió en un equipo.

Le Clair era el planificador, un hombre bajo y delgado con un fino bigote y ojos infatigables, siempre de un lado a otro. Su familia tenía un negocio de contrabando en Marsella.

Baptiste era grande y fuerte, y procedía de una granja del sur. Tenía más músculos que cerebro. Le estimulaba matar y tenía una vena cruel que liberaba con su bayoneta.

Jean Paul era el tipo simpático y relajado. Era alto y atractivo, un mujeriego con el encanto de un diletante parisino. Bajo aquel aspecto encantador se ocultaba un sádico al que le gustaba compartir sus conquistas con sus dos amigos. Cualquier mujer que se atreviera a protestar por el tratamiento era golpeada hasta ser sometida.

Eran combatientes mortales y efectivos que no luchaban por la gloria de Francia, sino por el placer de matar. Entre amigos y enemigos habían llegado a ser conocidos como los Tres Impíos. Después de una gran ofensiva solían vagar por el campo de batalla en la oscuridad, buscando cualquier signo de vida entre los cuerpos abandonados. Lo que hacían con los pocos a los que descubrían fingiéndose muertos nunca se discutía en público, pero más de un soldado alemán malherido prefería suicidarse a encontrarse con ellos.

Su fama atrajo la atención de Louis Margali, un oficial de su regimiento y Brujah de novena generación. Discípulo idealista de las enseñanzas de Karl Marx y veterano del levantamiento estudiantil del siglo XVIII, Margali soñaba con establecer una república socialista en Francia después de la guerra. Comprendiendo que necesitaba

seguidores capaces de cometer cualquier exceso en nombre de la libertad, *Abrazó* a los tres durante la Batalla del Marne. Sin embargo, Margali era mejor estudioso que maquinador y subestimó enormemente la depravación de sus nuevos chiquillos.

Descubrió su terrible error la noche en la que éstos lo sorprendieron en una granja abandonada en tierra de nadie. Le Clair sabía mucho más sobre los vampiros de lo que Margali sospechaba, incluyendo el hecho de que una estaca de madera a través del corazón paralizaba hasta al Vástago más poderoso. Baptiste proporcionó el músculo y Jean Paul la distracción. Con expresión horrorizada, el oficial Brujah escuchó mientras Le Clair explicaba su plan.

–No estamos interesados en sus planes para una utopía socialista, *monsieur* Margali –decía con sus pequeños ojos brillando a la luz del quinqué–. No nos preocupamos ni por los hombres ni por los derechos de las clases trabajadoras. Sólo importamos nosotros.

–Nos trataste como a esclavos –gruñó Baptiste, cerrando las manos en enormes puños–. No soy esclavo de nadie, y menos de un aristócrata.

–Expuesto de forma algo cruda –dijo Le Clair– pero bastante precisa. Los tres nos negamos a aceptar esas Seis Tradiciones de Caín. Vivos o muertos, las leyes no significan nada para nosotros. Somos los amos de nuestro propio destino.

–Vamos a bebemos tu sangre –dijo Baptiste con una risa. Le Clair asintió.

–Como líder de nuestro pequeño grupo reclamo la primera oportunidad, aunque habrá otras para mis amigos. Todos somos ambiciosos. Tenemos pensado reducir nuestra generación por medio de la diablerie, aumentando nuestros poderes tanto como sea posible. Los humanos nos proporcionarán sangre cuando sea necesario, pero buscaremos nuestra fuerza en los Vástagos.

Sonrió al ver la mirada horrorizada de Margali. Le Clair disfrutaba enormemente torturando mentalmente a sus víctimas.

–Somos tres y trabajamos bien en equipo. Puede llevarnos años, quizá décadas, puede que un siglo o dos, pero al final nos convertiremos en los amos de Europa, quizás incluso del mundo.

–Deja de jugar con nuestra comida –dijo Jean Paul–. Tenemos que estar lejos de aquí antes de que salga el sol. Mátales.

Le Clair obedeció. Ahora, casi ocho décadas más tarde, él y sus camaradas perseguían a su noveno vampiro. Era un juego peligroso,

pero la recompensa justificaba los riesgos.

–Dentro no hay movimiento –declaró Jean Paul. Su oído era cien veces más preciso que el de un humano–. El lugar está desierto.

–Lo dudo –dijo Le Clair–. Los Tzimisce no pueden descansar tranquilamente durante el día si no están rodeados por la tierra en la que fueron creados. No son buenos viajeros. Dziemianovitch está escondido en algún lugar de la mansión. El reto será dar con él.

–Habláis demasiado –dijo Baptiste. Lanzó un puñado de piedras contra las ventanas del patio, rompiendo tres de ellas.

–Ahí se fue el elemento sorpresa –señaló Le Clair con resignación. Su compañero era inmensamente fuerte, pero terriblemente idiota. Baptiste se las apañaba muy bien en las emergencias que requiriesen fuerza bruta, pero pensar no era su especialidad. Para eso tenía a sus dos amigos, pero a veces se impacientaba.

Jean Paul quitó el cerrojo de las ventanas y las levantó. Uno tras otro, los tres entraron en la mansión. Estaba más oscuro que en el exterior, ya que las pesadas cortinas bloqueaban la luz de la luna.

–¿Sientes algo? –susurró Jean Paul. Las tinieblas parecían amortiguar sus palabras–. No oigo nada.

–Hay un conjuro de atenuación en todo el lugar –respondió Le Clair. Tenía talento para reconocer y neutralizar conjuros–. Eso es lo que provoca la oscuridad y la pérdida de audición. Es demasiado poderoso para poder cancelarlo, pero creo que podremos encontrar el camino. Hay alguien en el sótano. Siento una presencia muy fuerte. Debe ser Dziemianovitch.

–Tú llévame hasta ese viejo pájaro –dijo Baptiste. En el cinturón llevaba tres estacas de madera–. Yo me encargaré de él.

–Seguidme –dijo Le Clair, cogiendo a sus compañeros de la muñeca–. Permaneced alerta. Hay trampas por todas partes. Las estoy intentando neutralizar, pero podría saltarme alguna.

–¿Qué tipo de trampas? –preguntó Jean Paul.

–¡Al suelo! –gritó Le Clair, casi como respuesta.

Eran soldados veteranos, así que obedecieron sin más miramientos. Como casi todos los Brujah, poseían una velocidad sobrehumana. Un instante después de tocar el suelo la habitación se llenó de flechas con punta de acero volando por todas partes. Si se hubieran quedado de pie cada uno hubiera sido atravesado por al menos una decena de saetas.

–Seguro que las cortinas se descorren por la mañana –dijo Le

Clair apretado contra el suelo-- achicharrando a cualquier desgraciado despistado.

–Efectivo –comentó Jean Paul–. ¿Es seguro levantarse?

–Dame unos segundos más... –respondió el otro concentrándose–. Ya está, ya podemos. No hay más flechas. He desconectado todos los mecanismos similares de la mansión. –Los tres vampiros se pusieron en pie. La oscuridad seguía siendo prácticamente total.

»Nada de cogernos las manos –dijo Le Clair–. Nos hace lentos. Además, ya estamos a salvo. La escalera que conduce al sótano está en el pasillo, a unos doce metros de aquí.

–¿Estás seguro de que no hay más trampas? –preguntó Jean Paul. A pesar de su bravuconería con las mujeres en el fondo era un cobarde, un rasgo que le había salvado el pellejo en numerosas ocasiones. Los Vástagos se dejaban llevar muy a menudo por su sed de sangre, sucumbiendo a la bestia interior. Jean Paul nunca se apresuraba. Caminaba lentamente, guardando su espalda y dispuesto a retirarse a la menor señal de peligro.

–Ya te lo he dicho –respondió Le Clair, abriendo el camino–. He encontrado y neutralizado todos los mecanismos en la...

El pequeño vampiro gritó cuando la madera bajo sus pies se deshizo repentinamente. Cayó como una piedra sabiendo que abajo le esperaba algún horrible destino. Sin embargo Baptiste, fuerte como un toro, lo agarró por la nuca y lo sacó sin esfuerzo del pozo que había aparecido como por arte de magia en el centro de la estancia.

–Abajo huele a ácido –comentó Jean Paul con un leve tono burlesco–. Debe haber un estanque lleno cubriendo gran parte del nivel inferior, pero no estoy muy seguro de los efectos a largo plazo que provocaría la inmersión en su interior. Asumiendo que se trate de una solución fuerte, lo más probable es que nos arrancara la carne directamente de los huesos, quizá dañando al mismo tiempo la estructura ósea. Tardaríamos años y años en regenerarnos. –El parisino se detuvo un momento–. Este pozo tiene toda la pinta de ser una trampa.

–Basta ya, gigoló de medio pelo –saltó Le Clair enfadado mientras Baptiste lo depositaba en el borde del pozo–. Ese cabrón me ha engañado. Evidentemente, después de preparar todas las sorpresas para los incautos envejeció mediante hechicería las maderas desde aquí hasta la puerta. Se trata de una trampa inactiva, por eso no la detecté. No existe mecanismo alguno, sólo nuestro peso.

–Es un diablo ingenioso –dijo Jean Paul, ignorando como era habitual los ataques de genio de Le Clair. Se calmaba tan rápidamente como se enfadaba–. Será todo un placer acabar con él. ¿Cómo propones llegar hasta la puerta si el resto del suelo está en el mismo estado?

–No estoy seguro –respondió–. Déjame pensar.

–Tengo una idea –respondió Baptiste–. Encárame en dirección a la puerta, pequeñín.

–¿Qué pretendes? –preguntó Le Clair confuso mientras orientaba a su enorme compañero.

–Estoy cansado de arrastrarme –respondió–. Movámonos.

Antes de que Le Clair comprendiera lo que su camarada tenía planeado, éste lo agarró por la cintura, lo levantó por encima de la cabeza y lo lanzó por encima de las maderas podridas. El vampiro atravesó con la cabeza la puerta cerrada, haciéndola pedazos. Maldiciendo, aterrizó en el pasillo al otro lado, comprobando con sus sentidos atenuados que al menos aquella zona estaba bien iluminada.

Un segundo después voló gritando Jean Paul. Como ya no había puerta alguna para frenarlo golpeó el suelo y rebotó dos veces antes de detenerse a pocos metros de la escalera que conducía al sótano.

–¡Cuidado! –rugió Baptiste desde la oscuridad–. ¡Ahí voy!

Le Clair rodó rápidamente contra la pared un instante antes de que su enorme compañero apareciera atravesando la puerta destrozada. Baptiste había saltado el pozo de ácido sin esfuerzo. Los vampiros poseían una fuerza muchas veces mayor que la de los humanos ordinarios, pero la suya era muchas veces mayor que la de los Vástagos normales.

–Bueno, aquí estamos –dijo Le Clair mientras trataba de ponerse en pie–. Hora de bajar y enfrentarnos a nuestro enemigo. –Se volvió y miró al gigante–. Baptiste, apreciamos enormemente tus esfuerzos, pero por favor, controla tu impaciencia. Deja que Jean Paul y yo pensemos, ¿de acuerdo?

El otro se encogió de hombros.

–Sólo trataba de ayudar.

–¿Detectas actividad abajo? –preguntó Jean Paul, tambaleándose hasta acercarse al líder. No le gustaban las sorpresas, especialmente las que le hacían salir volando inesperadamente sobre un pozo lleno de ácido–. Hemos hecho ruido suficiente como para despertar a Dziemianovitch de la Muerte Definitiva. Parecemos payasos de circo.

–Siento una presencia –dijo Le Clair–. La misma de antes, sigue inmóvil. –Torció el gesto–. Sabe que estamos aquí, y encuentra nuestras payasadas... divertidas.

–¿Debemos seguir? –preguntó nervioso Jean Paul–. Si Dziemianovitch es consciente de nuestras intenciones, ¿no estamos perdidos?

–Por extraño que parezca –dijo Le Clair frunciendo el ceño– no siento hostilidad en sus pensamientos. Simplemente espera.

–Puede que se haya cansado de la muerte –dijo Baptiste mientras abría la puerta que conducía al sótano–. No podemos volvernos atrás ahora. Quiero su sangre.

Le Clair miró a Jean Paul y se encogió de hombros.

–Qué demonios, lo único que nos puede pasar es que muramos.

–A mí me bastó con la primera vez –respondió el otro.

–Hay escalones descendentes –comentó Baptiste ignorando los comentarios de los demás–, y veo una luz abajo. Allá voy.

–Adelante, valientes soldados de Francia –dijo sombrío Le Clair siguiendo al gigante–. Libertad, igualdad y fraternidad.

–Y no olvides la estupidez –añadió Jean Paul mientras corría tras los otros–. Más espacio, vosotros dos, probablemente se trate de otra trampa. ¿Dónde mejor que en una escalera?

El aviso fue apropiado, ya que a mitad del descenso toda la estructura se derrumbó, igual que el suelo sobre el pozo de ácido. Esta vez les esperaban decenas de estacas de madera de un metro de altura para empalarlos.

Los salvó su velocidad Brujah unida a unos reflejos eléctricos. Cuando la escalera comenzó a venirse abajo saltaron instintivamente, aterrizando a pocos metros del círculo de estacas y en el borde de otro baño de ácido.

–Hijo de puta diabólico –gruñó Le Clair mientras rodeaba el pozo mortal y señalaba una puerta–. Pero no es tan listo como se imagina. Su ataúd está en esa habitación.

–Demasiado fácil –dijo Jean Paul mientras observaba la entrada de la cripta, iluminada por una luz pálida. En el centro se encontraba un enorme sarcófago de piedra–. Es demasiado fácil.

–¿Estás de broma, Jean Paul? –preguntó Baptiste–. Hemos derrotado a la oscuridad, a las flechas, al ácido y a las estacas. Ahí está nuestra recompensa, mi recompensa –dijo mientras golpeaba las tres estacas de madera que llevaba en el cinturón–. Necesito la sangre de ese viejo pájaro.

El gigante se dispuso a cruzar el umbral, pero entonces Jean Paul gritó y lo apartó a un lado.

–¡Es otra trampa!

–¿Trampa? –preguntó Baptiste–. No hay nada...

–No siento nada raro –añadió Le Clair–. El suelo está en buenas condiciones y no hay rastro de mecanismos.

–Las mejores trampas son las más sencillas –dijo Jean Paul–. Os lo demostraré. Dame una de las estacas.

Baptiste obedeció. Sosteniéndola como una espada, el parisiense golpeó el umbral con un tajo descendente. La madera pareció vacilar durante un instante en su mano antes de completar el movimiento. Sin embargo, ya no había una estaca de madera, sino tres. Jean Paul sostenía un trozo en la mano mientras los otros dos caían al suelo.

–¡Magia! –maldijo Baptiste.

–Cables –replicó Jean Paul–. Muy delgados y tensos, anclados en las jambas. Probablemente sea el mismo material utilizado en la fabricación de satélites, una especie de acero increíblemente denso y afilado. Cualquiera que atravesara la puerta sería decapitado.

–Cortado en pedazos como una salchicha –dijo Le Clair–. Un horrible final. ¿Cómo lo supiste?

–¿Por qué dejar la puerta abierta? –preguntó Jean Paul–. Después de las trampas que hemos visto era extremadamente improbable que Dziemianovitch no tuviera algo más guardado en la manga. La entrada era demasiado inocente, demasiado obvia. Entonces enfoqué mi visión y vi los cables.

–¿Cómo los superamos? –preguntó impaciente Baptiste.

–Las paredes, por supuesto –dijo Le Clair–. Estoy seguro de que los cables están firmemente anclados en las jambas, que probablemente también tendrán trampas. Arrancarlos sería casi imposible. El mejor modo de superar un truco es ignorar las reglas. No usaremos la entrada, abriremos la nuestra propia.

Baptiste aceptó encantado el plan y creó con sus enormes puños un gran agujero a través del ladrillo y el mortero, a un metro de la puerta. Le Clair pasó con cuidado una mano por el agujero antes de arriesgar el resto del cuerpo. A esta altura estaba bastante paranoico acerca de Dziemianovitch y sus trampas. Una manada de perros infernales ocultos en las sombras no le hubieran sorprendido.

No había más insidias, pero sí una sorpresa.

El trío de asesinos se acercó al sarcófago de piedra. Baptiste temblaba por la emoción.

–Beberé su sangre y rebajaré mi generación –declaró mientras sacudía la cabeza de forma infantil–. Beberé su sangre y me haré más fuerte, mucho más fuerte.

Le Clair asintió, incapaz de imaginar a su compañero aún más poderoso físicamente. Ya tenía la fuerza de un elefante. Al menos esperaba que la *vita* del antiguo aumentara algo la inteligencia de su compañero. Desde luego, no había peligro de que la redujera.

Con sumo cuidado, los tres se asomaron al borde del sarcófago. Estaba vacío y, por la capa de polvo, llevaba así varios meses.

–Imposible –declaró Le Clair–. Sentí su presencia aquí, lo juro. –Se detuvo un momento y se concentró–. Aún está aquí, en esta misma habitación.

Gruñendo frustrado, Baptiste golpeó el sarcófago con una estaca.

–¡No es invisible! Puede que sea un truco, puede que esté debajo.

–U oculto en otra parte de la estancia –añadió Jean Paul.

–O –dijo otra voz, fría como el hielo– puede que hayáis confundido los pensamientos de otro Vástago con los de vuestra presa.

–Mierda –dijo Le Clair mientras se alejaba del sarcófago. Se retiró hacia la pared, con sus amigos a su lado–. ¿Quién eres?

Una horrenda figura surgió de las sombras. Era una criatura de blancos y negros con manchas rojas besando su rostro y su pecho. Vestía un viejo sudario destrozado.

–Se me conoce como la Muerte Roja. Os he estado esperando.

–¿Esperando? –preguntó Baptiste apretando sus enormes puños–. ¿Por qué? ¿Qué quieres de nosotros?

La criatura rió, un sonido sobrenatural que hizo estremecerse a Le Clair.

–Queía ver si erais capaces de evitar las trampas de la mansión. Si lo conseguíais pensaba haceros una oferta.

–¿Dónde esta Dziemianovitch? –preguntó Jean Paul.

–La Muerte Definitiva lo reclamó hace algunos meses –respondió la Muerte Roja–. Me temo que estabais condenados a la decepción, os esperara yo o no –dijo el monstruo convirtiendo su cara en una grotesca burla de una sonrisa–. Su sangre no fue desaprovechada.

–¿Por qué debemos escucharte? –preguntó Baptiste dando un paso al frente–. ¿Por qué no nos bebemos tu sangre en su lugar?

–Buena pregunta –respondió la Muerte Roja. Su cuerpo comenzó a brillar mientras de sus dedos surgía humo. Desde su pecho, piernas

y brazos saltaban chispas y sus ojos brillaban con un fulgor rojo--.

¿Quieres descubrir la respuesta?

--No, gracias --intervino rápidamente Le Clair. Podía sentir el calor procedente del cuerpo de aquel espectro. Era sobrenatural, y supo instintivamente que tocarlo significaría la muerte--. ¿Cuál es esa oferta que mencionaste?

--Estaba seguro de que entraríais en razón --dijo la Muerte Roja--. Además, la empresa tiene cierto encanto para la gente como vosotros. Quiero deshacerme de un Vástago determinado. Me molesta, pero no tengo el tiempo ni la paciencia para perseguirlo. Quiero que lo hagáis por mí. Es de la quinta generación, pero inofensivo. Como recompensa os podréis quedar con su poderosa sangre.

--Ey, eso no suena nada mal --dijo Baptiste--. Sangre de un Matusalén, me gusta.

--Además, vive en París --añadió la Muerte Roja--. Será como volver a casa. Su nombre es Phantomas. Es un Nosferatu y vive en unas catacumbas que ha construido bajo las calles de la ciudad.

--¿Nos podremos quedar con sus posesiones? --preguntó Le Clair, siempre práctico.

--Por supuesto --respondió la criatura--. Mi único interés es verlo destruido. Phantomas lleva viviendo bajo París desde hace dos mil años, por lo que supongo que dispondrá de numerosos artilugios que podrías considerar de interés. Quedaos con todo lo que queráis como parte de vuestra recompensa. Soy un patrón generoso.

--Vistas las condiciones, no hay motivo para negarse --terminó Le Clair--. Trato hecho.

Con cuidado, preguntó lo evidente.

--Asumo que no teníamos otra elección, ¿no?

--No --respondió la Muerte Roja--, no si esperabais salir de esta habitación con vida.

Nueva York: 15 de mano de 1994

Alicia encontró a Jackson en el punto habitual de reunión a una manzana del Jardín del Diablo. Las sirenas de los bomberos perforaban la noche mientras abría la puerta de la limosina.

–¿Estaban todos nuestros agentes en posición esta noche?
–preguntó mientras se acomodaba en el asiento trasero.
–Por supuesto –respondió Jackson, al volante–. ¿A casa?
–Sí –respondió ella–, pero sólo un momento. Necesito cambiarme de ropa y hacer un pequeño recado. Luego volveremos a salir. Tengo que hablar con una persona sobre lo que he tenido que soportar esta noche. Mientras estamos en casa habla con nuestros espías. Que alguien revise las cintas de las cámaras ocultas. Necesito saber todo lo posible sobre una criatura que se hace llamar la Muerte Roja y sobre dos jóvenes, Reuben y Rachel.
–Lo que usted diga –declaró Jackson mientras se introducía en el tráfico de madrugada–. Comenzaré a investigar en cuanto lleguemos al ático.

El Jardín del Diablo no era más que uno de los muchos edificios de Manhattan que Alicia poseía en secreto. Por medio de una manipulación mental sutil pero intensa había persuadido a Justine para que instalara en el club el cuartel general del Sabbat. La Arzobispo, a pesar de todo su poder, no tenía idea de que cada uno de sus movimientos era monitorizado por las videocámaras secretas ocultas en las paredes del edificio.

–Justine, Molly y Hugh tenían prisa esta noche –dijo Alicia estirándose en el asiento blanco–. ¿Tuvo algún problema su equipo para manejar la situación?

–Ninguno –respondió Jackson–. Es sorprendente lo que el dinero puede comprar. Tenía todo el local rodeado de agentes y había más de una decena larga dentro, incluyendo a algunos camareros, todos equipados con transmisores subvocales. Cuando sucede algo inesperado la alarma salta inmediatamente. Sus tres amigos inhumanos fueron detectados en cuanto salieron. Por la mañana tendrá sus destinos.

–Bien –dijo Alicia–, perfecto.

De momento necesitaba a Justine, al menos su posición como Arzobispo, pero le gustaba saber dónde descansaban los Vástagos durante el día. Eso le daba un mayor poder sobre ellos si la situación del Jardín del Diablo empeoraba, o si Justine descubría la verdad sobre su relación.

Ruedas dentro de ruedas, pensó Alicia mientras cerraba los ojos y dejaba que el suave ruido del vehículo inundara sus sentidos. El juego nunca termina, sólo se hace más viejo y complicado.

Quince minutos después Jackson entraba en el garaje del Edificio

Varney. Un ascensor de alta velocidad los llevó desde el sótano hasta el ático en cuestión de segundos. Entraron en el apartamento y Alicia fue despojándose de capas de encaje a medida que caminaba. Cuando llegó al armario estaba completamente desnuda.

–¿Sabe algo más sobre la situación en Rusia? –preguntó a Jackson mientras sacaba un atuendo apropiado. Necesitaba anonimato para su siguiente viaje. Eligió un mono negro de cuerpo entero, unos guantes oscuros largos y una chaqueta con capucha. Sin embargo, antes tenía que hacer una parada en otro lugar.

–Nada concluyente –respondió su ayudante desde el vestíbulo--. He estado presionando a nuestros representantes, pero para variar saben tan poco como nosotros. Pase lo que pase en las repúblicas soviéticas, es un misterio. Parece que alguien esté bloqueando todas las noticias que salen del país.

Alicia torció el gesto, molesta y preocupada. Las leyendas decían que la Bruja de Hierro era la hechicera más poderosa de la historia. Si era cierto que había despertado de su letargo, cualquier cosa era posible. Sintió un escalofrío. Si los Nictuku despertaban era posible que los Antediluvianos también estuvieran agitándose. Esa mera idea era una completa pesadilla.

–Volveré enseguida –le dijo a Jackson presionando un botón en el fondo del armario. Sin ruido alguno una sección del mismo se deslizó a un lado, descubriendo un ascensor para una única persona. Descendía hasta un nivel mucho más profundo que la última planta del Edificio Varney. Era un lugar en el que ningún otro humano había entrado jamás, una cripta.

Quince minutos después, Alicia reapareció. Sus mejillas brillaban con una vitalidad casi inhumana y sus ojos refulgían. Todos sus miedos y dudas habían desaparecido. Con una risa de salvaje satisfacción apretó el botón para cerrar el panel que ocultaba el ascensor secreto.

–La Muerte Roja y la Reina de la Noche –murmuró a la pared--. Veremos quién es más fuerte.

–¿Ha dicho algo, señorita? –preguntó Jackson desde la otra habitación.

–Sólo pensaba en alto –respondió Alicia cubriéndose la cabeza con la capucha. Entró en el salón--. ¿Qué piensa? ¿Está bien oculto el rostro del ejecutor?

Jackson colgó el teléfono y la observó confundido.

–¿Puede repetírmelo, señorita?

–No escucha usted a Bob Dylan, señor Jackson –dijo con una sonrisa.

–No, señorita, es cierto. Prefiero la música clásica. Mis favoritos son Mozart y Bach.

–Amadeus... –respondió Alicia, mirando por un momento al infinito. Luego sacudió la cabeza, como si estuviera apartando los velos de la memoria, y se acercó a los enormes ventanales que permitían contemplar la ciudad.

–¿Qué hemos descubierto? –preguntó observando la noche.

–Nada especialmente útil –dijo Jackson–. Sus tres amigos se separaron al poco tiempo de abandonar el local y regresaron a sus escondites habituales. El departamento de bomberos apagó el fuego, que quedó confinado a la parte trasera del Jardín del Diablo. Tres personas murieron aplastadas en la estampida. Eso es todo.

–¿Y sobre mi amigo rubio del traje blanco? –preguntó–. El que te describí. Dijo que se llamaba Reuben.

–Uno de nuestros agentes en la policía interrogó al matón de la entrada, indicando que estaba buscando a ese hombre en relación con el incendio. No sabía nada. –Jackson levantó la mano, anticipándose a la siguiente pregunta de Alicia–. Tampoco recordaba a la mujer del traje verde.

–¿Y nuestras cámaras? –preguntó, esperando lo peor.

–Sorprendentemente, su misterioso conocido logró impedir que se le grabara. Pensaba que las cámaras estaban situadas de forma que cubrieran por completo el local, pero debía estar equivocado. No aparece en ninguno de los videos.

–No culpes tan rápidamente al equipo –dijo Alicia, alzando la mirada hacia el firmamento. Observó la luna llena, como si esperara una respuesta–. Reuben es un mago. El mayor con el que me he encontrado. Tuerce la realidad para que se adapte a sus necesidades.

–¿Un mago? –preguntó Jackson–. ¿Se refiere a un prestidigitador? ¿Cómo los de Las Vegas, con los tigres?

–No, no me refiero a un artista, señor Jackson –respondió Alicia–, sino a una persona que altera la realidad con su mente.

–Como usted diga, señorita –respondió dubitativo. Era un hombre materialista. Si no podía tocar algo, no creía en ello.

–Son tiempos extraños, Jackson –añadió la joven–. Demasiado para mi gusto. –Se volvió y se dirigió hacia la puerta–. Sólo quedan unas horas de oscuridad, no hay tiempo que perder. Quiero visitar a una vieja mujer en el Bowery. Ya.

–El Bowery –repitió Jackson–. Otro elegante barrio. Está por encima del parque de Prospect Heights porque no tiene una verja alrededor. Las mismas bandas, los mismos problemas.

–¿Lleva su pistola? –preguntó Alicia mientras pulsaba el botón del garaje.

–Por supuesto –respondió el otro–. Siempre la llevo conmigo.

–Si alguien nos molesta, utilízela. Dispare a matar. Esta noche no hay segundas oportunidades.

–Sí, señorita –respondió–. Como usted diga.

* * *

El viaje terminó frente a un viejo edificio rojizo a la sombra de una vía de metro elevada. En los escalones que conducían a la entrada había cinco jóvenes de cabeza afeitada vestidos de cuero negro. Miraban a Alicia y a Jackson con hostilidad nada disimulada.

–¿Qué pasa, tía? –preguntó el más grande con una voz profunda y amenazante. Miró la limosina y luego a Jackson, antes de volver a ella. Evidentemente, estaba tratando de decidir si merecía la pena el esfuerzo.

–Sí, ¿qué pasa? –repitió otro abriendo la mano y mostrando una navaja automática. Con un susurro apareció la hoja, de quince centímetros. El joven miró directamente a Jackson–. También va por ti, tontolculo.

El antiguo boina verde sonrió. Su mirada se topó con la de Alicia, que asintió levemente como respuesta. La mujer solía evitar la violencia porque no le gustaba llamar la atención, pero la frustración de aquella noche le había llevado al límite.

–¿Qué pasa, tentole... –comenzaba a preguntar el mismo punk cuando Jackson actuó. A pesar de su tamaño, éste se movía a una increíble velocidad. Largos años de guerra en la jungla habían afilado sus nervios como cuchillas. En dos pasos llegó hasta el joven. Con una mano le agarró la oreja y le inclinó la cabeza hacia arriba, empotrándole en la boca el .357 Magnum Pólice Special que había sacado del abrigo. El chico gritó de dolor mientras su sangre manchaba las escaleras.

Alicia, que nunca se conformaba con quedarse mirando, estaba al lado del líder del grupo, con una mano en su cuello. Tenía las uñas, largas y pintadas, clavadas dentro de la piel blanca.

–No digas o hagas nada estúpido –explicó tranquilamente al

joven, que estaba paralizado por el miedo--. Si apretara los dedos te arrancaría la arteria carótida. Es una forma muy dolorosa de morir. No me des ninguna excusa.

--¿Alguien tiene ganas de hacerse el héroe? --preguntó Jackson inclinando la cabeza de su prisionero para poder ver a los demás. La mano que sujetaba la pistola estaba firme, pero el chico temblaba aterrorizado--. Os puedo volar la cabeza a través del cráneo de este mamón. Podría ser bastante desagradable. Vosotros mismos.

--Ey --dijo el líder--, no queremos problemas, sólo estábamos charlando...

--Bien --dijo Alicia, apretando los dedos lo suficiente como para que empezara a manar sangre--. Entonces aprende a mantener tu *puta* boca cerrada. ¿Entendido?

--Sí, sí --respondió el joven nervioso. En los ojos de Alicia veía reflejada la muerte--. Del todo.

--Muy bien. Ahora vas a ser un buen chico y nos vas a decir dónde vive Madame Zorza. Puede que entonces os dejemos libres.

--¿La vieja bruja? --preguntó otro miembro de la banda, congelado desde que empezara el conflicto--. Vive en el tercer piso. Esa puta zorra está loca.

--¿De verdad? --dijo Alicia asintiendo. Con un movimiento del brazo lanzó a su prisionero por las escaleras. Como por arte de magia apareció en su mano una automática, que apuntó hacia los demás--. Puede soltar a nuestro amigo con mal aliento, señor Jackson. Disfrutad del resto de la velada, niños. Si os veo por aquí cuando salga asumiré que tenéis malas intenciones, y el señor Jackson y yo responderemos adecuadamente.

Arrastrando a sus heridos, el quinteto desapareció en la noche.

--Volverán --dijo Jackson--. Con refuerzos, armados hasta los dientes y preparados para la guerra. Hoy en día los chicos no toleran las amenazas.

--Qué lástima --respondió Alicia guardando su arma--. Los niños deberían quedarse en su casa. Su presencia complica la vida. Estaré dentro un rato. Madame Zorza suele hablar con acertijos y hace falta mucha paciencia para comprender sus mensajes.

--¿Hemos venido a este suburbio para visitar a una echadora de cartas? --preguntó Jackson.

--Yo he venido a este suburbio para visitar a una echadora de cartas --respondió Alicia--. Usted se queda aquí. Necesito hablar a solas con esa mujer. Mientras tanto, utilice el teléfono del coche y pida

ayuda. Si esos punks quieren problemas, déselos. Política de tierra quemada. Utilice toda la potencia de fuego que necesite.

–¿No tendrá problemas en esa ratonera con una vieja loca?

–Madame Zorza y yo somos viejas amigas –respondió Alicia, abriendo la puerta del edificio–. Desde hace muchos, muchos años.

Mientras subía las escaleras hasta la tercera planta, Alicia pensaba en que "años" no era el término adecuado. Conocía a Madame Zorza desde hacía siglos.

La adivina era un Vástago místico, miembro del clan Gangrel. No se conocía su generación, pero llevaba casi doscientos años en Nueva York. Antes, con otras identidades, Alicia la había conocido en Europa durante los tiempos de la peste negra. Era una vidente con poderes inexplicables, capaz de predecir el futuro con inquietante precisión. Sin embargo, hablaba de forma vaga y misteriosa, y como todos los adivinos tenía un precio.

En la tercera planta sólo quedaba un apartamento, ya que los otros dos eran ruinas derruidas. Alicia se cubrió cuidadosamente con la capucha para que sólo se la vieran los ojos: Madame Zorza se negaba a hablar con nadie al que hubiera contemplado el rostro. La joven no quería saber el motivo.

Llamó tres veces con un ritmo que había aprendido hacía quinientos años.

–Entra, Reina de la Noche –llegó una voz desde el interior–. La puerta está abierta. Te he estado esperando.

Zorza hablaba el inglés con un acento duro y gutural que a menudo hacía difícil comprender lo que decía. Alicia estaba sorprendida. Hacía pocas horas que había decidido venir a verla. ¿Cómo lo sabía aquella bruja?

Empujó la puerta y entró en el apartamento. El lugar estaba prácticamente a oscuras. Una única vela sobre una calavera pulida ardía en una mesilla redonda con dos sillas. En una de ellas se encontraba Madame Zorza, una mujer delgada y diminuta de rasgos arrugados.

Una tela negra decorada con símbolos místicos cosidos con hilo de plata cubría la mesa. Alicia recordaba haberla visto por primera vez hacía setecientos años, la primera vez que la visitó. Como la adivina, nunca cambiaba.

–Siéntate –dijo la vampira señalando la otra silla. Su aura era brillante. El cuerpo de Zorza podía ser pequeño, pero su espíritu era muy grande.– Sé por qué estás aquí.

–Por supuesto –respondió Alicia–, como siempre. ¿Cuál es el precio?

La adivina se quedó en silencio y señaló la vela sobre la calavera, trazando extraños símbolos en el aire. La llama vaciló, como si hubiera corriente. El fuego pareció bailar una complicada danza tejida por aquellos viejos dedos.

–Esta noche no hay precio. Te Dire gratuitamente lo que quieras saber.

–¿Gratuitamente? –preguntó Alicia, suspicaz–. ¿Por qué?

La adivina sonrió, pero no dijo nada. La joven suspiró frustrada. La mente de Zorza era un libro cerrado, por lo que leer sus pensamientos era imposible. Los secretos de aquella vampira estaban a buen recaudo.

Fuera sonó un disparo, luego otro. El traqueteo de una ametralladora inundó el ambiente. Alicia se movió inquieta. Jackson podía cuidar de sí mismo, pero antes o después estas batallas atraían la atención de la policía. No podía perder demasiado tiempo.

Como si fuera consciente de su preocupación, la adivina comenzó a hablar. La llama bailaba con cada una de sus palabras.

–Trece, tres y uno –murmuró Zorza–. Los números siempre importan. Muchos no son lo que parecen. Los números siempre importan. La respuesta está en el pasado. La respuesta está en el futuro. Los niños se dedican a su juego. Las reglas no tienen orden. Los números siempre importan. El hombre rata tiene la respuesta, pero no se le ha preguntado. Y, sobre todo, los números siempre importan.

Alicia la miró fijamente.

–¿Eso es todo? ¿Ya está? ¿Se supone que tengo que obtener una respuesta de ese galimatías?

La adivina asintió con la cabeza. Una leve sonrisa cruzó sus labios. Las leyendas vinculaban al clan Gangrel con los Lupinos, los hombres lobo. Muchas de sus líneas de sangre tenían sus rasgos, pero no Madame Zorza. Su rostro recordaba al de una bestia mítica, la esfinge.

–Vete –dijo–. Ya tienes lo que has venido a buscar. Utiliza bien este conocimiento, ya que el futuro de los Vástagos depende de tus acciones.

–¿*El futuro de los Vástagos*? –repitió Alicia con una risa–.

¿Desde cuándo se ha preocupado la Reina de la Noche por lo que le suceda a los Hijos de Caín?

–Todos bailamos en la Mascarada de la Sangre --respondió Madame Zorza–. Tu disfraz no puede ocultar tus intereses, Anis.

–Maldición --dijo Alicia poniéndose en pie–. Otra vez ese nombre. Es la segunda vez esta noche que me llaman así. Debo estar perdiendo mi tacto. Dentro de poco empezaré a recibir cartas dirigidas a Anis, puede que hasta catálogos.

Madame Zorza no respondió, pero Alicia tampoco esperaba otra cosa. Con una respetuosa inclinación de la cabeza, la joven abandonó el apartamento y bajó hasta la calle. Había sido una noche muy larga y necesitaba descansar... y pensar en el significado de las palabras de la adivina.

_____ 19 _____

Nueva York: 15 de marzo de 1994

Walter Holmes tenía un aspecto sorprendentemente ordinario. Medía poco más de metro ochenta, pesaba ochenta kilos, tenía una cara completamente normal con unos ojos claros y ligeramente ausentes y una permanente mirada de tranquila desesperación. Su pelo era castaño y su piel sobrenaturalmente pálida. Al contrario que muchos de los suyos, vestía de forma conservadora con pantalones negros o marrones y camisas claras. Hablaba en voz baja con un ligero acento, quizá galés o escocés.

Para los Vástagos de Nueva York era un vampiro de las últimas generaciones sin nada en particular. Acudía con regularidad al Club Perdición, un escondrijo frecuentado por anarquistas, los vampiros más jóvenes y rebeldes de la ciudad. Walter se quedaba atrás, evitando problemas y bebiendo su vaso de sangre en una mesa oscura, contemplando el mundo ante sus ojos. Al contrario que muchos de los que pasaban la noche en el Perdición, nunca presumía de sus muertes o triunfos. Por lo que los demás sabían, no tenía ghouls ni chiquillos. Los pocos vampiros que hablaban con él de vez en cuando asumían que era un Caitiff, un solitario sin clan ni prestigio. Nunca decía o hacía nada que cambiara esta impresión. Nadie sabía mucho sobre él, ya que los Vástagos no sentían curiosidad, y mucho menos compasión, por aquellos a los que percibían como inferiores.

En el sombrío mundo de los no muertos Walter Holmes estaba más desdibujado que nadie.

Su único rasgo característico era su absoluta obsesión con los juegos de cartas. Siempre llevaba una baraja, y cuando no estaba acompañado no dejaba de hacer solitarios. Estudiaba cada naípe y jugaba con una pasión que rallaba en la manía. Algunos vampiros bromeaban diciendo que Holmes no se alimentaba de sangre, sino de tinta. Cuando conseguía que otros jugaran con él disfrutaba del placer definitivo: el póquer. Conocía cientos de variantes diferentes. Jugaba por dinero, por bebidas, por fichas, por lo que fuera. Las cantidades no importaban, y perdía tantas veces como ganaba. Los resultados daban igual. Walter jugaba por el puro placer de hacerlo. Eso hacía su muerte soportable, o eso decía a todos los que hablaban con él.

Los Vástagos del Perdición, paranoicos y suspicaces hasta niveles exagerados, nunca ponían en duda la identidad o los motivos de Walter. Era demasiado evidente, demasiado débil para que se preocuparan por él. Ninguno de ellos comprendía que, en ocasiones, el mejor disfraz consistía en aparecer claramente delante de todo el mundo.

Walter Holmes era un jugador muchísimo mejor de lo que ninguno de los anarquistas del local llegaría a comprender nunca, ya que había tenido tiempo de sobra para mejorar a lo largo de los siglos. Los pocos que conocían su verdadero nombre y su pasado comprendían su obsesión. Aquel vampiro tan ordinario tenía en realidad dos mil años. Una vez había sido un centurión romano, pero ahora era el Monitor del Inconnu en Nueva York.

Antes del Sabbat, antes de la formación de la Camarilla, existía el Inconnu. Era la secta de Vástagos más antigua y misteriosa de todas, y muy pocos conocían su historia, a sus miembros o sus verdaderos objetivos. Pero circulaban rumores, muchos rumores.

La leyenda decía que sólo se admitían en la organización a los vampiros de la cuarta y la quinta generación. Otros decían que había sido fundada por Vlad Tepes, quizá el vampiro más famoso de todos los tiempos, durante la Edad Media. Una tercera teoría indicaba que Saulot, el mítico Vástago de la tercera generación que alcanzara por primera vez la Golconda, era el líder original de la secta. Esta idea también aseguraba que Tremere, que había cometido diablerie con Saulot hacía mil años para elevar su línea de sangre a la categoría de secta, había tratado de destruir así al Inconnu.

El objetivo de la organización, según algunos, era que los pupilos

de Saulot siguieran a su maestro al olvido alcanzando la Golconda. Según otros era exterminar a sus enemigos de sangre, los Tremere, o quizás al Sabbat. O incluso a la Camarilla. O quizá a todos ellos. O a ninguno.

Una historia popular decía que los líderes del Inconnu vivían en un castillo que trascendía las barreras del tiempo y el espacio. Este conjunto de antiguos vampiros conocido como "Los Doce" formaba el grupo de Cainitas más poderoso de la Tierra. Sus deseos no podían ser negados. Otra historia describía la lucha entre el Inconnu y los Tremere como una consecuencia más de la Yihad.

De acuerdo con este escenario, el Inconnu era el guardián del *status quo* y su objetivo era destruir a cualquier culto que pudiera llegar a poner en cuestión su control sobre la humanidad.

Informes sin confirmar aseguraban que esta organización se movía en secreto entre los Vástagos, manipulando a sus descendientes como peones en un viejo juego de intrigas. Igual de frecuentes eran los rumores que aseguraban que el Inconnu tenía una regla: nunca interferir en los asuntos de los no muertos.

Observar y esperar. Conspirar y tramar. Había algo de verdad en todas esas historias... y también mentiras. Exactamente como quería el Inconnu. Casi todos estos rumores los difundía la propia organización, por motivos que sólo ella conocía.

Aquella noche Walter Holmes jugaba solitarios y observaba. Sus ojos tranquilos recorrían el local, aparentemente sin interés. Nadie comprendía cuántas cosas veía en realidad, o lo aguzado que era su oído. A Walter se le escapaban muy pocas cosas. Su trabajo era esperar y observar, informando de todo a los líderes de su secta.

Barajó las cartas cuidadosamente y las desplegó sobre la mesa. Sus dedos se movían con precisión, manejando la baraja como a una vieja amiga. Cuando quería podía hacer verdaderos milagros con ella. Cada naipe transmitía una sensación especial, y alguien con sus sentidos era capaz de diferenciarlos mediante el tacto. Mezclarlos en un orden específico y repartir desde la parte superior, la inferior o incluso el medio era cosa fácil. Walter era muy paciente y muy persistente. No dejaba de practicar.

—¿Te importa si me siento y jugamos unas manos? —preguntó una voz familiar. Una adolescente con largas coletas rubias y sonrisa perversa se sentó en la silla frente a Holmes—. Esta noche me siento afortunada.

—Siempre me apetece —respondió Walter con una ligera sonrisa.

Sacó un puñado de fichas del bolsillo del pantalón y lo dividió en dos montones—. ¿Las apuestas habituales?

—Por supuesto —dijo Molly Wade—. El que tenga más fichas dentro de una hora paga las bebidas. —Se lamió los labios—. He oído que esta noche hay sangre fresca. Ayer cogieron a un par de ladrones intentando entrar en el almacén. Los ghouls los hicieron pedacitos y los dejaron se-qui-tos. —La chica sonrió—. Como decía Marión Crawford, *Pues la Sangre es la Vida*.

Holmes asintió, barajando las cartas con más cuidado del habitual. Sus dedos se movían a mayor velocidad de lo que parecía posible.

—Era un buen título, pero la historia era malísima.

—Conocí a Crawford en Italia hace unos ochenta años —dijo Molly—. Le dije lo mucho que me había gustado 'La Sonrisa Muerta' e hizo un comentario sobre lo precoz que era para estar leyendo cosas así. Si él supiera...

—Eres más vieja de lo que pareces, Molly —dijo Holmes mientras repartía la primera mano. Jugaban a siete cartas—. Un as —declaró con suavidad—. Apuestas.

—¡Una ficha para Molly! —cantó—. Y otra de la buena suerte.

—Me arriesgaré —respondió Walter, igualando la apuesta y descubriendo otra carta—. As y sota. Tienes suerte...

Para cualquier observador se trataba de un juego de cartas normal con dos oponentes evidentemente familiarizados con el estilo de juego del otro. Las manos se sucedían a toda velocidad, y la buena y la mala suerte se repartía entre los dos. El nivel de las fichas frente a cada uno variaba, pero después de una hora ninguno de lados parecía llevar una clara ventaja.

La realidad era completamente diferente.

Hay cincuenta y dos cartas en una baraja de póquer y veintiséis letras en el alfabeto, la mitad exacta. Un criptógrafo podía asignar fácilmente una letra a cada dos cartas del mismo número y color, deletreando así mensajes en clave por medio de sucesivas manos de póquer. Era un método único para llevar una conversación y transmitir cosas importantes en medio de una multitud.

¿Por qué has venido esta noche?, preguntó Holmes en varias manos. *No nos teníamos que ver hasta la semana que viene*.

Molly respondió con frases cortas mientras la baraja pasaba de uno a otro. *Gran problema que creo debes conocer inmediatamente. Misterioso Vástago que se llama Muerte Roja atacó a Justine hace*

unas horas. Aseguraba ser de la Camarilla. Usaba fuego.

Los ojos de Walter se cerraron ligeramente, una indicación de intensa sorpresa para los pocos que lo conocían. *¿La Muerte Roja? Nunca había oído ese nombre. ¿Lo reconociste? ¿Fue destruido alguien?*

Molly sacudió la cabeza.

–Parece que las cartas no me sonríen –dijo cogiendo la baraja de manos de su compañero–. Déjame hacer un truco para ver si cambia la suerte.

La chica Malkavian las barajó y las desplegó en la mesa formando una pirámide invertida. Sus dedos ágiles no vacilaban. Un naípe seguía al otro, formando un intrincado patrón que sólo ella y Walter podían entender. Repitió la operación seis veces, estudiando los resultados durante unos instantes antes de volver a barajar de nuevo.

Me concentré para leer su línea de sangre, decía Molly, pero sin éxito. Es imposible determinar su clan o su generación. Su control de las llamas es absoluto, un truco letal. Justine, Hugh y yo escapamos ilesos, pero Alicia se quedó atrás. Justine se enfadó después por habernos olvidado de su mascota. No sé si ha sobrevivido.

–Muy bonito –dijo Holmes, tomando las cartas, barajándolas con aparente normalidad y repartiendo de nuevo–. A cinco cartas. Hace falta una sota o mayor para abrir.

Alicia escapó, escribió. Mis agentes la han visto esta noche. No es tan fácil acabar con ella. Tiene un poderoso protector.

Molly tomó las cartas.

Justine. Esa zorra es ghoul de Justine desde hace cien años o más.

Quizá, respondió Holmes. *¿Has visto a Alicia alguna vez beber sangre de Justine? ¿Te has preguntado por qué la trata tan bien?*

No, siguió Molly. *Hay cosas que no pueden preguntarse, ni siquiera por alguien supuestamente tan loca como yo. Justine me arrancaría la cabeza. ¿Quieres decir que Alicia no es una sirvienta normal?*

Hay una sombra oscura detrás de esa mujer, delectó Holmes con las cartas. *Ten cuidado cuando esté cerca. Si amenazas sus planes te aplastará como a un insecto. Tiene objetivos ambiciosos y dispone del poder para llevarlos a cabo.*

Molly parecía divertirse con la respuesta. Con una sonrisa astuta escribió un nuevo mensaje. *Te preocupan demasiado las sombras, mi amigo Walter. Actúas casi como si Alicia fuera la Reina de la Noche.*

–Es que creo que lo es --respondió Holmes en voz alta con un ligero temblor—. Creo que lo es.

Nueva York: 15 de marzo de 1994

El humor de Alicia era tan oscuro como el cielo de la tarde. Oscuros nubarrones encapotaban toda la ciudad, sumergiéndola en una lluvia constante. El mundo más allá de la ventana parecía frío y sombrío, pálido como un sudario. El repique incesante de la lluvia contra la azotea del ático no le dejaba pensar. No había forma de escapar a las tinieblas y a la desesperación del clima. Alicia vivía por el sol.

Iba de un lado a otro sin detenerse ni un momento, dejando una señal en la alfombra del salón. Estaba sonando "Música para el funeral de Siegfried", de *Gotterdammerung*. Era una pieza oscura y melancólica con un lento *crescendo* que se adaptaba perfectamente a sus pensamientos. Se acercaba el crepúsculo de los dioses, y parecía incapaz de detenerlo.

La música alcanzó su clímax con el golpe de los platillos y el rugido de las trompas para luego descender a su tétrica y apagada conclusión. El rostro de Alicia se torció con rabia impotente. Se negaba a permitir que las circunstancias la dominaran.

Había regresado a su apartamento casi al amanecer y había dormido toda la mañana. Llevaba muy poco tiempo despierta. Había un mensaje de Justine en el contestador ordenándola acudir a medianoche a un local anarquista llamado Perdición en el sur de Manhattan. Parecía preocupada.

No podía culparla, ella también lo estaba. En toda su existencia nunca había visto a un ser como la Muerte Roja. Jamás había sospechado que un Vástago fuera capaz de controlar el fuego como aquel monstruo. No había duda que, de no haber sido por Reuben, hubiera muerto calcinada en el club.

Pensar en él la hizo encogerse. Físicamente era bastante impresionante, pero en aquellos momentos lo que menos le preocupaba era saber si él la encontraba también atractiva. Aquel misterioso extraño era un enigma. Tenía increíbles e inexplicables

poderes y parecía saber mucho sobre los Vástagos... y sobre Anis.

–¿Quiere revisar el correo, señorita Varney? –preguntó Jackson rompiendo su concentración–. No hay mensajes de importancia. Todas nuestras pesquisas e investigaciones siguen sin respuesta.

–Maravilloso –respondió Alicia sarcástica. Se acercó hasta su ayudante y le arrancó las cartas de la mano–. El universo llega a su fin pero nuestros espías parecen incapaces de descubrir porqué.

–Lo intentan –respondió Jackson sonriendo–. No quieren enfrentarse a su temperamento.

Alicia rió a pesar de su mal humor.

–Mejor el mío que el de Justine Bern. Si le fallaran a ella no sería tan amable... ni comprensiva. No tolera excusas, y la muerte es el menor de los castigos.

–Será difícil mantener a los empleados con esa política –respondió sombrío Jackson. Había visto videos de Justine en acción y sabía cómo podía llegar a ser la Arzobispo.

–Recuerda que el Sabbat trata a los humanos como si fueran ganado –dijo Alicia–. Le proporcionan sangre y a veces realizan servicios menores, pero por lo demás son inútiles. Por eso suelen matar a cualquier infectado de SIDA con el que se encuentran. Para ellos no es un asesinato, sino una mera limpieza del banco de sangre.

Revisó rápidamente el correo. Las dos primeras cartas eran de sus abogados, sobre asuntos de negocios que requerían su atención inmediata. Las leyó rápidamente, se dirigió al teléfono y marcó el número del departamento legal. En pocos minutos solucionó los dos problemas.

Después abrió el resto de las cartas. Nada parecía importante hasta que llegó al último sobre. Procedía de su servicio de información y contenía dos artículos de un periódico australiano. Eran de la semana pasada y tenían un día de diferencia. Mientras los leía, Alicia sintió un frío mortal que le recorría las venas.

El primer recorte describía unos disturbios que había tenido lugar la noche anterior en la ciudad de Darwin, en el Territorio del Norte. Cientos de aborígenes habían invadido las calles durante horas en lo que se describía como el peor incidente con los nativos en la historia de la región. Habían muerto dieciocho personas, tres comerciantes y quince aborígenes. La policía había empezado utilizando cañones de agua y balas de goma, pero al demostrarse ineficaces abrieron fuego real contra la multitud.

El alcalde y la oposición, en una rara muestra de unidad,

alababan el modo en que las fuerzas del orden habían manejado la situación, dejando claro que cualquier nueva acción por parte de los nativos sería tratada como una "guerra civil". También indicaban que no serían responsables de lo que pudiera suceder después. Alicia sabía algo sobre la amarga historia de Australia. La primera palabra que le vino a la cabeza fue *genocidio*.

Escondido al final del artículo estaba el motivo del levantamiento. Aquella noche habían llegado a la barriada chabolista de los nativos los primeros camiones del gobierno para empezar a llevárselos de vuelta a su hogar a los pies de la Cordillera Macdonnell. Evidentemente era esta intención lo que había lanzado a la calle a los nativos. No querían regresar al desierto Tanami, pero nadie sabía porqué.

El segundo recorte era del día siguiente. Era un informe breve y conciso describiendo la terrible carnicería que había tenido lugar la misma noche de la algarada en un rancho a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. La policía había acudido al lugar a petición del hermano del dueño, que llevaba todo el día tratando infructuosamente de dar con su familiar por medio del teléfono. En el patio exterior se encontraron los cuerpos decapitados del ranchero, su mujer y sus tres hijos. No había señal alguna de pelea, pero el terreno circundante estaba encharcado con su sangre.

Aunque no se describían las heridas de las víctimas con mucho detalle, el artículo dejaba claro que las cabezas habían desaparecido y que el estado de los cuellos indicaba que éstas habían sido arrancadas y desgarradas por los colmillos de alguna bestia colosal.

Para empeorar las cosas se decía que una comprobación del lugar revelaba que absolutamente todos los animales, desde las reses hasta los pollos, pasando por el perro de la familia, habían muerto del mismo modo. Algo inimaginable había pasado por la zona arrancando y llevándose la cabeza de todos y cada uno de los seres vivos. Muy misterioso.

—¿Está bien, señorita Varney? —preguntó Jackson. Parecía preocupado—. ¿Malas noticias?

Alicia asintió.

—Las peores, Jackson. Con diferencia.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Dudo que nadie sea capaz de hacer nada --respondió Alicia. Se detuvo un momento, como si sus palabras le recordaran algo—. Quizá haya alguien... Un amigo, un viejo, viejo amigo. Hace muchos años

que no lo veo, pero siempre parece tener una solución para todos los misterios.

–Quizá debiera llamarlo –sugirió su ayudante–. A los viejos amigos no les importa que los molesten.

Alicia sonrió.

–Es muy diferente a mí, señor Jackson, una bala perdida. Nunca se queda mucho tiempo en el mismo sitio, y no tengo ni idea de dónde podría estar ahora. Este asunto es problema mío, y tengo que solucionarlo de algún modo.

Con un suspiro le entregó los recortes. Jackson los leyó sin hacer comentario alguno. Después del tiempo que llevaba trabajando para ella no se sorprendía por casi nada.

–¿Tenemos a alguien en Australia? –preguntó Alicia–.
¿Preferiblemente en el Territorio del Norte?

Jackson sacudió la cabeza.

–No, que yo recuerde. Nuestros intereses comerciales los manejan compañías conjuntas con los conglomerados orientales. Ellos proporcionan la mano de obra barata y los recursos y nosotros la tecnología.

–¿Qué hay de nuestras operaciones menos públicas...?
–preguntó Alicia.

–Nada. Las Tríadas controlan los bajos fondos australianos con mano de hierro. Nadie puede entrar, ni siquiera la mafia.

–La semana que viene quiero a uno de nuestros mejores hombres en Darwin –respondió Alicia–. Inteligente, duro y rápido. Encuéntreme inmediatamente a alguien y mándelo. Quiero informes de primera mano sobre la situación. Mientras tanto, pida al servicio de prensa que busque en todos los periódicos australianos más información sobre estas noticias. Alérteles en particular sobre el nombre *Nuckalavee*.

–¿Me lo puede deletrear, por favor? –pidió Jackson–. ¿Por qué será que no me gusta cómo suena?

–El Desollado –dijo Alicia en voz baja–. Es una criatura de la mitología aborígen de Australia, uno de los más horribles demonios de la oscuridad. Según la leyenda duerme bajo la Cordillera Macdonnell esperando el fin del mundo, momento en el que emergerá y devorará toda la sabiduría que quede en la Tierra.

–¿Devorar la sabiduría? –repitió Jackson.

Alicia se dio dos golpecitos en la cabeza.

–Aquí arriba. Ahí reside la inteligencia humana, en su cabeza.

Róbele el cerebro a un hombre y le robará su sabiduría. --Lanzó un suspiro--. Hay cientos de dialectos aborígenes, Jackson, pero existe una palabra común a todos ellos: *Nuckalavee*. Es un término que desconcierta a los pocos profesores que estudian estas lenguas, porque no parecen capaces de traducir el término al inglés. Sin embargo, yo conozco el significado de la palabra: Devorador de Cráneos.

Viena, Austria: 16 de mayo de 1994

Etrius soñaba...

Esperaba impaciente en una antigua cámara de piedra, en las entrañas de la fortaleza conocida como Malagris. El lugar, situado en el corazón de los Alpes Transilvanos, era una de las siete capillas de los magos de la Casa Tremere. Su dueño era su odiado rival, Goratrix.

Aquella noche había allí reunidos siete de los más poderosos magos del mundo aguardando la llegada de su líder. Habían sido convocados desde toda Europa por el maestro de su orden, el brujo Tremere, que en sus misivas especificaba aquella noche y aquel lugar. No daba los motivos, pero nadie osaba cuestionar sus órdenes: era el más fuerte de todos ellos.

Sólo Goratrix parecía extrañamente tranquilo. La sonrisa sardónica de sus labios indicaba que sabía más sobre los acontecimientos de aquella noche de lo que aseguraba. El Experimento, como era conocido por los demás miembros del Consejo, era en opinión de Etrius un estúpido impulsivo. Sus investigaciones sobre la inmortalidad y la juventud eterna eran un peligro para toda la Orden. Que Tremere hubiera ordenado a sus más importantes discípulos que viajaran a Malagris inquietaba enormemente a los demás.

Algún día, cuando Tremere muriera o fuera asesinado, Etrius planeaba hacerse con el gobierno de la Orden. Goratrix había dejado claro que tenía planes similares, y sólo la severa disciplina de su maestro había impedido una guerra abierta entre ellos. Más de una vez habían intentado eliminarse de forma sutil. Etrius se consideraba la voz de la razón dentro del Consejo, y llevaba varios cientos de años

obedeciendo a su maestro. Era la elección evidente para la sucesión, el candidato ideal.

La puerta de la cámara se abrió con un choque de piedra y metal. Tremere, alto y aristocrático, de rasgos oscuros e irónicos, entró en la estancia. Siguiendo a su maestro, a pocos pasos, se encontraba el enigmático Conde St. Germain. El noble había sido confidente y amigo de Tremere durante mucho tiempo, pero Etrius no confiaba en él. Era demasiado misterioso, demasiado frío para sus gustos, y siempre permanecía en las sombras. Todos sabían que se trataba de un mago extremadamente poderoso, y se rumoreaba que quizá fuera también un vampiro. Nadie conocía con certeza la relación que los unía a los dos. Primero Goratrix y luego St. Germain. A Etrius le parecía una combinación ominosa y peligrosa.

–Estáis todos aquí –dijo Tremere, su poderosa voz extrañamente apagada–. Bien. Podemos comenzar inmediatamente el ritual.

–¿Ritual? –preguntó Meerlinda. Era la única mujer del Consejo, y los rumores la señalaban como la amante del maestro. Ella no hacía nada por acallar esas historias, pero no importaba: pertenecía al grupo por su enorme conocimiento de la magia, no por su habilidad en la cama–. ¿Qué ritual?

–Goratrix ha descubierto el secreto de la inmortalidad –respondió Tremere observando atentamente a todos sus discípulos–. Esta noche beberemos el elixir de la vida eterna. Esta noche será recordada durante los milenios venideros.

–¿De dónde procede esa bebida milagrosa? –preguntó Etrius, obligado a hablar–. Últimamente han circulado ciertas... historias... sobre Goratrix tratando con... con los Hijos de Caín.

Goratrix sonrió a Etrius, demostrando su triunfo.

–Tales rumores son ciertos. Hace un año dos de mis ayudantes más cercanos fueron Abrazados en las montañas por un miembro de la antigua raza Cainita. Acabé con el demonio inmediatamente, por supuesto, pero el daño ya estaba hecho. Sabiendo que los Vástagos son inmortales decidí aprovechar la oportunidad que se me presentaba y estudié la desventurada condición de mis sirvientes. Realicé numerosos experimentos con ellos, hasta comprender por fin el secreto de su sangre vampírica. Trabajando con su *vitae* he preparado mi elixir de la inmortalidad.

–¿Has elaborado una poción que contiene sangre de los Condenados? –protestó Etrius inquieto–. ¡Los resultados podrían ser desastrosos! ¿Vamos a arriesgarnos? ¡Hay destinos peores que la

muerte!

Goratrix rió con una voz áspera y molesta.

–Nombra uno, cobarde --dijo agitando una mano en el aire--.

Etrius el Osado, amigos míos. Sólo la Conciencia de los Tremere se preocuparía por las posibles consecuencias de la vida eterna.

–No soy un cobarde --replicó el otro tratando de controlarse. Era el momento de la fría razón, no de las pasiones desatadas--. Pero sé que los Hijos de Caín no son felices con su destino. Están malditos por toda la eternidad, y tú propones que nos unamos a ellos.

–Basta de debates --interrumpió Tremere con un tono que no aceptaba disensiones--. Etrius, tu razonamiento es correcto. Sin embargo, ignoras el hecho de que los Vástagos están vinculados directamente con el hijo de Adán mediante el acto del Abrazo. Bebiendo el elixir preparado con su sangre esquivaremos ese lazo. Disfrutaremos de todos los beneficios de la inmortalidad sin padecer sus penalidades.

–A mí me parece una excelente oportunidad --intervino Abetorius, otro miembro del Consejo--. Estoy dispuesto a asumir el riesgo.

–Estoy de acuerdo --añadió Meerlinda--. Etrius, te preocupas demasiado. Recuerda que somos magos de Tremere. No tememos a nada.

–Si eso es cierto --exclamó Xavier de Cincao--, ¿por qué está él aquí?

No había necesidad de señalar a quién se refería, ya que nadie confiaba en St. Germain. Había demasiadas preguntas sobre su identidad... y sus objetivos. Además, todos creían que tenía demasiada influencia sobre Tremere.

–Yo pedí la asistencia del conde esta noche --respondió el maestro con un tono desagradable--. Sabe mucho sobre los Vástagos y lleva varias décadas aconsejándome al respecto. Necesitamos su ayuda. ¿Alguna objeción?

Todos callaron. Tremere dominaba la Orden mediante su fuerza de voluntad. Su palabra era ley.

St. Germain, envuelto en las sombras, hizo una reverencia.

–No estoy aquí más que para observar y ayudar --declaró--. Los intereses de mi querido amigo Tremere son también los míos, igual que los de sus discípulos.

Etrius lo dudaba, pero sabía que expresar sus preocupaciones no servía de nada. Observando a los demás pudo comprobar que todos pensaban lo mismo. Tremere no parecía de humor para oposiciones.

–Ya hemos hablado suficiente –dijo el maestro–. Goratrix, ¿dónde está la bebida milagrosa que has preparado?

–Seguidme –respondió presionando un ladrillo en un muro. Con un ruido de engranajes toda una sección de la sala giró, dejando al descubierto una escalera de piedra–. Abajo aguarda la inmortalidad.

Descendieron al corazón de la montaña. El laboratorio del mago se encontraba más de treinta metros por debajo del castillo y estaba iluminado por lámparas que brillaban sin llama. En el centro de la estancia, sobre una mesa de experimentos, había una gran fuente y una decena de jarras con esencias desconocidas. A un lado esperaban ocho cálices de plata vacíos.

–Todo está preparado para el encantamiento final –declaró Goratrix–. La mezcla requiere que se reciten determinados conjuros con cada ingrediente.

–¿Y la sangre? –preguntó St. Germain con un levísimo tono de curiosidad–. ¿Dónde está?

El mago rió.

–La fórmula específica que se debe utilizar sangre fresca, conde. –Accionó una palanca en el muro opuesto a la entrada y, como antes, una sección de la pared giró para revelar un pequeño cuarto. Encadenados estaban lo que parecían ser dos jóvenes pordioseros.

»Mis fuentes de vitae vampírica –dijo alegre Goratrix. Se acercó a uno de los prisioneros y lo abofeteó.

El cautivo levantó aturdido la cabeza, gruñendo al ver que se trataba de su torturador. El mago volvió a reír, enervando a Etrius.

–Mis conjuros y la falta de sangre humana los mantienen debilitados. Llevan encerrados en esta cámara casi un año. Ya no será igual sin su presencia...

–Han servido bien a la Orden –dijo Tremere–. Dejémosles morir del mismo modo. Comencemos.

Habían hecho falta horas de encantamientos para preparar la poción, pero en sueños no fueron más que un instante.

Los dos vampiros estaban muertos. Su sangre, junto con el resto de los ingredientes mágicos, había sido mezclada y preparada adecuadamente. Sin que nadie se lo pidiera St. Germain llenó cuidadosamente los ocho cálices y se los entregó a Tremere y a sus discípulos.

–Prepárate por si es necesario –dijo el maestro.

–Tus deseos son órdenes –respondió el Conde.

–Bebed –ordenó Tremere mientras se llevaba la copa a los

labios. Habían decidido, como acto de confianza, que todos ingirieran el líquido al mismo tiempo—. Bebed.

Con el cáliz en la boca, la mirada de Etrius se encontró con la de St. Germain. Su cara de astuta satisfacción le resultó inquietante. Con un destello intuitivo, Etrius comprendió repentinamente que el conde había estado de espaldas a ellos mientras preparaba las bebidas, por lo que podía haber añadido algo a la mezcla. Ya era demasiado tarde. El líquido de fuego quemaba su garganta. Tragó.

Y gritó, gritó y gritó... Igual que sus compañeros, Etrius notaba arder sus entrañas. Sus sentidos quedaron embotados por el dolor y se derrumbó en el suelo, inconsciente. Su último recuerdo fue el rostro de St. Germain. El pálido y sonriente rostro del Conde St. Germain...

Cuando recuperó el sentido descubrió que Goratrix, Tremere y los demás estaban equivocados. Ingerir la sangre de los Hijos de Caín los había hecho inmortales, sí, pero también los había convertido en vampiros. Ahora pertenecían a los Condenados.

* * *

Etrius despertó...

Se levantó temblando de su ataúd. Hacía décadas que no soñaba con la terrible noche en la que el brebaje de Goratrix había destruido sus almas, pero esta vez los recuerdos eran más claros y nítidos que nunca. Hacía mucho tiempo que había olvidado sus suspicacias hacia St. Germain, pero ahora se preguntaba si simplemente no las recordaba o si habían sido deliberadamente suprimidas... por alguien.

Frunció el ceño. Su memoria tenía extraños huecos, algunos de los cuáles nunca había sabido que existieran. No había duda de que St. Germain era un Vástago y de que durante siglos había servido como uno de los más cercanos consejeros de Tremere. Sin embargo, Etrius era incapaz de recordar cuándo había sido Abrazado el conde, o por quién. Después del sueño de aquella noche ya no estaba tan seguro de que el misterioso mago perteneciera en realidad al clan Tremere, pero nadie en el Consejo había dudado nunca de su ascendencia.

¿Era posible que ya fuera uno de los Cainitas aquella fatídica noche en Transilvania? Etrius comenzó a preguntarse... y a preocuparse. Sus recuerdos, tan claros para los detalles del pasado lejano, eran confusos acerca de la presencia de St. Germain o de sus acciones durante la ceremonia.

La idea lo asustó. Parecía plausible que St. Germain fuera en parte responsable de la existencia del clan Tremere. ¿Qué consejo le había dado a su "querido amigo"? ¿Qué ayuda le había proporcionado a Goratrix en la elaboración de la fórmula secreta, aquella que los había convertido en Vástagos destruyendo su humanidad? Y lo que era más preocupante: ¿qué había añadido a la poción antes de que la bebieran?

El rostro de Etrius se ensombreció aún más. Tenía la terrible sensación de haber sido manipulado durante siglos, igual que el resto del Consejo. Parecía muy probable que Tremere, ahora en letargo, miembro de la tercera generación mediante diablerie, hubiera actuado siguiendo las instrucciones secretas de otro. Que todo el clan no fuera más que un peón del Conde St. Germain, un vampiro de origen y poderes desconocidos. No era una idea muy agradable.

Entonces otro pensamiento acudió a su mente. De algún modo, después de todo aquel tiempo, era repentinamente consciente de la sutil manipulación de su memoria y su voluntad. St. Germain había logrado mantenerse durante siglos en las sombras, pero ahora, inesperadamente, un sueño le revelaba sus maquinaciones. Etrius no creía en las coincidencias, como ningún otro Vástago, especialmente en las de aquella magnitud. ¿Era el sueño otra mentira, otro intento de torcer su pensamiento, o una advertencia?. En este caso, ¿Sobre qué? E igualmente grave era la última pregunta: *¿quién era el responsable?*

San Luis: 16 de marzo de 1994

Una atractiva joven de ojos oscuros y larga melena negra se dirigía hacia el Club Diabolique, marcando el ritmo con sus zapatos sobre la acera. Las miradas curiosas se volvían a su paso. Llevaba un corto vestido de terciopelo negro, medias oscuras y tacón de aguja. El conjunto se ceñía a su esbelta figura como si lo llevara pintado. La piel pálida brillaba a la luz de la luna y sus labios eran rojos como la sangre. Alrededor del cuello llevaba un colgante de plata decorado con antiguas cruces. Aunque recordaba a los Góticos, no era uno de ellos.

Era aquello en lo que éstos querían convertirse.

Brutus, el portero, enorme e implacable, la observó con mirada curiosa mientras atravesaba la nube de clientes que esperaba impaciente para entrar en el local. La extraña ignoraba a la multitud y caminaba directamente hacia él. Su voz era suave, pero firme. Había acero en su tono.

–Soy Madeleine Giovanni, del clan Giovanni –declaró de modo que sólo él lo oyera–. Estoy de visita en esta ciudad y, siguiendo las Seis Tradiciones de Caín, he venido a presentar mis respetos al Príncipe de San Luis.

El gigante sonrió lenta pero ampliamente.

–Encantado de conocerla, señorita Madeleine. Mi señor, el Príncipe Vargoss, aprecia a todos aquellos que honran las antiguas leyes. Lo encontrará en la sala privada en la segunda planta del club.

–Muchas gracias –contestó Madeleine sonriendo a su vez. Al contrario que muchos Vástagos, trataba a los humanos y a los ghouls con la misma deferencia que a los suyos. No tenía prejuicios contra ningún grupo: reservaba su odio para algunos personajes en particular.

–¡Ey! –protestó un hombre entre la multitud–. ¿Por qué la nena no espera cola como nosotros?

La sonrisa de Brutus desapareció y frunció el ceño. Su expresión terminó con las quejas.

–Porque es mejor –respondió mientras Madeleine entraba en el local–. ¿Entiendes? ¿Quién más quiere quedarse esperando aquí toda la noche?

Madeleine era capaz de ver perfectamente en la oscuridad, por lo que no tuvo problemas para abrirse paso. Eligió cuidadosamente el camino que la llevara hasta la escalera que conducía a la segunda planta. Al subir encontró el camino bloqueado por un hombre fornido vestido con pantalones y chaqueta de cuero negro. Su pecho, blanco como la tiza, estaba cubierto de tatuajes. Tenía insignias de la marina en los brazos. Observó a Madeleine con curiosidad poco disimulada.

–Darrow, del clan Brujah –dijo con una voz sorprendentemente grave–. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

–Madeleine Giovanni –respondió proclamando así su clan–. He venido para presentar mis respetos al Príncipe.

–Estoy convencido de que estará encantado –dijo Darrow. Hizo una galante reverencia, pero Madeleine observó divertida que no perdía su mirada. Darrow comprendía la diferencia entre el respeto y

la estupidez. Era un caballero, pero no un insensato—. El Príncipe tiene a los Giovanni en gran estima.

Madeleine lo dudaba. Los Ventrue, como casi todos los miembros de la Camarilla, temían a su clan y desconfiaban de él. No los culpaba, ya que tenían motivos para preocuparse.

Darrow abrió la puerta de una gran sala, casi desierta. Había algunos Vástagos y ghouls repartidos en pequeños grupos, bebiendo y escuchando el lamento de un trombón de jazz. Separado del grupo principal, con la espalda contra la pared más alejada, había un Cainita distinguido vestido con un traje negro y una faja roja. Estaba concentrado en una conversación con un Nosferatu increíblemente alto, extremadamente delgado y espantosamente feo. No había necesidad de que Darrow le indicara quién era el Príncipe.

Todas las cabezas se volvieron inmediatamente hacia ella cuando entró en la sala. Ojos brillantes la observaban con evidente hostilidad y suspicacia. Madeleine, entrenada para detectar hasta la menor irregularidad, notó que gran parte del mobiliario, así como una sección del suelo, eran nuevos. Allí había sucedido algo hacía pocos días que prevenía a los vampiros contra los extraños. Se preguntó de qué se trataría, y si estaría relacionado con su misión.

Cuando llegó a la mesa del Príncipe éste se encontraba de pie, esperándola.

—Príncipe Vargoss —dijo suavemente—. Soy Madeleine Giovanni, del clan Giovanni. Soy un Vástago de la sexta generación, chiquilla de Pietro Giovanni.

Madeleine, educada para ser siempre respetuosa con los antiguos, no dijo nada más. Esperó a que su anfitrión le diera formalmente la bienvenida. La tradición del Territorio variaba de un lugar a otro, pero si había algo en común en el ceremonial era el respeto. El Príncipe de una ciudad recibía al visitante y le hacía las preguntas que considerara pertinentes antes de extenderle la hospitalidad de su reino.

—Te doy la bienvenida, Madeleine Giovanni —dijo Vargoss con un leve asentimiento de reconocimiento. Como todos los Ventrue de generaciones bajas, el vampiro se tomaba muy en serio las tradiciones de Caín—. Soy Alexander Vargoss, Príncipe de San Luis. Te extiendo la hospitalidad de mi ciudad. Conozco a tu sire. Es un placer recibir a su chiquilla.

A Madeleine no le sorprendía que conociera a su abuelo. El Príncipe tenía varios siglos y había abandonado Europa hacía

doscientos años, por lo que todavía mantenía contactos con muchos de los vampiros del viejo continente. Aunque Vargoss había elegido reinar como Príncipe de una ciudad relativamente pequeña, era una alguien importante en el círculo interno de los Ventrue.

Ella le dedicó su mejor sonrisa y se inclinó ante él. Fue recompensada, como solía ocurrir con los Hijos de Caín más antiguos, con una breve y caballerosa sonrisa. Había algunos rasgos que no cambiaban con la muerte, y los viejos hábitos eran difíciles de olvidar.

–Te agradezco la bienvenida, Príncipe Vargoss. Estoy de viaje en una misión para los antiguos de mi clan. Aunque sólo esté de paso en tu ciudad, creí apropiado presentar mis respetos.

–Encomiable –dijo Vargoss volviendo a sentarse. Hizo un gesto pidiendo una silla para Madeleine–. En estos tiempos de cambios pocos Vástagos respetan las viejas tradiciones. Por favor, siéntate y disfruta de una bebida. Siento curiosidad por tu viaje.

–Estrictamente de negocios –respondió ella tranquilamente–. El clan Giovanni ha invertido grandes sumas de dinero en la industria del carbón del sur de Illinois y he sido enviada para asegurarme de que nuestros fondos no son despilfarrados por intermediarios sin escrúpulos.

–Me cuesta creer que hombre o vampiro alguno sea tan estúpido como para intentar engañar al clan Giovanni –intervino el Nosferatu sentado junto a Vargoss–. Es peor la furia de un banquero estafado que la del infierno.

Madeleine rió.

–Bien dicho –declaró–. Tengo que recordar esa frase para mi sire. Le encantan las palabras ingeniosas, sean del tema que sean.

–¿Te quedarás mucho tiempo en San Luis? –preguntó el Príncipe con aparente indiferencia.

–Un día o dos como mucho –respondió–. Mi programa me obliga a recorrer casi todo el país. Los Giovanni tienen muchos intereses en los Estados Unidos, y voy a revisar muchos de ellos. Temo que esta noche sea la única que pase en tu ciudad.

Vargoss parecía aliviado al saber que no iba a permanecer demasiado tiempo. No era un estúpido, y era evidente que Madeleine mentía sobre su viaje. Los Giovanni eran demasiado cuidadosos como para dejar ninguna operación al azar: vigilaban estrechamente absolutamente todas sus inversiones. Fuera cual fuera el motivo de su presencia en San Luis, no había venido para estudiar los libros de contabilidad.

–¿Un vaso de sangre? –preguntó–. Siempre está fresca en el Club Diabolique. Los mortales curiosos por descubrir lo que sucede en esta zona privada nos proporcionan un suministro constante. Además, nos vimos obligados a eliminar a varios humanos entrometidos contratados la otra noche para hacer algunas reparaciones. Cometieron el error de mirar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

–Los vivos malgastan su tiempo –añadió el Nosferatu, torciendo su rostro de forma grotesca. Madeleine tardó unos segundos en comprender que estaba sonriendo. Con un gesto de la mano, Vargoss pidió bebidas para todos.

La sangre llegó rápidamente. Estaba aromatizada y especiada, y tenía un aroma delicioso. Aunque Madeleine no solía alimentarse nunca en público decidió hacer una excepción, especialmente para no insultar a su anfitrión.

Vargoss levantó su vaso.

–Por la muerte eterna –era un brindis habitual entre los vampiros–. Por la noche eterna. –Además, el Príncipe añadió una tercera frase inesperada:– Por la destrucción de la Muerte Roja.

La vitae sabía tan bien como era de esperar. El cuerpo de Madeleine cantó ante el placer familiar de su alimento.

–¿La Muerte Roja? –repitió, incapaz de ocultar la curiosidad de su voz–. ¿Quién es la Muerte Roja?

–¿No has oído nada? –preguntó Vargoss suspicaz–. Creía que los Giovanni conocíais las noticias antes de producirse.

Madeleine sonrió.

–Esa quizá sea una reputación ligeramente exagerada, Príncipe Vargoss. Además, he estado viajando y no me he comunicado mucho con mi hogar.

En frases breves el Príncipe le describió el ataque de hacía dos noches. Dos veces, de pasada, mencionó también a Dire McCann, el mago mortal que servía como su consejero. No pudo sino preguntarse si su objetivo estaría involucrado de algún modo misterioso en la aparición de aquel grotesco fantasma. A veces su abuelo era demasiado reservado.

–Ese detective humano –preguntó de forma casual, dispuesta a retirarse ante el menor signo de reticencia–, ¿crees que puede realmente descubrir la verdad sobre la Muerte Roja?

–La experiencia me ha enseñado que McCann posee un talento único para desentrañar los misterios más complicados –respondió

Vargoss. En su voz había un reto—. Vástago o ganado, siempre utilizo las mejores herramientas disponibles. McCann, a pesar de ser mortal, es el más indicado para el trabajo.

—No pretendía ser irrespetuosa —se apresuró a disculparse Madeleine.

—No fracasará —dijo Vargoss. La Giovanni se quedó asombrada ante la confianza total del Príncipe en el detective. Casi parecía que le hubieran lavado el cerebro—. Además, tiene a Flavia a su lado. Mi Ángel Oscuro está dispuesta a enfrentarse a la Muerte Roja en una revancha. Ha jurado acabar con ese monstruo.

—Parecen una combinación peligrosa —opinó Madeleine—. Les deseo buena caza. ¿Hacia dónde dijiste que apuntaban las pistas?

—Washington D.C. —respondió Vargoss.

Madeleine maldijo interiormente. Para parecer al menos fiel a su alianza con los demás Vástagos, su clan se mantenía apartado de las zonas de conflicto entre la Camarilla y el Sabbat. Aunque los Giovanni disponían de una importante influencia tras el telón, en aquella ciudad no había ninguno de los suyos. Como era habitual, estaba totalmente sola.

Tenía que viajar cuanto antes hacia Washington y encontrar a McCann. Sólo podía rezar para llegar antes de que la Muerte Roja diera con él.

_____ 23 _____

San Luis: 16 de marzo de 1994

Madeleine Giovanni se marchó apenas una hora más tarde. Darrow se despidió de ella al pasar a su lado.

—Buena caza —dijo impulsivamente.

La mujer sonrió con un brillo en los ojos, pero no dijo nada. El Brujah la observó mientras bajaba las escaleras y se abría paso a través de la multitud hacia la entrada. Se movía con una gracia liviana que encontraba fascinante. Ahora que la había conocido en persona, no tenía dudas de que era tan letal como aseguraban las historias. Encargarse de ella iba a ser el mayor reto de toda su carrera.

Un silencioso mensaje telepático interrumpió sus pensamientos. El Príncipe quería verlo inmediatamente. Darrow cortó al instante

cualquier idea sobre Madeleine Giovanni. Vargoss era más confiado que muchos antiguos, pero la reciente traición de Mosfair le había hecho más cauteloso. La menor indicación de una doble lealtad por parte de cualquier otro miembro del círculo interior significaría la Muerte Definitiva. El Brujah, que servía a dos maestros, caminaba por una línea muy estrecha y no podía permitirse el menor error.

Vargoss esperaba en su mesa habitual junto a Carafea. Su intensa mirada se clavó en la de Darrow como un berbiquí.

—¿Y bien? —preguntó mientras éste se sentaba a su lado—. ¿Qué opinas?

—No es mi tipo —contestó sonriendo—. Parece la típica zorra a la que le gusta estar siempre al mando de todo. *De todo*, si sabes a qué me refiero. Sólo quiere el puto poder.

El Príncipe asintió mientras pedía con un gesto otra ronda.

—A mí también me sorprendió la fuerza de su personalidad. Todos los Giovanni están emparentados. Cuando le comenté su enorme parecido con su sire admitió que Pietro era también su abuelo.

—Pietro Giovanni —declaró Carafea con una voz más aguda aún de lo habitual— es el amo del Mausoleo. Hasta entre los Giovanni tiene fama de despiadado.

—La sangre llama a la sangre —dijo Darrow—. Siempre fue verdad y siempre lo será. Miss Madeleine Giovanni es una dama peligrosa. No está aquí por negocios empresariales.

—Eso mismo pensé yo —dijo Vargoss bebiendo su vaso de sangre de un trago. Sus mejillas enrojecieron—. Los Giovanni utilizan ghouls para ocuparse de esos temas. La chiquilla de Pietro ha venido por otros asuntos, y como ha considerado apropiado detenerse aquí debemos descubrir el verdadero motivo de su misión.

—Lo consultaré con mis fuentes de información —dijo Carafea—. Los Giovanni creen poder ocultar sus secretos de los Nosferatu, pero sus esfuerzos no hacen más que aumentar nuestro deseo de descubrir sus planes.

Darrow rió.

—Más les valdría a esos cabrones llevar sus asuntos abiertamente. Nadie se molestaría en fijarse.

El Príncipe entrecerró los ojos.

—Tus palabras podrían no estar desencaminadas, Darrow. Me preguntó abiertamente sobre la Muerte Roja y sobre la misión de McCann en Washington.

—¿Crees que la zorra va también detrás de ese hijo de puta?

–preguntó el Brujah. No era ningún secreto que confiaba tanto en los Giovanni como en los Tremere–. Es muy típico de esos nigromantes: enviar a sus agentes directamente hacia nosotros para preguntar información importante.

–¿Negando así nuestra suspicacia? –respondió Vargoss–. Qué astuto. Y, como has dicho, qué Giovanni...

Los ojos del Príncipe brillaron.

–Trata de descubrir el próximo destino de Madeleine –le dijo a Darrow–. Sospecho que se dirige a Washington.

–¿Y si es así –preguntó–, qué haremos?

–Nada –respondió el Príncipe encogiéndose de hombros–. Sólo avisar a Flavia de que llega compañía. Es todo lo que podemos hacer. No podemos arriesgarnos a acusar a los Giovanni sin tener pruebas sólidas. Las sospechas no bastan.

–El Ángel Oscuro se encargará de Madeleine si es necesario –intervino Carafea–. Flavia sabe cuidar de sí misma.

–Eso es cierto, compañero –respondió Darrow poniéndose en pie–. Me largo, no quedan muchas horas de oscuridad. Debo darme prisa si quiero obtener resultados.

Vargoss asintió mientras el Brujah corría hacia la puerta. Las palabras del consejero tenían más significados de los que Vargoss imaginaba. Tenía planes propios para Madeleine Giovanni, y sabía exactamente cómo ponerlos en marcha.

Nueva York: 16 de marzo de 1994

Alicia encontró deprimente el Perdición, lo que no era demasiado sorprendente: encontraba casi todas las tradiciones modernas de los Vástagos igualmente aburridas. Era una maquinadora que no pensaba en términos de años o décadas, sino de siglos, y consideraba las poses permanentes de aquellos supuestos anarquistas poco más que balbuceos infantiles. Anis, Reina de la Noche, era una autoridad en decadencia y depravación. Procedía de una época en la que tales asuntos se llevaban a cabo con gracia y estilo, pero estos modernos Hijos de Caín no tenían la menor idea del significado de aquellas

palabras. Se lamió los labios. Algún día aprenderían. Los pocos que escaparan a la Muerte Definitiva comprenderían por qué su sire, hacía miles de años, la había bautizado como la Reina de la Noche.

Cuando entró en el local había un grupo *punk* de cinco vampiros con el patético nombre "Los Dedos de la Muerte" interpretando un repertorio de canciones demasiado ruidosas. Quedaba un cuarto de hora para la medianoche, pero después del retraso de aquella misma semana no quería llegar tarde otra vez.

El club estaba medio vacío y reconoció pocas caras. Aunque la filosofía de los anarquistas se parecía a la del Sabbat, la mayoría no se alineaba ni con éste ni con la Camarilla. Eran los innovadores, la juventud rebelde de los Hijos de Caín. Para Alicia eran salvajes que acechaban en las sombras del fuego, enemigos de la civilización. Parte de ella los amaba, pero otra los despreciaba.

Aquella noche vestía de negro: pantalones, blusa con vuelos, botas de cuero y guantes, todo del mismo color. Llevaba el pelo hacia atrás, recogido con un lazo también negro. El único maquillaje era el contorno de ojos y el pintalabios rojo. Más de un vampiro la observaba inquisitivo. Casi todos la reconocían inmediatamente como ghoul de Justine, y no había quien no temiera a la Arzobispo. Había algo en los ojos de Alicia que preocupaba a los no muertos. Era demasiado... consciente.

Aburrida por la música, se sentó en una mesa al fondo del local. No había señal ni de Justine ni de sus dos consejeros, por lo que dejó que su mirada vagara por el lugar. Sonreía con falsedad, reprimiendo las ganas de reír a carcajadas. Le divertía el ego hinchado de la mayoría de aquellos perdedores.

Todos esos Vástagos de alta generación eran unos estúpidos. Era tan fácil leer sus pensamientos y emociones, tan sencillo manipularlos... Jugar con sus mentes era un ejercicio para principiantes. Nunca sospechaban que sus deseos básicos no eran los suyos, sino los de un cerebro más poderoso. Marionetas imbéciles que se doblegaban al menor de sus deseos... Sólo existían para satisfacer sus caprichos, aunque éstos fueran un ataque suicida contra su mentora, Justine Bern, cuando entrara en el local.

Alicia suspiró y olvidó la idea. Era una sorpresa tentadora, pero poco práctica. Todavía necesitaba a aquella mujer. La Arzobispo era el último peón en su intento por lograr el control absoluto del Sabbat. Dudaba de que sus planes tuvieran éxito, pero de momento era la única opción disponible. Justine estaba a salvo, al menos hasta que

Alicia pensara en un plan mejor.

Un leve movimiento en una mesa cercana atrajo su atención. Un vampiro de aspecto ordinario, un Vástago bastante vulgar, estaba jugando un solitario. Manejaba los naipes con tal elegancia que Alicia se maravilló con la habilidad de sus manos. Llevaba siglos viendo a los hombres jugar a las cartas, pero nunca había visto a nadie con tanta destreza.

Se levantó y se acercó a la mesa del vampiro.

–Tienes un gran talento --le dijo--. ¿Es una habilidad física o mágica?

–Una enorme cantidad de práctica --respondió el jugador con la vista fija en las cartas. Estaba totalmente absorto en el juego--. He tenido mucho tiempo para aprender. Si hay algo que no nos falte a los vampiros es tiempo.

–Un filósofo además de jugador --dijo Alicia sonriendo--. Una novedad entre los no muertos. ¿Te importa si me siento?

–No, claro que no --respondió. Su mirada se alzó por un momento y se encontró con la de ella, sonriendo levemente--. Me llamo Walter Holmes. Tú, por supuesto, eres Alicia Varney.

–Mi fama me precede --dijo Alicia sentándose frente a él--. Me siento halagada.

–No deberías --dijo Holmes, concentrado de nuevo en sus cartas--. Eres notoria, no famosa. Creo que tu patrocinadora, la Arzobispo Justine Bern, es una megalomaniaca peligrosa capaz de cualquier cosa para alcanzar sus objetivos. Da mala fama a los vampiros.

Alicia rió.

–Eres bastante perspicaz, y sorprendentemente honesto. Sin embargo, esas palabras son arriesgadas. Si informara a mi señora te arrancarí el corazón con sus propias manos y te lo haría comer.

–No lo harás --respondió Holmes calmadamente sin dejar de observar los naipes--. No estoy preocupado.

–Eres todo un jugador.

Holmes la intrigaba. Curiosa, tanteó sus pensamientos. Su mente estaba inundada por las cartas, junto con las típicas preocupaciones superficiales sobre la sangre, el aburrimiento y la identidad. No había nada que indicara que no se trataba de lo que parecía: un vampiro joven con una extraordinaria habilidad física. Sin embargo, el instinto le decía a Alicia que Holmes ocultaba algo. Mostraba demasiada confianza para el cuadro mental que percibía. De algún modo le

estaba escondiendo sus verdaderos pensamientos, pero no sabía exactamente cómo, o qué método podía utilizar para romper aquella barrera.

–¿Te adivino el porvenir? –preguntó inesperadamente Holmes, rompiendo la concentración de Alicia.

–¿Cómo? –observó los naipes, luego al jugador–. Creía que hacía falta una baraja de tarot.

–Tonterías –dijo Walter recogiendo las cartas. Las barajó con cegadora velocidad–. Ese es un desagradable rumor difundido por los Gangrel y los Ravnos para mantener su monopolio sobre las predicciones. Cualquiera con un poco de habilidad puede tejer una telaraña. Las cartas normales funcionan igual de bien. El verdadero talento está en saber conectar los hilos.

–Empieza –dijo Alicia–. ¿Qué me ocurrirá mañana?

Las cartas volaban de los dedos de Holmes como si estuvieran vivas. Se formaron siete montones de siete cartas en un círculo con los tres naipes restantes en el centro.

–La rueda del destino –anunció de forma solemne–. En el círculo están los secretos del pasado y los misterios del futuro. Y, como todos los círculos, no tiene ni principio ni final.

Walter pasó las manos tres veces sobre las cartas. Luego, comenzando con el montón más cercano a él y procediendo en sentido contrario a las agujas del reloj, levantó la primera carta de cada montón, colocándolas en un anillo que rodeaba al primero.

»Las cartas hablan de conflicto –dijo comprobando los números. No había ninguna figura–. Te vas a encontrar en situaciones peligrosas que no podrás evitar. Si no consigues afrontarlas y vencer, morirás. –Giró la segunda carta de cada montón. Aparecieron las dos reinas negras y los dos ases rojos.

»La Reina de la Noche se enfrentará a la Muerte Roja –dijo Walter–. Veo conflicto. Veo... –Se detuvo y, con un suave movimiento, recogió todas las cartas– ...a alguien que te busca.

Alicia se volvió. Justine, seguida de cerca por Hugh Portiglio y Molly Wade, cruzaba la pista de baile hacia la sala de reuniones privada que había en la parte trasera. Los anarquistas se apartaban a su paso como cucarachas asustadas: su expresión era sombría.

–Una experiencia fascinante –dijo Alicia–. Ojalá hubiéramos podido terminar.

–Quizás en otra ocasión –respondió Holmes.

–Quizás –terminó Alicia mientras se dirigía hacia Justine. Podía

sentir la mirada de Holmes siguiéndola, pero cuando echó un vistazo por encima del hombro el vampiro ya estaba enfrascado en otro solitario. Se prometió estudiar su pasado, pero luego concentró su atención en Justine y sus acólitos.

Molly Wade sonrió alegre y guiñó un ojo a Alicia.

–El ghoul no ha muerto –recitó–, es del todo cierto.

–Qué lastima –susurró Portiglio frunciendo el ceño–. Albergaba la esperanza de que se hubiera asado.

–Encantada de verte, amor mío –respondió Alicia–. Gracias por vuestra inestimable ayuda la otra noche.

–Fue un placer –respondió Hugh con una sonrisa irónica–. Cuenta siempre conmigo cada vez que aceche el peligro.

–Cállate –dijo Justine. La ira en su voz aconsejaba obedecer–. No estoy de humor para vuestras disputas. Vosotros mismos.

Nadie se atrevió a decir una sola palabra.

_____ 25 _____

Montañas de Bulgaria: 17 de marzo de 1994

Le Clair contemplaba las profundidades del fuego. Las llamas ardían con una intensidad ligeramente menor que las de la Muerte Roja. El pequeño francés no pudo reprimir un escalofrío al pensar en ello.

–¿Tienes frío? –preguntó Jean Paul educadamente.

Llevaba en los brazos el cadáver de la hija del posadero. Acarició cuidadosamente el cabello dorado de la chica. Había sido una de las primeras en morir cuando acabaron con todos los ocupantes de la taberna hacía unas horas. Jean Paul le había golpeado con más fuerza de la que imaginaba y se había desplomado en silencio. Por suerte, después de varias décadas siendo un vampiro le daba igual que sus mujeres estuvieran vivas o muertas. En ambos casos, lo único que hacía era acariciarles el pelo y sacudir apesadumbrado la cabeza, recordando la época en la que el sexo tenía algún significado para él.

–Siempre tengo frío –respondió triste Le Clair. Observó los cuerpos tirados en el suelo–. Desde el día en el que perdí mi alma mis entrañas están encerradas en una prisión de hielo.

–No las mías –bramó Baptiste. En cada una de sus enormes

manos sujetaba un cuerpo flácido. Ninguno de los dos hombres estaba muerto, aunque se mantenían con vida a duras penas. El gigante había pasado la última media hora chupándoles ruidosamente la sangre, pasando de una víctima a la otra según sus caprichos. Su apetito de vitae era enorme. Si se le dejara sería capaz de vaciar toda una ciudad—. Estoy contento y calentito. La sangre me mantiene abrigado.

Le Clair observó a Jean Paul y se encogió de hombros. A veces era difícil creer que Baptiste fuera francés: no había poesía alguna en su alma. Tenía la personalidad de un alemán, o peor aún, la de un tendero inglés.

—Acaba con ellos —dijo Le Clair—. No podemos quedarnos aquí toda la noche. Para cuando salga el sol quiero estar en los bosques. Seguro que alguien del pueblo viene a investigar, y cuando descubra más de una decena de cadáveres sin sangre dará la alarma. Más nos vale no estar cerca cuando vengan con las antorchas.

—¿Estás pensando en la Muerte Roja? —preguntó Jean Paul, cambiando abruptamente de tema. Con un gruñido de disgusto dejó caer al suelo el cuerpo sin vida de la muchacha. Todo el lugar estaba lleno de cadáveres. Después de pasar el día durmiendo en el sótano de la mansión de Dziemianovitch los Tres Impíos habían despertado con un hambre enorme. Les había llevado casi dos horas encontrar una taberna aislada llena de viajeros de las montañas, a los que habían exterminado como al ganado. Esquivar trampas siempre les abría el apetito.

—La Muerte Roja —repitió Le Clair—. Por supuesto. Después de tantos años juntos, amigo mío, creo que hemos formado un vínculo telepático. Si, estaba pensando en ese monstruo y en el acuerdo al que hemos llegado con él.

—Un trato es un trato —dijo Baptiste dejando caer los dos cuerpos. Estaban vacíos de sangre y de vida. Para su mente simple no había grises, sólo blancos y negros—. Hemos hecho una promesa, no tenemos elección.

—No es cierto, *mon ami* —respondió Jean Paul—. Ahora que estamos solos la elección vuelve a ser nuestra. Podemos obedecer las órdenes de ese monstruo... o no. Nosotros elegimos, no él.

—Eso mismo pienso yo —añadió Le Clair. Sacudió la leña con un atizador, lanzando chispas por toda la chimenea—. Después de tantos años de independencia no me apetece volver a obedecer las órdenes de un oficial superior. Un alistamiento es suficiente para mi gusto.

–Yo también valoro la libertad –dijo Jean Paul–, pero el sabor de la sangre caliente es tan dulce... La Muerte Roja parece un enemigo implacable–. Lanzó al fuego una madera que fue inmediatamente rodeada por las llamas–. La muerte es preferible a los fuegos del olvido.

Baptiste, con rostro solemne, asintió. Hizo el signo de la cruz en su pecho: era un vampiro con creencias religiosas.

–Somos los Condenados. Una vez muertos nos aguarda el Infierno, y allí las llamas no se apagan. Estamos destinados a sufrir eternamente.

Le Clair frunció el ceño. Era un completo materialista y no le gustaba que se le recordara su origen sobrenatural. Devoraba ciencia ficción y prefería pensar que los Vástagos eran en realidad una raza mutante. Era una teoría absurda, pero le gustaba la idea y trataba constantemente de encontrar cualquier prueba que la validara.

–Olvida toda esa basura metafísica –dijo–. Es la típica propaganda de las iglesias.

–¿Qué más da? –preguntó Jean Paul, que conocía a su amigo–. ¿A quién le importa lo que ocurra después de la Muerte Definitiva? Lo que tenemos que hacer es intentar evitarla por todos los medios.

–Estoy de acuerdo –dijo Le Clair–. No confío en la Muerte Roja, pero no veo más opción que seguir sus instrucciones, al menos hasta que surja la oportunidad de volverse contra él.

–Seguro que su sangre es muy poderosa –dijo Baptiste–. Tiene que ser de la quinta, quizá incluso de la cuarta generación.

–Seguro –dijo Jean Paul–. A los Matusalenes se los reconoce por su arrogancia, y creo que la Muerte Roja tiene de sobra. Beber su vitae será toda una experiencia.

–¿Estamos de acuerdo, entonces? –preguntó el líder–. Primero, a París, a encontrar y destruir a ese Nosferatu, el Matusalén llamado Phantomas. Luego nos encargaremos de la Muerte Roja.

–Me parece lo más lógico –respondió Jean Paul. Extendió el brazo y sacó una ramita encendida de la chimenea–. Si incendiamos este lugar podríamos ocultar nuestras actividades. Seguro que prende rápido y quema los cadáveres más allá de cualquier posibilidad de reconocimiento.

–La sagrada Mascarada –dijo Le Clair riendo–. Considerando nuestros múltiples crímenes contra los Vástagos, no sé porqué insistimos en seguir ocultando nuestra presencia a la humanidad.

–A mí tampoco me importan las tradiciones de Caín –admitió

Jean Paul. Sus rasgos atractivos se torcieron en una sonrisa malévola—. Pero es mejor no arriesgarse. Revelar nuestra presencia a estos campesinos podría meternos en un buen montón de problemas. Estos búlgaros tienen tradiciones propias sobre los muertos vivos que se remontan muchos siglos atrás.

—Bah, escoria humana —dijo Le Clair—. ¿Iban a darnos más problemas que éstos de aquí? No creo.

—Piensa en los Justicar de la Camarilla —siguió Jean Paul—. De momento hemos conseguido no llamar la atención, lo que desde luego es una ventaja. Esos perros son implacables a la hora de perseguir a los que rompen la Mascarada. No tenemos ninguna necesidad de ponerlos detrás de nosotros.

Los Justicar eran el brazo ejecutor de la Camarilla, letales vampiros vengadores que hacían cumplir las Tradiciones de Caín, especialmente la Mascarada, con fanática devoción. Poseían grandes poderes y actuaban de forma independiente de la jerarquía del culto. Eran a la vez jueces y ejecutores, y su palabra era ley. Una vez desencadenados no era posible detenerlos.

—Enciende ese fuego —dijo Le Clair—. Tienes razón, me había olvidado de esos diablos y de sus infernales Cazas de Sangre.

—No lo hagas —advirtió Jean Paul—, ni por un momento. Los que nos alimentamos de nuestros hermanos no debemos olvidar nunca a los Justicar. Son extremadamente eficaces... y pacientes.

Incluso Baptiste, normalmente ansioso por proclamar su valentía frente a cualquier adversidad, se quedó callado.

La taberna ardió de forma bastante satisfactoria. Contemplaron las llamas devorando el edificio hasta que, con un rugido, el tejado se colapso.

—Eso borrará cualquier rastro de nuestra visita —dijo Jean Paul mientras hacía un gesto a Le Clair—. Tirar esas botellas de vino entre los cuerpos fue una idea excelente. Evidentemente, esos pobres diablos estaban tan borrachos que no comprendieron el peligro hasta que fue demasiado tarde.

—Una historia increíble —dijo Le Clair—, pero los humanos son bastante imbéciles. Manipular sus pensamientos no es ningún reto. Se tragan las cosas más absurdas sin rechistar.

—¿No somos todos así? —preguntó Jean Paul, siempre el filósofo.

Nueva York: 18 de marzo de 1994

–Ni piense en dormir esta noche --dijo Alicia tres horas más tarde mientras Jackson la llevaba hacia el rascacielos—. No creo que ninguno de los dos descansemos mucho hasta el amanecer.

–Asumo que la señorita Bern no estaba de buen humor --respondió secamente su ayudante.

–Eso es decir poco --respondió Alicia. Por dentro estaba furiosa. Aunque mantenía un cierto control mental sobre Justine, cuando estaban en Manhattan tenía cuidado de no jugar demasiado con los pensamientos de la Arzobispo, ya que ésta se asociaba con vampiros poderosos que podían detectar la sutil manipulación. Alicia podía lograr que tomara las decisiones adecuadas mediante una fuerte argumentación, o concentrándose en un tema en perjuicio de otros. Sin embargo, nunca plantaba ideas en su mente mientras estaban en la ciudad. Demasiado arriesgado. Por desgracia, esa decisión provocaba de vez en cuando pequeños desastres.

–Nos vamos a Washington D.C. --anunció Alicia--, la capital de la nación, una ciudad codiciada por todas las facciones de los Vástagos. La Camarilla la gobierna desde comienzos del siglo XIX, pero el Sabbat lleva años tratando de socavar ese control. Además, se dice que el Inconnu concentra allí sus esfuerzos... Justine ha decidido que es el momento de arrancar la ciudad de las manos del enemigo.

–Presumo que ese viaje va a producirse en un futuro cercano --dijo Jackson, entrando en el garaje subterráneo del Edificio Varney.

–Nos vamos mañana por la mañana --respondió Alicia--, actuando como avanzadilla para mis amigos vampiros. Tenemos que asegurarnos de que todo esté preparado para Justine y su gente cuando lleguen por la noche.

Subieron en silencio hasta el ático. Alicia estaba enfadada consigo misma por no haber previsto la reacción de Justine al ataque de la Muerte Roja. Jackson ya estaba pensando en todo lo necesario para el viaje.

–¿Puedo asumir que desea que la señorita Bern y sus amigos se oculten en una de nuestras propiedades? --preguntó mientras Alicia se dirigía al mueble bar para prepararse algo fuerte.

–Por supuesto --respondió—. Lo habitual, con videocámaras para grabar todos sus movimientos y espías las veinticuatro horas para

vigilar cada una de sus salidas.

–Lo de siempre --dijo Jackson--. Como D.C. está a pocas horas puedo utilizar a alguno de nuestros agentes en Nueva York y enviarlo para allá. La mayoría ha participado en trabajos de vigilancia para el gobierno, así que conocen bastante bien la capital.

–Iremos a algún almacén viejo --decidió Alicia mientras apuraba su escocés con soda y se preparaba otro--. A Hugh le gustan esos lugares. Tiene la mente de un campesino.

–Quizá en la zona más depauperada de la ciudad --dijo Jackson, pensando en alto--. Creo que tenemos algunos lugares adecuados. Instalar el equipo electrónico no llevará más de unas horas. ¿Algo más?

–Hugh es una molestia --respondió Alicia, recordando su idea de la noche anterior--. De momento le he permitido vivir porque asumía que era mejor el diablo conocido que el desconocido, pero está empezando a ser un serio incordio. No merece la pena seguir tolerándolo. Creo que ha llegado el momento de que se enfrente a su desafortunado final. Ya sabe lo que debe hacer.

–Unas palabras a la Sociedad de Leopoldo bastarán --dijo Jackson--. Su nuevo jefe de operaciones, Víctor Lindsey, es bastante ambicioso. La idea de ejecutar a un vampiro de la estatura de Portiglio le hará organizar un asalto en toda regla contra su escondite. Creo que los resultados serán de su agrado.

–Excelente --respondió Alicia bebiendo su segundo trago. Aunque tenía un extraordinario control sobre su propio cuerpo no era capaz de afectar directamente a sus procesos químicos. Unas cuantas copas más la dejarían tumbada, y no podía perder el tiempo emborrachándose, ni recuperándose de una resaca.

–Otra cosa --dijo, pasando como el rayo de un tema a otro--. Hay un Vástago en el Perdición sobre el que quiero saber más. Su nombre, y no creo que mienta, es Walter Holmes. Juega a las cartas. Mire qué puede encontrar sobre él.

–Haré las pesquisas habituales --respondió Jackson--. ¿Cuánto tiempo espera pasar en D.C.? ¿Debo instalar un cuartel general u ordeno que cualquier información sea remitida a nuestro jefe de operaciones?

–No estoy segura --admitió Alicia--. Justine ha declarado una guerra de sangre secreta contra la Camarilla de la ciudad. Dependiendo del éxito del ataque la batalla podría durar días. O meses. O años.

–¿Una guerra de sangre? –preguntó Jackson–. ¿Por qué me sonará tan ominosa esa expresión?

Alicia rió sin ganas y terminó la bebida.

–Justine ha enviado mensajes secretos a todas las manadas del Sabbat en la Costa Este informando de que la Muerte Roja trabaja para la Camarilla. Se niega a aceptar lo contrario, a pesar de las pruebas. Como el primer informe sobre el espectro llegó de D.C. se aferra a esa información para asegurar que allí se encuentra la guarida del monstruo. Ha ordenado a todos los miembros de la secta que borren del mapa a la Camarilla antes de que la Muerte Roja vuelva a atacar. Cree que así acabará con él... o eso dice.

Alicia sacudió furiosa la cabeza. Su marioneta se estaba moviendo por su cuenta. Justine había actuado, y Alicia no podía hacer otra cosa que seguirla.

–Al ser uno de los líderes del Sabbat –siguió– tiene autoridad para declarar una guerra de sangre. Y ya sabemos lo ambiciosa que es... Sabe que controlando Nueva York y Washington sería la más poderosa de América... Eso es exactamente lo que quiere. La aparición de la Muerte Roja le da la excusa para atacar que ha estado buscando desde que llegara al poder en Manhattan. La noticia ha corrido entre todos los núcleos del Sabbat en ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Muchas bandas se negarán a participar, pero otras existen únicamente para eso. Mañana por la noche cientos de jóvenes vampiros del Sabbat invadirán Washington con el objetivo de destruir a cualquier Vástago que no pertenezca a la secta. Dentro de veinticuatro horas las calles se teñirán de sangre Cainita.

–La situación parece bastante gris –dijo Jackson–. ¿Cómo reaccionará la Camarilla?

–No lo sé –admitió Alicia–. No hablamos de las circunstancias habituales de una batalla entre las dos sectas. Los líderes del Sabbat suelen preparar estas campañas con sumo cuidado, trabajando durante meses para asegurar que todo vaya adecuadamente. Empiezan enviando grupos de espías y saboteadores disfrazados como vampiros de los clanes de la Camarilla. Con cuidado, estos quintacolumnistas se establecen en la comunidad, haciendo lo posible por ascender posiciones en las desprevenidas filas del enemigo, aprendiendo así los secretos necesarios para garantizar el éxito de un ataque soterrado. Nada queda al azar. Cuando llega el golpe los espías se vuelven contra sus antiguos camaradas, destruyéndolos sin piedad. El ataque se complementa con cientos de vampiros jóvenes

que actúan como tropas de asalto, arrollando a los Vástagos más poderosos. La sorpresa siempre es total, de modo que las probabilidades de éxito son máximas. Utilizando la información proporcionada por los espías, los soldados del Sabbat tratan de arrebatarse a la Camarilla el control sobre la policía y el gobierno de la ciudad. Si se logra, el asedio suele tener éxito. Eliminar las bolsas de resistencia es sencillo. A veces la estrategia funciona, pero no siempre. Todo depende de la fuerza de los antiguos que haya en la metrópolis, y de su capacidad para responder rápidamente a un ataque.

»Sin embargo –prosiguió–, Justine ha renunciado a las ventajas de tener una quinta columna, preparando un ataque por sorpresa inmediato. Espera tomar al enemigo totalmente desprevenido. Es un golpe audaz y astuto: podría funcionar. Sin embargo, considerando el tamaño y el objetivo del asalto, hay muchos riesgos. Hay espías de la Camarilla en el Sabbat que tratarán desesperados de informar del plan, y detenerlos no es sencillo. Por eso Justine quiere actuar inmediatamente, reduciendo las posibilidades de una traición. Aunque sé poco sobre él, tengo entendido que el Príncipe Marcus Vitel es un Vástago extremadamente poderoso. Romper su control sobre la ciudad no va a ser fácil... Los Ventrue y los Tremere son poderosos allí, y no van a rendirse sin lucha. Justine espera que los números y la velocidad del ataque consigan derribar a Vitel y a sus secuaces.

–Alicia frunció el ceño.

»Según Hugh, últimamente la capital se ha convertido en un nido de intrigas y disensiones. La Camarilla no es la roca imperturbable de antaño, y parece evidente que Justine espera que estas trifulcas internas estorben su capacidad para desplegar sus fuerzas en defensa de la capital. Atada por la Mascarada y las Tradiciones de Caín, la Camarilla suele tener dificultades reaccionando a los retos inmediatos.

–Un poco arriesgado –dijo Jackson.

–Desde luego –respondió Alicia–. Por eso se llama *guerra* de sangre a estos ataques. Si el Príncipe Vitel sobrevive al ataque inicial y pide ayuda a los príncipes de la Camarilla en la Costa Este, todo el asunto podría convertirse en un conflicto a gran escala entre las dos sectas que involucre a decenas de miles de vampiros. Podríamos vernos en medio de una matanza.

Jackson tembló.

–Empiezo a tener la sensación de que me paga poco. Cuando todo esto termine me gustaría renegociar mi contrato.

Alicia sonrió.

–No me opondré, señor Jackson. Es usted un tesoro poco frecuente. Vale su peso en oro.

–No me dé ideas –respondió sonriendo–. Mientras tanto, ordenaré a nuestros agentes que adquieran algunos de esos lanzallamas especiales desarrollados por el Servicio Secreto. Pueden ser de lo más útil. Además, hay material de la NASA en Washington que podría encontrar interesante.

–Quiero que se doble la seguridad en este edificio mientras estemos fuera –dijo Alicia–. Voy a sellar la cámara subterránea, pero hay vampiros muy decididos por ahí sueltos.

–Como desee –declaró Jackson. Dudó un momento y luego continuó–. Esta próxima batalla entre el Sabbat y la Camarilla... Comprendo lo que dijo sobre las ambiciones de Justine Bern, pero seguía necesitando una excusa para actuar. Ahora la tiene. Quizá sea paranoico, pero, ¿no parece que la Muerte Roja es la responsable directa del conflicto?

–No se sienta así –respondió Alicia–. Estoy convencida de ello. Ningún agente real que trabajara para nuestro enemigo se lo diría a un Arzobispo del Sabbat, especialmente con ese dramatismo. La Muerte Roja tiene en cuenta las ambiciones de Justine, y las está explotando para lograr sus propios objetivos. Me extrañaría no descubrir que también es el responsable de los problemas que la Camarilla tiene en Washington. Los Vástagos suelen dejar que su afán por el poder nuble su juicio. Actúan de forma pasional, no racional. A pesar de sus poderes, es muy fácil engañarlos. Esta guerra ha sido orquestada por la Muerte Roja, pero no sé porqué. ¿Qué es lo que saca de ella ese monstruo?

–¿Poder? –aventuró Jackson.

–Sin duda –dijo Alicia–. Pero, ¿sobre quién? ¿Y cómo? Eso es lo que no comprendo–. Sus rasgos se endurecieron y adoptaron una intensidad temible–. Pero, desde luego, tengo intención de descubrirlo.

TERCERA PARTE

[*«Hasta para aquellos totalmente perdidos, para los que la vida y la muerte no son más que una broma, hay asuntos que no hay que tomar a la ligera.»*

Edgar Allan Poe, "La Máscara de la Muerte Roja"]

_____ 27 _____

Washington D.C.: 20 de marzo de 1994

Se produjo un leve sonido en la habitación. McCann, sentado en el sofá viendo la televisión, reaccionó instantáneamente. Se arrojó al suelo mientras extraía su ametralladora Ingram de la sobaquera. Con los ojos entrecerrados recorrió la oscura estancia, pero no había movimiento alguno.

–¿Nervioso, McCann? –preguntó una voz con un tono ligeramente sarcástico–. Pareces algo inquieto.

–Mierda, sí –respondió el detective poniéndose en pie y devolviendo el arma a su lugar. Enfadado, encendió la lámpara de la

mesa. La noche había caído en D.C. y la única iluminación era la del televisor—. Tengo la sensación de estar patinando en el filo de una navaja. No vuelvas a hacer eso.

Flavia rió entre dientes. Estaba apoyada contra la puerta de la habitación del hotel. La asesina Assamita se había vestido de forma conservadora con un sencillo traje oscuro, zapatos planos y guantes también oscuros. Un rastro de color asomaba a sus mejillas blancas, y sus labios pálidos habían sido retocados en rosa. Estaba haciendo un gran esfuerzo para mezclarse con la población local.

Para sorpresa de McCann, Flavia había demostrado ser muy hábil desapareciendo en medio de las multitudes, aunque debía haberlo sospechado. Los Assamitas mataban con estilo, pero comprendían la importancia de pasar desapercibidos si era necesario. Podían matar tanto con el sigilo como con florituras.

—¿Lees los periódicos? —preguntó la vampira sosteniendo la última edición del *Post*. En primera página había un titular con un enorme tipo de letra: *Guerra de bandas sacude las calles. ¡Decenas de muertos en las últimas 24 horas! ¡La policía no hace nada! El alcalde reclama el Estado de Emergencia y pide ayuda a los gobernadores de Virginia y Maryland.*

—No lo he visto —dijo McCann, señalando con la cabeza al silencioso televisor—, pero estaba viendo las noticias en un programa local. Hay incendios y saqueos por todo el Distrito de Columbia. Va a hacer falta algo más que la Guardia Nacional para detener esta locura. La Casa Blanca está hablando de traer tropas regulares. —El detective sacudió la cabeza disgustado.

»Parece que hemos llegado a la capital justo en el estallido la situación —su voz se hizo más sarcástica—. Qué extraña coincidencia que los disturbios hayan comenzado el mismo día de nuestro viaje.

—Exactamente lo que yo pienso —dijo Flavia.

—¿Qué has descubierto? —preguntó McCann—. ¿Sabes algo de los movimientos de Benedict mientras estuvo aquí?

Flavia negó con la cabeza.

—Nada de nada. Lo que me dijiste. La información se ha secado y todas las pistas conducen a callejones sin salida.

—¿Pudiste encontrar a Thompson? —preguntó el detective. Vargoss le había dado ese nombre como su contacto en la ciudad.

—Ha desaparecido —respondió ella—. Permanentemente. Los detalles son confusos, pero se dice que lo frieron de forma espectacular. Su local también se ha evaporado. Es una ruina

humeante, destruido en los disturbios de anoche.

–¿Quemado? ¿Crees que la Muerte Roja estuvo involucrada?

–No lo sé con seguridad. Como he dicho, no he podido reunir mucha información. En estos momentos no hay demasiados miembros de la Camarilla dispuestos a asomar la cabeza. Peter Dorfman, el Pontífice Tremere, está escondido. La Casa Octogonal, que normalmente sirve como su capilla, está vacía. Es imposible encontrar al Príncipe Vitel, y circulan rumores de que ha sido destruido. Me resulta difícil creerlo. Sospecho que está reuniendo a los suyos, esperando el momento apropiado para vengarse de aquellos que se atrevieron a invadir su territorio.

–Vaya lío –dijo McCann, disgustado–. Vaya maldito follón. Mis poderes telepáticos son inútiles con tantos Vástagos en la ciudad. Sus mentes crean un jungla psíquica que no puedo penetrar. No he logrado hallar rastro alguno de la Muerte Roja.

–Un Nosferatu encorvado y retorcido llamado Amos al que encontré en el metro contaba historias sobre alguien que utilizaba bombas de Termita.

McCann frunció el ceño.

–¿Termita? ¿Desde cuando utilizan los Hijos de Caín explosivos?

–Casi todos los profesionales prefieren los antiguos métodos

–respondió Flavia–. Los cuchillos y las espadas son las armas predilectas. –Con un suave movimiento desenvainó sus dos espadas cortas ocultas de algún modo bajo los pliegues del vestido. Las hojas gemelas brillaron a la luz de la luna, que se filtraba a través de la ventana–. El acero frío es tan agradable... –comentó, casi ronroneando de placer–. El golpe final, separando la cabeza de tu enemigo de su cuerpo... No hay nada igual.

–Suenan encantador –murmuró McCann sarcástico–. Estábamos hablando de la Termita.

–Hay un proscrito Assamita al que le gusta ignorar las reglas del clan sobre el comportamiento adecuado –siguió Flavia–. En los últimos años circulan muchas historias que aseguran que utiliza bombas de Termita en la elaboración de complejas trampas.

–¿No estás segura de que sean ciertas?

–Nunca ha habido supervivientes para confirmar los rumores

–dijo Flavia–. Makish es muy cuidadoso.

–Makish –repitió McCann–. ¿Es bueno?

–De los mejores. Y trabaja para el mejor postor. Si está con...

Nunca pudo acabar la frase. Con el estruendo de una explosión

de madera y metal, la puerta de la habitación reventó hacia dentro. Siseando como serpientes, unas diez figuras vestidas de cuero negro trataban de entrar a la vez en el cuarto. McCann alcanzó a ver cadenas, navajas automáticas e incluso guadañas.

–¡Matemos a esos cabrones! –gritó una voz–. ¡Sabbat eterno!

Maldición, pensó McCann mientras desenfundaba su arma por segunda vez en menos de cinco minutos, *tienen hasta sus propios cánticos. ¡Esto es una locura!*

El líder de la manada, un enorme vampiro con la cabeza afeitada, ojos salvajes y dagas tatuadas en las mejillas, saltó hacia delante. Llevaba un machete en cada mano, pero no tuvo oportunidad de llegar a utilizarlo. Con calma, el detective mantuvo apretado el gatillo de la Ingram. Un rugido sordo llenó la habitación mientras treinta proyectiles de alta potencia acertaban al Cainita casi a bocajarro. Parecía que una mano gigante hubiera agarrado al vampiro por el cuello y lo hubiera arrojado contra sus cantaradas. Éstos tropezaron los unos con los otros y cayeron sobre los restos de la puerta.

Las espadas de Flavia decapitaron a tres antes de que el resto lograra huir hacia el pasillo. Riendo como una loca, la Assamita avanzó para perseguirlos, pero McCann la detuvo sujetándola por el hombro.

–No te dejes llevar –le dijo mientras la apartaba de la entrada–. Podría haber un centenar subiendo en las escaleras. Alguno de esos con los que has hablado ha cantado. Te han seguido. Tenemos que salir de aquí antes de que nos aplasten por pura superioridad numérica.

–¡Escoria del Sabbat! –gritó Flavia apuntando con sus cuchillos amenazadoramente a dos vampiros que se aventuraron hasta el umbral. Sus rostros desaparecieron rápidamente.

»Deprisa –murmuró–. Por la ventana. Por muchas ganas que tenga de quedarme a pelear, tienes razón. No puedo encargarme de todos los anarquistas de la ciudad. Escapemos.

McCann siguió a la Assamita hasta un enorme ventanal al otro lado de la habitación. Unos oscuros nubarrones cubrían la luna y las estrellas. La única iluminación procedía de las farolas de la calle. Se encontraban en la quinta planta, y abajo no estaba la proverbial piscina de las novelas de espías. Tampoco había salida de emergencia.

–¿Puedes volar? –preguntó Flavia.

McCann no estaba seguro de si hablaba en serio o no. En

cualquier caso, la respuesta era la misma.

–No, ni me puedo convertir en murciélago.

–Yo tampoco –dijo Flavia–, lo que sólo nos deja una opción: descender por la fachada. –Llegaron ruidos del pasillo–. Están reuniendo valor para un segundo ataque. Tenemos que movernos.

La mujer dio una fuerte patada al ventanal. Era supuestamente irrompible, pero estalló en miles de fragmentos. Luego se giró hacia McCann.

–Súbete a mi espalda. Ya.

El detective la miró.

–¿Piensas descender por la fachada del edificio en la oscuridad total cargando conmigo?

–¿Tienes una idea mejor? –preguntó Flavia–. O eso o nos enfrentamos a la manada del Sabbath. Y ya sabes lo que le hacen a los humanos y a los magos que trabajan para la Camarilla... Se tardan varias semanas en morir...

–Me has convencido –dijo McCann. Se encaramó a su espalda, pasando una mano bajo el brazo derecho de la mujer para aferrarse a su pecho. Enroscó las piernas alrededor de la cadera. Se sentía como una mochila.

Con la otra mano sujetaba fuertemente su pistola ametralladora recargada. En circunstancias normales sabía que el arma no valía de mucho contra sus enemigos, pero en caso necesario eso podía cambiar. La guerra exigía medidas desesperadas, igual que su supervivencia personal.

Incluso cargada con los cien kilos del detective, Flavia se movía con la gracia de una pantera cazando. Sus dedos, inmensamente fuertes, salieron por el hueco de la ventana y se clavaron en la fachada de piedra.

–Allá vamos –dijo–. No te sueltes. Los humanos no rebotan bien en el hormigón. Sospecho que ni siquiera una Máscara sobreviviría intacta a la caída.

Salió de la habitación y se apoyó en una imposta decorativa de pocos centímetros que rodeaba el edificio. Sus dedos, en vez de buscar asideros en la piedra, creaban los suyos propios clavándose en la fachada como si fuera de arcilla. Lenta, cuidadosamente, la Assamita se abrió camino por la imposta manteniendo su presa con una mano mientras con la otra buscaba el siguiente apoyo. Teniendo en cuenta que llevaba a McCann a la espalda, era toda una proeza de equilibrio.

Aullidos de rabia y frustración surgieron del apartamento que acababan de abandonar.

–¿Eres capaz de sostenerte a pesar de las sacudidas? –preguntó McCann.

–Creo que sí –dijo Flavia–. Ahí hay otra ventana. Si llevo un pie hasta la jamba y mantengo mis manos en la piedra estaríamos firmemente anclados. ¿Por qué lo preguntas?

–He metido munición especial en la pistola –mintió el detective. Levantó el arma y apuntó en la dirección general de la ventana por la que acababan de salir–. Cuando esos cabrones asomen la cabeza buscándonos tengo pensado provocarles algunas heridas de consideración.

–Adelante –dijo Flavia–. Estoy lista.

–¿Dónde están esos hijos de p... –gritó una joven de color apoyándose en el vierteaguas. Como sus compañeros anarquistas, vestía de cuero negro y tenía la chaqueta decorada con placas y cadenas. McCann no le dio oportunidad de terminar la frase.

Apretó tres veces el gatillo de la pistola. A esa distancia las balas no podían fallar. En el preciso instante en el que los proyectiles impactaron en el cuerpo expuesto de la vampira, el detective concentró toda su fuerza de voluntad y formó mentalmente una palabra que no podía ser pronunciada en voz alta. La explosión resultante iluminó el cielo nocturno e hizo que todo el edificio temblara.

–¿Qué había en esas balas? –preguntó Flavia mientras contemplaba el cuerpo sin cabeza de la chica rebotar contra el pavimento. Ya estaba otra vez en movimiento, deslizándose por la pared en busca del centro del edificio. Allí había unas molduras que harían más sencillo el descenso.

–Cargas especiales de la policía antidisturbios –dijo tranquilamente McCann. Existían esas balas, pero no de la magnitud que acababa de simular–. Están pensadas para detener vehículos blindados. Pensé que una cuantas animarían un poco las cosas.

–Esperemos que esos demonios no hayan dejado un grupo para esperarnos abajo –dijo la Assamita mientras comenzaba cuidadosamente a descender–. Esos anarquistas tienen un Vínculo de Sangre con sus sires y no controlan sus acciones. El Sabbat los utiliza como carne de cañón. Los antiguos están dispuestos a sacrificar a decenas, a cientos de neonatos con tal de cargarse a un vampiro poderoso de la Camarilla.

–Ahora que ya saben que existes... –comenzó McCann.

–...la horda no descansará hasta que esté muerta --terminó Flavia--, o hasta que acabe con todos ellos.

–Parece que las cosas están igualadas --dijo el detective--. Por si acaso llegamos a separarnos, nos reuniríamos mañana a medianoche en el Lincoln Memorial. Si la ciudad sigue en guerra y uno de los dos no consigue llegar lo intentaremos de nuevo a la noche siguiente.

–Buena idea --dijo Flavia. Estaban a unos seis metros del suelo--. Los oigo acercarse ahí abajo. Sujétate fuerte, voy a saltar. Prepárate para correr en cuanto toquemos el suelo.

El detective no discutió. Flavia había sido enviada por el Príncipe Vargoss para ofrecerle protección, y no había motivo alguno para ser noble. Estaban ocurriendo cosas extrañas en Washington, acontecimientos directamente relacionados con la Muerte Roja, y tenía la intención de descubrir qué era lo que pretendía el monstruo. No iba a permitir que una horda de anarquistas del Sabbat le impidiera averiguar la verdad.

Golpearon el suelo con tal fuerza que los oídos de McCann comenzaron a zumbar. El impacto en los dientes fue terrible. Se soltó de la Assamita y trastabilló hacia la pared, recuperando el equilibrio. Flavia no parecía tener ese problema. Ya había desenvainado las espadas y estaba lista para actuar. No tuvo que esperar mucho.

Gritando obscenidades, cinco anarquistas surgieron de la vegetación que rodeaba el hotel y cargaron contra ella. Dos llevaban cuchillos, otros dos porras metálicas y uno, sorprendentemente, blandía una horca de heno.

–Déjamelos a mí --dijo Flavia echando una rápida mirada a McCann--. Vete antes de que aparezcan los demás.

–Me largo --dijo el detective--. Nos vemos más tarde. No dejes que te maten.

La Assamita rió volteando sus espadas.

–¿Esta escoria? Lo dudo, McCann. --Sus ojos brillaban ansiosos--. Cuídate de Makish, detective. Es extremadamente peligroso. Amos me dijo que trabaja para la Muerte Roja.

No hubo más tiempo para hablar, ya que Flavia cargó a la batalla. McCann, con los seis sentidos alerta, corrió en dirección contraria, hacia el aparcamiento del hotel.

Como habían viajado en avión a D.C. habían alquilado un Executive Land Cruiser último modelo para moverse por la ciudad. Era muy caro, pero el dinero procedía de los fondos casi ilimitados de Vargoss. Tenía un motor turbo de ocho válvulas y estaba recubierto

por una red de fibra de vidrio a prueba de balas, ofreciendo una pequeña protección en las mortales calles de Washington.

En el coche le esperaba un pequeño grupo de recepción, dos mujeres jóvenes, o eso parecían a primera vista. Eran altas, una rubia y la otra castaña, y estaban sentadas en el capó. No vestían de cuero negro, sino con trajes amplios de seda blanca. Aparentaban unos veinticinco años, pero no le engañaban. Sus rostros pálidos, los ojos demasiado brillantes y la mirada hambrienta las delataban como Vástagos... igual que los cuchillos que tenían en las manos.

–Largaos de aquí –dijo el detective levantando la pistola–. Estoy harto de toda esta mierda. Estas balas os reventarían la cabeza como un tomate maduro.

–Oh, qué duro –dijo la rubia poniéndose en pie–. Me pones caliente, grandullón. Seguro que tu sangre es muuuy dulce.

–Sí –dijo su compañera, uniéndose a ella. Apuntaba al pecho de McCann con su cuchillo de carnicero–. Me pregunto qué dirá cuando descubra que su arma no funciona. ¿Qué hará cuando comprenda que nosotras tenemos el poder?

McCann maldijo y apretó el gatillo. No ocurrió nada. La de pelo castaño rió.

–¿Qué pasa ahora, grandullón? –dijo lamiéndose los labios y revelando una boca llena de brillantes dientes blancos–. ¿Sabías que beber sangre es mucho mejor que follar? Al menos para nosotras...

Las dos se lanzaron al ataque. El detective, molesto con su propia estupidez, tiró la Ingram y las esperó. Dejó que su consciencia se expandiera, abarcando todo el hotel. Había casi cuarenta vampiros en la zona, pero salvo aquellas dos ninguno era consciente de su presencia en el aparcamiento.

Satisfecho al saber que no era observado dejó que sus reflejos, tanto tiempo dormidos, se activaran. Los dos cuchillos de carnicero alcanzaron a McCann en el pecho y en el hombro, estallando en mil pedazos al golpear un cuerpo duro como la piedra.

–Nunca, nunca subestiméis a vuestro oponente –les dijo mientras aferraba a cada una de las vampiras por el cuello con una fuerza monstruosa. Las dos están demasiado sorprendidas para reaccionar. Las levantó del suelo sin esfuerzo–. Este mundo nuestro tiene demasiadas sorpresas como para no ser extremadamente cauto.

Apretó las manos. Las mujeres se retorcieron de dolor cuando el detective les aplastó la columna vertebral. Asintiendo satisfecho, dejó caer los cuerpos al suelo. A los Vástagos los mataba la diablerie, la luz

del sol, el fuego o la decapitación. La magia... Un largo y delgado cable de acero apareció en las manos de McCann. Estaba afilado como una cuchilla.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer. A lo largo de los siglos había tenido muchas oportunidades para practicar.

Washington D.C.: 20 de marzo de 1994

–Está aquí –susurró Alicia, abriendo sorprendida los ojos.

–¿Decía algo, señorita? –preguntó Jackson desde el volante de la limosina–. Disculpe, no estaba prestando atención. Conducir por estos barrios una noche así requiere toda mi concentración.

–Nada de lo que deba preocuparse –respondió Alicia–. Sólo pensaba en voz alta. Permanezca alerta. Cuanto más nos acercamos al cuartel general de Justine más probable es que nos encontremos con manadas anarquistas. De momento me gustaría evitarlas en la medida de lo posible. La Arzobispo ha perdido el control de la situación: ya no hay ningún vampiro o humano a salvo.

–Llegaremos –dijo Jackson sin el menor asomo de duda en su voz–. Este vehículo es un tanque, nada puede detenerlo. El almacén está a unas seis manzanas.

–Espero que no se equivoque –dijo Alicia reclinándose sobre el asiento–. Según los últimos informes, los disturbios se han extendido por toda la ciudad, y ya no son sólo los Vástagos los que causan daños. Hay incendios y saqueos por todas partes. La ciudad entera se ha vuelto loca.

–Tenía usted razón –comentó Jackson, sombrío–. Es una guerra, una guerra de sangre.

Alicia no dijo nada. Aún estaba algo aturdida. Había palabras que no podían decirse en alto, e incluso su mero pensamiento producía ondas de distorsión en la *umbra*. Una de ellas había sido susurrada hacía un momento. De todos los Vástagos, sólo dos extremadamente antiguos y poderosos conocían su uso y pronunciación correctos. Anis, la Reina de la Noche, era una. El otro era Lameth, conocido por muchos como el Mesías Oscuro, amante de Anis. Esta noche, por

primera vez en más de cien años, estaban juntos, al menos en mente, en la misma ciudad.

Igual que sobre el Inconnu, circulaban numerosas historias sobre los pocos datos disponibles acerca de la misteriosa pareja. Muchos Vástagos estaban convencidos de que Anis y Lameth seguían vivos, pero nadie parecía haberse encontrado con ellos. Corrían infinitos rumores sobre su participación en la Yihad, la guerra eterna por lograr el control de todos los Cainitas, pero nunca se había encontrado prueba alguna de sus actividades. Eran leyendas, y nadie podía separar el mito de la realidad.

Según estas historias, los dos habían alcanzado la Golconda, el estado de dominio absoluto sobre la bestia interior, mediante una poción creada por Lameth en la Segunda Ciudad. El brebaje les había concedido la inmortalidad sin la sed de sangre, pero no les había proporcionado la paz, ya que el elixir no apagaba la ambición. Los dos, Anis y Lameth, estaban consumidos por su deseo de gobernar el mundo.

Habían sido amantes. Eso también formaba parte de la leyenda. Trabajando juntos y utilizando sus poderes al unísono habían formado lo que probablemente fuera la pareja de Vástagos más peligrosa que había existido jamás.

Anis era la maquinadora, la seductora, la que trazaba los planes. Era hija de un rey de una vasta megalópolis prehistórica, y tanto en vida como en la muerte había sido la mujer más bella del mundo primordial. Su perfección rivalizaba con la de Lilith, la primera esposa de Adán y madre de demonios.

Lameth era el amo de la magia. Antes de su Abrazo había sido el mayor hechicero del imperio perdido de Atlantis. Nadie conocía su verdadera edad o su historia, pero se rumoreaba que había realizado tratos innombrables con los Señores del Infierno a cambio de conocimientos. Ninguno de sus contemporáneos se sorprendió en absoluto cuando se convirtió en un no muerto. Se rumoreó que se trataba de un intento desesperado de escapar al tormento eterno que le aguardaba más allá de la tumba. El éxito de su plan se podía comprobar en el hecho de que mientras sus celosos rivales habían desaparecido con Atlantis y habían caído en el olvido, seis mil años después Lameth aún hollaba la Tierra.

La Reina de la Noche y el Mesías Oscuro eran unos de los primeros miembros de la cuarta generación. Como Matusalenes que se remontaban a antes del comienzo de la historia escrita, disponían

de increíbles poderes y terribles disciplinas. En vida habían sido ambiciosos, y la muerte no había atemperado su codicia. Ni siquiera sus sires, los semidioses conocidos como Antediluvianos, eran inmunes a la traición y a la inquina de la pareja. Historias que se remontaban hasta la oscuridad de los tiempos aseguraban que fueron los planes de Anis los que provocaron la muerte de Brujah, y que la lucha secreta por conseguir la fórmula de Lameth había causado la destrucción de la Segunda Ciudad.

Anis y Lameth: sus nombres estaban unidos para siempre en la mitología de los Vástagos. El suyo era un amor que trascendía a la muerte. Sin embargo, aquellos seres tan poderosos no podían coexistir en armonía, a pesar de la profundidad de los lazos que los unían. Los dos soñaban con alcanzar el control absoluto de Vástagos y mortales, y ninguno estaba dispuesto a compartir su imperio con el otro. Los amantes se habían convertido en rivales y, con el paso de los siglos, en enemigos. Tras la caída de la Segunda Ciudad, como les había sucedido a muchos otros de la cuarta generación, se desvanecieron en el oscuro mar de la historia.

Alicia se preguntó qué aspecto tendría Lameth. No tenía duda de que lo reconocería en cuanto lo viera, ya que no era posible ocultar su fuerza vital, aunque estuviera profundamente enterrada en la carne y la sangre mortal. Conocía todos sus trucos, igual que él los suyos. Sonrió. Llevaba días buscando un amante, y Lameth conocía como ningún otro sus gustos y deseos. Sospechaba que aceptaría encantado una tregua. Había pasado demasiado tiempo desde su último encuentro.

--Problemas --dijo Jackson inesperadamente, rompiendo su concentración--. Parece que hay barricadas en medio de la calle.

Alicia miró por encima del hombro de su ayudante. Había un gran montón de mobiliario roto, bidones de aceite y alambre de espinos que iba de una acera a la otra. Varias figuras armadas con antorchas se movían detrás de la improvisada barrera. Trató mentalmente de revisar la zona, pero fue incapaz. Había tantos vampiros en la ciudad que sus poderes telepáticos eran inservibles.

--Atraviésela --dijo Alicia--. No podemos perder el tiempo volviendo atrás.

--Podría ser una trampa --respondió Jackson--. Debe haber pinchos metálicos en el pavimento al otro lado. Es un truco antiquísimo, iríamos demasiado rápido para frenar.

--Arriesguémonos --ordenó Alicia impaciente. Tenía que llegar

hasta Justine para controlar aquel caos. El ataque sorpresa había cogido desprevenida a la ciudad, pero todos los antiguos habían desaparecido. De algún modo habían sido avisados de la invasión. En las filas del Sabbat se ocultaba algún traidor, pero de momento era imposible dar con él. No importaba. Alicia sospechaba que todos los Vástagos presentes en la ciudad eran actores de una obra escrita por la Muerte Roja, y que había aguardando algún final monstruoso...

–Usted manda –dijo Jackson mientras pisaba el acelerador a fondo–. Agárrese.

El enorme vehículo salió disparado hacia delante. El motor rugió, lanzando la limosina como un meteorito contra la barricada. Golpeó la barrera como un martillo, convirtiendo la madera en astillas. La máquina pareció vacilar durante un momento, pero con un gruñido de furia mecánica atravesó los obstáculos. Las ruedas chillaban buscando tracción y los músculos de los brazos de Jackson se tensaron para mantener el volante enderezado. El ayudante observó la calzada y profirió una maldición. A la luz de los faros podía ver, a menos de siete metros, una fila de artilugios de metal con puntas para destrozar los neumáticos. No podía esquivarlos. Sus sospechas eran correctas: habían caído en una trampa.

Alicia actuó instintivamente, y accediendo al núcleo de energía fundida que ardía en su interior ejerció toda la fuerza de su voluntad. La disciplina, conocida únicamente por los chiquillos originales de Brujah, se llamaba *Temporis*. En el exterior del vehículo el tiempo se congeló.

–¿Qué... –empezó Jackson, mirando atónito el mundo congelado.

Ignorando a su asistente, Alicia se concentró en los pinchos de metal. *Temporis* requería una extraordinaria cantidad de energía, y habitando un cuerpo humano su mente sólo podía mantener aquel estado sobrenatural durante unos latidos antes del colapso del campo temporal. Con los puños apretados transformó los artilugios metálicos en tiza. Luego, con un suspiro de alivio, liberó la burbuja que los rodeaba. Como si hubiera levantado el dedo de una goma elástica estirada, el universo regresó a la normalidad.

–...coño? –Terminó Jackson, girando el volante mientras la limosina pasaba por encima de los pinchos y seguía corriendo por la avenida, dejando atrás a un atónito grupo de proscritos callejeros.

–Los... los... –tartamudeó el hombre, frenando poco a poco el vehículo hasta alcanzar una velocidad adecuada–. Los pinchos... en la calle... el metal...

–Serían de algún material barato --respondió Alicia, físicamente exhausta por el esfuerzo--. Nada de preguntas. Conduzca.

Con un suspiro, tomó una botella de brandy que guardaba en el bar del vehículo. Anotó mentalmente el lugar de la emboscada. Antes o después regresaría a la zona y encontraría a los responsables de la barricada. A pesar de lo que se decía, Alicia estaba convencida de que la mejor venganza era la misma venganza.

–La próxima vez --le dijo enojada a Jackson-- recuérdeme que no tenga tanta prisa para que me maten.

Furiosa por su propia estupidez se bebió el vaso de un trago y se sirvió otro. Utilizando Temporis había revelado su presencia a cualquier Matusalén en la ciudad. Ahora Lameth sabía que estaba allí y, lo que era más preocupante, también la Muerte Roja.

Llegaron sin más incidentes al cuartel general de Justine, un enorme almacén abandonado cerca del centro de la ciudad. Jackson aparcó el vehículo en la parte trasera, en uno de los muelles de carga. Se volvió hacia Alicia esperando instrucciones.

–Espéreme aquí --le ordenó secamente. Los acontecimientos de los últimos días estaban empezando a cobrarse su precio. Alicia odiaba que la manipularan, y hasta ahora no había hecho más que reaccionar a los movimientos de la Muerte Roja. Ya era hora de pasar a la ofensiva--. Si se acerca al coche cualquiera al que no reconozca utilice el lanzallamas. Quémelo hasta convertirlo en cenizas. Si quieren problemas, les daremos problemas.

–Pensé que había venido aquí para desactivar la situación --dijo Jackson, con su compostura de nuevo intacta--. ¿No tenía intención de detener la lucha?

–Se acabaron las muertes sin sentido --dijo Alicia, abriendo la puerta de la limosina. Sonrió sin humor. No había razón alguna para ser sutiles--. Pero si alguien me molesta, pasa a ser personal.

Normalmente Alicia escondía la parte de ella que era Anis, pero no ahora. Mientras caminaba por el almacén su cuerpo irradiaba una energía sobrenatural. Su furia y su frustración la hacían peligrosa.

Había casi veinte Vástagos armados hasta los dientes repartidos por el edificio. Eran las tropas de asalto de Justine, conocidas como la Guardia de Sangre. Todos ellos eran veteranos curtidos en cien campañas contra la Camarilla. Aunque eran fieros luchadores y les consumía el deseo de tomar el control, eran seguidores de la Senda del Poder y de la Voz Interior. Todos eran ambiciosos y estaban ansiosos por ascender en el mundo de los no muertos. No obedecían

a la Arzobispo por responsabilidad a la secta, sino porque creían que el mejor modo de avanzar era aliarse con ella. No eran leales a nadie.

Estos vampiros guerreros solían tratar a Alicia con el mismo respeto que a un perro o a un gato abandonados. A veces la insultaban y se burlaban de ella por su papel como ghoul de Justine. Para ellos, los humanos merecían el mismo trato que los animales. Aquella noche no era así. Había algo extraño en la mirada de la mujer que los hacía evitarla.

–Mira quién está aquí –dijo Hugh Portiglio rezumando sarcasmo cuando Alicia entró en la pequeña oficina en la que Justine celebraba audiencia–. Por fin ha llegado la princesa del ganado.

–*Cierra tu puta boca* –le dijo Alicia, dejando que un fragmento de su furia tocara al Tremere *antitribu*, que dejó caer la mandíbula con una mirada aterrada y dio un paso hacia la pared.

Molly Wade la observaba con curiosidad, pero no dijo nada. Sonreía y asentía, como si estuviera respondiendo a alguna pregunta.

–Hay que controlar las algaradas en las calles –dijo Alicia directamente a Justine–. El ganado se está volviendo suspicaz sobre la misteriosa violencia que asola Washington. Si las cosas empeoran podría romperse la Mascarada.

–¿A quién le importa? –dijo Hugh, recuperando parte de su valor, aunque evitara mirar directamente a Alicia–. Ese ha sido siempre nuestro método de ataque: la Camarilla queda desequilibrada tratando de proteger la Mascarada mientras nosotros nos hacemos con el control de los puntos clave.

–¡Pero es que no estamos logrando hacernos con *nada*, jodido gilipollas! –respondió Alicia–. Ese es el problema. Nuestros neonatos están reduciendo a escombros sus guaridas, pero no hemos destruido a ninguno de los antiguos rivales. De momento sólo hemos acabado con algunos engranajes poco importantes en la maquinaria de Vitel. Creíamos que tomaríamos desprevenido al enemigo y que lo aplastaríamos con nuestra superioridad, pero no ha sido así. El Príncipe y sus consejeros han huido. De algún modo supieron de nuestros planes. Los antiguos han escapado y han dejado aquí a sus marionetas humanas. La guerra de sangre se ha convertido en una lucha entre Vástagos y mortales. No podemos ganar.

–Tonterías –protestó Hugh con una expresión de desprecio–. Los humanos son unos estúpidos.

–No más que algunos vampiros –respondió Alicia, dejando claro a quién se refería.

–Alicia tiene razón –dijo Justine rompiendo su silencio. Su expresión era seria–. Vinimos aquí para arrebatarle el control a Marcus Vitel y a la Camarilla. La Muerte Roja era la coartada perfecta para nuestras acciones, pero a pesar de todo no hemos destruido a ninguno de nuestros enemigos. –Se detuvo por un momento.

»Si el Príncipe regresa y expulsa a nuestras fuerzas de la ciudad seré culpada de la pérdida de prestigio del Sabbat –dijo mirando a Portiglio–, igual que mis consejeros.

–Los demás Arzobispos apoyaron esta acción –dijo Molly con un tono completamente cuerdo–. Todos estaban de acuerdo. Temían a la Muerte Roja.

–A él le *temen* –dijo Justine enojada–, pero a mí me odian. Hay algunos miembros del Círculo Interior que disfrutarían con mi fracaso. Mis rivales reirían como nunca acusándome de poner en peligro la supervivencia del Sabbat por motivos personales. El castigo, por supuesto, sería la Muerte Definitiva.

–Los anarquistas deben concentrarse en la caza, no en la violencia gratuita –intervino Alicia concentrando su voluntad en la Arzobispo–. Cuando los controlemos los disturbios remitirán. Todos nuestros esfuerzos deben ir dirigidos hacia la caza del Príncipe y de sus aliados.

–Vitel debe ser destruido –dijo Justine–. Eso está claro. Si no damos con él habremos fracasado. –Hizo un gesto a Molly–. Dile a la Guardia de Sangre que se distribuya por toda la ciudad. Quiero que termine el caos. Inmediatamente. Los que no obedezcan mis deseos serán destruidos sin excepción.

–Protesto –interrumpió Portiglio de forma vehemente–. Detener la destrucción es un error estúpido. Si los disturbios continúan Vitel tendrá que dar la cara, o verá su ciudad reducida a cenizas. Si cesamos los ataques le damos la oportunidad de reagruparse y reorganizarse. Tenemos Washington al alcance de la mano. No podemos desperdiciar la oportunidad.

–Tu objeción será tenida en cuenta, Hugh –dijo Justine–. Ahora cállate y no vuelvas a abrir la boca. Si te atreves a disentir conmigo una vez más te entregaré a la Guardia de Sangre. Creo que disfrutarían enseñándote algunos de sus rituales más interesantes.

Alicia no pudo evitar una sonrisa. Estaba bastante satisfecha consigo misma. A veces bastaban unas pocas palabras para dirigir a Justine en la dirección adecuada. Siempre respondía a la lógica, especialmente cuando su supervivencia estaba en juego.

Durante más de seis mil años unos pocos miembros de la cuarta generación habían estado enfrascados en un conflicto por el dominio del mundo. Lo llamaban la Yihad, y aunque controlaban fuerzas más allá de toda comprensión muy pocos Matusalenes arriesgaban sus vidas en los combates directos.

Lo que hacían era librar su guerra secreta por medio de peones. Utilizando su formidable fuerza de voluntad, estos poderosos vampiros engañaban a los Vástagos de las generaciones inferiores para que lucharan sus batallas. La Yihad era una compleja partida de ajedrez entre varios jugadores, con el mundo como premio.

Anis, con un disfraz u otro, llevaba milenios participando. Tenía más de cincuenta siglos de experiencia manipulando las piezas sobre el tablero, pero nunca se le ocurrió ni por un instante que ella fuera la marioneta de maquinadores aún más poderosos.

_____ 29 _____

Washington D.C.: 20 de marzo de 1994

–Discúlpeme –dijo Makish educadamente–. ¿Podrían decirme la hora exacta, por favor?

–¿Cómo? –gruñó el más grande dándose la vuelta, sorprendido. Estaba revolviendo entre una pila de cajas en un callejón y era evidente que no había oído llegar al Assamita. Con la mirada fija en la de Makish sonrió, revelando una hilera de dientes amarillos–. ¿A quién coño le importa? Eres carne muerta, japo cabrón...

–Mis disculpas –respondió el asesino con tono contrito. Aparentemente sin esfuerzo, atravesó con la estaca de madera que llevaba oculta el pecho del anarquista. Con un ruido sorprendido, el atónito vampiro se derrumbó. El Assamita se encogió de hombros–. Pero no soy japonés... ni carne muerta.

De un bolsillo de su abrigo sacó una de sus apreciadas bombas de Termita y un tubo de pegamento ultrarrápido. Sonriendo a su paralizada víctima, se inclinó y depositó cuidadosamente algunas gotas de adhesivo en el puente de su nariz. Luego colocó el explosivo entre los ojos del anarquista, dejándolo secar durante algunos segundos y comprobando luego la adherencia. El explosivo estaba firmemente sujeto.

–Creo que tu muerte será bastante artística –dijo el pequeño asesino–. He programado un minuto en el temporizador. Cuando el dispositivo estalle convertirá tu cráneo en cenizas, decapitándote. Por favor, mientras aguardas siéntete libre para pensar en los grandes misterios del más allá. –Se puso en pie–. Me quedaré cerca para asegurarme de que nadie interrumpa tus meditaciones. No te preocupes, este barrio parece deshabitado. –El Assamita se detuvo un momento y sonrió.

»La respuesta a mi pregunta sobre la hora, por si tienes alguna duda, era que es más tarde de lo que crees. Adiós. Agradezco tu contribución a mi arte.

La explosión, sesenta segundos después, fue plenamente satisfactoria. Makish disfrutaba exterminando a los anarquistas. Su aproximación brutal y nihilista a la existencia ofendía su delicado sentido de la verdadera belleza. Los consideraba las hordas bárbaras de los Vástagos. A su modo, Makish se veía como una voz solitaria que defendía valores positivos en una desolación cultural. Los vampiros que no apreciaban el arte merecían morir, y tomaba como su obligación liberarlos de la pesada carga de la inmortalidad.

–Ese caballero hace el dieciséis en tres noches –dijo a los silenciosos edificios que lo rodeaban. Después de pasar las dos últimas noches trabajando en el barrio de Anacostia había vuelto a la zona este. Los disturbios en la ciudad eran una cobertura excelente, y Makish era de la opinión de que había que aprovechar al máximo los momentos favorables.

No estaba seguro de si la violencia tendría algo que ver con los planes de la Muerte Roja, pero no le importaba. Los motivos que hubiera más allá no significaban nada para él. El dinero y el arte eran las luces que guiaban su vida.

–Te has encargado de ellos con facilidad –dijo una voz familiar a su espalda–. Siempre es un placer ver trabajar a un artesano.

El Assamita hizo un gesto de disgusto, pero lo borró de su cara antes de girarse. Le desagradaba enormemente que la Muerte Roja lo sorprendiera con tanta facilidad. Ese talento, unido a su toque mortal, no creaban un ambiente de gran confianza entre los dos.

Makish no se hacía ilusiones cuando trataba con fanáticos. No tenían problemas en cambiar los términos de un acuerdo una vez realizados los servicios requeridos. Normalmente no era difícil convencerlos de que habían cometido un terrible error, ya que el asesino sabía ser extremadamente persuasivo. Sin embargo, negociar

con la Muerte Roja podía representar todo un problema. Era un asunto sobre cuya complejidad había pensado durante largas horas, sin llegar a una solución satisfactoria.

–El número de víctimas potenciales en la ciudad se ha incrementado enormemente en los últimos días –dijo el Assamita, tan educado y suave como siempre–. Es una oportunidad maravillosa. Puedo elegir a mis objetivos.

–Pensé que te gustaría –respondió la Muerte Roja. Sus labios apergaminados se torcieron en lo que Makish tomaba como una sonrisa de camaradería–. ¿No es sorprendente lo que se puede conseguir con algunas amenazas y fuegos artificiales?

–¿Procede el plan del modo esperado?

–Progresas de forma satisfactoria –respondió la criatura, haciendo un gesto para que le siguiera–. Ven. Paseemos. Mi cuerpo arde con una energía sobrenatural y no estoy cómodo quedándome mucho tiempo en el mismo sitio. Mis pies funden el pavimento.

–Como desees –murmuró Makish, registrando la información en su memoria–. Donde tú digas. Te seguiré de cerca, como es la obligación de un sirviente leal.

–Qué educado –dijo sarcástica la Muerte Roja. Sin embargo, el asesino se fijó en que el espectro no discutía. Como todos los Vástagos de baja generación, tenía un inmenso ego. Para él, cauto en extremo, era otro defecto que podía aprovechar en caso de necesidad.

–¿Has destruido a vampiros tanto de la Camarilla como del Sabbat? –preguntó el monstruo mientras caminaban por las calles vacías. En la distancia, un incendio iluminaba la noche. El débil eco de una sirena resonaba en la oscuridad.

–Seguí las instrucciones al pie de la letra –dijo Makish–. Ocho de cada, para ser precisos. Alterné las muertes entre las dos sectas. Era el método más sencillo de cumplir las órdenes y llevar la cuenta.

–Espero que no todas las ejecuciones incluyeran bombas de Termita –dijo la Muerte Roja–. La presencia de explosivos podría indicar a una mente perspicaz que hay un único asesino detrás de los ataques.

Makish sacudió la cabeza.

–Utilicé mis juguetes de forma selectiva. No se levantarán sospechas. Apenas dejan pruebas. Además, varío el método de una víctima a otra, lo que me da la oportunidad de practicar mis diversas técnicas de exterminio. A un artesano le gusta mantenerse en forma.

–Dire McCann ha llegado a la ciudad –dijo el espectro,

cambiando de tema--. Me está buscando a petición del Príncipe de San Luis. Le acompaña el Ángel Oscuro restante como guardaespaldas.

--Aja --dijo Makish--. Muy, muy interesante. He oído muchas historias sobre esas dos gemelas. Fueron Abrazadas y entraron en el clan mucho después de mi partida. Su estilo parecía fascinante. Lamento que una haya muerto sin haberlas podido ver en acción.

--La que queda, Flavia, ha jurado matarme --siguió el monstruo mientras de sus dedos surgían chispas de rabia--. Me culpa por la destrucción de su hermana.

--¿Fuiste el responsable? --preguntó el Assamita.

--Cometió el error de atacarme. Tuve que defenderme.

--Por supuesto. Sin embargo, conociendo el entrenamiento y la tradición del clan, estoy bastante seguro de que ella no aceptará ese razonamiento como una excusa aceptable. ¿Puede dañarte ese Ángel Oscuro?

--Soy invulnerable mientras utilizo mi Cuerpo de Fuego --respondió la Muerte Roja--, pero mantener esta disciplina es extremadamente difícil. Agota rápidamente mis energías. Mi límite en ese estado es de unos quince minutos.

--Interesante --respondió Makish con un tono neutro. Por dentro se estaba regocijando.

--Ese conocimiento no le sirve de nada a un montón de cenizas --amenazó ominosa la criatura--. Recuérdalo.

El asesino torció el gesto y asintió.

--¿Crees de verdad que traicionaría a mi patrón? --preguntó con expresión solemne--. Jamás. Soy un Vástago honorable. Cuando hago un trato lo cumplo, es sagrado. Has pagado por mis servicios.

El Assamita no consideró prudente señalar que si la Muerte Roja rompía su promesa todos esos acuerdos quedaban cancelados. Sería tan honesto como fuera necesario, pero nada más.

--Alicia Varney también ha entrado en la capital --siguió el espectro--. Llegó con Justine Bern y su grupo.

--La honorable Arzobispo de Nueva York --dijo Makish--. Una mujer de gran talento y poca paciencia. Presumo que es la responsable de esta guerra.

--Contaba con que la codicia de Justine actuara como un poderoso incentivo --respondió la Muerte Roja con una horrible risa--. Estaba buscando una excusa para atacar la capital y yo se la di. Saltó a la primera oportunidad. --Se giró y se encaró con Makish--. En un

momento me marcharé. Justine no tiene demasiada importancia. No te preocupes por los Arzobispos del Sabbat. Concéntrate en Alicia Varney, es uno de nuestros principales objetivos. Mi plan tiene muchos propósitos, pero matarla a ella es uno de los más importantes.

—¿Otra humana? —preguntó el Assamita—. ¿Debo suponer que es mucho más peligrosa de lo que parece, como ese Dire McCann?

—Es letal como una cobra —respondió la Muerte Roja—. No subestimes a ninguno de los dos. Por suerte, no comprenden el verdadero alcance de mi plan, y debido al gran número de vampiros en la ciudad son incapaces de utilizar sus poderes psíquicos para descubrir mis secretos. —La grotesca figura saludó, temblando como una sombra expuesta a la luz—. Debo partir, mi conjuro de atadura expira. Un último consejo antes de retirarme. Mis esfuerzos se han visto frustrados en varias ocasiones por otro par de mortales. No sé nada, absolutamente nada sobre ellos, salvo sus nombres: Reuben y Rachel. Cuídate de su interferencia: sus poderes están más allá de toda comprensión.

—Soy precavido por naturaleza —dijo Makish. El espectro era apenas una bruma que se disolvía delante de sus ojos—. Pero aprecio el aviso. Me mantendré alerta.

—Dos noches —susurró el espectro mientras se desvanecía en la oscuridad—. La trampa está completa. Sabes lo que tienes que hacer. Prepárate. McCann y Varney descubrirán la verdad sobre la Muerte Roja.

Makish se quedó allí, en silencio, mucho después de que su patrón hubiera desaparecido. No confiaba en él, pero eso no era extraño: no confiaba en nadie. Así había sobrevivido cientos de años como asesino, y tenía intención de vivir otros tantos, con o sin la aprobación de aquella criatura.

Lexington, Kentucky: 20 de marzo de 1994

—Es enorme —susurró Júnior.

—¿MG Enterprises? —preguntó Pablo—. ¿Qué significa MG?

—"*Muy Grande*" —respondió Pablo riendo. Se consideraba el comediante del grupo. Tenía dieciséis años, dos más que Júnior y

Sam. Creía saberlo todo—. Ese puto camión tiene que estar hasta arriba de cosas. Mirad sus ruedas. Con tanto peso debe estar lleno. Nos está llamando...

—Bueno, desde luego aquí paraos no vamos a pillar nada —dijo Júnior—. ¿Habéis traído los *cutters*?

—¡Sip! —dijo Sam sacando de debajo de su abrigo dos enormes cutters industriales, de los que había que utilizar con dos manos—. Con esto nos chuparemos cualquier cerradura.

—¿A qué coño estamos esperando? —preguntó Júnior. Media poco más de un metro cincuenta, tenía cara de niño, ojos claros y voz chillona, pero era el líder. Tenía la inteligencia y la ambición de alguien del doble de edad—. No tenemos toda la puta noche. El viejo Adams pasará por aquí dentro de un par de horas. Vamos.

Con cuidado, el adolescente tiró de una sección suelta de la verja que rodeaba el Aparcamiento y Almacén de Vehículos Largos de Adams. Unos carteles rojos y amarillos repartidos por todo el perímetro advertían del voltaje mortal, pero Júnior y los suyos no eran idiotas. El viejo Adams era demasiado tacaño para gastarse el dinero electrificando la valla. Poner carteles estúpidos era mucho más barato.

El local se encontraba en la peor zona de Lexington, cerca de la carretera de acceso que conducía a la Autopista 64. Era un refugio seguro para los camioneros que necesitaban un descanso de las largas horas llevando mercancías de un lado al otro del país. Muy cerca había una decena de bares, tres moteles baratos y un famoso prostíbulo, lo que lo convertía en una de las paradas favoritas de los transportistas.

En circunstancias normales el lugar también hubiera sido un imán de piratas y ladrones de camiones: las presas eran atractivas y la seguridad mínima. Sin embargo, el Viejo Adams tenía muy buenos contactos. Se decía que meterse con él o jugársela era una grave equivocación. Las bandas, grandes y pequeñas, evitaban su propiedad como si fuera un cementerio. Júnior y sus dos amigos eran los únicos ladrones lo suficientemente valientes como para arriesgarse a robar en alguno de los camiones. Su juventud les hacía creer que estaban más allá de conceptos como el crimen y el castigo.

El camión, enorme, lustroso y pintado de plata, negro y rojo, estaba separado de los demás en el extremo del estacionamiento. Los tres se arrastraban sobre el asfalto como escarabajos rodeando a una presa. En pocos segundos llegaron hasta su objetivo. Siguiendo las instrucciones de Júnior, se reunieron entre las enormes ruedas

traseras del remolque.

Era una noche perfecta para el trabajo, ya que las nubes ocultaban la luna y las estrellas. Una farola solitaria iluminaba pálidamente la cabina, pero el resto del vehículo estaba envuelto en las sombras. Era imposible ver a los tres jóvenes si no se estaba a muy pocos metros de ellos.

–Pablo, utiliza los cutters –dijo Júnior–. Sam, pon tu abrigo sobre el candado para amortiguar el ruido. Cuando abramos la puta cadena, sacadla rápido. Yo entraré primero y echaré un vistazo con la linterna. Cuando encuentre algo que merezca la pena os llamaré con un golpe y os pasaré las cosas. Como dijimos, las apiláis detrás de las ruedas. Cuando tengamos suficiente nos piramos.

–La hostia, tío –susurró Pablo–. Me encanta esta parte. Parece un cumpleaños. Nunca sabes lo que habrá dentro...

–Sí, sí –dijo Sam, el más pragmático de los tres–. Ya lo hemos oído antes, niño del cumpleaños. ¿Quieres usar las cosas esas y abrir el candado? Me estoy quedando helado escuchando tus gilipolleces.

La primera sorpresa se la llevaron cuando descubrieron que no había cadena ni candado que mantuviera cerradas las puertas del remolque. La segunda era que las dos grandes hojas se abrían hacia dentro, no hacia fuera. Parecían diseñadas para salir del espacio de carga, no para entrar. La tercera, y más inquietante, se produjo cuando, sin ruido alguno y sin que nadie las hubieran tocado, las puertas comenzaron a abrirse solas. Dentro había luz...

–¿Qué coño pasa? –susurró Sam.

–No pienso quedarme para descubrirlo –dijo Pablo–. Me largo.

Fue entonces cuando el trío descubrió que ya no controlaba las acciones de sus cuerpos. A pesar de las maldiciones y amenazas, que pronto se convirtieron en lágrimas y gimoteos, eran incapaces de moverse. Sólo podían esperar y mirar.

Un figura apareció en el espacio entre las puertas. Esperaban algún tipo de monstruo, pero se vieron frente a una joven bastante atractiva. Llevaba puesto un traje negro ajustado y parecía disfrutar con su angustia.

–Más niños –declaró suavemente con un extraño acento–. Los adultos de este país no saben criar adecuadamente a sus hijos. Hay una terrible falta de orientación. Qué triste. –Sonriéndoles, la mujer chasqueó los dedos–. Entrad –les ordenó. Como autómatas sin voluntad, se encaramaron asustados al interior. Tras ellos, las puertas de acero se cerraron.

Júnior parpadeó sorprendido. El remolque estaba decorado como una oficina. Había una mesa, varias sillas y una hilera de archivadores. Sobre el escritorio descansaba un ordenador encendido. En una de las paredes había instalada una compleja centralita telefónica. Ni siquiera faltaba un fax. Todo el mobiliario estaba atornillado al suelo, de modo que no se moviera cuando el camión estuviera en movimiento.

Al fondo había un gran armario lleno de ropa de mujer. Con pocas excepciones, todos los vestidos eran negros. En una caja abierta se veía una gran cantidad de joyería de plata.

En la zona más cercana a la cabina descansaba un enorme ataúd negro. Las asas y demás decoración eran de color plateado, igual que el forro interior. La tapa estaba abierta, pero dentro no había cuerpo alguno. Júnior había visto suficientes películas de miedo como para saber que la ocupante estaba frente a ellos.

—Tres pequeños rateros —dijo la joven. Era delgada, pero no demasiado alta. Su cabello y sus penetrantes ojos eran negros, su piel blanca como la nieve y sus labios rojos—. Tres niños pretendiendo ser adultos. —Se fijó en Sam y torció el gesto—. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué no estás en casa haciendo los deberes?

La lengua del chico fue liberada.

—Soy Sam Carroll. Mi madre me echó de casa hace seis meses. Su novio me odiaba y le obligó. Es un hijo de puta. Tengo suerte de que no le pidiera a mi madre que me estrangulara. Sería capaz, la muy gilipollas. No tenía ningún sitio donde ir, y no pienso venderme a unos perversos para seguir comiendo. Me enganché a Pablo y a Júnior. Vivimos juntos en un motel quemado. Son mi familia. Hace un año que no entro en una escuela, no quieren a la gente como yo.

Júnior quería decirle a Sam que se callara, que no revelara sus secretos o escondites, pero era incapaz de hablar.

—¿Qué hay de ti? —preguntó la mujer a Pablo—. Dime tu nombre. ¿Por qué robas?

—Soy Pablo Alvarado Cortina —respondió—. Mi padre y mi madre murieron hace dos años en los tumultos cuando el Klan quemó el barrio. El fuego mató a toda mi familia salvo a mí. Tenía seis hermanos y hermanas. Todos murieron. Los hijos de puta de los polis dijeron que había sido un terrible accidente. Mentirosos de mierda, cabrones. Dos eran del KKK. Los reconocí incluso sin las sábanas, y ellos lo sabían. Vinieron para buscarme entre los restos, los miserables. Se equivocaron. Los estaba esperando. Júnior me ayudó

a poner las trampas. Un gordo hijo de puta llamado McGraw cayó en un pozo y se empaló en una estaca metálica. Gritó como un cerdo durante una hora hasta que se desangró. Su compañero, un chalado, el sargento Grayson, se acojonó e intentó esconderse en un contenedor, pero atamos la tapa para que no pudiera escapar. Luego lo llenamos de gasolina hasta la mitad y Júnior me dio una cerilla. --Pablo rió--. ¡FUSH! --El chico suspiró--. No hay sitio para la gente como yo. Si me cogen los polis se acabó. Tendré un accidente, como mi familia. Vivo en las calles, y robar es el único modo de comer.

Asintiendo, la mujer se volvió hacia Júnior.

--Eres el jefe de esta pandilla, supongo. Bien, Júnior, ya que tus compañeros me han contado sus tristes historias, ¿por qué no me hablas también un poco sobre ti?

Júnior no quería hablar, se juró que no lo haría, pero cuando la mujer lo liberó no pudo impedirlo.

--Todo el mundo me llama Júnior porque nadie sabe mi verdadero nombre --comenzó--. Me encontraron en las escaleras de un hospital. La puta de mi madre, fuera quien fuera, me dejó allí, sin una nota, sin nada. Ni un maldito pañal. Al menos me tiró en la puerta principal... Quién sabe lo que hubiera ocurrido si me deja en la parte de atrás. Crecí en un orfanato con un montón de chicos. Me enviaron a muchas casas, pero nunca duraba. Aquellos cabrones no buscaban un hijo, sino un pequeño esclavo, o eran unos pervertidos de mierda. Me escapaba de todas las casas a las que me mandaban, pero siempre me pillaban y volvía al orfanato. Huí cuando tenía once años, hace tres. Escalé por un hueco en el techo y corrí todo lo que pude. No tengo nombre, ni familia ni dinero. Pablo y Sam son mis únicos amigos. El mundo me ha jodido, así que ahora que soy libre le voy a joder yo a él un poco. Me importa un huevo. Nadie vive para siempre.

--Eso es cierto --dijo la mujer. Chasqueó los dedos--. Ya os podéis mover, pero eso no es una invitación a hacer estupideces, como atacarme. Sentaos. Relajaos. Por desgracia, no puedo ofreceros un refresco. Aquí no tengo comida.

Pablo y Sam se sentaron en el suelo, asustados. Júnior no. Hacía mucho, mucho tiempo que nada le daba miedo.

--Eres un vampiro --dijo--. Bebes sangre.

--Bien --respondió la mujer--. Estás mejor educado de lo que esperaba. --Sonrió, revelando unos perfectos dientes blancos, pero sin colmillos. Júnior estaba convencido de que debía tenerlos--. Lo siento --dijo la mujer--. Nada de colmillos.

–¡Lees mi mente! –respondió Júnior.

–Puedo detectar tus pensamientos superficiales –dijo el vampiro–. Muchos de los míos tienen ese talento. No te quejes, me permitió saber que estaba siendo atacada por un grupo de niños, no por una banda de forajidos. Si hubierais tenido algunos años más ahora no seríais mis invitados.

–¿Qué seríamos? –preguntó Sam nervioso.

–Mi cena –rió la mujer.

Hasta Júnior tembló al oírlo. No bromeaba.

–Me llamo Madeleine Giovanni –siguió–. Soy un vampiro, un no muerto. Hay miles de nosotros entre la humanidad. Nos denominamos los Vástagos. Vosotros sois el ganado.

–¿Qué quieres de nosotros? –preguntó Pablo–. ¿Somos un aperitivo?

Madeleine rió.

–En realidad os necesito para un servicio mucho más mundano. Durante las últimas noches me he visto envuelta en una batalla contra una banda de vampiros que me dificulta el viaje. Por fin, esta noche, di con su guarida y los destruí. Sin embargo, estos acontecimientos me han hecho pensar que mi tapadera podría estar comprometida. Estoy en este país cumpliendo una importante misión para los antiguos de mi clan. Alguien, quizá un miembro de mi propia línea de sangre, es un traidor. Ya no puedo fiarme de mis contactos habituales, pero mi misión exige disponer de aliados que puedan servirme durante el día. Aliados humanos.

–¿Nos quieres a nosotros? –preguntó atónito Júnior–. Qué idiotez. Somos chicos.

–Los niños son los mejores espías –respondió Madeleine–. Los adultos no suelen prestaros atención. Os ven, pero os ignoran. Además, como dije, podéis moveros a la luz del día, un privilegio que a mí se me niega. Creo que me podríais ser de mucha utilidad.

–Suenas peligroso de la hostia –dijo Sam–. Si tienes enemigos, trabajar para ti podría ser un suicidio.

–Hay riesgos –dijo la mujer–, pero también recompensas. Os pagaría extremadamente bien por vuestros servicios.

–¿Cómo de bien? –preguntó Júnior.

–Un millón de dólares para cada uno –dijo ella sonriendo–. En efectivo.

–Señorita –respondió Júnior–, ya tiene tres espías.

Sicilia: 21 de marzo de 1994

Nicko Lazzari, ayudante de Don Caravelli, Capo de Capi de la mafia, leyó el fax una segunda vez y luego rió, un sonido atronador que inundó su oficina y que sorprendió al gigante que aguardaba en la puerta.

–¿Un mensaje gracioso, Don Lazzari? –preguntó Luigi, que acababa de traerle la transmisión–. Parece contento.

–Muy contento –respondió Nicko sonriendo–. Son buenas noticias de América, excelentes noticias del otro lado del océano. Estoy seguro de que Don Caravelli estará satisfecho. Sorprendido y satisfecho. –Entrecerró los ojos, pensativo. Era un oportunista que trataba de sacar ventaja de cualquier ocasión para mejorar sus relaciones con la brigada de seguridad de la mafia–. De hecho, sospecho que el jefe estará tan feliz que ordenará un banquete de sangre para celebrar la noticia. Los soldados que mandó el gobierno para molestarnos siguen en las mazmorras, ¿no?

–Así es, Don Lazzari –dijo Luigi. Era inmenso. Medía dos metros quince y pesaba cerca de ciento ochenta kilos. No muy brillante, pero letal en combate. Era un Brujah de décima generación que servía bien a la mafia cumpliendo sin discusión cualquier orden que se le diera–. Los comprobé el otro día.

–Sospecho que esta noche se enfrentarán a su justo castigo –dijo Nicko–. Prepara el salón de reuniones para un carnaval. Con el permiso de Don Caravelli, los colgaremos de los pies y los desangraremos.

Luigi asintió, con una amplia sonrisa en sus primitivos rasgos.

–La sangre fresca es la mejor.

–Márchate –ordenó Nicko–. Prepáralo todo, pero no toques a los prisioneros hasta tener la aprobación de Don Caravelli.

–Entiendo –dijo–. Es el Capo de Capi. Su palabra es ley. –El gigante dudó un momento–. Espero que él encuentre el mensaje igual de divertido.

–Estoy seguro de ello –respondió Lazzari.

Solo de nuevo, volvió a estudiar el fax. Estaba escrito en el complejo código utilizado por los espías de la mafia para transmitir información importante al cuartel general de la organización en Sicilia.

Sabiendo que no se podía confiar en la seguridad de las líneas, los criptógrafos que trabajaban para el cártel del crimen habían desarrollado un lenguaje secreto prácticamente irrompible. El código estaba basado en una secuencia numérica generada al azar obtenida diariamente mediante la temperatura media en veintisiete ciudades del mundo. Como miembro del círculo interno de la mafia y Brujah de octava generación, Lazzari era capaz de descifrar la clave mentalmente. Observó el documento y asintió con satisfacción. La información era directa y concisa, y las noticias no podían ser mejores.

Encontró a Don Caravelli en su estudio, en el centro de la fortaleza. El Capo de Capi inspeccionaba un viejo pergamino, pero al entrar su ayudante levantó la vista. Sonrió, pero no había calidez en su expresión. De todos los Vástagos que había conocido a lo largo de los siglos, a Nicko le parecía el menos humano de todos. En su interior no había piedad, ni alegría, ni alma. Aunque aún parecía un hombre, no tenía nada que ver con ellos. Era un no muerto en mente y en espíritu.

–Pareces inquieto, Nicko –dijo el Don con su voz profunda y pausada. Enrolló el pergamino y lo depositó en un cajón de su escritorio–. ¿Por qué sonríes?

–Ha llegado otro fax de América –respondió–. Procede directamente de San Luis. En el Medio Oeste tenemos a un representante trabajando de forma encubierta para el Príncipe de la ciudad.

–Lo recuerdo –dijo Caravelli. Sus dientes brillantes contrastaban con la piel tostada–. A comienzos de semana informé de la aparición de ese ser misterioso, la Muerte Roja, el monstruo que está agitando las cosas por todas partes.

–Su nombre es Darrow –añadió Nicko–. Es listo, astuto y ambicioso. Sueña con ampliar y controlar nuestras operaciones en Norteamérica.

–Bien –respondió el Don–. Me gusta la ambición. Nuestra organización se basa en la avaricia, el celo y el egoísmo. Si ese Darrow lucha lo suficiente por el puesto lo obtendrá aplastando a aquellos que se le opongan. –El Capo se detuvo un momento–. ¿Qué ha enviado ahora? ¿Más noticias sobre esa grotesca aparición?

–No –dijo Nicko saboreando el momento. Aún conservaba la

suficiente humanidad como para disfrutar cogiendo por sorpresa a su imperturbable jefe--. El Príncipe de San Luis tuvo otro tipo de visita la otra noche. Darrow comprobó su identidad cuidadosamente antes de pasarnos la información. Madeleine Giovanni acudió a presentar sus respetos.

--¿Cómo?! --gritó Don Caravelli saltando como un cohete de su asiento. Llegó en tres zancadas hasta Nicko y le arrebató el fax. Lo leyó ávidamente.

»Esa puta está en los Estados Unidos --dijo sonriendo--. Qué bonito. Para variar, parece que los antiguos Giovanni están yendo demasiado lejos. La dulce y preciosa Madeleine está sola, en territorio hostil y sin apoyos. A pesar de su dinero, el clan no tiene poder real en América.

--Ni nosotros --recordó Lazzari--. Los anarquistas del Sabbat controlan gran parte de las costas Este y Oeste, mientras la Camarilla domina el resto del país. Nuestros agentes son escasos y casi todos trabajan en secreto. Darrow envió a algunos Caitiff detrás de ella, pero duda que hayan logrado poco más que retrasarla.

--Sabias palabras --dijo Don Caravelli--. Sin embargo, los Giovanni son un grupo cerrado de nigromantes: casi todo el mundo los desprecia. A nosotros no. Aunque nos teman, nos tienen respeto. Utilizaremos esa diferencia en nuestro provecho.

--¿Cómo? --preguntó Nicko. Le gustaba creerse un gran conspirador, pero comparado con Caravelli era un simple aficionado. El Capo de Capi era un maestro de la intriga.

--Tú me diste la idea al mencionar la ambición de Darrow. Le daremos la oportunidad de ver sus sueños hechos realidad, pero nos sirve cualquier otro arribista. Quiero que vuelas inmediatamente a Washington D.C. para hacerte cargo de la operación. Llévate lo que quieras y a quien quieras. Tienes detrás toda la fuerza de la mafia. En cuanto llegues quiero que anuncies un botín de sangre por Madeleine Giovanni. Para entonces ella ya estará en la ciudad. Extiende la noticia en secreto para evitar la interferencia de cualquier estúpido rival de la Camarilla o del Sabbat. El que mate a esa zorra será Capo de América. También prometo la posibilidad de bajar un nivel su generación.

--A la Justicar de la Camarilla en Norteamérica no le va a gustar que declare una Caza de Sangre por venganza personal --dijo Nicko. Según la interpretación de la Camarilla de las Seis Tradiciones de Caín, sólo el Príncipe de una ciudad posee esa autoridad.

–Dejo ese problema en tus hábiles manos --dijo sonriendo Don Caravelli--. Si surge el problema, solúcionalo. Los Justicar tienen grandes poderes, pero la mafia también.

–Como desee --dijo Nicko con una leve inclinación de la cabeza. Sabía que era mejor no discutir con el Capo--. Pensé que quizá las buenas noticias fueran motivo de una celebración en la fortaleza. ¿Podría sugerir un banquete de sangre...?

–Una excelente idea --respondió--. ¿Los soldados capturados en nuestras propiedades?

–Me ha leído el pensamiento --dijo Nicko--. Ya di las órdenes necesarias. Sólo hacía falta su aprobación.

–Ocupate de los detalles --dijo Caravelli con un gesto de la mano--. Diviértete, Nicko, pero no te retrases demasiado. Te quiero en el avión hacia América antes de que termine la noche.

–Existo para servir a mi Príncipe --respondió Lazzari.

–Ya lo sé --dijo el Capo con ojos ardientes--. Si fuera de otro modo, alguien con tu ambición hubiera encontrado hace mucho la Muerte Definitiva. Unos asuntos más antes de que te marches, Nicko.

Los músculos del ayudante se tensaron. Su jefe tenía la costumbre de guardar las peores noticias para el final.

–¿Sí, mi señor?

–Ese humano, Dire McCann, al que busca Madeleine Giovanni. No tengo la menor idea de qué quiere de él. Quizá se la ha jugado a su clan o les debe dinero. Me da igual. Mátao, no quiero cabos sueltos.

–Así se hará. ¿Algo más?

–Esta misión es importante, Nicko --dijo Caravelli--. Madeleine Giovanni lleva demasiados años siendo una verdadera molestia. De todos mis tenientes, tú eres el más ambicioso: esta es tu oportunidad para probar tu valía. Tu recompensa por terminar con su existencia será sustanciosa.

Nicko estaba entusiasmado, pero su alegría se convirtió en polvo cuando la voz del Capo de Capi se hizo fría como el hielo.

»Si me fallas más vale que no regreses. Si no es Madeleine Giovanni, serás tú el que encuentre la Muerte Definitiva.

París, Francia: 21 de marzo de 1994

Con cautela, Phantomas recorrió las silenciosas naves de Notre Dame. Durante las últimas noches, desde su terrorífico encuentro con la Muerte Roja, había evitado el museo de arte. En realidad estaba tan preocupado por el espectral asesino que había permanecido oculto en sus catacumbas bajo la ciudad a las que consideraba su hogar. Este viaje era su primera incursión fuera de los túneles, por lo que estaba comprensiblemente nervioso.

A esta hora la catedral estaba desierta, salvo por algunos sacerdotes haciendo recados o por la policía necesaria para proteger de los ladrones los monumentos públicos. La enorme iglesia contenía obras de arte que valían millones. Más de una banda había intentado apropiarse de los tesoros, pero ninguna había tenido éxito.

Policías y sacerdotes, todos ignoraban a Phantomas. Utilizando la disciplina de la Máscara de los Mil Rostros se aparecía como una figura familiar e inofensiva. Todos lo veían como alguien con derecho a estar allí, independientemente de la hora. El único peligro era que se encontrara con varias personas a la vez, ya que afectaba independientemente a cada una. Por ejemplo, si tres guardias le observaran al mismo tiempo verían a tres individuos diferentes. Estas situaciones siempre terminaban dando problemas.

Phantomas hacía lo posible por evitarlo, pero ni siquiera él podía cambiar el destino. Hacía unos cien años, mientras examinaba la "Pieta" de Nicolás Coustou, se había topado inesperadamente con tres sacerdotes y tres monjas que se dirigían hacia una cita que, sin lugar a dudas, no había sido sancionada por la Iglesia. Sus sorprendentes visiones, debidas en parte al poder de Phantomas y en parte a las increíbles cantidades de vino que habían consumido, provocaron tal conmoción que acudieron al instante guardias de toda la catedral. El Nosferatu tuvo la suerte de conseguir escapar antes de ser descubierto. El sexteto fue duramente castigado y sus declaraciones consideradas producto del alcohol y el libertinaje.

Incluso después de un siglo, el recuerdo de una monja especialmente pechugona corriendo hacia él al grito de "señor Satán, señor Satán" todavía le hacía sonreír.

Aquella noche se quedó en las sombras. Sin hacer el menor ruido pasó por delante de la Ventana de la Rosa Sur, pasada la entrada de la sacristía, llegando por fin a la sala del tesoro. Allí era donde se guardaban todos los objetos religiosos de la catedral, incluyendo

numerosos manuscritos y relicarios antiguos. Phantomas había pasado décadas investigando aquellos frágiles documentos, buscando cualquier oscura referencia sobre los Vástagos para su enciclopedia. El vampiro era, probablemente, la mayor autoridad mundial sobre los tesoros de Notre Dame.

Normalmente había varios guardias y sacerdotes en aquella zona, pero utilizando su fuerza de voluntad (igual que cuando entró en la iglesia) envió a todos ellos vagas llamadas a la Crypte, frente a la entrada oeste de la catedral. No tenía mucho tiempo antes de que regresaran, pero si sus sospechas eran ciertas el tiempo era la menor de sus preocupaciones.

Localizó el manuscrito en segundos. Estaba en el lugar exacto en el que lo había dejado después de su última consulta, sesenta años atrás. Nadie lo había tocado en todas aquellas décadas, pero no le sorprendía. Muy pocos eruditos estaban interesados en el concepto cabalístico de que Dios creó mundos con anterioridad a éste. Era un tema que molestaba a los fanáticos religiosos e inquietaba a todos los demás. Pocos magos eran conscientes de aquella idea, aunque ayudaba a explicar algunos de los misterios más extraños sobre su visión del cosmos. A Phantomas no le preocupaba eso. No sentía la responsabilidad de tener que explicar a la humanidad las maravillas del universo... ni a los Vástagos. Nadie comprendía la verdad sobre la naturaleza mutable de la realidad, sólo la Muerte Roja, y estaba utilizando aquel conocimiento para hacer el mal.

Phantomas leyó rápidamente los pocos párrafos que le interesaban y los memorizó. Al menos ya sabía cuál era el origen de la disciplina Cuerpo de Fuego... aunque ese conocimiento no le diera la menor idea de cómo combatirla.

El Nosferatu quedó pensativo. El mejor modo de evitar la furia de aquel monstruo era permanecer oculto, y eso era exactamente lo que tenía pensado hacer. Después de aquel viaje se iba a quedar en sus bonitos y seguros túneles durante algunos años, aunque aún no sabía por qué aquel espectro lo quería muerto. En su enciclopedia no había descubierto absolutamente nada sobre el linaje del monstruo, ni tampoco lo había visto con anterioridad a aquella noche en el Louvre.

¿O sí? Recordar su visita al museo durante la fiesta de Villon puso su mente a funcionar. Las ropas y comportamiento de la Muerte Roja desviaban la atención de su rostro. Los rasgos del monstruo, sombríos y temibles, eran distintivos. Cuanto más pensaba Phantomas en él, más familiar le parecía.

Con un gemido el Nosferatu comprendió que tenía que regresar allí. La respuesta sobre la identidad de su enemigo se encontraba en algún lugar en las majestuosas salas del palacio reconvertido. Era un viaje peligroso. Si el misterioso asesino aparecía una segunda vez, Phantomas no estaba seguro de poder escapar tan fácilmente. El espectro ya había matado a una gran cantidad de vampiros durante sus ataques de la semana pasada. Se le podía engañar una vez, pensó el Nosferatu, pero no dos.

Murmurando enfadado, el viejo Cainita salió de la sala del tesoro, resignado a su destino. Casi todos los Vástagos veneraban la sangre, la vitae que les servía tanto de comida como de bebida. Unos pocos glorificaban la muerte, asegurando que el máximo placer procedía del asesinato. Otros decían que el sexo mantenía su inmortalidad, pero Phantomas sólo codiciaba el conocimiento. Era la droga que extendía su vida eterna. Sin información no era nada.

Entró en el Louvre armado únicamente con su subconsciente para guiarse. En algún lugar entre la mayor colección de arte del mundo había visto un rostro cuyos rasgos sombríos coincidían con los de la Muerte Roja. Por fortuna, era capaz de repetir sin esfuerzo el recorrido de aquella noche. Lo había hecho miles de veces.

Con los sentidos alerta ante cualquier señal de problemas, visitó una galería tras otra. Se sentía como el proverbial asesino volviendo a la escena del crimen. Sin embargo, en una inversión de los papeles él era la víctima en busca de una pista que le diera la identidad de su atacante. No era algo que le gustara, pero lo aceptaba. Ahora sabía que la Muerte Roja quería acabar con él, y que la única forma de salvar su vida era exterminar a aquel espectro.

El conocimiento era la clave, como siempre. Su proyecto de crear una enciclopedia asustaba a aquel monstruo porque contenía información importante sobre los miembros más antiguos de la raza Cainita. Enterrada en lo más profundo de aquel almacén de información había una pista sobre la identidad de la Muerte Roja... y probablemente sobre sus debilidades.

Ese era el motivo por el que quería destruir al Nosferatu. Aquella criatura no era invulnerable ni imparable. El pasado guardaba la llave del futuro del espectro escarlata... si Phantomas lograba encontrar los datos antes de que fuera demasiado tarde.

A pesar de su concentración, estuvo a punto de pasar por alto el objeto de su búsqueda. Como hacía habitualmente, se detuvo un momento en la sala egipcia para ver la estatua de Nefertiti. Su

perfección le llamaba a través de los siglos. Era tan hermosa como él deforme, y no pudo evitar un escalofrío. La Reina también era un vampiro, uno de los Hijos de Set. Era eternamente bella y eternamente malvada. El mundo no era justo.

Giró y su mirada se posó sobre la cripta de Osiris, con su representación de las deidades del Primer Reino. Estaban igual que el día en el que fueron talladas, hacía miles de años. Ya eran viejas antes de que él naciera, hacía dos milenios.

Entonces, de repente, sus ojos se detuvieron. Su atención se fijó en uno de los antiguos dioses egipcios. Phantomas parpadeó atónito. A veces aún se sorprendía por su extraordinaria memoria. Allí, rodeado por una cuadrilla de siete servidores idénticos con cabeza de halcón, había una poderosa figura acucillada con los mismos rasgos grotescos de la Muerte Roja.

Phantomas esperaba descubrir en algún lugar la identidad de su misterioso enemigo, pero nunca en una talla con miles de años de antigüedad. Temblando con una mezcla de miedo y emoción, estudió la placa frente a la tumba en la que se enumeraba a los dioses. Aquella brutal entidad era Seker, uno de los más antiguos señores egipcios del Inframundo. Estaba asociado con la oscuridad y la muerte, y vivía durante la noche.

No había duda, concluyó Phantomas, de que se trataba de un Vástago. Según el breve párrafo que describía a la deidad, los habitantes de la antigua ciudad de Mentís habían venerado a Seker hacía cinco mil años. Tenía que ser un Matusalén, un vampiro de la cuarta generación.

El Nosferatu torció el gesto con frustración. Según sus informes, los únicos Cainitas lo suficientemente poderosos como para ser la Muerte Roja eran Lameth y Anis, y ahora había descubierto a un tercer candidato. Estaba completamente seguro de que en su enciclopedia de los Condenados no había ningún Seker, lo que indicaba que aquella figura espectral pertenecía a una línea de sangre desconocida e insospechada. Era muy confuso.

Tras unos segundos se retiró. Aquello significaba más trabajo. Seker existía, por lo que tenía un sire. Una búsqueda a fondo le permitiría conocer sus antecedentes y su historia. Nadie, ni siquiera los mayores Vástagos, existían en una vacío informativo. En algún lugar tenía que haber datos sobre la Muerte Roja, y él daría con ellos.

Con ese pensamiento giró sobre sus talones para encaminarse hacia la salida, y fue entonces cuando se encontró de bruces con otra

sorpresa. Frente a sus ojos había una talla que mostraba el rostro de Khufu, el legendario gobernante del Primer Reino y constructor de la mayor pirámide conocida por el hombre. Por segunda vez aquella noche Phantomas reconoció sus facciones. Salvo por algunas ligerísimas variaciones, los rasgos de Khufu eran idénticos a los del atractivo joven que le había advertido sobre la Muerte Roja hacía varias noches.

Viena, Austria: 21 de marzo de 1994

Etrius repasó las seis hojas que tenía en las manos, volviendo a leer cada una de las cartas cuidadosamente. Las palabras eran las mismas de hacía cinco minutos. Las respuestas a las preguntas que se había hecho el día anterior eran las mismas de hacía unas horas, y ninguna le agradaba.

Rugiendo furioso, aplastó las hojas en una bola de papel. Normalmente guardaba toda la correspondencia, especialmente las cartas relativas a asuntos políticos de importancia. Eran una poderosa información en las amargas luchas que a menudo se producían en las reuniones del Consejo Interior. Etrius conocía el valor de la palabra escrita. Cuando una idea se ponía sobre el papel, no era fácil abandonarla. Más de una vez había utilizado alguno de aquellos documentos para cambiar la opinión del Consejo.

Con el rostro convertido en una máscara de furia, lanzó los papeles a la chimenea. No había motivo alguno para guardar aquellas respuestas, y lo mismo parecían opinar los otros seis. Ninguno de ellos recordaba que St. Germain hubiera estado presente en los acontecimientos en la Torre Malagris hacía siglos. Tampoco se acordaban de la misteriosa figura que había ayudado a preparar la bebida que los convirtió a todos en vampiros. Aunque ninguno lo decía, muchos pensaban que Etrius deliraba... o algo peor.

No era un cobarde, pero aquella noche sentía miedo, no sólo por su existencia, sino por el destino de toda la línea de sangre de los Tremere. Sabía que su propia vida estaba en peligro mortal, ya que de algún modo había descubierto el secreto más oscuro de su orden, uno que se suponía no debía conocer nadie.

Durante casi mil años, un Vástago increíblemente poderoso que se hacía llamar St. Germain había manipulado a los magos de la Casa Tremere. Había intrigado para que todos ellos se convirtieran en vampiros, y mediante su asistencia a aquel abominable ritual había logrado un cierto control sobre todo el Consejo, utilizando la magia negra y el Vínculo de Sangre.

Lo más terrorífico era el hecho de que el diabólico conde había ocultado sin esfuerzo su participación en los acontecimientos.

Los demás miembros del Consejo desconocían por completo el papel de St. Germain. Para ellos, el conde era un vampiro del clan de sexta o séptima generación, apenas recordado, desaparecido o dado por muerto hacía mucho tiempo. Sólo Etrius se acordaba de sus numerosas visitas a Viena, sus reuniones con Tremere, su participación en decenas de reuniones del Consejo. Estaba seguro de que todos aquellos recuerdos también habían estado profundamente enterrados en su interior hasta hacía menos de una semana.

Había pasado la última noche comprobando cuidadosamente los registros del clan Tremere. El propio Etrius había escrito durante siglos en aquellos diarios, y hasta ahora habría jurado que no contenían más que la verdad. Para su horror, había descubierto cuan equivocado estaba. No existía mención alguna a St. Germain en ninguno de aquellos diarios, ni una sola palabra sobre el misterioso conde. Parecía que nunca hubiera existido.

Era una sombra, una aparición invisible, un espectro, una manipulador fantasmal siempre oculto que no había dejado de acosar a los Tremere. Poseía increíbles poderes, pero Etrius sólo podía especular con su naturaleza.

Una cosa estaba terriblemente clara: muchas veces, a lo largo de los siglos, Etrius había experimentado la sensación vaga e inquietante de que su mente no le pertenecía por completo. Sentía como si alguien estuviera contemplando el mundo a través de sus ojos. Siempre había asumido que se trataba de Tremere, vigilando a su clan a pesar de estar en letargo, pero ya no estaba tan seguro. Le preocupaba que ese vigilante invisible pudiera ser St. Germain.

Turbado, se levantó de la silla y se quedó de pie frente al fuego. No podía esperar ayuda alguna de los demás, ya que ni siquiera cooperaban en las situaciones menos importantes. La mayoría le odiaba, igual que él a ellos. El Consejo de los Tremere estaba formado por algunos de los vampiros más poderosos y despiadados del mundo. Nunca podría haber paz entre ellos, ya que todos querían lo

mismo: el dominio del clan y el control total sobre todos los Vástagos. Ninguno confiaba en los demás, y vivían en una tregua inestable gracias a Tremere, su maestro absoluto, que los obligaba a mantener la paz. De otro modo, el baño de sangre habría comenzado hacía ya algunos siglos.

Se llevó la mano izquierda al cuello, del que colgaba un cordel negro con una llave de plata. A pesar de sus miedos, Etrius estaba convencido de que St. Germain nunca había sido capaz de arrebatarse aquella llave. El cordel estaba protegido por el conjuro de atadura más poderoso del mundo. Sólo podía ser utilizada por él, y nunca bajo control mental alguno. Abría la puerta que conducía a la cámara subterránea que contenía el ataúd de Tremere.

Desde comienzos de siglo su maestro pasaba cada vez más tiempo en letargo, y apenas se levantaba ya para dirigir los asuntos del clan. La última vez que había abandonado su reposo había sido únicamente durante unas horas, para centrar la discusión sobre los acontecimientos de Rusia. En aquella ocasión no se había llegado a nada definitivo, pero Tremere no había vuelto a despertar para ofrecer nuevas ideas.

Etrius esperaba que, de algún modo, el descubrimiento de la traición de St. Germain arrancara a su maestro del reposo, pero con el paso de los minutos, de las horas, de las noches, tuvo que aceptar el hecho de que el fundador del clan no iba a ayudarlo. En aquella lucha contra el conde estaba totalmente solo.

Furioso, caminó hacia la puerta de su estudio. La muerte era muy similar a la vida. Si querías algo bien hecho tenías que hacerlo personalmente, por muy ocupado que estuvieras en otras empresas. Un movimiento de la mano hizo que la entrada se fundiera con el muro. Hasta que él lo decidiera, nadie podría entrar ni salir de la estancia.

Un conjuro limpió la cámara de sondas espías y órdenes de atadura. Ningún mago, humano o vampiro, sería capaz de penetrar la telaraña de protección que rodeaba el estudio. Ni siquiera los desconocidos poderes de St. Germain podían ignorar las leyes básicas de la magia.

Satisfecho con sus precauciones, Etrius se acercó a la chimenea, una enorme obra de ladrillo rojo que se remontaba a la construcción de la propia mansión. Muy pocos magos, aparte de los del Círculo Interior, conocían su secreto.

Etrius retorció tres dedos, haciendo una señal mística que apagó

el fuego. Descansando una mano contra el grueso muro pronunció una única palabra, una de gran poder. Dio un paso hacia atrás mientras la chimenea se deslizaba a un lado, dejando al descubierto una enorme puerta de roble. Sólo había una llave en el mundo capaz de abrirla, y era la que colgaba de su cuello.

Nervioso, Etrius se quitó el cordel e introdujo la llave en la cerradura con la mano izquierda. La puerta se abrió con suavidad, revelando un oscuro túnel descendente. Etrius torció el gesto. Había doscientos treinta y siete escalones hasta la cámara. Lo sabía muy bien, ya que había recorrido ese camino unos cuantos miles de veces.

Descendió hacia las tinieblas. El cuartel general de los Tremere en Viena estaba construido sobre una enorme red subterránea de cavernas. Nadie estaba seguro de quién las había excavado, pero desde luego no eran naturales: estaban allí desde antes de la llegada de los Vástagos.

Tremere se había convertido en un vampiro de la tercera generación bebiendo la sangre de Saulot mientras el Antediluviano estaba en letargo. Preocupado de sufrir algún día el mismo destino, pasó años diseñando un lugar de reposo especial para su cuerpo. La única entrada conocida a la tumba era la puerta tras la chimenea. Etrius sospechaba que podía haber otras que sólo el maestro conociera, y más allá del sarcófago se abría un túnel descendente en el que no penetraba luz alguna. Nunca nadie se había atrevido a explorarlo.

Cientos de conjuros diferentes protegían el pasadizo por el que Etrius bajaba. Las paredes estaban cubiertas por antorchas que ardían eternamente, ya que en el interior no funcionaba ningún mecanismo eléctrico. También era imposible materializarse o utilizar cualquier magia de tierra para atravesar las paredes. Tremere había previsto todos los métodos de ataque posibles, o al menos eso pensaba.

El gigantesco ataúd de piedra reposaba en el centro de una pequeña caverna de seis metros por cinco. El techo se elevaba más de diez metros. En un extremo de la cámara estaba la escalera que conducía hacia arriba. En el otro, justo frente al sarcófago, se abría el pasadizo que se adentraba en las profundidades de la Tierra. Nunca había surgido nada de aquel oscuro lugar, pero a veces Etrius creía oír voces susurrando.

Se aproximó cuidadosamente al ataúd. Muy raramente se acercaba hasta aquí, sólo cuando era convocado mentalmente por Tremere. En ocasiones la realidad y la fantasía se mezclaban y le

resultaba difícil separarlas. Tenía vagos recuerdos de haber visto alguna vez un tercer ojo abierto en la frente de su maestro. Otra memoria terrible (o sueño, no estaba seguro) era la de abrir el sarcófago y encontrar dentro un gigantesco gusano blanco cubierto de mucosa.

Con un escalofrío, Etrius empujó la tapa hasta revelar su contenido. Una breve y aliviada sonrisa acudió a los labios del mago. Allí estaba Tremere, descansando plácidamente dentro de la caja forrada de terciopelo. Sus rasgos eran los de un hombre poderoso y dinámico, los mismos de hacía más de un milenio. Su expresión era calmada y tranquila.

Asintió desahogado y cerró rápidamente la tapa. Ver a su maestro a salvo aumentó su confianza. Sabía que su sueño no había sido sólo una revelación, sino también una advertencia. St. Germain aún vivía y maquinaba, y su existencia era un peligro para todo el clan Tremere. Había que destruirlo, y él era el único capaz de hacerlo.

Durante el camino hacia la superficie pensó en su próximo movimiento. No era tan importante saber *qué* hacer como decidir a *quién* utilizar. La elección era sencilla. Confiaba en muy pocos vampiros, casi todos de su propia gente. El más implacable, despiadado y decidido de todos ellos era Peter Spizzo.

Aunque estaba Vinculado con Sangre a Etrius, y por tanto no podía dañarlo, Spizzo no ocultaba su deseo de convertirse algún día en miembro del Consejo Interior de los Siete. Era capaz de hacer cualquier cosa por alcanzar ese objetivo. Devolvió la chimenea a su lugar, encendió el fuego de nuevo e invocó al mago a su estudio.

–Quiero que encuentres a un Vástago renegado –dijo Etrius, decidiendo que un acercamiento directo sería más adecuado. No había motivo alguno para mentir a Spizzo, pero sólo le diría lo imprescindible–. Hazlo y la recompensa será grande.

–¿Cómo de grande? –preguntó Peter. Era un hombre bajo y robusto con el pelo negro, hombros anchos y piel oscura. Su energía parecía inagotable.

–Busca y destruye al que te nombre –dijo Etrius– y un asiento en el Consejo Interior será tuyo.

–No hay posiciones vacantes –respondió el otro.

–Todavía no –aseguró Etrius–, pero la situación podría cambiar inmediatamente. –Su voz se hizo grave–. Hace cientos de años uno de los discípulos originales de Tremere, Abetorius, fue enviado a Oriente Medio para extender por Asia la influencia del clan. Fracásó

miserablemente. Avergonzado por su derrota permaneció en Constantinopla, donde reina como el miembro menos importante del Círculo. Nadie protestaría si fuera repentinamente reemplazado por un Cainita más enérgico. Alguien, por ejemplo, *como tú*.

–Dime el nombre del Vástago al que quieres destruir –dijo Spizzo.

–El Conde St. Germain.

–St. Germain –repitió lentamente el mago, dejando que las sílabas resbalaran por sus labios. Había un extraño fulgor en sus ojos–. Un nombre interesante. –Miró a Etrius y asintió–. Así se hará. No importa lo que sea necesario, así se hará.

Washington D.C.: 21 de marzo de 1994

Era medianoche en el Lincoln Memorial. McCann aguardaba en las sombras, apoyado en la parte trasera de la enorme estatua. Era el único visitante. Con los disturbios aún activos y parte de la ciudad en llamas, no había muchos turistas. Además, la policía asignada al monumento había sido sacada de allí para ayudar a mantener el orden. A pesar de encontrarse en una de las zonas más seguras de D.C., sólo los más valientes (o estúpidos) visitaban el lugar por la noche, aunque estuvieran presentes los guardias. Las osadas pintadas de las pandillas en las paredes y el suelo del edificio dejaban claro el motivo. Habían manchado incluso la estatua de mármol del Lincoln.

McCann suspiró y sacudió la cabeza disgustado. Ningún anarquista tenía respeto por el pasado. En realidad, tampoco por el presente ni por el futuro... Sólo se preocupaban por el momento y por ellos mismos.

Estaba enfadado. Aquella estatua merecía algo mejor. Lincoln había sido uno de los hombres más grandes de la historia de los Estados Unidos. Durante sus breves años en el cargo había logrado muchas cosas, tantas que los vampiros que en secreto gobernaban el país terminaron por ordenar su muerte. No se atrevían a dejarlo vivir durante la Reconstrucción, ya que podría haber curado el odio que los no muertos querían mantener intacto. Los Vástagos solían conseguir

todo aquello que se proponían.

Lincoln había liberado a los esclavos hacía más de un siglo, pero muchos negros en los Estados Unidos seguían viviendo en la más absoluta miseria, despojados de sus derechos civiles por los gobiernos locales dominados por el KKK y la extrema derecha. Los ricos se hacían más ricos y los pobres se hundían cada vez más en el fango. La industria militar prosperaba mientras el ciudadano corriente pasaba hambre y perdía su hogar. No era el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo que Lincoln tenía en mente, sino el de unos pocos para unos pocos.

Era una situación que convenía tanto a la Camarilla como al Sabbat. Para reconstruir la nación era necesaria una ingente intervención federal, pero en un Congreso dominado por los grupos de poder adinerados los pobres no tenían ni voz ni voto.

El detective comprobó nervioso su reloj. Ya habían pasado más de cinco minutos de la hora y empezaba a preocuparse por Flavia. No podía creer que los anarquistas hubieran acabado con ella. Si no aparecía es que había ocurrido algo, con toda seguridad aquel asesino llamado Makish... o una Matusalén llamada Anis.

Se había quedado estupefacto la noche pasada cuando, saliendo del estacionamiento, el tejido de la realidad sufrió una pulsación. McCann reconoció inmediatamente *Temporis*, la disciplina secreta de los Brujah Auténticos. Era concebible que se tratara de otro antiguo, pero el detective estaba seguro de que era Anis. También ella estaba involucrada de algún modo en la trama de la Muerte Roja.

Un ligerísimo movimiento del aire hizo que dejara de temer por Flavia. Un destello blanco, apenas visible, le convenció de que no se equivocaba. Cuando una mano le palmeó el hombro y una seductora voz de mujer le dijo "estoy aquí", estaba preparado.

–Llegas tarde –respondió manteniendo el tono de voz. Prefería no expresar sus anteriores preocupaciones, ya que Flavia y su obsesión con las Máscaras podían ser un problema. Cualquier indicación de inquietud le haría doblemente insoportable.

–Mis más profundas disculpas –dijo la Assamita apareciendo de la nada frente al detective. Aquella noche se había puesto su mono de cuero blanco. Con una guerra de sangre en la ciudad, preocuparse de los disfraces era una estupidez—. Una banda de *punks* callejeros creyó que podría necesitar ayuda con mi vestuario y se ofrecieron a quitármelo. Decliné la invitación. Se negaron a tomarme en serio y me llevó unos minutos convencerlos.

–¿Cuántos murieron? –preguntó McCann.

–Cinco –respondió Flavia sonriendo–. Coloqué los cuerpos de modo que parezca que se han matado los unos a los otros en una discusión. Por eso llego tarde. Asesinar es rápido, pero preparar los cadáveres no.

–Juzgando por las noticias de la radio y la televisión, nadie se dará cuenta –dijo McCann–. Las últimas cifras que he oído hablaban de casi quinientos muertos y varios miles de heridos.

–No hace falta decir –añadió Flavia– que ahí no se incluyen las bajas vampíricas, ya que nuestros cuerpos suelen desintegrarse. No hay modo de estimar cuántos anarquistas han encontrado la Muerte Definitiva durante las últimas noches. Deben haber sido cientos.

–Hoy las cosas parecen más tranquilas –dijo McCann.

–Justine ha retirado a sus tropas –dijo Flavia–, y eso hay que saber valorarlo. A los anarquistas del Sabbat no se les da muy bien obedecer órdenes. Unos cuantos se niegan a detenerse, pero la Guardia de Sangre personal de la Arzobispo está encargándose de ellos.

–Maldita confusión –dijo McCann–. Y seguimos sin saber cómo está involucrada la Muerte Roja en todo el asunto, o dónde se oculta...

–*Lameth*, susurró una voz en la mente del detective, casi como respuesta a sus preguntas. *Te habla la Muerte roja. ¿Deseas escuchar?*

Sorprendido, McCann miró a Flavia. Estaba cerca de él, esperando instrucciones. Su expresión aburrida dejaba claro que no había oído nada.

–Comprueba los alrededores –le dijo–. Tengo la extraña sensación de que no estamos solos.

–Como quieras –respondió Flavia–. Volveré en un momento. No te muevas.

–Aquí me quedo.

Concentró mentalmente sus pensamientos en una respuesta.

Te oigo claro. ¿Qué quieres?

Deseo hacerte una oferta, fue la respuesta casi instantánea. *No te molestes haciendo que tu Assamita me busque, ya que no estoy cerca de ti. Como muchos de nuestra generación, puedo emitir mis pensamientos mediante un delgado rayo enfocado hacia alguien determinado. Además, dar contigo no es difícil: tu mente arde con un fuego tan poderoso como el mío.*

Das por hecho muchas cosas sobre mí, emitió McCann, *pero no*

veo motivo en corregir tus errores. La repito, ¿qué quieres?

Una conferencia de paz, declaró la Muerte Roja. Deseo discutir una alianza entre nosotros. Atacarte fue una equivocación, ahora lo comprendo. Los dos tratamos de alcanzar las mismas metas. Juntos podríamos triunfar, pero si trabajamos separados estamos condenados al fracaso.

El detective sonrió. Como muchos otros Vástagos, la Muerte Roja era demasiado arrogante para su propio bien. Creía que todos los demás eran imbéciles: una trampa era siempre una trampa, independientemente de la excusa. Estaba ansioso por enfrentarse a la figura espectral cara a cara por segunda vez, pero no quería parecer demasiado interesado.

Trabajo solo, declaró. ¿Por qué debería confiar en ti?

Prometo que no te haré daño, saltó la Muerte Roja. Lo juro por el honor de mi sire.

Aquella era una poderosa promesa, pero no estaba impresionado. Él había realizado y violado numerosas veces juramentos igual de sagrados.

Dame un motivo por el que deba reunirme contigo. Uno solo.

Aunque estaba preparado para algo enrevesado, el detective se sorprendió con la respuesta de la Muerte Roja.

Los Nictuku se están alzando, dijo el espectro. Recuerda que fui yo, utilizando a Benedict como mensajero, el que envió a Vargoss aquellas fotografías de la Bruja de Hierro. Sabía que las verías. No es posible derrotar solos a los monstruos, únicamente nuestros poderes combinados lograrán destruir a los horrores.

McCann vio regresar a Flavia por el rabillo del ojo. Prefería que no supiera nada de su conversación mental, por lo que envió rápidamente una respuesta.

Es un buen argumento. ¿Dónde nos encontramos? ¿Cuándo?

El Depósito de la Armada en Washington, respondió la Muerte Roja. Mañana a medianoche. Acude solo, o no te molestes en hacerlo.

De acuerdo, pensó McCann rompiendo el contacto.

Era un cebo. El detective estaba convencido de que la Muerte Roja no estaba interesada en trabajar con nadie. Había un motivo detrás de aquella confrontación, y no era la cooperación. A McCann no le importaba, ya que las trampas tenían la desagradable costumbre de volverse contra el que las tendía, especialmente si Lameth, el Mesías Oscuro, estaba involucrado.

--¿Encontraste algo? --le preguntó a Flavia.

–Ni un alma --dijo la Assamita--. Pareces contento, ¿A qué viene esa sonrisa?

–Creo que se me ha ocurrido algo para encontrar a la Muerte Roja --respondió--. Es un tiro a ciegas, pero podría funcionar. Por desgracia, va a necesitar algo de trabajo diurno. Nos veremos mañana por la noche aquí, a la misma hora. Para entonces tendré una respuesta.

Los ojos de Flavia se entrecerraron. La Assamita parecía estar intentando leerle la mente, pero era imposible. Había escudado incluso sus pensamientos superficiales.

–No me importa esa idea, McCann --dijo al fin--. No me gusta que me tomen por idiota.

–La Muerte Roja --repitió el detective--. Puedo localizarla. Mañana por la noche. Dame veinticuatro horas.

Inesperadamente, Flavia sonrió. Era una de las poquísimas veces en las que el humano había visto aquel gesto, que le cogió por sorpresa.

–Eres una maquinador, Dire McCann --dijo con una risita--. Ese es uno de los motivos por el que creo que eres más de lo que pareces. Mucho más. Juegas con las palabras, pero no discutiré contigo sobre términos y definiciones. Haz lo que desees. Mañana te esperaré aquí. No me gusta que me engañen, sea quien sea.

Luego desapareció, con el mismo suspiro con el que había llegado. El detective sacudió la cabeza. Casi hubiera preferido que Flavia le acompañara a su reunión con la Muerte Roja, ya que era un buen seguro contra la traición. Sin embargo, el espectro había especificado que acudiera solo. No le importaba en absoluto, ya que prefería ocultar algunos aspectos de su identidad incluso a sus aliados más cercanos. Aunque supiera que se dirigía hacia una trampa, él también tenía algunas sorpresas guardadas.

Washington D.C.: 21 de marzo de 1994

–Ojalá hubiera traído a Sumohn --dijo Alicia Varney a Sanford Jackson mientras el reloj de la suite señalaba la medianoche.

–Transportar una pantera negra en limosina durante varios

cientos de kilómetros hubiera sido complicado --respondió su ayudante--. No creo que su mascota hubiera aceptado quedarse en el maletero.

Alicia se encogió de hombros.

--Ya lo sé, pero mis poderes psíquicos son inútiles con tantos vampiros en la zona. La pantera, con sus sentidos de cazador, encontraría a la Muerte Roja mucho más rápidamente que Justine y su ejército de anarquistas.

--No son un ejército --corrigió Jackson, ligeramente molesto--. Los soldados tienen disciplina y obedecen órdenes. Esos vampiros son una jauría incontrolable. No son más que carne de cañón.

--No son tan inútiles --respondió Alicia--. Han sumido a la ciudad en un estado de caos total. La policía y los bomberos están colapsados y la Guardia Nacional apenas puede parar los saqueos. El gobierno de la ley ya no existe, y los pocos miembros de la Camarilla aún activos tratan desesperadamente de mantener a salvo la Mascarada. Justine no tiene tales preocupaciones. Si logra dar con Marcus Vitel en los próximos días y lo destruye, la ciudad será suya. Washington, centro del poder del gobierno de los Estados Unidos, caerá en manos del Sabbat.

Alicia sonrió. El éxito de la Arzobispo la convertiría en la principal candidata a ocupar la Regencia de la secta. Aunque las cosas no habían salido exactamente como estaba planeado, tampoco eran el desastre que Alicia temía. Sólo quedaba resolver el misterio de la Muerte Roja.

--¿No contraatacará la Camarilla? --preguntó Jackson. Aunque sabía más sobre los Vástagos que la mayoría de los humanos, todo su conocimiento procedía directamente de Alicia, que se cuidaba de no contarle demasiadas cosas.

--No si Vitel es eliminado --respondió--. Es el viejo problema de ponerse a la altura de tu enemigo para derrotarlo. Para destruir a los líderes del Sabbat en la ciudad sería necesario un ataque a gran escala como el que hemos presenciado los últimos días. Sin embargo, una segunda campaña justo después de los disturbios amenazaría la Mascarada. La Camarilla no se arriesgará. El estar atados a las tradiciones les impide utilizar la única técnica que aseguraría su victoria.

--No estoy tan convencido --dijo Jackson--. Justine trató de emplear un ejército de vampiros fanáticos para arrollar los puntos fuertes, pero la estratagema ha fracasado porque los objetivos

estaban sobre aviso. Ese es el problema de los ataques directos. Un equipo de asesinos adiestrados podría haber tenido éxito con mayor facilidad. Todo hubiera sido más rápido y mucho más limpio.

Alicia frunció el ceño. Su ayudante estaba en lo cierto. De hecho, le hizo preguntarse si no habría un plan así en marcha. Varios Vástagos de la Camarilla habían encontrado la Muerte Definitiva durante los dos últimos días, igual que numerosos miembros del Sabbat. Corrían rumores extraños acerca de la desaparición de John Thompson, y la Guardia de Sangre murmuraba sobre un misterioso asesino llamado Makish. Tampoco se había descubierto al traidor que había advertido a Vitel de la guerra de sangre.

—¿Por qué mataría nadie a líderes de la Camarilla y del Sabbat sin llevarse crédito por las piezas? —preguntó en alto. ¿Qué motivos tendría un asesino para atacar a las dos sectas e intentar que se culparan la una a la otra?

Jackson sonrió.

—No prestó mucha atención a su participación militar en la guerra del Vietnam, ¿no, señorita Alicia? Cuando los chicos del Pentágono querían un aumento en su presupuesto fingían una nueva crisis en ultramar. Apretaban los botones adecuados y el Congreso y el Presidente pasaban por el aro. No tenían más que matar a algunos peces gordos en Saigón o en Hanoi y el dinero llovía del cielo. Bastaba con agitar un poco las cosas, atacar a ambos bandos y la guerra continuaba con más fuerza que nunca. Las escaladas necesitan provocación. Los militares no deseaban vencer. Su poder procede de la guerra, no de la paz.

Alicia miró a su ayudante, sorprendida.

—¿Quiere decir que nuestros generales provocaban desastres deliberadamente para progresar en sus carreras? ¿Qué asesinaban a nuestros aliados y culpaban al otro bando?

—Por supuesto —dijo Jackson—. Cuanto más peligroso parecía el enemigo más rápidamente ascendían.

—¿Y sugiere que la Muerte Roja podría estar haciendo algo parecido aquí? ¿Cree que ayudando en secreto a ambos bandos está en realidad agravando el conflicto entre la Camarilla y el Sabbat?

—Tiene sentido —respondió Jackson.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué gana él?

Anis, susurró una gélida voz en las profundidades de su mente. *Te habla la Muerte Roja. ¿Estás dispuesta a escuchar lo que tengo que decir?*

Alicia no creía en las coincidencias. De algún modo el espectro había estado espiando mentalmente su conversación, y era evidente que no le gustaba el rumbo que estaba tomando. Se prometió volver al tema en cuanto hubiera ocasión. Ahora tenía que concentrarse en aquel monstruo.

Su expresión parecía haber alertado a Jackson de que estaba sucediendo algo extraño, ya que se quedó muy quieto, esperando instrucciones. Con una leve sonrisa, Alicia envió sus pensamientos a través del canal mental abierto por la Muerte Roja.

Siempre estoy dispuesta a atender a la razón, declaró. Me atacaste sin provocación. Yo no te había hecho nada.

Aquel fue un grave error por mi parte, llegó la respuesta. Infravaloré enormemente tus poderes y los de tu misterioso amigo. Por suerte, aprendo de mis errores. Tu fuerza y determinación son legendarias, y ahora comprendo que nunca debería haber actuado contra ti. Deseo hacerte una oferta que confío encontrarás sumamente atractiva.

Alicia no tenía la menor intención de corregir las ideas de la Muerte Roja sobre Reuben. No dudaba en sacar ventaja de cualquier concepto erróneo que sus enemigos pudieran tener sobre ella. A pesar de las palabras moderadas del espectro, Alicia sabía que la Muerte Roja era su enemigo.

Haz tu oferta, emitió. Siempre estoy dispuesta a atender a la razón.

Una conversación de paz, declaró la criatura. Deseo hablar de una alianza entre los dos. Buscamos los mismos objetivos, y juntos podríamos alcanzarlos. Por separado estamos condenados al fracaso.

Alicia suspiró. Seis mil años de intriga le habían enseñado a no confiar en nadie, especialmente en otro miembro de la cuarta generación. No había Matusalén que no se creyera lo suficientemente poderoso como para afrontar cualquier problema. Eran demasiado egocentristas. La Muerte Roja, a pesar de sus palabras, no era diferente de los demás. Estaba mintiendo. Era un estúpido arrogante incapaz de darse cuenta de la transparencia de sus acciones. Alicia se había encontrado con gente así muchas veces. Nunca aprendían que era imposible seducir a una seductora, pero seguían intentándolo.

Tengo mis propios planes, declaro pomposa. ¿Por qué debería perder el tiempo contigo?

Aunque esperaba algún tipo de lógica retorcida, la respuesta le sorprendió.

Los Nictuku están despertando, comunicó el espectro. La situación en Rusia no deja de empeorar. La Bruja de Hierro se ha hecho con el país, y en Australia están sucediendo cosas monstruosas. Todos los Vástagos están amenazados.

Alicia no pudo evitar un escalofrío. La Muerte Roja no era idiota, y casi la convenció de que realmente quería cooperar. Sin embargo, no estaba tan impresionada como para meterse en una trampa sin protestar antes un poco. Hubiera sido sospechoso.

¿Cómo sé que no estás aprovechando las circunstancias para atraerme hacia mi destrucción? Preguntó.

Prometo no hacerte daño, respondió. *Lo juro por el honor de mi sire.*

Aquel era un juramento poderoso y el espectro parecía hablar totalmente en serio, pero Alicia no era tan crédula. Las promesas no eran más que palabras. Se hacían para romperse.

¿Dónde quieres que nos veamos? ¿Cuándo?

El Depósito de la Armada en Washington, respondió la Muerte Roja. *Mañana a medianoche. Acude sola, o no te molestes en hacerlo.*

Mañana por la noche. De acuerdo, allí estaré.

Terminado el contacto, Alicia río secamente.

—Esta vez estaré preparada, arrogante hijo de puta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jackson confuso—. Estábamos hablando cuando de repente se quedó quieta con esa extraña expresión.

—Un enlace telepático directo con la Muerte Roja —respondió ella—. Quiere que nos veamos mañana por la noche. Para hacernos amigos.

No veía motivo alguno para mencionar a los Nictuku. Jackson sabía más que muchos humanos, pero algunos secretos de los Vástagos no eran para las mentes mortales.

—No estará pensando en enfrentarse a ese monstruo —protestó el ayudante—. Es una trampa.

—Eso espero —respondió Alicia—. De otro modo me sentiría defraudada. La Muerte Roja quiere una segunda oportunidad para matarme, así que me ha pedido educadamente que meta la cabeza en el horno. Me voy a reunir con él mañana a medianoche en el Depósito de la Armada. Sola. Por supuesto, acepté sus condiciones.

Jackson frunció el ceño.

—¿Sola? Eso puede ser un problema. El Depósito es un lugar enorme, especialmente si vamos a utilizar el equipo de apoyo habitual.

Va a hacer falta mucho personal.

–Dejo los detalles en sus competentes manos --respondió Alicia con su sonrisa más perversa–. ¿Recuerda el material del gobierno que le dije que podíamos utilizar? Consígalo. No me importa lo que cueste, lo quiero todo preparado y en posición. La Muerte Roja se cree muy lista, pero es hora de que descubra que yo también puedo serlo.

Washington D.C., EE.UU.: 21 de marzo de 1994

La atractiva pareja estaba sentada en el reservado trasero del restaurante Geppi's, comiendo pizza de masa gruesa y bebiendo coca-cola. Ninguno de los miembros del servicio recordaba exactamente cuándo habían entrado, ni quién les había tomado nota. Sin embargo, como se lo estaban pasando bien nadie se preocupó. De algún modo, su presencia en el restaurante parecía perfectamente natural.

El hombre aparentaba unos veinticinco años. Era delgado, de cabello rubio ondulado y brillantes ojos azules, Su piel, ligeramente bronceada, irradiaba salud. Llevaba una camisa blanca con el cuello desabrochado y unos pantalones del mismo color. Hasta sus zapatos y calcetines eran blancos.

Su compañera vestía unos pantalones de pinzas azul oscuro y una brillante túnica de lentejuelas. Sus ojos eran del mismo color de la ropa, pero su cabello tenía una brillante sombra rojiza. Apenas utilizaba maquillaje, y su vestuario amplio no podía ocultar su figura exuberante. El hombre era atractivo, pero ella era espectacular.

Un observador atento podría haber detectado un ligero parecido entre los dos, y si alguien hubiera preguntado descubriría que eran hermanos. Sin embargo, nadie en el restaurante reparaba dos veces en ellos. Así lo querían, y normalmente sus deseos se hacían realidad.

–Los dos han aceptado la supuesta tregua --dijo el joven. Su voz era suave, increíblemente dulce y relajada. Aunque no era su verdadero nombre, se hacía llamar Reuben–. Mañana, a medianoche, nuestras dos Máscaras se reunirán con la Muerte Roja en el Depósito de la Armada.

–Ya lo sé --dijo su hermana, que se hacía llamar Rachel. Su voz

era grave y seductora, sexy sin ser amenazadora—. También seguí sus conversaciones telepáticas. Habrá fuegos artificiales. Me sorprende que ni Anis ni Lameth hayan averiguado la verdad. No comprenden el verdadero alcance de la extraña identidad de la Muerte Roja.

—Aún no —dijo Reuben—. McCann estuvo a punto de descubrirlo en la discoteca, pero Alicia nunca había tenido motivo alguno para sospechar. La burbuja telepática que cubre Washington por culpa de la invasión escuda el secreto de sus sondas mentales. Sospecho que tienes razón en tu apreciación. Los dos se dirigen hacia una trampa mortal creyéndose a salvo.

Rachel negó con la cabeza.

—Has malinterpretado mis palabras. No estamos hablando de unos estúpidos anarquistas: entre los dos tienen a sus espaldas más de diez mil años de inquina y traición. Saben perfectamente que la Muerte Roja planea su destrucción. Sospechan que de algún modo logrará eludir su promesa, y no les importa. Todo lo que desean es una oportunidad para acabar con el monstruo. Ninguno de los dos es estúpido, sólo terriblemente vanidoso.

Reuben asintió.

—Por eso ha sido tan difícil orientarlos en la dirección correcta. Los dos son incapaces de admitir que puedan estar equivocados.

—Se parecen a ti —dijo Rachel dando un sorbo a su refresco. La máquina de discos del fondo comenzó a interpretar "You're so Vain", de Carly Simón. Nadie en el restaurante pareció notar que la máquina se había puesto en marcha sola.

La pelirroja sonrió al ver la mezcla de enojo y consternación de su hermano.

—En realidad, aunque aún no nos hemos conocido en persona, encuentro a ese Dire McCann bastante fascinante. Espero que sobreviva al encuentro.

—Lo mismo digo respecto a Alicia —respondió Reuben, animándose—. Es, sin duda alguna, la mujer más peligrosa del mundo. La señorita Varney es tan hermosa como brillante. —Sonríó a su hermana—. Y creo que le gusto.

Los dos se miraron por un momento y empezaron a reír. Nadie se fijó en el comportamiento de la pareja, como era habitual.

—Pensamos de forma demasiado parecida —añadió aún riendo. De los altavoces surgió "Shut Up and Kiss Me", de Mary Chapín Carpenter.

–Ese es el peligro de ser gemelos –respondió ella–. ¿Crees que McCann y Varney tienen la menor idea de quiénes somos en realidad, o de por qué estamos ayudándoles?

–Aún no –dijo Reuben–. Sin embargo, Lameth se comunica con McCann mediante sueños, y antes o después el Matusalén descubrirá porqué tus rasgos le parecen familiares. Entonces las cosas comenzarán a ponerse interesantes.

–Phantomas ya sospecha –dijo Rachel, cambiando de tema–. Vio la talla de Khufu en el Louvre.

–Me olvide de aquello –dijo Reuben molesto–. Ojalá no hubiera sido así. Ese Nosferatu es terriblemente astuto, y la enciclopedia en la que está trabajando le da una ventaja injusta.

–La Muerte Roja lo quiere ver muerto –dijo Rachel–. Llegó a un trato con esos tres zoquetes para destruirlo. Corre un grave peligro.

–No subestimes a nuestro feo amigo –respondió Reuben–. No ha sobrevivido dos milenios huyendo del peligro. Puede evitar los enfrentamientos, pero no es un cobarde. Recuerda que viajaba con las legiones de César y que destruyó a Urgahalt. Sospecho que los Tres Impíos, como se hacen llamar, se van a llevar toda una sorpresa con su supuesta víctima. No morirá fácilmente.

–Me gustó tu truco con su ordenador –dijo Rachel mientras atacaba otro trozo de pizza–. Tienes un gran sentido dramático.

–Atraje su atención –dijo Reuben–. Además, me dio la oportunidad de jugar un poco con la maquinaria. Phantomas necesitaba un ligero empujón en la dirección correcta, y el mensaje ayudó. Desde entonces ha seguido solo de forma bastante eficaz.

Rachel dio otro sorbo a su bebida.

–Él tiene la información. Lameth y Anis el poder. Si llegan a encontrarse, ¿crees que entre los tres serían capaces de derrotar la Mascarada de la Muerte Roja?

Reuben se encogió de hombros.

–No estoy seguro. Seker lleva siglos planeando este golpe, y su línea de sangre siempre ha sido extremadamente poderosa. La cooperación con los Sheddin los ha hecho virtualmente omnipotentes. No estoy seguro de que sea posible detenerlos.

–Pero nosotros podemos frustrar sus planes –dijo Rachel.

–Quizá –contestó su hermano–. Yo no estoy tan seguro. No es posible doblar la realidad sin límite, y Padre ha dejado claro que nuestra participación en la Yihad debe ser mínima. De momento sólo podemos observar y esperar.

Rachel bufó protestando.

–Odio esperar.

–Dímelo a mí --respondió Reuben--. El precio de la inmortalidad es aprender cómo soportar el aburrimiento infinito. Estoy convencido de que aunque los Matusalenes digan que su destino es dominar a todos los Vástagos, los que aún participan en la Yihad lo hacen principalmente para no volverse locos.

La música volvió del country al rock. Los clientes del local no dijeron una palabra cuando empezó a sonar "Who Wants to Live Forever", de Queen.

–Puede ser --dijo Rachel--. Sin embargo, como hemos discutido en el pasado, no estoy totalmente convencida de que tengas razón. Por nuestro propio bien, espero que no te equivoques. --Suspiró--. El único que lo puede saber con seguridad es Padre.

–No es cierto --dijo Reuben, solemne--. Hay otro.

–Mejor será que nos vayamos --dijo Rachel--. La conversación se está poniendo demasiado seria. Ya he comido suficiente pizza y se está haciendo tarde.

–Más de lo que ellos creen --comentó Reuben.

Hizo un gesto a una camarera y le dio un billete de cincuenta dólares.

–Tenemos mucha prisa --dijo educadamente--. ¿Se puede encargar de nuestra cuenta? Hemos tomado pizza china gruesa y coca-cola.

La mujer parpadeó, ligeramente confusa.

–No sé exactamente qué mesa es --dijo--, pero no hay problema si tienen tanta prisa. Esperen un segundo y les traeré el cambio.

Cuando la camarera regresó la pareja había desaparecido. El encargado, preocupado por el tamaño de la propina, preguntó al resto de la plantilla. Nadie recordaba haberlos visto salir, aunque en realidad tampoco que hubieran entrado o que alguien les hubiera servido. En realidad, nadie recordaba prácticamente nada sobre ellos.

la luna y las estrellas, y hacía muchísimo frío para ser marzo en Washington. Frente a la enorme estatua aguardaba una figura solitaria. Se trataba de una mujer rubia vestida de arriba abajo de cuero blanco. Su mirada iba de un lado a otro, escudriñando las sombras. Esperaba a alguien, inquieta.

La oscura silueta viajaba como una mancha sobre la tierra en el exterior del monumento. Llegó hasta las escaleras de mármol y trepó por los peldaños blancos hasta llegar al nicho entre los pilares. Se movía en un silencio casi absoluto, pero no bastó para evitar que la mujer de blanco se diera la vuelta, buscándola. Ésta, con los ojos brillando adoptó una postura defensiva con los brazos ligeramente doblados delante del cuerpo.

–¿Quién eres? –preguntó–. ¿Qué es lo que quieres?

A unos cuatro metros la sombra tomó forma sólida, convirtiéndose en una joven de pelo largo y oscuro vestida únicamente con un leotardo negro. Asintió, como si estuviera confirmando sus sospechas.

–Soy Madeleine Giovanni, del clan Giovanni. Asumo que tú eres la Assamita una vez conocida cómo Sarán James y ahora llamada Flavia, el Ángel Oscuro.

Flavia asintió, pero no bajó las manos. Madeleine se hubiera sorprendido si lo hiciera. Los Assamitas no eran famosos precisamente por su naturaleza confiada.

–Conoces mi identidad, Giovanni –dijo la mujer de blanco–, y tu reputación es bien conocida en mi clan. Aunque trabajamos para diferentes maestros y causas, creo que nos regimos por los mismos códigos de conducta.

–El honor por encima de todo –dijo Madeleine solemne–. Las deudas de sangre deben pagarse apropiadamente.

Flavia sonrió, aún en guardia.

–¿Qué quiere de mí una famosa saboteadora Giovanni? Especialmente en una ciudad en la que los anarquistas del Sabbat luchan contra los antiguos de la Camarilla...

–Visité a tu Príncipe, Alexander Vargoss, a comienzos de esta semana –dijo Madeleine–. Me dijo que estarías en Washington acompañando a un humano llamado Dire McCann. Los dos estáis tratando de dar con una figura espectral que se hace llamar la Muerte Roja.

–Correcto –dijo Flavia, ya sin sonreír–. ¿Qué es lo que buscas?

–Necesito encontrar a McCann –respondió Madeleine. Mentir a Flavia no serviría de nada–. Mi sire me envió aquí para localizarlo.

Como es humano no puedo utilizar mi talento especial para rastrearlo en una ciudad de este tamaño. Sin embargo, domino una disciplina que me permite sentir la presencia de Vástagos poderosos en los alrededores, a pesar de haber cientos de vampiros cerca. Es un truco muy útil durante una Caza de Sangre. Cuando llegué a la capital lancé mi red psíquica y detecté a dos Assamitas importantes en la zona. Vine aquí primero y te reconocí por la descripción de Vargoss.

–¿Me detectaste a mí y a *otro*? –preguntó Flavia–. Debe ser Makish. Los rumores eran ciertos.

–¿El asesino proscrito? No sabía que estuviera en la ciudad. ¿Trabaja para la Camarilla o para el Sabbat?

–No estoy segura –dijo Flavia–. Últimamente han desaparecido algunos miembros de ambas sectas, pero casi todas las muertes son atribuidas a la guerra de sangre que ha liberado el Sabbat. Sin embargo, hay demasiados muertos de los que nadie se ha llevado el crédito. Me parece sospechoso.

Madeleine asintió. Sabía, como Flavia, que ningún vampiro neonato se resistiría a presumir ampliamente sus hazañas. Acabar con un antiguo era toda una noticia. Que un vampiro desapareciera sin que nadie se jactara era extraño. La mujer de oscuro sólo tenía una explicación.

–Makish nunca presume de sus asesinatos –dijo–. Se considera un artista, y como tal deja que sus obras hablen por él. Sin embargo, ¿por qué actuaría contra los Vástagos de ambos bandos? Uno de los dos debe estar pagando sus tarifas, y no es barato. No hay duda de que no está trabajando gratis.

–Es un misterio –dijo Flavia–. Uno que no me gusta.

La Assamita dudó antes de continuar.

–McCann no está aquí, pero le espero de un momento a otro.

–Me quedaré –dijo Madeleine.

Las dos vampiras se quedaron inmóviles y en silencio. Eran pacientes. Se estudiaron detenidamente, valorando sus habilidades y debilidades. Era parte de su naturaleza y de su entrenamiento. Aunque eran de aspecto y pasado completamente diferentes, sus espíritus eran gemelos.

Flavia rompió el silencio.

–¿Qué sabes de la Muerte Roja? –preguntó con aprensión.

–Sólo lo que me dijo tu Príncipe –respondió Madeleine–. He oído la historia de su ataque y la muerte de tu hermana. Vargoss parecía convencido de que el monstruo era un antiguo del Sabbat.

–Tú no estás tan segura –dijo Flavia inclinando la cabeza y sonriendo.

–Creo en los hechos, no en las supersticiones –respondió Madeleine–. Por el tono de tu voz, sospecho que piensas igual.

–McCann cree que la Muerte Roja trabaja para sí misma. En el poco tiempo que he conocido al detective casi nunca se ha equivocado.

–Vargoss comentó que McCann era un mago.

–De la tradición Eutánatos –respondió Flavia. Madeleine, entrenada durante siglos para detectar la menor duda o vacilación en una voz, de vampiro o de mortal, notó cómo la Assamita se detenía por un instante. Había algo sobre la identidad de McCann que no quería revelar. No importaba, al menos de momento–. Es el humano más interesante que he conocido nunca, y de lejos el más peligroso.

De nuevo, Madeleine detectó un extraño tono en el comentario de Flavia, como si la estuviera retando a mostrar su desacuerdo. Había algo raro, muy raro en ese Dire McCann. Se preguntaba si ese era el motivo de su misión. De momento, por diferentes motivos, estaba ansiosa por encontrar a aquel mortal extraordinario.

–¿Habías quedado con él aquí?

–A medianoche –respondió Flavia ligeramente preocupada–. Suele ser muy puntual.

La mujer de blanco frunció el ceño.

–Dijiste que sentiste a Makish. ¿Dónde? ¿Cuándo? Corren rumores de que está aliado con la Muerte Roja, y anoche McCann mencionó algo sobre encontrar una pista del paradero del monstruo.

–¿Se atreve a investigar sin ti? –preguntó Madeleine.

–Se atreve a todo.

Los ojos de la italiana se entrecerraron y apretó los puños. Se quedó quieta, buscando mentalmente con su formidable voluntad.

–Lo tengo de nuevo –susurró–. Al sur de aquí. Al este. –Torció el gesto, como si sintiera dolor–. No está solo, está en compañía de varios más. Puedo sentir que todos ellos están esperando a alguien.

–¿Varios? –en boca de Flavia, aquella palabra sonaba como una maldición–. ¿Más de dos?

Los labios de Madeleine se convirtieron en delgadas líneas.

–No puedo discernir cuántos hay exactamente, ni la identidad de su clan. Sus mentes son extrañas. Parecen unidas, quizá telepáticamente. Tampoco muestran las señales distintivas de los trece clanes, pero puedo sentir que son Vástagos extremadamente

poderosos. En su interior hay una energía cruda y elemental.

–La Muerte Roja –dijo Flavia con tono desesperado–. Discutimos la posibilidad antes de salir de San Luis, pero nunca la tomamos muy en serio. Hay varios de esos monstruos, no solo uno...

–¿Crees que McCann se dirige hacia su trampa?

–Estoy segura –respondió–, pero pronto descubrirán que no es una presa fácil.

–Al sur y al este –repitió Madeleine–. Al sur y al este.

Su cuerpo tembló, haciéndose confuso y brumoso. Lo que era forma se convirtió en sombras. Una mancha de oscuridad salió disparada por los escalones de mármol para perderse en la oscuridad. Con un rugido de furia, Flavia la siguió.

_____ 38 _____

Washington D.C.: 22 de marzo de 1994

–Las doce menos cuarto –dijo Jackson comprobando todo el equipo electrónico de la furgoneta–. Aún tiene tiempo de cambiar de idea. ¿Está segura de querer participar en esta locura?

Alicia sonrió. Vestía pantalones, una chaqueta de invierno y un sencillo sombrero negro. Las ropas obraban maravillas, ya que ocultaban la armadura corporal y el equipo de comunicaciones.

–Esta noche justifica el estar viva, señor Jackson. No me perdería este enfrentamiento por nada del mundo.

Su ayudante sacudió atónito la cabeza.

–¿Cómo sabe que ese monstruo aparecerá? Podría no tratarse más que de una elaborada trampa mortal.

–La Muerte Roja acudirá –dijo Alicia confiada. Comprendía las motivaciones del monstruo, ya que eran las mismas que las suyas–. Quiere eliminarme, y está convencido de que el único modo de asegurarse de mi muerte es supervisar personalmente la ejecución.

–Eso suena como una excusa perfecta para mantenerse al margen –respondió Jackson–. Recuerde el poder que controla ese tipo. Puede freirla en segundos. La vida tiene sentido si se vive, no si se muere.

–Todo es cuestión de perspectiva –dijo Alicia. Sus ojos se abrieron con una intensidad casi hipnótica–. ¿Ha tenido alguna vez un

traje favorito, señor Jackson? ¿Uno tan cómodo que cuando lo llevaba apenas lo notaba? El corte perfecto, el estilo perfecto, todo ideal. Cuando tienes ropa así odias deshacerte de ella, pero antes o después comprendes que no es más que tela. Nada más. Hay otros muchos.

–Como usted diga, señorita Varney --respondió Jackson, totalmente confundido--, pero no hablamos de ropa. Si la matan ahí fuera lo que lleve puesto no tiene importancia.

Con una sonrisa, Alicia se inclinó y besó a su ayudante en la mejilla.

–Todo depende por completo del punto de vista, señor Jackson.

Luego, sin mirar atrás, salió de la furgoneta y caminó hacia la entrada al depósito.

–¿Me oye bien, señorita? --llegó la voz de Jackson veinte segundos después por el comunicador oculto en el pelo.

–Perfectamente --subvocalizó Alicia. El micrófono de su abrigo recogía y amplificaba las respuestas, enviándolas a la furgoneta de control--. ¿Soy ya la estrella de la televisión?

–Sí, señorita --respondió Jackson--. La tengo en dos monitores diferentes. Todo el Depósito está cubierto por nuestras cámaras. Si no entra en alguno de los edificios, permanecerá en pantalla.

–Bien --dijo Alicia. Con una confianza total se introdujo en los terrenos de la Armada. Durante el siglo XIX había sido una importante factoría de cañones navales, pero las últimas cuatro décadas había servido principalmente como centro turístico. A aquellas horas estaba desierto.

–Hay una réplica de la fábrica original en la orilla del río --dijo Jackson en su oído--, además del Museo Marítimo y el Museo de la Armada. Sin embargo, no creo que esa Muerte Roja quiera hacer una visita. Manténgase a la derecha, es el terreno para desfiles. Es tranquilo y abierto, el lugar ideal para un encuentro.

Alicia asintió. Habían repasado aquella información una y otra vez mientras comprobaban los planes e instalaban el equipo.

–¿Están las cápsulas en posición?

–Sí, señorita --dijo Jackson--. Recibo lecturas de las tres. Observe el depósito de almacenamiento en el extremo de la zona de marchas. Una está escondida allí.

Los fondos ilimitados tenían sus ventajas. Tres cápsulas de salvamento construidas por la NASA para el programa espacial y que nunca llegaron a ser utilizadas habían sido transportadas aquella

mañana al Depósito. Los equipos de construcción, siguiendo órdenes, las habían dejado en posiciones estratégicas. Desplazar e instalar las unidades había costado millones en sobornos, pero a Alicia le sobraba el dinero. Estaban diseñadas para proteger a sus oponentes del poder destructivo de una explosión atómica, y eran la última línea de defensa contra la Muerte Roja.

–¿Alguna señal de movimiento? –Preguntó mientras atravesaba la zona, dirigiéndose al campo de desfiles–. ¿Qué hora es?

–Siete minutos para la hora cero, señorita –dijo Jackson–. No hay señales de vida por ninguna parte. Todos los puestos preparados y a la espera.

–Bien, la Muerte Roja dijo a medianoche –respondió Alicia–, así que supongo que habrá que tener paciencia.

–Oh, oh... –dijo Jackson sorprendido–. Acaba de aparecer un coche en la entrada. Está saliendo un hombre. Grande, fornido. Se dirige hacia el Depósito. No se parece en nada a su cita, la Muerte Roja. ¿Alguna idea? ¿Lo volamos?

–No disparéis –dijo Alicia. Sacudió la cabeza y luego sonrió, comprendiendo de quién debía tratarse–. Debería haberlo sabido. Me encontrará enseguida, no pasa nada. Lo conozco.

–¿En serio? –preguntó Jackson–. ¿Quién demonios es?

–Un viejo conocido –respondió Alicia–. Ya le hablé sobre él en Nueva York, ¿recuerda? Es mi más viejo e íntimo amigo.

Era muy grande. Alicia estimó casi dos metros y unos ciento quince kilos. También parecía bastante fuerte, con los hombros anchos y un pecho enorme. Vestía una delgada gabardina, a pesar de estar por debajo del punto de congelación. El clima nunca le había preocupado, ni en la vida ni en la muerte.

Cuando el hombre se acercó lo suficiente como para ver su cara le sonrió. Aunque sus rasgos eran diferentes, no habían cambiado. Determinadas características se mantenían siempre, no importaba el cuerpo que se habitara. Alicia se preguntó si ella era igual de evidente en sus preferencias. El extraño iba bien afeitado y tenía un cabello oscuro y tupido, cejas pobladas y penetrantes ojos negros. Su cabeza estaba inclinada de un modo que no había cambiado a pesar de los siglos.

–Lameth –dijo–. Espero que no seas tú la Muerte Roja.

El hombre lanzó un suspiro. Ese hábito tampoco había desaparecido a lo largo de los milenios: siempre estaba hastiado. El peso del mundo parecía descansar sobre los grandes hombros de

Lameth.

–Una personalidad me es más que suficiente –declaró solemne. A pesar de sus gestos dramáticos, aquel grandullón tenía un humor cínico.

–Tienes buen aspecto –dijo Alicia–. Muy saludable. Pisando fuerte.

–Anis, estás tan radiante como siempre –respondió él–. Alicia Varney, la multimillonaria, ¿no? Te he visto entrevistada varias veces en televisión, y aquella aparición con David Letterman... Nunca sospeché que fueras tú, por supuesto. Estos días yo soy Dire McCann.

–El detective –dijo Alicia asintiendo–. Ahora te recuerdo. Tú fuiste el que descubrió a Mosfair. –Sacudió la cabeza–. Me costaste un buen agente. Supongo que fue culpa mía. Debí comprender que cualquier asunto relacionado con el elixir de Lameth tenía que ser una trampa.

McCann rió.

–Te falla la memoria. Por si no lo recuerdas, sólo había suficiente poción para dos, tú y yo. Nunca ha existido más. Algunos de los ingredientes procedían de animales ya extinguidos. Me temo que cualquier fábula sobre el descubrimiento del elixir no es más que eso, un cuento.

–¿Aún manipulas a los Giovanni? –preguntó Alicia.

–El dinero mueve el mundo –dijo McCann–. No hace falta que te pregunte si tú sigues detrás del Sabbat. La prueba está por toda la ciudad.

Alicia no pudo reprimir una sonrisa.

–Se me fue ligeramente de las manos.

–Ligeramente –comentó el detective secamente.

–¿Qué haces aquí? –preguntó ella.

–Supongo que lo mismo que tú –respondió McCann–. La Muerte Roja me invitó a parlamentar. Juró por el honor de su sire que no me atacaría, pero no pidió la misma promesa a cambio. He decidido venir a ver qué quiere.

–Igual que yo –dijo Alicia sonriendo. El detective le hizo un guiño, confirmando sus sospechas. No había dicho el verdadero motivo de su asistencia a la cita, pero era el mismo. Ninguno de los dos tenía intención de dejar salir con vida a la Muerte Roja de aquel lugar–. Me hizo la misma promesa. ¿Tienes idea de quién es?

–En absoluto –respondió McCann mirando su reloj–. Queda un minuto. Supongo que vendrá a la hora exacta, parece del tipo que

nunca llega tarde.

–Personalidad obsesiva-compulsiva --respondió Alicia riendo--.
Sé a qué te refieres. --Extendió una mano y le dio un golpe a McCann en el brazo--. Me alegra verte de nuevo, cariño. Te he echado de menos.

–Yo también --respondió él--. París estuvo bien, pero fue hace ciento nueve años.

–Si la cosa se lía mucho esta noche --propuso con dulzura--, volvamos a vernos allí. Es un lugar que sólo nosotros recordamos.

McCann asintió.

–Hay demasiados tipos raros que parecen saber mucho sobre mí --comentó con un gesto extraño--. Vástagos y mortales.

Alicia se humedeció los labios.

–¿Un joven rubio que dice llamarse Reuben?

–No --respondió el detective--. Una pelirroja, Rachel. Sus poderes para reformar la realidad son terroríficos.

–Igual que mi amiguito --dijo Alicia--. Tenemos que hablar.

–Ahora no --respondió él señalando un punto pocos metros detrás de Alicia--. Creo que llega nuestro anfitrión. Es medianoche.

La niebla roja surgió como un fantasma de la oscura tierra del campo de desfiles. Al principio era una masa amorfa, pero poco a poco se solidificó formando la terrible figura de la Muerte Roja.

El pulso de Alicia se aceleró. Hasta aquel momento, a pesar de lo que le había dicho a Jackson, no estaba segura de que la criatura acudiera. La tregua podía no haber sido más que una trampa para atraerlos a la muerte. Sin embargo, sus instintos básicos no se habían equivocado: la Muerte Roja estaba allí.

–No desaparecerá utilizando el mismo truco --susurró McCann--.
Si concentro mi voluntad puedo impedir que se desmaterialice, pero es necesario un gran esfuerzo. No había pensado en cómo terminar el trabajo. ¿Te animas tú? Siempre hemos formado un buen equipo.

–Me parece perfecto --respondió Alicia--. Ese estúpido arrogante merece morir. Imagínate, pensar que puede derrotarnos a los dos a la vez. ¡Increíble!

McCann asintió.

–La Muerte Roja pagará el precio de su osadía.

–Ha llegado --subvocalizó Alicia para asegurarse de que sus tropas estaban en posición.

–Lo veo --respondió Jackson desde el centro de control--. He alertado a nuestros agentes. Están preparados.

–Me preguntó que traición tendrá preparada –dijo en voz baja el detective, que parecía de buen humor.

–Nada agradable, eso seguro –respondió Alicia, que también sonreía–. Igual que nosotros...

Washington D.C.: 22 de marzo de 1994

–Saludos, Lameth y Anis –dijo la Muerte Roja. Su voz era como el viento soplando en un cementerio, fría como un sepulcro–. Me alegra ver que habéis acudido a mi llamada. Esta noche el futuro de los Vástagos está en nuestras manos. Debemos unirnos o perecer.

McCann respiró profundamente. No esperaba otra cosa, pero escucharlo le hizo lanzar un suspiro. A pesar de llevar muertos desde hacía miles de años, no todos los Matusalenes eran monstruos malvados más allá de toda redención. Los que habían perdido todo rastro de su humanidad habían aceptado a la Bestia para caer en la locura que conducía a la Muerte Definitiva o habían entrado en un letargo eterno desde el que sus mentes apenas tocaban la realidad. La mayoría de los vampiros de la cuarta generación involucrados en la Yihad estaban motivados por deseos complejos y poderosos que iban mucho más allá del dominio del mundo. Tanto Anis como él tenían visiones diferentes sobre el futuro de la raza Cainita y el de la humanidad. Evidentemente, la Muerte Roja tenía otra distinta.

–Escucho –dijo Alicia–, pero déjame advertirte: ya he escuchado esa canción otras veces. Muchas, muchas veces a lo largo de los siglos. Otros han predicho un terrible fin para los Vástagos, pero éste nunca se ha producido. Convénceme de otra forma.

–Han pasado más de seis mil años desde la destrucción de la Segunda Ciudad –intervino McCann–. La Yihad se libra desde entonces. ¿Qué hace que este año en particular sea diferente de todos los anteriores?

–Conoces la respuesta, Lameth –dijo la Muerte Roja. En la voz del monstruo había un tono de sinceridad que el detective encontraba divertido. Aquella criatura creía de verdad en lo que estaba diciendo. Realmente pensaba que estaba actuando por el bien de todos los Vástagos, no del suyo propio. Sin embargo, había descubierto hacía

ya mucho tiempo que el altruismo y el interés tenían tendencia a confundirse después de un milenio—. *Los Nictuku están despertando.*

—Las malas noticias parecen circular rápidamente —dijo Alicia—. Asumo que todos sabemos que Baba Yaga ha despertado en Rusia, y que Nuckalavee está cazando de nuevo en los desiertos de Australia.

McCann se encogió de hombros.

—¿Y qué? Es deprimente, pero en el pasado ya hemos tenido malas noticias. Según mis fuentes, Gorgo despertó del letargo en Sudamérica hace un año, pero desde entonces nadie ha oído nada de ella. —El detective se volvió parcialmente hacia Alicia—. ¿La recuerdas? Los habitantes de la Segunda Ciudad la bautizaron como La Que Aúlla en la Oscuridad. Incluso su sire, Absimiliard, la encontraba repulsiva. Así terminó en aquellas cavernas en Perú. —Se giró de nuevo hacia la Muerte Roja—. ¿A quien le importan los Nictuku? No pienso abandonar unos planes tejidos desde hace siglos por unos cuantos monstruos.

—Toda la población vampírica de Buenos Aires ha desaparecido —dijo la Muerte Roja.

—Si es cierto es interesante —respondió McCann—, pero esas criaturas han pasado milenios en letargo. Ahora a algunas les da por despertar. Sí, estoy preocupado, pero no *tanto*.

—Yo también llevo milenios trazando planes —respondió el espectro—. Sin embargo, al contrario que muchos Matusalenes, me he mantenido oculto. Ningún Vástago conocía mi línea de sangre o mis proyectos. He estado planeando y esperando el día en el que todo estuviera preparado para mi regreso como dirigente de la raza Cainita. Espié a todos mis posibles rivales, especialmente a vosotros dos, ya que erais los únicos con alguna posibilidad de triunfar. —El monstruo se detuvo por un momento—. La aparición de los Nictuku, la semilla de Absimiliard, me obligó a revisar drásticamente mi programa.

Su mirada ardía con una intensidad fanática.

—Se acerca la Gehena —dijo la Muerte Roja—. Lo sé. *Lo siento*.

Su voz vaciló por un instante, como si le sorprendieran sus propias palabras. Después recuperó la confianza y continuó:

—Nos acercamos a la llamada final del Armagedón. Los hechos hablan por sí mismos. El alzamiento de los Nictuku indica que la tercera generación se está agitando: los Antediluvianos despertarán de su letargo sedientos de sangre, nuestra sangre. Debemos defendernos. Los Vástagos debemos resistir unidos o perecer.

—No basta —dijo Alicia—. Yo me enfrenté a la tercera generación

en la Segunda Ciudad y sobreviví. --No pudo reprimir una risa--. En realidad, no se me dio nada mal. Los trece tienen poderes increíbles, pero no son invencibles.

--Juntos... --comenzó la criatura.

--¿Aliados? --interrumpió McCann sonriendo--. ¿Después de intentar destruirme, y presumo que también a Anis, vienes proponiendo cooperación? ¿Nosotros tres contra toda la tercera generación? Contigo como líder, por supuesto...

--¿Objetas? --preguntó la Muerte Roja--. Soy con mucho el más poderoso. El Cuerpo de Fuego me hace omnipotente.

--Quizá --comentó Alicia con una misteriosa sonrisa--. Quizá.

--Además --dijo McCann--, no sabemos nada sobre ti. ¿Por qué deberíamos obedecer las órdenes de un enigmático vampiro de origen desconocido?

--Bien pensado --añadió Alicia--. Por todo lo que has dicho, es evidente que sabes algo sobre nosotros, pero desconocemos quiénes son tu sire y tus chiquillos. Mencionas tu línea de sangre, pero ninguno de los dos sabemos de dicho clan. ¿Quién es la Muerte Roja? ¿Cuáles son esos proyectos que has mencionado? ¿Por qué estás enfrentando a la Camarilla contra el Sabbat?

La criatura sacudió la cabeza y McCann torció el gesto. Su contrincante empezó a brillar mientras el aire temblaba debido al calor que surgía de su cuerpo. Parecía que había terminado el tiempo de la diplomacia, por lo que el detective preparó mentalmente sus propias defensas.

--Abreviemos lo que resta de nuestra pequeña charla --dijo la Muerte Roja--. Ofrecí una alianza, pero sabía que ninguno de los dos la aceptaría. Sois demasiado egocentristas para comprender el valor de la cooperación. No me costó mucho esfuerzo y sirvió como distracción hasta que estuviera listo para actuar. Ha llegado el momento de terminar esta charada: considerad retirada la invitación.

--El espectro rió, haciendo surgir en sus pómulos y en su frente manchas de sangre--. Sois los únicos Matusalenes a los que temo, los únicos con alguna posibilidad de vencer la guerra eterna, pero todo eso terminó. ¡La Yihad concluye esta noche!

La Muerte Roja parecía expandirse, creciendo en tamaño. A cada instante que pasaba emitía más calor.

»Vinisteis aquí para destruirme, pero la situación no es en absoluto la que pensabais. Mis ataques en San Luis y Nueva York, junto con esta guerra de sangre, tenían un doble propósito. Como

dijisteis, aceleraron el conflicto entre la Camarilla y el Sabbat, pero al mismo tiempo os atrajeron hacia mi red, aquí, en el centro de la tempestad. La lucha en la ciudad fue una distracción maravillosa. Rodeados por cientos de vampiros nunca pudisteis sentir mi secreto... y ahora es demasiado tarde.

McCann estaba preocupado, ya que no le gustaba nada lo que estaba oyendo. Miró a Alicia y comprobó que ella pensaba igual: no sabía a qué se refería aquel monstruo.

La Muerte Roja extendió sus brazos, que ardían con un fuego sobrenatural.

»Mis llamas consumirán el cuerpo humano que utilizáis como marioneta. Os llevará meses, quizás años, crear una nueva identidad y lograr una cierta influencia entre los Vástagos. ¡Para entonces yo seré el amo de la raza Cainita!

–Se acabó el juramento de honor sobre tu sire –se burló Alicia.

–Se lo juré a él –dijo la Muerte Roja riendo–, *pero no a ti*.

–Y yo a ella, pero no *a él* –declaró una voz idéntica a unos metros *a su espalda*.

–Mierda... –dijo McCann, girando para enfrentarse a la segunda criatura, un duplicado exacto del primer vampiro–. Son dos...

–Yo se lo juré a los dos –dijo una tercera voz, a la derecha del detective.

–Yo no hice tales promesas –llegó una última a su izquierda.

–Cuatro cabrones –susurró. Ahora comprendía el motivo de la presunta alianza del espectro. La charla había servido para distraer su atención mientras los demás monstruos los rodeaban. El detective recordó su conversación con Vargoss y Darrow en San Luis hacía menos de una semana–. Ese es el secreto de la Muerte Roja. No me extraña que pareciera estar a la vez en todas partes. ¡Estaba en todas partes!

–*Somos la Muerte Roja* –dijeron las criaturas.

Olas de calor sofocante surgían de sus figuras demacradas. Avanzaron un paso, luego otro. Se detuvieron y alzaron los brazos como si fueran cañones. El aire restalló mientras rayos de fuego escarlata golpeaban como látigos a los dos humanos.

–Somos la Muerte Roja –cantaban–. Somos vuestra perdición.

–Lo dudo –dijo McCann, juntando las dos manos y ejerciendo toda la fuerza de su voluntad. Al segundo, una burbuja azul de unos tres metros de diámetro apareció de la nada rodeándolos a él y a Alicia. Las lenguas de fuego tocaban la brillante esfera y eran

repelidas--. Esta vez estoy preparado para tus trucos.

El detective no intentó leer la mente de sus atacantes: ya sabía todo lo necesario sobre ellos. Después de escuchar la declaración de la Muerte Roja el significado del nombre elegido, los Hijos de la Noche del Terror, estaba bastante claro. Toda la línea de sangre luchaba contra lo que percibía como el inminente Armagedón tratando de lograr el control sobre todos los Vástagos.

Por culpa de los cientos de vampiros en la ciudad, la presencia de los cuatro poderosos Cainitas había pasado totalmente desapercibida. La Muerte Roja no había mentido: toda la guerra de sangre había servido como escudo para los planes del espectro. McCann había venido a aplastar a aquel monstruo, pero ahora los papeles se habían invertido y su supervivencia estaba en duda.

El ataque prosiguió con creciente ferocidad. Las llamas que golpeaban la esfera azul se hacían cada vez más intensas. El detective sospechaba que, como casi todas las disciplinas, los cuatro monstruos sólo podían mantener el Cuerpo de Fuego durante un cierto tiempo. Si para entonces no habían logrado superar sus defensas, las llamas desaparecerían y las criaturas quedarían indefensas.

Sin embargo, los números estaban a favor de la Muerte Roja. El líder pertenecía a la cuarta generación, pero sus tres duplicados eran algo menos poderosos, posiblemente de la quinta, pensaba el detective. Juntos controlaban unas increíbles energías, y McCann necesitaba toda su fuerza para mantener el escudo psíquico. No le quedaba poder para repeler el ataque, y poco a poco veía cómo sus defensas eran destrozadas.

Miró nervioso a Alicia.

--¿Recuerdas nuestra conversación? --preguntó--. Ahora es el momento de sacar ese truco de la chistera, a no ser que estés pensando en otra solución.

--Me conoces demasiado bien, Lameth --respondió ella con los ojos brillantes. McCann no pudo evitar sonreír: Anis se crecía ante el peligro. Cuanto mayores eran los riesgos, más disfrutaba--. Tenía preparado algo para nuestro amigo, y el que haya traído compañía no cambia las cosas.

La mujer movió los labios sin producir sonido alguno para luego asentir, como si estuviera contestando a una pregunta. Entonces pronunció claramente una palabra:

--Ataquen.

Los motores rugieron y, desde diversos lugares alrededor del

campo de desfiles, surgieron unos extraños vehículos ocultos en la oscuridad. Tenían un metro y medio de longitud por uno de altura y se desplazaban sobre cuatro enormes ruedas. Recordaban a un depósito de combustible rodante con una boca rociadora en la parte frontal. McCann se fijó en las letras pintadas en color rojo brillante sobre el cuerpo blanco: NASA.

–¿Excedentes del ejército? –gritó para hacerse oír sobre el rugido de la maquinaria.

–Prestado –respondió Alicia–. Tengo amigos en los lugares adecuados. Esas bellezas fueron diseñadas para trabajar en otros planetas, por lo que pueden resistir el frío y el calor extremos. Los controlan mis agentes por control remoto y son virtualmente indestructibles. Espera a ver lo que contienen esos depósitos...

Los vehículos rodearon a las cuatro Muertes Rojas, que al estar concentradas en mantener su Cuerpo de Fuego no podían desviar su atención hacia las máquinas. Los robots levantaron lentamente las boquillas frontales hasta apuntar directamente al torso de los vampiros, y un segundo después lanzaron un delgado chorro de líquido que golpeó a las criaturas en el pecho.

Los productos químicos desaparecieron en una inmensa nube de vapor mientras las Muertes Rojas aullaban agónicas. El fuego de sus dedos se desvaneció mientras se retorcían sufriendo un dolor inimaginable.

–Nitrógeno líquido –explico Alicia con suficiencia–. Está presurizado en los tanques a muy pocos grados por encima del cero absoluto. Con Cuerpo de Fuego o sin él, supuse que un frío así apagaría los ánimos de nuestro acalorado amigo. Ha sido muy caro, pero mereció la pena...

–¡Idiotas! –gritó la Muerte Roja que había llevado las conversaciones–. ¿Creéis que es tan fácil acabar conmigo?

La forma del monstruo tembló y se hizo insustancial, igual que la de sus tres duplicados. McCann, exhausto por el esfuerzo, era incapaz de detenerlos.

–Esperaba destruirlos personalmente –declaró el espectro–, pero era consciente de que no sería fácil acabar con vosotros. ¡Así que tengo otros planes! –El monstruo prácticamente había desaparecido, pero llegó un último susurro–. Mi triunfo es completo. Ha llegado la hora de la verdadera muerte roja.

McCann maldijo y comprobó mentalmente el campo de desfiles, tanto sobre tierra como bajo ella.

–Maldito Makish –dijo mientras se volvía hacia Alicia–. Hay suficiente Termita bajo nuestros pies como para volar el complejo ent...

No pudo terminar. Una sombra oscura le golpeó como una locomotora, levantándolo del suelo y arrastrándolo por el aire como si fuera un globo. Sintió el tiempo distorsionarse por un instante, y luego el mundo explotó en un infierno de fuego químico.

EPÍLOGO

Tratando de conseguir aire, la cabeza de un hombre surgió de las gélidas aguas del río Anacostia. A su espalda, el Depósito Naval de Washington se consumía envuelto en llamas escarlatas que iluminaban el cielo nocturno. Parecía una escena sacada del Infierno de Dante. No había duda de que aquella era la muerte roja.

Sin apenas agitar la superficie, una mujer emergió a muy poca distancia. Su cabello, negro y largo, se pegaba a su rostro blanco como la nieve. Los ojos oscuros reflejaban la deflagración.

–¿Eres Dire McCann? –preguntó.

–Ese soy yo –respondió el detective.

–Soy Madeleine Giovanni, del clan Giovanni –dijo la mujer–. Mi sire me envió a América para encontrarte.

–Ya lo has hecho –respondió él, agitándose para mantenerse a flote–. ¿Ahora qué?

–Mis instrucciones son sencillas. Pietro Giovanni me ordenó que te *protegiera*.

–Buen comienzo –dijo McCann.

[«Y al fin sería vengado...»
Edgar Allan Poe, "El Barril Amontillado"]

{Final vol.1}